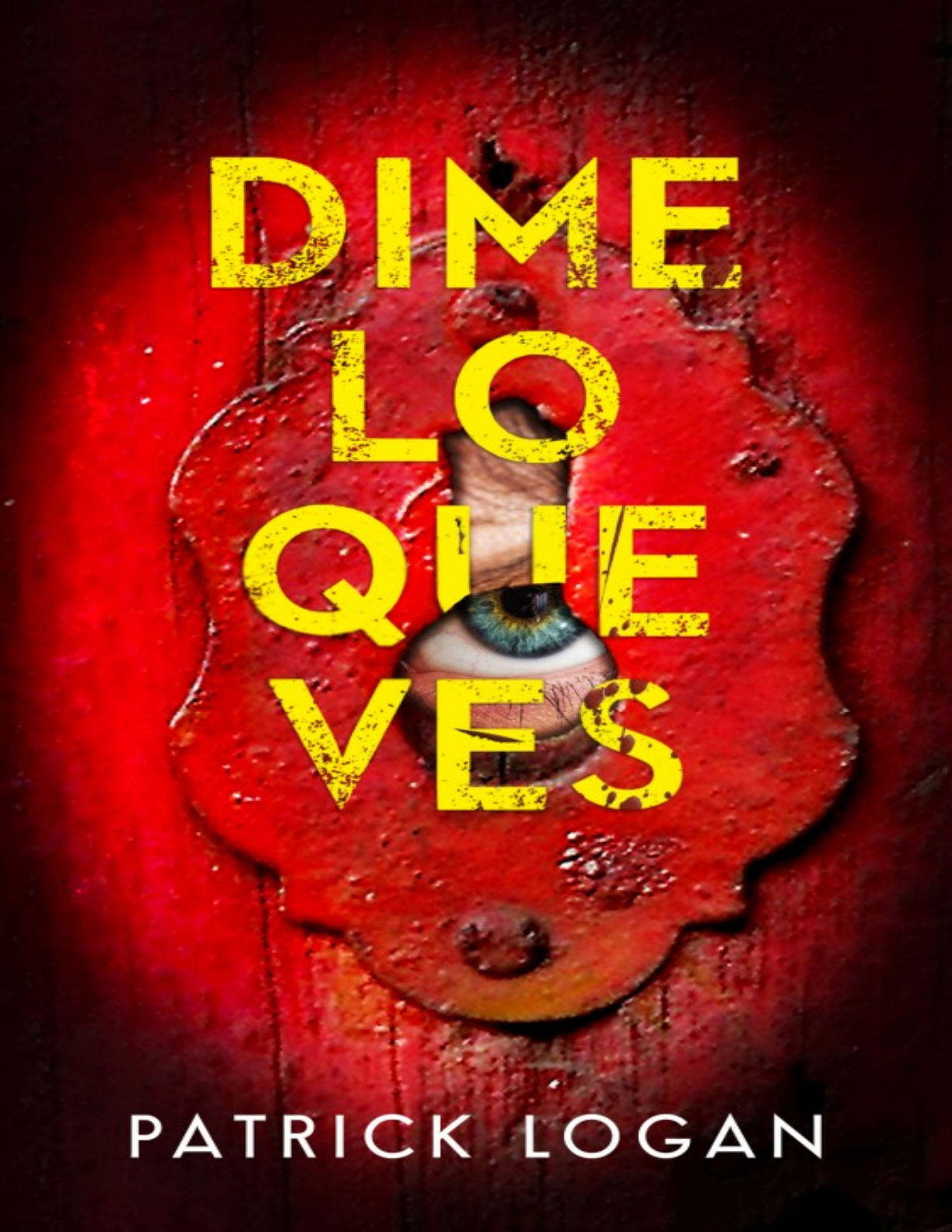
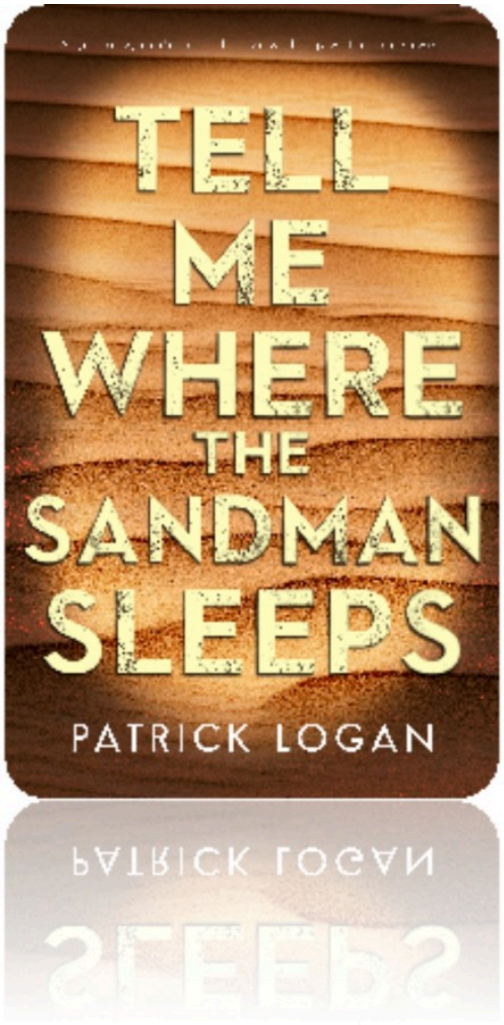

DIME
LO
QUIE
VES
PATRICK LOGAN



¿Quieres conseguir *GRATIS* la precuela de «Dime dónde la enterraron»*?*

Solo tienes que suscribirte a mi boletín informativo *sin spam*.

Además, te mantendré informado sobre nuevos lanzamientos, te invitaré a participar en concursos especiales y te ofreceré descuentos exclusivos en .

¡Solo tienes que dirigir tu navegador a www.PTLBOOKS.com para empezar!

No te olvides de visitar mi grupo de Facebook para hablar sobre mis libros y cualquier tema relacionado con el terror y el suspense:
www.facebook.com/groups/LogansInsatiableReaders/

DIME LO QUE VES

Un thriller del FBI con Striker y Frost
Libro 4

Patrick Logan

Prólogo

PARTE I — LÍNEA PLANA

Capítulo
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17

PARTE II — EL RAPTO

Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28

Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41

PARTE III — PURGATORIO

Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59
Capítulo 60
Capítulo 61

Capítulo 62
Capítulo 63
Capítulo 64
Capítulo 65
Capítulo 66
Capítulo 67
Capítulo 68
Capítulo 69
Capítulo 70
Capítulo 71
Capítulo 72
Capítulo 73
Epílogo
FIN

NOTA DEL AUTOR

Otros libros de Patrick Logan

TELL ME QUÉ TE VES

Prólogo

No recuerda su nombre. No recuerda casi nada.

Tiembla.

Quizás hace frío, pero no deja de temblar. No dejaría de hacerlo ni aunque estuviera abandonada en el desierto en pleno agosto.

Paradójicamente, suda.

La mujer no intenta levantarse, ni moverse. No tiene sentido. Está encerrada en una jaula.

Cuando la capturaron, luchó. Pateó, gritó hasta que se le quedó la garganta en carne viva y le supo a sangre. Se negó a escuchar.

Luego, se negó a hablar. Pero a medida que pasaban las horas, ¿los días?, su determinación comenzó a desvanecerse.

Un perro ladraba.

En lo más profundo de su mente, sabía lo que eso significaba.

Él estaba volviendo.

Hubo un tiempo en el que se tensaba al oír al perro, se arrastraba hasta la pared del fondo e intentaba hacerse pequeña.

Ahora no.

Simplemente se quedó allí tumbada, desnuda.

¿Estaba desnuda? Creía que sí. No sentía la piel, pero no recordaba que su captor la hubiera vestido en ningún momento. Y ella, desde luego, no se había vestido.

No era capaz.

Otro ladrido y algo cálido le rozó los muslos. Se detuvo un momento y siguió su camino. Esto sí lo notaba.

Apenas.

Era más un cambio en su estado de frío perpetuo que una sensación real y aguda. Esto debería haberla hecho gritar.

Pero no ahora.

Simplemente era.

Nada importaba.

Pasos. Sin prisa.

Se acercaban hacia ella.

Metal contra metal, un tintineo. El chirrido de algo al abrirse.

Silencio.

Él la observaba. Ella no podía ver, no podía mover la cabeza.

No quería.

Tenía los ojos fijos en el techo. Con fuerza. Probablemente de hormigón.

Húmedo.

Dos pasos más y él entró en su campo de visión. Se cernía sobre ella, bloqueando la mayor parte de la tenue luz. Parecía enorme. Los contornos borrosos. Solo un perfil.

Como una deidad.

Ella jadeó. No por su presencia, sino porque, de alguna manera, se había olvidado de respirar. El aire que entró en sus pulmones le devolvió la sensación. Le hizo sentir un cosquilleo en la piel, que se puso de gallina.

El hombre se movió. Levantó el brazo.

Algo en su mano. Pequeño. Como un lápiz.

Luego, el hombre se agachó y bloqueó toda la luz.

«Es la hora». Su voz era etérea, casi incorpórea.

La mujer seguía sin moverse.

Sintió presión en el brazo. Una tensión.

Otro jadeo.

Apenas sintió el pequeño pinchazo justo dentro del codo.

Se tensó. Sabía lo que iba a pasar a continuación.

Los ojos de la mujer se pusieron en blanco y todos los músculos agotados de su cuerpo se tensaron.

Un graznido seco resonó en el techo.

¿Era ella? ¿Era él?

No lo sabía.

Momentos antes de que su mente se quedara en blanco, antes de dejar de respirar de nuevo, oyó su voz.

Extrañamente clara.

Tranquila.

«Es hora de que me digas lo que ves».

El corazón de la mujer se detuvo.

Luego se detuvo por completo.

Parte I — Línea plana

Capítulo 1

«¿Cómo está?», preguntó Alex Frost.

El enfermero residente, un hombre con el pelo castaño ralo y un bigote aún más ralo, la miró. La examinó.

«No hay cambios».

Alex se estremeció. No esperaba ningún cambio, pero fue la forma en que lo dijo el enfermero lo que le dolió.

No «todavía *no hay cambios*», ni «hoy *no hay cambios*».

Simple, sin inflexión.

Sin cambios.

Alex asintió con la cabeza.

Intentó mantener una expresión seria.

—¿Ha venido mucha gente a verla?

«No mucha», respondió el hombre con tono seco. «Un... colega...». Hizo una pausa mientras buscaba el nombre.

Abby le ayudó.

—¿Yuri?

El hombre chasqueó los dedos.

—Sí, esa es. Vino una vez.

Una vez.

Alex sintió cómo le subía la ira.

Una vez.

Yuri se había acostado con Ben, el novio de Tori, antes del incidente de México, que era como Alex lo llamaba ahora en su mente.

Cualquier descripción más detallada era demasiado dolorosa.

Todos habían llegado juntos a Quantico. Alex había conseguido su primer destino en el condado de Orange. Tori, el siguiente, en San Antonio.

Yuri y Ben se quedaron atrás y empezaron a follar. No tenía ni idea de dónde estaban ahora.

No le importaba.

Después de que Tori recibiera el alta del UC San Diego Health, Alex había trabajado en estrecha colaboración con la oficina de San Antonio.

Habían discutido sus opciones.

Tori no tenía familia. Tampoco tenía dinero.

El FBI se hizo cargo de ella. Envió todas sus pertenencias al condado de Orange. Pagó el alquiler de un pequeño apartamento en una zona decente de la ciudad. Pagó a la enfermera que vivía con ella.

Pagaron las facturas.

Era lo mínimo que podían hacer.

—¿Puedo pasar?

—Por supuesto.

La enfermera abrió la puerta de par en par y Alex entró. El apartamento estaba limpio y ordenado.

Demasiado ordenado.

Demasiado ordenado.

«Está en el dormitorio».

La enfermera no necesitaba decirlo. Alex sabía que estaría en el dormitorio.

Caminó lentamente por la sala de estar —la televisión estaba encendida, sin sonido— y atravesó la cocina. Sus ojos se detuvieron por un momento en la miríada de frascos de pastillas amarillos, todos apilados junto a la tostadora.

La puerta del dormitorio estaba entreabierta y Alex la empujó suavemente con el codo.

Contuvo el aliento.

Tori estaba tumbada en la cama, con una sábana metida bajo las axilas. Tenía las manos sobre el pecho, descansando a los lados.

Los ojos de Alex se dirigieron inmediatamente a la parte inferior del cuerpo de su mejor amiga. A pesar de estar cubierta, era obvio que algo no iba bien. Se veía el contorno de una de sus piernas, delgada pero visible.

La otra se detenía justo debajo de la rodilla.

Alex, sintiéndose un poco avergonzada y con una punzada de culpa por haber sobrevivido, apartó la mirada.

Se sorprendió al ver que Tori la miraba directamente.

Sorprendida, Alex parpadeó y dio un paso adelante.

Los médicos que habían tratado a Tori en la Universidad de California en San Diego le habían hecho cientos de pruebas. Resonancias magnéticas, tomografías computarizadas, resonancias magnéticas funcionales, radiografías y otras que Alex nunca había oído nombrar.

No encontraron nada físicamente anormal en el cerebro de Tori. *Corvus* le había arrancado el pie y el departamento de cirugía le había amputado la pierna. Pero su cerebro no había sufrido daños físicos. Ni siquiera la pérdida de sangre que había obligado al departamento de traumatología a poner a Tori en coma inducido mientras recibía seis transfusiones había dañado irremediablemente el órgano que se encontraba entre sus orejas.

Pero Tori no hablaba.

No había dicho una sola palabra desde que la dejaron desnuda y atada por las muñecas al poste de la portería en la parte trasera del cuartel general de Los Cuervos Negros.

—Hola, Tori —dijo Alex en voz baja. Tori sonrió. —Te extrañé, *perra*.

Se inclinó y besó a Tori en la frente. Alex apretó la mano de su amiga, cogió una silla de la esquina de la habitación y la acercó a la cama.

Se sentó.

Le apartó suavemente un mechón de pelo de la cara.

Durante un largo rato, Alex no dijo nada, solo disfrutó del silencio. Había pasado casi todo el último mes en Virginia, cedida a la CVU (la Unidad de Víctimas Infantiles), trabajando en estrecha colaboración con el agente especial Chase Adams, mientras su compañero y marido, el agente Tate Abernathy, había asumido el cargo de agente especial al mando en el condado de Orange de forma provisional.

Un pequeño intercambio, por así decirlo.

Alex había seguido a Chase y había aprendido de ella. El plan era que se convirtiera en una pieza fija de la CVU. Tate, por su parte, sería el agente especial al mando en el condado de Orange.

Había sido un fracaso estrepitoso.

Alex había pensado que después de lo que había pasado en México, lo que había visto, lo que había vivido, podría soportar cualquier cosa.

Pero no pudo.

Lo que les pasó a esos niños...

Alex se estremeció.

Se dio cuenta de que había estado diciendo la mayor parte de eso en voz alta. No era su intención. No quería detenerse ahora.

Con estaba muerto, su padre estaba haciendo todo lo posible para que dejara el FBI y se uniera a él en Washington.

Alex no tenía a nadie con quien hablar.

Le parecía injusto quejarse a Tori después de todo lo que había pasado. Pero Alex no pudo evitarlo.

Le contó a Tori que se había encontrado con la macabra escena de toda una familia sentada en una mesa de cocina impecablemente puesta, atada y con la garganta cortada.

Solo se detuvo cuando sonó su teléfono.

Lo sacó del bolsillo interior de su chaqueta.

Frunció el ceño.

Contestó.

—Agente Frost, bienvenida —dijo el agente especial a cargo, Ryan Jackson.

Alex se apartó de Tori.

«Gracias».

No estaba segura de cómo sabía el hombre que ya estaba en la ciudad. No importaba.

Ahora estaba allí.

—¿Puedes pasar?

Los ojos de Alex se posaron en Tori. Ella seguía sonriendo.

Seguía mirando fijamente, sin comprender.

—Claro.

«Bien. Entra cuando estés lista. Tenemos un caso».

Capítulo 2

Al principio solo había oscuridad. Fría, envolvente. Una envoltura de pura nada.

La mujer no estaba asustada.

Si acaso, era un alivio para los temblores. El dolor de cabeza, la sensación de irritación en la garganta.

Se empapó de la ausencia tanto como pudo. Sintió que se fundía con la oscuridad.

Y entonces todo cambió.

Un pitido agudo. Una sacudida.

Un golpe.

Dolor.

Otro pitido y otra sacudida.

Golpe.

Agonía.

La mujer parpadeó. Sintió que la bilis le subía por la garganta.

Una voz. Ininteligible.

«Elkm ack».

Cerró los ojos.

Otro pitido.

Esta vez, todo el torso se levantó del cemento. Pareció levitar por un momento antes de caer dolorosamente.

En el momento en que su espalda superior entró en contacto con el suelo, vomitó.

De repente, una mano se posó en su barbilla, obligándola a girar la cabeza hacia un lado. Un líquido acre le goteó por la boca. Le mojó los labios y la barbilla.

No era mucho. No había comido en... mucho tiempo.

De vez en cuando, su captor le daba agua, pero solo unos sorbos. Solo cuando le apetecía.

El hombre le dio un poco ahora, manteniendo una mano en su barbilla para asegurarse de que no pudiera girar la cabeza.

Lo justo para humedecerle la garganta.

No lo suficiente como para que se atragantara.

De todos modos, ella logró escupir un poco.

«Eso es... échalo».

Cada tos le provocaba un espasmo en el diafragma. Sentía como si estuviera a punto de vomitar los pulmones.

Él le introdujo algo en una fosa nasal y apretó. Luego, en la otra. Ella no quería inhalarlo. Solo quería que aquello terminara.

Al final, no tuvo otra opción: inhaló profundamente.

Sus facultades comenzaron a volver, empezando por la vista. Borrosa, con viñetas. No importaba.

Los temblores también regresaron, esta vez más violentos.

Oyó lo que parecía el sonido de las páginas de un libro al pasar; el hombre ya no le sujetaba la barbilla.

«Ahora, dímelo».

Ella lo hizo.

No podía mover el cuerpo, pero sí los labios. No tenía fuerzas para levantar la voz más allá de un susurro, pero no importaba.

Solo estaban ellos dos.

Y él repitió cada palabra que ella dijo.

Capítulo 3 de « »

Con había muerto. Sus compañeros del FBI le habían rendido homenaje en su funeral. Dijeron todo lo que había que decir. Pero era innegable que Con no solo les había vendido un puente en San Francisco, sino que además lo había quemado.

Por extensión, Alex era despreciada.

Pensó que eso la afectaría más profundamente.

Pero no fue así.

Pero hoy, al entrar en la pequeña oficina del condado de Orange, se sorprendió al ser recibida por varias caras sonrientes.

«Bienvenida, agente Frost».

«Gracias».

Sintió que se le calentaban un poco las mejillas. No le gustaba ser el centro de atención, pero no era solo eso. ¿Cuántas veces había entrado en la oficina con Con? Pasaban la mayor parte del tiempo sobre el terreno, pero al menos habían sido un par de docenas.

Ahora reconocía la mayoría de los rostros como los mismos de entonces.

¿Cuántas veces se habían saludado siquiera? Aparte de una patética fiesta de presentación, Alex podía contar con los dedos de una mano las veces que lo habían hecho.

Su escritorio. Tal y como lo había dejado. Limpio. Casi sin usar.

Vio el de Con.

Sintió una punzada.

Constantine Striker, el hombre que había capturado a Sandman, estaba obsesionado. También era un poco maníaco, un capullo, un borracho —aunque, para ser justos, esto solo salió a la luz al final—, un fumador empedernido y una de las personas más difíciles con las que trabajar.

Pero siempre fue leal.

Y había muerto para salvar a Alex y Tori.

Alex bajó la cabeza, respiró hondo y tembló un poco al exhalar lentamente.

Sintió un ligero cosquilleo en los párpados.

—¿Agente Frost? Bienvenido de nuevo.

Otra bienvenida.

Alex reprimió sus emociones.

Se giró.

El agente Jackson se asomó por la puerta abierta de su oficina. El hombre negro, delgado y calvo, no sonrió. Nunca lo hacía.

Pero al menos no hacía muecas. Eso también era nuevo.

—Gracias.

—¿Puede acompañarme a mi oficina, por favor?

Alex asintió, dejó la bolsa del portátil en la silla y lo siguió.

Un hombre se levantó de un salto de su silla, sobresaltándola.

Un hombre corpulento.

—¡Alex! —gritó, extendiendo los brazos y avanzando hacia ella.

Alex dio un paso atrás con cautela y extendió la mano. Si su renuencia a abrazar al agente Chris Hale ofendió al hombre, no lo demostró.

Él seguía sonriendo como un loco, con los ojos muy abiertos y llenos de... ¿qué? ¿Esperanza?

Hale le tomó la mano y se la estrechó con entusiasmo.

—Me alegro mucho de que hayas vuelto.

No estoy segura de sentir lo mismo.

—Yo tampoco —mintió Alex.

—Por favor, toma asiento.

Alex lo hizo, después de que Hale le ofreciera la mano con un gesto. Ella se sentó en la otra silla.

Hale era una de las pocas excepciones al escenario de puentes quemados. Antes de Alex, Hale había sido socio de Con.

Con odiaba a ese hombre.

No era tan malo. Hablaba demasiado. Tenía unos veinticinco kilos de sobrepeso, aunque Alex no creía que eso importara.

En realidad, no era un agente del FBI terrible. No era excelente, desde luego, pero tampoco era un lastre.

—En primer lugar, gracias por tu trabajo en Virginia. El agente Adams y Abernathy solo han dicho cosas buenas de ti. Lamento que las cosas no hayan salido bien. Me han asegurado que, si vuelve a quedar una vacante, serás el primero en la lista.

Esto sorprendió a Alex. El agente Adams le había ofrecido un puesto fijo en la CVU.

Alex lo había rechazado.

La unidad, como su nombre indicaba, se dedicaba casi exclusivamente a investigar delitos contra menores.

Alex aún no estaba preparado para eso.

—Gracias. Yo también me alegro de que hayas vuelto.

Jackson asintió con la cabeza.

—El agente Abernathy pensó que era mejor que se quedara cerca de su familia.

Se produjo un breve y incómodo silencio antes de que Jackson abriera el cajón superior de su escritorio y sacara una carpeta delgada.

Un enfoque muy diferente al de Marcus Allen, el anterior agente especial al mando, que siempre parecía tener montones y montones de papeles sobre su escritorio. Todo para impresionar, por supuesto.

El hombre nunca hacía nada.

Por cierto, Con también odiaba a Marcus.

«Bien, supongo que querrá ponerse manos a la obra».

Había acertado.

Jackson abrió la carpeta, sacó una hoja de papel y se la tendió a Alex. Hale no hizo ningún movimiento para cogerla.

Técnicamente, por su antigüedad, Alex era el agente con más experiencia de los dos. Pero eso era como decir que uno de los gemelos era mayor que el otro. Los dos eran novatos.

Alex tomó la hoja y se encontró mirando la fotografía de una mujer de cabello oscuro tendida en la acera. Tenía los ojos abiertos y las fosas nasales enrojecidas. La boca pálida.

No presentaba otras lesiones visibles.

—Esta mujer fue encontrada cerca de Harbor Boulevard hace dos noches.

La mención de Harbor Boulevard le trajo recuerdos del *pasado*. De Tyrone, el proxeneta, de Kayla, de prostitutas muertas.

Mujeres con gruesas bolsas de plástico en la cabeza, el interior cubierto de sangre, huesos y materia cerebral.

«La causa de la muerte fue una sobredosis aguda de fentanilo. El forense ha dictaminado que no es incompatible con una sobredosis accidental».

Jackson le entregó otro papel: el informe del forense.

Contenía detalles sobre las características físicas de la fallecida, su altura, peso y edad aproximada.

«¿Quién es?».

Alex no estaba segura de por qué Jackson les había asignado este caso. Aunque Chase y Tate habían mentido sobre el motivo por el que ella no se había quedado en la CVU, no veía ninguna razón para que ninguno de los dos mintiera sobre el caso en el que había estado trabajando. Había sido brutal, y era lógico que Jackson dudara en asignarles otro caso extremo.

¿Pero esto? ¿Una yonqui muerta?

Eso era algo de lo que podía encargarse la policía local.

—No estamos seguros. Las huellas no están en el sistema.

Alex no lo entendía. Se mordió la lengua.

Hale, que acababa de batir su récord de tiempo sin hablar, finalmente intervino.

—Vale, pero... *eh*... ¿por qué la estamos investigando? ¿Era una persona desaparecida o algo así? ¿Quién... —ahí estaba el icónico «quién» del hombre, que sonaba como un búho—... es ella?

«No lo sé», dijo Jackson con un toque de irritación.

«Entonces, ¿por qué...?».

—El forense vio manchas de sangre en la camisa de la mujer. —Jackson señaló el informe que Alex tenía en las manos, pero ella no encontró la línea correspondiente—. Por capricho, el Dr. Horn lo comparó con el tipo de sangre de la mujer. No coincidía. Ya le había tomado muestras de debajo de las uñas y decidió hacer un análisis de ADN. Algo sobre una subvención que recibió la oficina del forense para hacer pruebas de ADN, no sé los detalles. En fin, el ADN dio positivo».

Le pasaron un tercer papel a Alex. Otra foto, esta vez de un hombre de unos cuarenta y cinco años con el pelo castaño peinado hacia un lado. Al igual que la mujer, estaba tumbado boca arriba, con el pelo enmarañado y manchado de sangre. Otra diferencia

notable era que, mientras que la mujer estaba en una acera, el hombre estaba rodeado por un suelo de mármol caro y brillante.

Hale se inclinó hacia delante, haciendo crujir los resortes de la silla, para ver mejor.

—¿Quién...?

—Es el multimillonario Damon Voss. Murió dos días antes de que encontraran a la mujer desconocida. El ADN que el doctor Horn encontró bajo las uñas de ella era el de él. La teoría que se baraja es que ella lo asesinó.

Alex respiró hondo. Lo pensó durante un segundo.

—El asesinato no es un delito federal —dijo con naturalidad.

—No, no lo es. Pero el asesinato de un multimillonario sí lo es. La policía de Irvine se hizo cargo del caso inicialmente, pero lo pasó a la policía de Los Ángeles. Estos, a su vez, nos pidieron ayuda.

Jackson dejó que esto calara un momento antes de continuar.

«Por algún milagro, los medios de comunicación no se han enterado, por ahora. Pero cuando se enteren, va a ser un desastre. Tenemos que actuar rápido y averiguar qué demonios hacía un yonqui en el apartamento de Voss antes de que esto nos estalle en la cara».

Capítulo e 4

Un rato después, el perro ladró y el hombre cogió su cuaderno y se marchó.

La mujer no sabía cuánto tiempo llevaba hablando. Comprender el tiempo era un lujo que una mente confusa no podía permitirse.

Lo que sí sabía era que no podía volver a pasar por eso.

No lo haría.

Le costó un gran esfuerzo incluso girarse. Lo consiguió, pero seguía sin ver bien.

Le latía la cabeza.

Le dolían los ojos.

Sus dedos buscaron a tientas y encontraron un pequeño frasco, que tiró al suelo. Hizo un ruido metálico y lo volvió a encontrar.

Lo cogió.

Lo apretó. La sensación de algo que no era su piel desnuda sobre el frío hormigón pareció devolverle un poco los sentidos.

Entrecerrando los ojos con fuerza, pudo distinguir la forma.

Buscó en el suelo a su alrededor. Vio lo que podría haber sido una serpiente, pero sabía que era un tubo de goma.

Lo ignoró.

Encontró otra cosa.

Una jeringa.

Imposible de manipular. Todo estaba tan confuso, borroso, difuso.

Tenía que darse prisa. No sabía cuándo volvería él.

No podía volver a hacerlo. Nunca más.

La desesperación le trajo un momento de lucidez. Justo lo necesario.

Lo único que la salvó fue que no necesitaba medir.

Lo único que la salvó fue que quedaba mucho líquido en el frasco.

Su primer intento falló. No había dado en la goma del tapón y se había pinchado el pulgar.

No lo sintió.

Por favor.

Se mordió la lengua. Estaba hinchada y gruesa. Como una babosa de goma.

Mordió aún más fuerte. Sintió una ligera sensación y luego un líquido cálido le llenó la boca. Escupió.

Lo intentó de nuevo.

Esta vez consiguió introducir la aguja en la tapa de goma. Casi se le cae el frasco, pero se obligó a agarrarlo con más fuerza y, de alguna manera, tiró del émbolo hacia atrás. La aguja empezó a salir del recipiente de cristal y ella tragó un poco de la sangre que tenía en la boca.

El sabor metálico le dio la concentración que necesitaba. Probablemente introdujo aire en la jeringa junto con el líquido transparente, pero eso no importaba.

Siguió bombeando hasta que sintió que la presión disminuía. Se detuvo. Pensó que era suficiente, aunque no tenía ninguna base para ello.

Tenía que darse prisa.

Dejó caer el frasco, sujetó la jeringa y le dio la vuelta a la mano.

Esa fue la parte fácil.

Lo difícil: encontrar una vena.

La mujer rozó la punta roma de la aguja por la piel del interior del codo izquierdo.

Tenía la piel pálida, pensó que eso haría resaltar más sus venas azules. Pero no fue así. Vio una serie de puntos rojos donde el hombre le había inyectado anteriormente.

¿Cuántas veces?

Hizo todo lo posible por alinear la aguja con uno de esos agujeros. Seguía resbalando. Fallaba.

Un perro ladró y el pánico se apoderó de ella.

Dejó de buscar y simplemente empujó la aguja, rezando por encontrar una vena, y apretó el émbolo.

Esta vez no había prisa. Siguió empujando hasta que dejó de moverse. Cerró los ojos.

Rezó de nuevo.

Un perro.

Pasos.

La mujer murió con una sonrisa en los labios , sabiendo que esta vez no había forma de revivirla.

Capítulo 5

Dos veces durante el trayecto desde la oficina del OC hasta la oficina del forense, el agente Hale le preguntó a Alex por su trabajo en Virginia.

La primera vez fue sobre el caso, y Alex lo pasó por alto. La segunda fue específicamente sobre el agente Adams.

«¿Cómo es?», preguntó el hombre, casi eufórico. «¿Es tan... no sé... tan extraña como dice todo el mundo? No quiero parecer poco profesional...». Alex tuvo que contenerse para no burlarse. «Pero hay rumores de que una vez...».

«La agente Adams es una agente increíble», dijo Alex con brusquedad.

Hale captó la indirecta, se recostó en su asiento y puso cara de descontento.

Permaneció en silencio durante el resto del trayecto.

Entraron por la puerta de la morgue y el recepcionista les informó de que el Dr. Horn los estaba esperando.

El Dr. Eddie Horn, jefe médico del condado de Orange, era más bien bajito, pero lo que le faltaba en altura lo compensaba con creces en anchura. Y no en el sentido de Hale.

El hombre era un manojo de músculos.

—Agentes Frost y Hale —dijo con un gesto de asentimiento, y luego se ajustó las gafas—. Jackson me dijo que pasarían por aquí.

No mencionó su estancia en Virginia, pero Frost no estaba segura de si el hombre sabía siquiera que ella había abandonado el estado. Probablemente no.

—Síganme.

La morgue del condado de Orange formaba parte de un complejo de tres edificios construido hacía unos diez años. Aparte de la morgue, había un depósito de cadáveres en descomposición y la oficina del forense. Era enorme. Alex había estado en el edificio varias veces, pero agradeció que la guiaran, ya que no estaba familiarizada con la distribución.

No tuvieron que ir muy lejos. Bajaron por un pasillo iluminado y entraron en una sala de exploración aún más luminosa. Era grande, del tamaño de toda la planta de la oficina local del FBI. El espacio estaba lleno de equipo médico y, en el centro, había una camilla.

En ella yacía la mujer de la fotografía que Jackson le había dado a Alex. Le habían colocado una sábana azul por debajo de las axilas y tenía los brazos a los lados. Era inquietantemente similar a cómo yacía Tori en su cama.

Su piel era blanca como la porcelana, en marcado contraste con su cabello castaño. La visión del cadáver no provocó ninguna reacción en Alex, pero, detrás de ella, Hale tragó saliva de forma audible.

Mientras el Dr. Horn se acercaba al cuerpo, comenzó a dar detalles que Alex ya conocía por su informe: edad aproximada, altura, peso.

Modalidad y causa de la muerte.

Reiteró que sus huellas dactilares no figuraban en ningún sistema y que, por el momento, estaba identificada como Jane Doe.

Alex dejó que siguiera hablando mientras observaba el cadáver más de cerca. La nariz de la mujer estaba en carne viva y roja. Los ojos estaban claros.

—¿Puedo ver sus dientes? —preguntó Alex, interrumpiendo al forense.

El Dr. Horn se puso rápidamente un guante y utilizó un dedo para levantar el labio superior. No hizo ninguna pregunta.

Los dientes de la mujer estaban relativamente limpios y rectos.

—¿Ha tomado impresiones dentales?

—Sí. —Por primera vez desde que llegó, el tono del forense denotó un ligero fastidio—. También busqué en las bases de datos de personas desaparecidas e es a alguien que se ajustara a su descripción. No hay coincidencias.

«¿Puede comparar sus registros dentales?

«¿Con *qué*?».

Alex abrió la boca, pero volvió a cerrarla.

El Dr. Horn suspiró.

«No existe una base de datos centralizada con las huellas dentales de todos los habitantes del estado», dijo con impaciencia. «Hasta que no encuentres algo con lo que compararlas, son prácticamente inútiles».

Alex asintió y miró los brazos de la mujer.

«¿Puede darle la vuelta a los brazos, por favor?».

El Dr. Horn lo hizo.

El codo izquierdo de la mujer estaba lleno de marcas de inyecciones. Alex contó al menos ocho.

Ninguna parecía inflamada ni infectada. Tampoco había abscesos.

Adivinando su línea de pensamiento, el Dr. Horn se adelantó y dijo: «No hay indicios de abuso habitual de drogas. Podría tratarse de una recaída o una sobredosis accidental».

Alex se apartó del cadáver e inclinó la cabeza. Pensó en Chase Adams. En cómo la mujer parecía haber entrado en trance después de tocar a una de las víctimas sentadas en la mesa de la cocina en Virginia.

Alex se dio cuenta de que su brazo se había adelantado y lo retiró.

No podía ser.

«¿Algún signo de abuso sexual?».

«Negativo». El Dr. Horn se dispuso a bajar la sábana, como si necesitara demostrarlo, pero Hale carraspeó.

—Está bien. ¿Encontraron sangre en su ropa? ¿Decidieron analizarla para ver si era de ella?

—Sí.

«¿Por qué?

El Dr. Horn se enfadó.

Estaban empezando con mal pie. Alex sabía que no le gustaba que le cuestionaran ni le pusieran en duda.

—Solo intento conocer el terreno —dijo ella, tratando de suavizar las cosas.

«Entender la situación», murmuró el Dr. Horn entre dientes. «Analicé la sangre porque vi estos arañazos. Son relativamente recientes».

El Dr. Horn llamó la atención de Alex hacia el otro brazo de la mujer, el que estaba en el lado opuesto al que ella estaba. Efectivamente, había una serie de arañazos superficiales a mitad del antebrazo.

—¿De arañarse? —preguntó Alex.

—Eso es lo que pensé al principio —admitió el doctor Horn—. Pero encontré material orgánico bajo las uñas de ambas manos y no hay rastros de otros arañazos en el cuerpo. Basándome en esto, hice un análisis de sangre sencillo con el material de la camisa. El resultado fue O negativo. El tipo de sangre de la desconocida es A positivo.

—No lo entiendo.

Tanto el Dr. Horn como Alex se habían olvidado de que Hale estaba en la habitación con ellos.

«Los arañazos solo estaban en su brazo izquierdo», dijo el Dr. Horn, con tono aburrido.

—¿Y?

—Pues bien, agente Hale, intente arañarse el antebrazo izquierdo con la mano izquierda.

Hale lo intentó. Luego se sonrojó.

—Ah.

«Exacto. *Oh*. En fin, normalmente no haría un análisis de ADN en un caso como este, pero tenemos una subvención y...».

—El agente Jackson mencionó algo al respecto. Entonces, usted encontró sangre que no era de ella en su ropa y ADN extraño bajo sus uñas. ¿Podría ser un traficante? ¿Alguien con quien se peleó por las drogas?

—Estaba pensando en algo por el estilo. Aunque no esperaba obtener resultados con el ADN.

—Damon Voss.

El Dr. Horn asintió.

—¿Puedo ver los efectos personales de la mujer?

—Claro.

Había una fila de taquillas en la pared del fondo. El Dr. Horn leyó algunas de las etiquetas antes de abrir una. Sacó una bolsa de plástico grande, sellada.

—¿Quiere que la abra?

Alex tomó la bolsa e inspeccionó la ropa de la mujer a través del plástico. Unos vaqueros viejos, no especialmente limpios. Una camiseta negra genérica que tenía una gran mancha oscura en la parte superior del pecho y en parte de un hombro, que llegaba hasta la manga corta.

—Eso es la sangre —dijo el Dr. Horn.

—Exacto.

Alex le dio la vuelta a la bolsa.

Había algo más allí, aparte de la ropa. Un resguardo de OCTA.

«Era lo único que llevaba encima».

Alex estiró el plástico para leerlo mejor y se lo pasó a Hale.

«Sujeta esto», dijo, y tomó una foto con su teléfono.

Amplió la imagen.

Ruta: 472
Hora: 10:33 p. m.
Dirección: hacia el sur, **en** dirección a Irvine

—Dr. Horn, ¿analizó la sangre de la camisa? ¿Comparó el ADN con el perfil que encontró debajo de las uñas? ¿Con el perfil de Voss?

—No lo he hecho. Nuestra subvención forma parte de un proyecto piloto que investiga el ADN extraído específicamente de epitelios.

—Ah.

«Qué suerte», pensó Alex. Si no hubiera sido por la subvención, dudaba que esta mujer hubiera sido relacionada con Damon Voss.

«Sin embargo, si lo solicita oficialmente», continuó el Dr. Horn, «puedo extraer el ADN de la sangre y analizarlo».

Alex lo pensó.

—Quizá; se lo diré. —Asintió a Hale, indicándole a su compañero que le devolviera la bolsa a Horn. Él lo hizo, y la forense la guardó en la taquilla.

Alex volvió junto a la mujer en la camilla y tomó algunas fotos: de los arañazos, las uñas, los aparentes puntos de inyección y, lo más importante, el rostro de la mujer.

Se echó hacia atrás y respiró hondo.
Asintió para sí misma.
Luego dijo: «Bien, veamos a Damon Voss».

Capítulo e 6

El cuerpo de Voss era otra historia. Al igual que Jane Doe, también estaba pálido, pero ahí terminaban las similitudes.

La diferencia más significativa era que la causa de la muerte de Voss era obvia: la parte posterior izquierda de su cabeza estaba deformada. No estaba exactamente hundida, pero definitivamente no tenía una curva natural.

Obvia o no, la Dra. Horn sintió la necesidad de indicarlo explícitamente.

«La causa de la muerte fue un traumatismo craneal por objeto contundente. Compatible con un golpe con un objeto pesado en las zonas parietal y occipital. Se observaba una hemorragia craneal extensa desde el exterior. Las pruebas toxicológicas dieron negativo en drogas y alcohol».

—¿Tiene pensado realizar una autopsia completa? —preguntó Alex, esforzándose por que sonara como una pregunta pasiva y no como un desafío.

—Agente Frost, la causa de la muerte es *obvia* —dijo, señalando con la mano enguantada el cráneo de Voss—. Como ya he dicho, traumatismo craneal por objeto contundente. El objeto que causó la lesión se encontró en el lugar de los hechos: un gran obelisco de malaquita. Verde y negro. Cubierto de sangre.

—¿Dónde está ahora el objeto?

—Lo tiene la policía de Los Ángeles.

Alex entrecerró los ojos.

—¿La policía de Los Ángeles? ¿El ático de Voss no está en Irvine?

Eso era lo que ponía en uno de los papeles que le había dado Jackson.

—Sí. Pero llamaron a la policía de Los Ángeles debido a la... importancia de Voss, supongo. No lo sé. Me enviaron el cadáver, así que yo soy la encargada.

Claro. Jackson lo había dicho con menos palabras.

—¿Cuánto tiempo vas a retener el cadáver?

«Hasta que la policía de Los Ángeles me diga que lo libere», respondió la doctora Horn con tono seco.

Hasta que yo *te diga que lo liberes*, corrigió mentalmente Alex. Ahora era su caso.

Decidió no meterme en líos.

—Bien. ¿Tienes idea de quién de la policía de Los Ángeles se ha encargado del caso?

—El jefe Abner.

Al menos era una buena noticia. Alex no solo conocía al jefe, sino que lo consideraba un amigo. Esto también explicaba por qué la policía de Los Ángeles había contactado con el agente Jackson. Tenía sentido que la policía de Irvine pasara el caso. Eran un cuerpo pequeño y no querían arriesgarse a la mala publicidad si las cosas se complicaban.

Los ojos de Alex se desviaron hacia la parte posterior del cráneo abollado de Voss.

Y esto sin duda alguna era un lío.

La policía de Los Ángeles, por otro lado, disfrutaría de la prensa y del interés del público. Sería un error permitir que cualquier otro departamento se involucrara por miedo a que les robara protagonismo. Pero no Art Abner. A AA le importaba un comino ese tipo de cosas.

«¿Puedo ver sus brazos?».

Hale los sacó ambos de debajo de la sábana.

Alex notó arañazos en el antebrazo derecho de Damon, en un lugar similar a las marcas del brazo izquierdo de Jane Doe.

—Gracias, Dr. Horn. ¿Hale?

El hombre siguió mirando el cuerpo de Voss.

—Hale —repitió Alex.

—¿Eh?

«Vamos».

***

Art Abner, AA para sus amigos y colegas, se reunió con ellos en la sala de pruebas de la sede de la policía de Los Ángeles. Tenía

aspecto enfermizo. Cuando Alex lo vio por primera vez, tenía el pelo rapado y un impresionante bigote blanco. Pesaba unos veinte o veinticinco kilos de más. Ahora tenía el pelo más largo y las canas eran finas y escasas. Su bigote tampoco tenía muy buen aspecto. No era tan tupido.

Pero lo más alarmante era la pérdida de peso. AA estaba al borde de ser clasificado como bajo de peso, y la piel debajo de la barbilla le colgaba flácida.

Se animó cuando ella llegó.

—Agente Frost, ¡bienvenida! Me alegro mucho...

—¡Hola, Art! —la interrumpió Hale—. ¡Qué bien te ves! Has perdido unos kilos. ¿Es gracias a ese nuevo medicamento? ¿Ozempic?

Alex se estremeció, no solo por la interrupción, sino por las palabras de su compañera. AA no tenía buen aspecto. Tenía un aspecto horrible. Su piel estaba manchada y grisácea.

—Yo...

Hale se dio una palmada en su formidable barriga.

—Sea lo que sea, tienes que contarme tu secreto.

AA frunció el ceño y se dirigió a Alex.

Parecía que quería abrazarla, y si hubieran estado solos, o quizá en un lugar menos formal, quizá lo habría hecho.

Se conformaron con un apretón de manos.

—Me alegro de que hayas vuelto a la costa oeste —dijo AA. La retuvo un poco más de lo habitual antes de estrechar la mano de Hale.

—Agente Hale, me alegro de verle.

Ahora sí que era muy formal.

—Yo también me alegro de verte.

«¿Quieres ver la torre?».

Alex tardó un momento en darse cuenta de que AA se refería al obelisco de malaquita, dos palabras que nunca pensó que utilizaría juntas. Ni por separado.

—Sí.

Mientras caminaban lentamente, ya que AA respiraba con dificultad, dijo: «El agente Jackson me informó sobre la mujer no

identificada que fue encontrada con el ADN del Sr. Voss bajo las uñas. Es una suerte que la oficina del forense tenga esa subvención para pruebas de ADN, de lo contrario probablemente nunca hubiéramos establecido la conexión».

Suerte, sin duda.

Lo que ni Horn, ni Jackson, ni AA habían mencionado era la cruda realidad de que la desconocida era solo eso: una desconocida. Otra drogadicta que había muerto a causa de su adicción. El protocolo consistía en publicar una foto en el periódico, compararla con las personas desaparecidas e intentar averiguar su identidad. Con demasiada frecuencia, estas tácticas no daban resultado y el cuerpo era incinerado y enterrado en una tumba anónima.

Mientras AA se dirigía al fondo de la sala de pruebas, atravesando una puerta enjaulada, hacia una mesa, Alex pensó en algo.

—El Dr. Horn tomó ADN del desconocido por ese nuevo estudio y la subvención, pero ¿por qué estaba Voss en el sistema?

—Hace años, una prima suya desapareció. También era drogadicta. Damon Voss entregó voluntariamente su ADN para ayudar a la policía a crear un perfil por si aparecía en una base de datos o si aparecía un cadáver en una cuneta.

Otro golpe de suerte, pensó Alex. El hecho de que las dos víctimas murieran con pocos días de diferencia no habría sido suficiente para relacionarlas, sobre todo teniendo en cuenta sus condiciones socioeconómicas tan dispares.

—¿Apareció alguna vez? Me refiero al primo de Voss.

«Una mujer. Y no».

«¿Algún signo de allanamiento en la casa de Voss?», preguntó Hale.

Alex frunció el ceño.

El informe que Jackson les había entregado, y que Hale había pasado bastante tiempo leyendo durante el trayecto hasta el depósito de cadáveres, afirmaba claramente que eso no había sido así. Era prácticamente imposible, dado que Voss vivía en un ático en la última planta de un edificio de apartamentos muy exclusivo.

—No.

—Entonces, ¿cómo entraron en contacto estos dos?

AA se encogió de hombros. Parecía muy cansado.

Hale finalmente se calló cuando se acercaron a la mesa. Sobre ella se encontraba el obelisco de malaquita. Era grande y hortera.

Mucho más grande de lo que Alex había esperado.

Mientras observaba la estatua, preguntó: «¿Huellas dactilares?».

—No. La policía científica hizo todo lo posible, pero es casi imposible que queden huellas en la superficie. —Se encogió de hombros—. O eso me dijeron. Es la primera vez que veo algo así como prueba.

Alex examinó la estatua. Medía unos cuarenta y cinco centímetros de alto y tenía la forma de un obelisco clásico, pero con una sección cuadrada a mitad de altura.

No había sangre, y Alex hizo un comentario al respecto.

«La policía científica la limpió. Solo hay un tipo de sangre: O negativo, el de Voss».

—¿Ninguna otra sangre?

—No.

—Sigo sin entender por qué nuestra desconocida estaba en el apartamento de Voss. ¿Quizás era una... trabajadora sexual?

Hale volvió a pensar en voz alta.

«El patrimonio neto de Damon Voss oscilaba entre 1200 y 1600 millones, según la fuente. Sin ánimo de ofender a nuestra e , pero no creo que si Voss buscaba diversión fuera a reclutar en Harbor Boulevard».

Alex no estaba tan seguro.

Si Voss quería una prostituta de lujo, sin duda habría recurrido a un servicio que atendiera a gente de su posición. Pero si Voss, que tenía dinero para hacer lo que le diera la gana, tenía gustos más... específicos, una yonqui, alguien que se sintiera agradecida por poder pagarse su próxima dosis y a la que se le pudiera pagar por mantener la boca cerrada, podría ser exactamente lo que Voss estaba buscando.

Alex decidió guardarse esto para sí misma: Hale empezaría inevitablemente a hacer preguntas del tipo: *«¿Qué tipo de cosas crees que le gustan a Voss?».*

Y luego: *«¿La gente... la gente hace* eso?».

Mejor dejar al hombre con su imaginación subdesarrollada.

—Jefe Abner, ¿cuánto pesa la estatua?

«Un poco menos de veinticinco libras».

Alex se acercó al obelisco.

«¿Tienes un par de guantes?».

—Claro.

AA abrió un cajón y le entregó a Alex un guante azul de nitrilo. Alex se lo puso en la mano derecha y luego extendió el brazo y agarró la estatua. Su forma hacía que fuera difícil de levantar. Optó por la parte cuadrada y la agarró con la palma de la mano.

Empezó a levantarla, pero inmediatamente se inclinó y se vio obligada a volver a dejarla antes de que se le cayera. No habría importado mucho, solo había conseguido levantarla unos centímetros de la mesa.

AA se rió entre dientes y le entregó otro guante. Con las dos manos, Alex consiguió levantarla, pero era pesada y difícil de manejar. Intentó hacer algún tipo de movimiento, pero le resultó casi imposible. En su mente, imaginó a la desconocida en la camilla de la morgue. Veía claramente sus delgados brazos. La mujer era bastante más delgada que Alex.

—Tendrías que ser Aaron Judge para blandir eso —dijo Hale con una risita. Luego se puso serio—. Espera, déjame intentarlo.

Alex se sintió un poco molesta por la intromisión, pero asintió a AA. Dio un paso atrás mientras Hale, ahora con guantes, ocupaba su lugar. Consiguió levantar la estatua y dio un golpe medio decente.

—Vaya —dijo, volviéndola a dejar en su sitio—. Pesa mucho.

Vaya, gracias por la información, Hale.

—He visto las fotos de la escena del crimen, AA, y no quiero meterme donde no me incumbe, pero ¿por qué te llamó la policía de Irvine? Se volcó una mesa y el obelisco quedó tirado en el suelo. ¿Por qué pensaron que era un homicidio y no un accidente?

—Sería un accidente increíble. Resbalar, caer, volcar la mesa y golpearse la cabeza.

Cállate, Hale.

«Voss era alto, metro ochenta y cinco. El obelisco es duro como una roca. No soy ningún experto, pero creo que una caída desde esa

altura podría haber causado los daños que vimos en el depósito de cadáveres*».*

Cállate, Frost.

AA miró a Alex. Parpadeó dos veces.

«Por la nota».

—¿La... nota? —dijo Hale, salvando a Alex de hacer la misma pregunta embarazosa.

—Sí, la nota. ¿No estaba en el informe?

Hale conocía el informe mejor que Alex y negó con la cabeza.

—No vi ninguna mención a una nota.

«Mierda. La policía debe haberse olvidado de poner eso ahí». AA les dijo que esperaran junto al obelisco mientras él se retiraba a otra zona vallada, utilizando una tarjeta que llevaba en el cinturón para acceder. Regresó unos instantes después con una fina bolsa de plástico para pruebas sellada con cinta roja. AA se la entregó a Alex.

La nota estaba escrita en un trozo de papel, un poco más grande que una tarjeta de visita. En letras pequeñas y mayúsculas había cuatro palabras sencillas: *«Yo no lo maté*».

Capítulo 7

Antes de dar las gracias a AA y marcharse, Alex se aseguró de comparar el informe que le había dado Jackson con el expediente conjunto del IPD y la policía de Los Ángeles.

La nota no era lo único que se había omitido, ni lo único que apuntaba a un homicidio.

El ático de Voss estaba debidamente equipado con cámaras, como cabría esperar de un multimillonario tecnológico. Excepto que, la noche en que murió Voss, estaban apagadas. El edificio tenía su propio conjunto de cámaras en el vestíbulo, pero estas no revelaron nada inusual.

El cadáver fue descubierto al día siguiente por la esposa de Voss, Muriel Voss. La policía de Los Ángeles había interrogado a otros inquilinos de los pisos inferiores —el ático de Voss era el único de la última planta— y al portero. Nadie vio nada sospechoso el día en cuestión.

También se interrogó al asistente personal del hombre, Nigel Stoker. Este dijo a la policía que su jefe le había dado la noche libre. Cuando se le preguntó si era algo habitual, Nigel admitió que no, que su jefe solía enviarlo a casa cuando Damon quería pasar una noche tranquilo a solas.

Nigel también tenía una coartada: tenía una entrada para un club de jazz al otro lado de la ciudad. El camarero lo recordaba.

Del mismo modo, Muriel tenía una coartada irrefutable: había estado fuera de la ciudad con unos amigos, de vacaciones en una de las otras propiedades de los Voss en Florida. Los registros del aeropuerto confirmaron que había embarcado en el vuelo.

—¿Cómo se les olvida incluir una prueba tan importante en el informe? —refunfuñó Hale mientras regresaban al coche de Alex.

Alex se encogió de hombros.

Ella sabía cómo: teléfono descompuesto. El IPD envió su informe al LAPD cuando le entregó el caso, y el LAPD, queriendo asegurarse de que todos supieran que era su caso, lo volvió a escribir. Algún mecanógrafo sobrecargado de trabajo se saltó una línea.

Irónico, teniendo en cuenta la suposición de Alex sobre por qué la policía de Indianápolis lo había entregado en primer lugar: para evitar un desastre como este.

Con el tiempo, Alex —no, Alex no, Hale— volvería a escribir el informe para uso interno del FBI.

Se aseguraría de que no se le escapara nada.

—¿Está el número de Nigel en ese archivo? —preguntó Alex.

Ahora tenían ambos archivos en su poder: el de la policía de Los Ángeles y el del IPD.

Hale encontró el número del hombre en ambos.

—Sí.

—Llámale, a ver si puede reunirse con nosotros en casa de Voss.

Hale lo hizo, y el hombre dijo que podría estar allí en una hora. Hale miró a Alex, quien asintió con la cabeza.

Acordaron encontrarse.

Mientras tanto, Alex decidió dirigirse al lugar donde se había encontrado el cadáver de Jane Doe.

Odiaba Harbor Boulevard. No odiaba a la gente, ni a los zombis, ni el olor.

Odiaba la sensación que le producía.

Culpa.

Infundada, tal vez, pero innegable.

Debajo del paso elevado principal había una serie de tiendas de campaña mugrientas. También había algunos carros de la compra volcados y cubiertos con lonas para protegerse.

Pero era la gente lo que le afectaba a Alex. Divisó a media docena de ellos, aproximadamente la mitad hombres y la mitad mujeres. Estaban completamente inmóviles, como si se hubieran congelado en el tiempo. Inclinados en ángulos extraños. Encogidos. Con saliva cayendo de sus bocas abiertas.

Con los ojos cerrados o abiertos. Algunos de los zombis tenían uno de cada.

Incluso Hale se quedó sin palabras. Las fuerzas del orden no podían permitirse el lujo de ignorar cómo vivía la otra mitad de la población. Su completa indigencia y privación.

Alex quería seguir conduciendo, tal era la fuerza con la que la invadía el sentimiento de culpa.

Pero no lo hizo, y menos mal, porque Alex vio a alguien que reconoció.

Se detuvo, aparcó y salió del coche.

—¿Frost?

Ignorando a su compañero, se apresuró a acercarse a la mujer con la falda de licra ultraajustada.

—Hola —dijo en voz baja, para no asustar a los enfermos. Aunque eso no habría importado. Podría haber explotado una bomba atómica en medio del campamento de vagabundos y los zombis no se habrían movido.

La mujer se volvió. A Alex le intrigó ver que ahora llevaba zapatos planos. La última vez que había hablado con la prostituta de pelo encrespado, preguntándole por Rodney Memphis, llevaba unos tacones imposibles.

—Cincuenta por... —la mujer se detuvo y entrecerró los ojos enrojecidos—. Tú.

—Sí, a mí. Agente Alex Frost, del FBI.

La prostituta, que nunca le había dicho su nombre, observó a Alex con una mirada desagradablemente lenta de arriba abajo.

—Chica Gucci.

Alex llevaba su uniforme habitual, imitando el estilo de Chase Adams. Unos pantalones grises de algodón corrientes y una blusa blanca. Se había dejado la chaqueta a juego en el coche.

«Culpable», dijo, tratando de mantener la calma.

Alex sacó su teléfono, buscó una foto de la desconocida en la camilla y amplió su rostro.

—¿Reconoces a esta mujer?

La prostituta no se movió.

«Por favor, estamos tratando de identificarla para poder encontrar a su familia».

Era mentira.

«No suelo hablar con la policía». *No soy policía*. «Pero como ayudaste a Kayla, lo buscaré».

La prostituta dio un paso adelante con cautela y se abalanzó sobre el teléfono. A pesar de su anterior interacción con la mujer, Alex dudó en entregárselo. Lo último que quería era ir a ver a Jackson en su primer caso tras volver a OC y decirle que le habían robado el teléfono. Agarró el dispositivo con fuerza por los lados y lo apartó un poco.

La mujer se inclinó y miró la imagen durante unos treinta segundos.

—No la conozco.

—¿Seguro? Su cuerpo fue encontrado no muy lejos de aquí.

Para ser sincera, Alex no sabía exactamente dónde habían encontrado a la desconocida, solo sabía que había sido en Harbor Boulevard.

—No la conozco.

callejón sin salida.

«¿Quizás sea una de las chicas de Tyrone?».

La mujer frunció el ceño.

«¿No te has enterado?».

«¿Oído qué?».

«Que Tyrone ha muerto. Quiero decir, se ha ido, pero *todo el mundo* sabe que está muerto. Hay un tipo nuevo en la ciudad. Un cabrón malvado, le llaman Clink».

«¿Sabes dónde puedo encontrar a este Clink?».

«Si no lo encuentras, él te encontrará a ti. Pero da igual. No te dirá nada».

Sí, un callejón sin salida.

«Vale, gracias. Cuídate».

La cara de la prostituta se suavizó de repente. También lo había hecho la última vez que habían hablado; se mostraba dura, pero en el último momento se le caía un poco la máscara.

«Ella no es de por aquí».

—¿Estás seguro?

«Quiero decir que no se queda aquí. Puede que haya venido de paso, pero no es una habitual».

«Vale».

Alex volvió al coche. Hale la miró como un cachorro.

—¿Qué ha dicho?

—No conoce a nuestra Jane Doe. Dice que no es una habitual.

Hale se desplomó en el asiento y miró su reloj. Era grande, de plástico.

—Para cuando lleguemos a Irvine, Nigel ya debería estar allí.

Frost ya empezaba a relajarse, sintiendo cómo la opresión en el pecho se disipaba con cada kilómetro que se alejaban de Harbor Boulevard.

Capítulo e 8

Un hombre alto y negro, vestido con traje, los recibió frente a un impresionante rascacielos en Irvine, a un tiro de piedra de la ciudad limítrofe de Tustin.

Se presentó como Nigel Stoker, lo que confirmó la etiqueta con el nombre de Voss Industries que colgaba de un cordón alrededor de su cuello.

A Alex le pareció extraño que hubiera venido allí a instancias de ellos y, sin embargo, se hubiera quitado la etiqueta.

—Agentes Frost y Hale. FBI.

Se dieron la mano.

—¿Han averiguado qué le pasó a mi jefe?

—Para eso nos han traído aquí.

—Es que... estoy en shock. ¿Por qué alguien querría hacerle daño a Damon?

Porque es multimillonario. Todo el mundo odia a los multimillonarios. Incluso otros multimillonarios.

Alex se fijó en que Nigel había utilizado el nombre de pila de su jefe.

«No tengo ni idea, pero estamos en ello. Colaborando con la policía de Los Ángeles y la policía de Irvine». Más o menos. «¿Crees que puedes llevarnos arriba, a su apartamento?».

—Por supuesto. Pero te advierto que estoy bastante seguro de que Muriel está allí.

Esto sorprendió a Alex. La esposa de Damon estaba en su lista de personas a entrevistar, pero quería echar un vistazo al apartamento primero y hablar con Nigel antes de enfrentarse a la afligida viuda.

No era lo ideal.

—¿Se está quedando allí?

—No lo creo. Me llamó y me dijo que pasaría hoy a recoger algunas cosas.

Cuando muere un multimillonario, el primer sospechoso es cualquiera que pueda beneficiarse de su muerte. Demonios, esto también se aplicaba a la gente corriente.

—¿La policía de Los Ángeles no ha acordonado el apartamento? —preguntó Alex.

Ya sabía la respuesta, eso lo había leído en el expediente. La policía había tomado fotos en 3D del apartamento de Voss y de su cadáver. Habían recogido todo lo que pudiera considerarse una prueba. Luego se lo habían devuelto a la familia. A la gente que vivía en lugares como este, un complejo de apartamentos de lujo con vistas al mar, no les gustaba que la policía merodease por allí. Otros inquilinos empezaron a quejarse del valor de reventa, de la chusma, de todo lo imaginable. Y esta gente tenía influencia. Una influencia a la que ni siquiera AA era inmune.

—No, supongo que ya han terminado —dijo Nigel encogiéndose de hombros.

—No pasa nada. Cuando estés listo.

Nigel escaneó la etiqueta con su nombre que llevaba alrededor del cuello en un lector situado junto a unas grandes puertas exteriores. Luego les indicó que retrocedieran mientras una bisagra neumática abría la puerta automáticamente.

—¿Es este un edificio de Voss? —preguntó Hale.

—Voss no es el propietario —respondió Nigel—. Pero los contrataron para encargarse de la seguridad del lugar. Los demás residentes utilizan un llavero, pero Damon instaló aquí la tecnología. Es más fácil, así no tengo que llevar nada en el bolsillo.

Nigel movió la etiqueta con el nombre y Alex pudo verla mejor mientras Hale seguía haciendo preguntas.

Tenía una imagen a todo color del rostro del hombre, un código de barras, un código QR y la fecha en que había empezado a trabajar en Voss Industries. También aparecían el nombre y el logotipo de Voss.

«¿Todos los que trabajan en Voss llevan uno de esos?».

«Sí, es obligatorio».

«Pensaba que una empresa tecnológica usaría algo más sofisticado», comentó Hale encogiéndose de hombros.

A su derecha había un mostrador de seguridad. Dos hombres uniformados estaban encorvados detrás de varios monitores. Nigel saludó a uno de ellos al pasar.

«¿Como qué?».

«No sé, escáneres oculares, huellas dactilares, cosas así».

«Esto solo son tarjetas de identificación».

«Claro».

Se dirigieron a un ascensor y Nigel pulsó el botón de subir.

«¿Qué es exactamente lo que haces para Voss Industries?», preguntó Alex.

La etiqueta con el nombre del hombre indicaba que era director de operaciones personales.

Eso no le decía nada a Alex.

—Un poco de todo. Llevo a Damon en coche, le recojo la comida, organizo sus viajes. Cuando quiere salir, actúo como su guardaespaldas.

—Llevabas —dijo Hale.

Alex se estremeció.

«¿Perdón?».

Ella habló antes de que Hale pudiera decir nada más.

«¿Y hace dos noches? ¿No estabas haciendo de guardaespaldas entonces?». Alex intentó mantener un tono amistoso, sin acusarla.

—Mira, sé lo que estás pensando, y también sé lo que piensan la policía de IPD y la de LAPD.

«¿Qué dices, Sr. Stoker?»

¡Cállate, Hale!

—Que yo tengo algo que ver con esto. Bueno, te diré lo mismo que les he dicho a ellos: no tengo nada que ver. Damon me caía bien, me caía muy bien. Es una mierda lo que le ha pasado.

El ascensor pitó.

Entraron y Nigel pasó su tarjeta antes de pulsar el botón PH.

Alex pronto se dio cuenta de que, si Jane Doe había estado allí, alguien la había dejado entrar.

Capítulo e 9

Los ascensores se abrieron a una especie de vestíbulo, de unos cuatro metros de profundidad y quizá el doble de ancho. Suelos de mármol. A la derecha, una mesita con un cuenco de cerámica decorativo encima.

A Alex le recordó al obelisco de mal gusto.

Había un felpudo para los zapatos, pero estaba vacío.

—No quiero asustar a Muriel si está aquí —dijo Nigel.

Unas enormes puertas de roble separaban el apartamento propiamente dicho del vestíbulo. En lugar de usar su tarjeta, llamó a la puerta.

Esperaron.

Se oyeron pasos en el interior.

Una voz.

—¿Hola?

«¿Muriel? Soy Nigel. Soy del FBI. Quieren ver el apartamento».

Una pausa, luego un clic.

Se abrió la puerta.

Muriel Voss era una mujer guapa. Tenía el pelo castaño rojizo recogido detrás de unas orejas ligeramente grandes. Ojos verdes, rasgos pequeños. Era baja, delgada y tenía unos pechos grandes, obviamente falsos.

Alex no había visto ninguna foto de Muriel, pero esperaba encontrar a una mujer rubia platino que pareciera tener la mitad de los cuarenta y seis años de Damon.

Muriel parecía tener unos treinta y tantos o incluso cuarenta y pocos.

Nigel se adelantó y los dos se abrazaron. Muriel cerró los ojos enrojecidos.

Sollozó una vez.

—Lo siento mucho —le susurró Nigel al oído. Ella volvió a sollozar.

Se separaron y Muriel se secó las mejillas.

Le tendió la mano.

«Muriel Voss».

Alex le estrechó la mano y habló antes de que Hale pudiera decir alguna estupidez.

—Agente Frost. Lamento mucho su pérdida, señora Voss.

—Gracias.

Muriel miró a Hale.

—Agente Hale. Siento mucho lo de su marido. Se dieron la mano.

—Gracias.

«¿Podemos pasar?».

—Sí.

Nigel entró primero, seguido de Alex y Hale.

El apartamento era increíble. Absolutamente impresionante. Mármol por todas partes, techos enormes, una lámpara de araña en el centro que probablemente costaba tanto como el coche de Alex.

Sin embargo, lo más impresionante del apartamento era sin duda las vistas. Toda la pared trasera era de cristal. De suelo a techo, de pared a pared, y se extendía unos doce metros. Alex no veía ni una sola junta en la ventana.

—Sra. Voss...

—Muriel, por favor.

—Está bien, Muriel, sé que debe de ser difícil y entiendo que probablemente ya lo haya contado todo a la policía y a la policía de Los Ángeles, pero podría ser útil que me dijera qué pasó cuando descubrió a su marido.

—De acuerdo —dijo la mujer en voz baja. Parecía estar todavía en estado de shock. No era de extrañar, teniendo en cuenta que había encontrado el cadáver de su marido hacía solo dos días—. Estaba en Florida, de viaje con unas amigas. Volví a casa el lunes por la tarde. Damon, un , ya había encargado un coche para que me recogiera. Subí a casa y... —se le quebró la voz—. Lo llamé, pero no respondió. Entonces entré...

Muriel dio dos pasos atrás y volvió sobre sus pasos. Incluso llegó a simular que dejaba el bolso en una mesita junto a la puerta. Luego giró a la derecha, rodeando una pared. Alex la siguió.

Muriel se detuvo bruscamente. Estaban en un pasillo que conducía a la cocina.

«Estaba aquí mismo. Boca arriba». Muriel estaba llorando desconsoladamente.

Alex recordó mentalmente la foto de la escena del crimen. Parecía ser el lugar donde habían encontrado a Damon. La única diferencia era que faltaban la mesa larga, que estaba volcada, y el obelisco.

—¿Y luego qué? ¿Llamaste al 911? —preguntó Hale.

—No inmediatamente. Fui hacia él. Intenté despertarlo. Luego me derrumbé. Le sostuve la cabeza entre los brazos.

—¿Y entonces llamaste al 911?

Joder, Hale, déjala un momento.

—Hale, ¿puede volver a la recepción y pedirles que vean las imágenes de seguridad de hace dos noches?

«Las cámaras no grabaron nada», dijo Hale.

«¿Puedes volver a comprobarlo? A ver si hay cámaras en las salidas de emergencia».

Alex sabía por qué Hale había frustrado tanto a Con. A Con le gustaba escuchar, le gustaba que los entrevistados y los sospechosos hicieran ellos mismos las preguntas.

Y responderlas también.

—De acuerdo.

Hale se marchó.

«Lo siento», dijo Alex. «Es nuevo».

—No pasa nada —dijo Muriel, sorbiendo por la nariz—. Solo quiero saber quién le hizo esto a mi marido.

—Yo también. El viaje de tus hijas... ¿Cuándo lo planeaste?

—Hace un par de meses.

Alex se volvió hacia Nigel.

—¿Tenías pensado ir al club de jazz esa noche?

Él negó con la cabeza calva.

—No. Más temprano, el Sr. Voss me dijo que me tomara la noche libre.

Alex asimiló toda la información mientras dejaba que su mirada se perdiera por el magnífico apartamento. Divisó tres pequeñas cámaras de aspecto muy tecnológico.

Señaló la más cercana.

—Las cámaras...

«El Sr. Voss las apagó».

Alex frunció el ceño.

—¿Lo hacía a menudo?

—No lo creo. No lo sé realmente.

—¿Quién más podría apagar las cámaras?

—No lo sé. Nunca lo he intentado. Yo podría tener acceso. Puedo comprobarlo si...

—No, no hace falta.

Su mujer estaba de viaje con las amigas. La directora de operaciones personales, que Alex estaba empezando a darse cuenta de que era solo un eufemismo para asistente personal, pidió tomarse la noche libre. Las cámaras se desactivaron deliberadamente.

Un altercado con una mujer de Harbor Street.

Una nota: *yo no lo maté.*

Alex dudaba en sacar conclusiones precipitadas, pero parecía que Damon había organizado un encuentro que había salido terriblemente mal y no un ataque deliberado.

«Muriel, ¿usted o su marido guardan objetos de valor en casa? ¿Relojes caros, joyas, ese tipo de cosas?».

«Nada demasiado extravagante, pero sí. Voss tiene un par de relojes bonitos».

«¿Todavía están aquí?».

—No lo sé. Solo estaba recogiendo algunas de mis cosas. No puedo quedarme aquí. Iba a coger algo de ropa y marcharme a uno de nuestros otros apartamentos.

—¿Podemos ir a ver?

Muriel asintió y condujo a Alex a través del apartamento hasta el dormitorio. Aquí había más lujo. Una cama enorme, las mismas ventanas sin marcos con vistas al océano.

«Guarda los relojes en un cajón aquí».

Muriel se dirigió a un gran vestidor. Las luces se encendieron automáticamente cuando entró. Armarios hechos a medida, el lado de Muriel lleno de vestidos largos y el de Damon con una serie de trajes caros. En el centro había una estructura cuadrada a la altura de la cintura. Las luces se encendieron en el interior cuando Muriel se acercó.

Alex se unió a ella.

«Todos sus relojes están aquí».

Alex se asomó a través de la vitrina de cristal. Vio un par de Rolex, reconoció uno de ellos como el que solía llevar su padre, y otros que parecían aún más llamativos. Al igual que el armario, la vitrina también estaba dividida en dos: un lado para él y otro para ella.

—Parece que todas mis joyas también están aquí.

Definitivamente no fue un robo.

—Muriel, ¿te importa si uso el baño?

—Por supuesto. Hay uno al otro lado del dormitorio.

«Gracias».

Alex no necesitaba ir al baño. Simplemente sabía que se puede aprender más de alguien por el estado de su baño que por el de su dormitorio.

Sin embargo, era poco probable que fuera el caso de Voss; el cuarto de baño estaba impecable. Probablemente, los Voss tenían todo un equipo de limpieza.

Consideró que alguno de los tripulantes podría estar detrás de todo esto, pero luego descartó la idea.

Una vez más, los relojes y joyas caros que habían sido ignorados sugerían que el robo no era el motivo.

Inspeccionó los cepillos de dientes. Estaban perfectamente ordenados.

Lo mismo ocurría con una navaja de afeitar. Cremas.

A continuación, el botiquín. Había lo habitual: antiácidos, pastillas para el dolor de cabeza.

Algunas tiritas.

No había medicamentos recetados.

Ni bolsitas de cocaína. Ni jeringuillas, ni viales.

Alex cerró el botiquín y tiró de la cadena.

Cuando salió del baño, encontró a Muriel con uno de los trajes de Damon en las manos, con la cara enterrada en la manga.

Parecía estar oliéndola.

—¿Muriel?

La mujer se sobresaltó y se volvió.

—¿Estás bien? Era una pregunta estúpida, pero Alex no se le ocurrió nada más.

Algo entre un asentimiento y un movimiento de cabeza. Este se convirtió en un movimiento claro.

—No puedo creer que se haya ido. Sigo esperando que se abra la puerta y entre Damon. Cuando llamaste... Alex ya había oído ese estribillo antes en boca de otras personas que habían perdido a seres queridos. Demonios, ella había sentido lo mismo por Con, y solo habían sido compañeros durante un breve periodo de tiempo.

—... pensé que era él.

«¿Cuánto tiempo llevaban casados?».

—Dieciocho años este septiembre. Nos conocimos en el primer año de la universidad. Bueno, yo estaba en primer año y Damon en tercero.

Muriel debió darse cuenta de que estaba entrando en el oscuro camino de los recuerdos, porque se detuvo de inmediato.

—No puedo imaginar por lo que estás pasando. —Alex sacó una tarjeta y escribió su número de móvil en el reverso con un bolígrafo —. Llámame si necesitas algo.

Muriel se mostró agradecida y cogió la tarjeta.

—Si necesitas recoger tus cosas y marcharte, no te cortes. No tengo más preguntas que hacerte.

Después de descubrir que Muriel podría estar en el apartamento, Alex había pensado en enseñarle la foto de la mujer sin identificar y preguntarle si la reconocía.

Pero ahora decidió no hacerlo.

La mujer necesitaba tiempo.

Nigel se acercó y se ocupó de la mujer, la abrazó. La ayudó a hacer una maleta. Alex prestó mucha atención a su interacción. Estaba pensando en la mujer sin identificar y en Damon Voss. En cómo todo apuntaba a que la habían invitado a entrar.

¿Era por eso por lo que Alex encontraba esta interacción un poco demasiado íntima? ¿O había algo más?

Nigel cerró la maleta y levantó la vista de repente.

Alex apartó la mirada.

—Por favor, encuentren a quien le haya hecho esto a mi marido —dijo Muriel. Luego se marchó.

Se llevó un peso consigo.

Alex exhaló y finalmente miró a Nigel a los ojos.

—Quiero encontrar al asesino de Damon, Nigel —dijo—. Pero para ello voy a necesitar tu ayuda.

Capítulo 1 0

«Te ayudaré en todo lo que pueda».

Alex miró a Nigel a los ojos durante un momento y luego sacó su teléfono. Le mostró una foto ampliada del rostro de Jane Doe.

«¿Conoces a esta mujer?».

Nigel se sintió confundido al principio, sin saber por qué le preguntaba por una mujer.

«No creo».

«Mira otra vez».

Lo hizo.

«No, no la conozco. ¿Por qué me lo preguntas? ¿Tiene algo que ver con esto?».

«No estoy segura».

Alex dejó el tema ahí.

—Nigel, esa tarjeta que llevas alrededor del cuello, ¿dijiste que todos en la empresa llevan una?

«Sí, como te dije, es obligatorio».

«Entonces, ¿a todos les sacan una foto?».

«Sí».

«¿Y huellas dactilares? Cuando mi socio habló de seguridad de alta tecnología, mencionó los escáneres de huellas dactilares. ¿Los usáis?».

Nigel frunció el ceño.

«En algunas oficinas, sí».

«¿Y se toman las huellas dactilares a todo el mundo? ¿A todos los empleados?».

«Creo que sí». Se encogió de hombros sin mucho entusiasmo. «Me tomaron las huellas dactilares».

«Vale, voy a necesitar acceder a la base de datos con las huellas dactilares de los empleados. Mira también sus fotos».

Nigel se retorció.

—No estoy seguro...

—Yo sí. Alex sabía que había llegado el momento de dejar de ser el amigo de Nigel y ponerse duro. —¿Esa mujer? ¿Muriel Voss? Se

merece saber qué le pasó a su marido, quién le hizo esto. Te aseguro que puedo conseguir una orden judicial para acceder a los archivos personales de Voss. Pero si seguimos por ese camino, perderemos mucho tiempo. Tiempo que la persona responsable del asesinato de Damon puede utilizar para alejarse más del crimen».

En realidad, no. El probable responsable yacía en una camilla en el depósito de cadáveres. Pero Damon no lo sabía.

—Nigel, ¿tienes acceso a la base de datos de empleados?

—Tengo acceso de máximo nivel.

—¿Eso es un sí?

—Bueno, nunca he intentado acceder a los archivos de la empresa, pero creo que sí.

Alex asintió.

—Bien. ¿Damon tiene oficina en el apartamento?

—Sí.

—Llévame allí.

Alex no le dio tiempo al hombre para pensar. Eso era importante. Pensar significaría preguntas. Preguntas como: si quieres huellas dactilares, eso significa que tienes algo con lo que compararlas. ¿Es esa mujer que me has mostrado? ¿Ha sido ella?

Cuando Nigel dudó, Alex dio un paso adelante.

—Tenemos que actuar con rapidez, señor Stoker.

—Sí, claro.

—Ahora.

Empezó a caminar y Alex lo siguió. El apartamento era mayoritariamente un espacio abierto, un invento moderno. Más grande de lo que había pensad . Tardaron unos dos minutos en llegar hasta una puerta cerrada, donde Nigel pasó su tarjeta identificativa por el lector que había junto a ella.

—No trabaja mucho en casa, apenas pasa tiempo aquí. Pero a Damon le gusta ir a su oficina cuando está cansado.

Le gusta, en presente. El hombre aún se estaba acostumbrando a la idea de que su jefe se había ido.

Abrió la puerta y Alex entró primero.

Las luces se encendieron, cálidas, no especialmente brillantes. El resto del apartamento era de un blanco hospitalario. La oficina no.

Las paredes estaban revestidas de madera oscura y, detrás de un enorme escritorio, había una estantería. En algunas secciones había estatuas hechas del mismo malaquita verde que el obelisco.

Sobre el escritorio había un ordenador portátil cerrado.

—Ábrelo —ordenó Alex.

Nigel rodeó el escritorio y levantó la tapa. Estaba protegido con contraseña.

—Intenta con tus datos de inicio de sesión.

Lo hizo. Funcionó.

Mientras Nigel abría el navegador y se dirigía a la página web de Voss Industries, Alex se recostó en la silla y recorrió la oficina con la mirada. Había una silla a un lado. De cuero, cómoda.

Una pequeña nevera llena de botellas de agua —agua Voss, cómo no— y un par de latas de lo que parecía café frío.

—Ya estoy dentro.

«A ver si puedes acceder a los archivos y registros del personal».

Mientras Nigel tecleaba, Alex observó el escritorio. Era enorme. Probablemente hecho de algún tipo de madera dura amazónica muy cara. Tenía un solo cajón, de una madera e e de color más claro. En la parte delantera había un lector de tarjetas.

Eh.

«Creo que... sí, creo que es esto». Un matiz de orgullo.

Alex se acercó y Nigel le dejó acceder al ordenador. Ya estaba dentro. Alex estaba mirando una hoja de cálculo con los nombres y puestos de los empleados, además de otra información. La última columna incluía un archivo PDF. Alex hizo clic en el archivo asociado al primer nombre de la lista, Taylor Ashton, ingeniero de IA.

El PDF se abrió al instante, revelando la foto de un joven rubio. Fecha de nacimiento, fecha de contratación. Detalles salariales, incluida la estructura de bonificaciones. Se desplazó hacia abajo. Encontró lo que buscaba.

Huellas dactilares.

Se permitió una pequeña sonrisa.

«Voy a enviármelo a mí misma, ¿vale?».

Nigel se masajeó la nuca. No dijo que no, y Alex trabajó rápidamente. Inició sesión en su correo electrónico personal e

intentó adjuntar todo el archivo. Apareció un mensaje que decía que el archivo era demasiado grande y ofrecía la opción de proporcionar un enlace.

Mejor aún, pensó Alex, y eligió esa opción.

Hizo clic en enviar.

«Ya está, listo. Gracias».

Nigel siguió frotándose el cuello con sus largos dedos.

«Hay una cosa más». Alex señaló el cajón cerrado. «Quiero que lo abras».

Nigel pasó de sentirse incómodo a estar completamente angustiado.

«No... no sé lo que hay ahí dentro».

«Yo tampoco», admitió Alex.

«¿Y si...?»

Ella sabía lo que el hombre iba a decir.

Se le adelantó.

«Solo estoy aquí por una razón, Nigel: para descubrir quién mató a Damon. Te prometo que si encontramos cualquier otra cosa ahí dentro, cualquier cosa que no tenga que ver con su asesinato, cerraré ese cajón y me olvidaré del asunto».

Nigel estaba indeciso, pero Alex pensó que si insistía más, podría cerrarse en banda. Era obvio que sabía que al darle acceso a información personal de los empleados, había infringido una docena de leyes.

«Damon era un buen chico. Pero yo no...».

—Tienes mi palabra, Nigel.

Se inclinó y escaneó su tarjeta. La luz indicadora se puso verde y el hombre dio un salto hacia atrás como si temiera que algo fuera a salir disparado, como un muñeco de caja sorpresa.

No pasó nada.

Alex también dudó al abrir el cajón.

Cuando vio lo que había dentro, frunció el ceño.

—Nigel, ¿Damon tenía algún problema de salud?

Capítulo 1 e 1

«No... Damon es un fanático de la salud».

Entonces, ¿cómo explicas la media docena de frascos de medicamentos recetados en un cajón cerrado con llave?

Alex sacó uno de los envases naranjas. El nombre que figuraba en el frasco era Damon Voss.

«Metoprolol succinato 100 mg. Tomar una vez al día», leyó en voz alta. Después de hacer una foto, volvió a guardar el frasco y sacó otro.

Apixabán.

Un tercero: *nitroglicerina*.

Este lo reconoció Alex. Era para personas con problemas cardíacos.

Después de hacer fotos de cada uno de los frascos, cerró el cajón. Estaba cerrado con llave.

Nigel exhaló.

—Era tan cuidadoso, tan sano. Corría ocho kilómetros todos los días. Comía sano.

Alex encontró una pequeña papelera debajo del escritorio y miró dentro. Un par de botellas de agua vacías. Algunas hojas de papel arrugadas. Eso le hizo pensar en la nota.

Yo no lo maté.

—¿Tienes alguna bolsa? ¿Una bolsa de basura?

—Sí.

Salió y volvió al cabo de un momento con una bolsa de basura en la mano.

«¿Ha venido el servicio de limpieza desde que mataron a Damon?».

—No lo creo.

—Bien. Alex vació la papelera en la bolsa. Luego, con la ayuda de Nigel, recorrió la casa y hizo lo mismo con todas las demás bolsas de basura. Había muchas, pero la mayoría estaban vacías. También había un bloc de notas sujeto con imanes a la nevera. También lo cogió.

Luego le dispensó la misma cortesía que había mostrado con Muriel y le entregó a Nigel una tarjeta con su número personal escrito en el reverso. Le dijo a Nigel que si se le ocurría algo o simplemente quería hablar, la llamara.

Alex se marchó y encontró a Hale en el vestíbulo. Pensó que estaría enfadado por haberlo despedido como a un niño malcriado, pero no era así.

De hecho, parecía emocionado.

—Agente Frost, tenía razón: he comprobado todas las cámaras instaladas en las salidas de emergencia de hace dos noches. Una de ellas estaba apagada. Seguridad no tiene ni idea de por qué. La han vuelto a encender.

Otra pista de que Voss había apagado deliberadamente las cámaras antes de la visita de Jane Doe.

«Bien. Vamos».

De vuelta en el coche, Hale dijo: «He visto salir a la señora Voss. Parecía alterada».

«Bueno, acaban de asesinar a su marido, es de esperar».

Por eso no deberías haberle hecho esa pregunta estúpida sobre cuándo llamó al 911.

«Sobre eso, yo...».

—Damon tenía algún tipo de problema cardíaco —interrumpió Alex—. Encontraron varios frascos de pastillas recetadas en una puerta cerrada con llave. Nigel no sabía nada al respecto. Dudo que Muriel lo supiera tampoco.

—Ah.

—También conseguí una lista de todos los empleados de Voss, que incluye sus huellas dactilares; la empresa las guarda en sus archivos.

—¿Crees que la desconocida es una empleada de Voss?

—No lo sé. Pero estoy casi seguro de que no fue un acto de violencia aleatorio. Voss apagó las cámaras de su apartamento, probablemente también la que había sobre la salida de emergencia. No solo eso, sino que su mujer estaba fuera de la ciudad y mandó a Nigel fuera.

«Invitó a Jane Doe a su apartamento y no quería que nadie lo supiera».

«Eso parece».

Alex condujo en silencio, algo poco habitual, durante los siguientes cinco minutos, hasta que Hale dijo: —Nos sigue alguien.

«¿Qué?». Alex miró por el retrovisor. El tráfico era moderadamente intenso. Había al menos seis coches detrás de ellos.

—Alguien nos sigue.

—Te he oído, Hale, pero ¿qué coche?

—Un sedán marrón. Está a unos... *¡Cuidado!*

Alex giró la cabeza hacia delante y pisó el freno con fuerza. Estuvo a punto de chocar contra la parte trasera de una furgoneta. Una chica guapa se asomó por la ventana trasera, con cara de susto.

—Joder.

Ahora completamente parada, Alex volvió a echar un vistazo rápido por el espejo. No vio ningún sedán marrón.

—¿Dónde?

—Se ha ido. Creo que ha girado.

—¿Has visto la matrícula?

—No.

—¿Cuánto tiempo llevaban siguiéndonos?

Hale gruñó mientras se quitaba el cinturón de seguridad de su fornido torso.

—Desde que salimos del rascacielos.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—No estaba seguro.

«Joder», refunfuñó ella.

El tráfico comenzó a moverse y Alex, ahora con cautela, pisó el acelerador.

«¿Adónde vamos?».

—A la morgue.

***

El Dr. Horn no se alegró de verlos. No era de extrañar, después de cómo Alex lo había desafiado la última vez.

Lo encontraron en su despacho. Tenía las gafas bajadas por la nariz y estaba mirando fijamente una pila de papeles.

«Agente Frost, ¿ha vuelto para decirme cómo tengo que hacer mi trabajo?».

No era así como habían sucedido las cosas, pero Alex pensó que era mejor no corregirlo. Y por mucho que Alex sintiera la tentación de empezar a dar órdenes y poner a este hombre en su sitio, tuvo que morderse la lengua.

El médico forense era un cargo electo. No era Hale, no era miembro de las fuerzas del orden.

—Siento lo de antes. Solo quiero resolver este asunto.

El Dr. Horn no aceptó la disculpa.

—Dr. Horn, ¿por casualidad no tendrá la ropa de la desconocida en el lugar de los hechos? ¿Y la de Muriel Voss?

«La policía de Los Ángeles los tiene». El doctor Horn no apartó la mirada de Alex mientras respondía.

Alex quería conseguir las huellas dactilares, pero pensó que era mejor recurrir primero a los conocimientos médicos del hombre. Acortar un poco la distancia entre ellos.

—Encontré medicamentos en casa de Damon, con su nombre en los frascos. Nitroglicerina, apixabán y metro... Metro...

—Succinato de metoprolol —no pudo evitar decir el Dr. Horn—. Un vasodilatador, un anticoagulante y un betabloqueante. Damon Voss tenía problemas cardíacos. Pero eso ya lo sabía.

Alex se quedó desconcertado.

—¿Qué quiere decir?

«Accedí al expediente médico de Voss a través del servicio de conserjería después de que te fueras. A Voss le diagnosticaron miocardiopatía hipertrófica hace un par de años».

Vaya, gracias por decírmelo.

—¿Qué es la miocardiopatía hipertrófica? —preguntó Hale.

—El engrosamiento del músculo cardíaco. Reduce el flujo sanguíneo y puede provocar arritmias.

«¿Es mortal?».

«Puede serlo. Pero también se puede controlar con medicación y un estilo de vida saludable».

«El asistente personal de Damon dijo que se cuidaba muy bien».

El Dr. Horn se encogió de hombros.

«Era un multimillonario que dirigía una gran empresa. El estrés es inherente a su trabajo. El estrés es el principal desencadenante de un ataque».

«¿Está diciendo que es posible que Damon Voss haya sufrido un infarto?», preguntó Alex.

El Dr. Horn frunció el ceño.

«Estoy realizando un panel cardíaco. No me sorprendería que lo hubiera tenido. Un golpe en la cabeza puede provocar un fallo cardíaco, agravando su enfermedad subyacente y provocando arritmia».

—¿Podría haber sufrido un ataque al corazón *antes de* recibir el golpe en la cabeza?

—Aún no he terminado, agente Frost. El traumatismo contuso podría haber agravado su enfermedad subyacente y provocar un infarto. También es posible que tuviera un infarto antes de recibir el golpe. Por desgracia, dudo que pueda llegar a una conclusión definitiva.

«¿Por qué no?».

«¿Por qué no?», preguntó el Dr. Horn con el ceño fruncido. «Porque no es posible. Cuando se interrumpe el suministro de sangre al corazón, las células cardíacas comienzan a morir. En el proceso, liberan diversos compuestos en la sangre, que es lo que el panel cardíaco está diseñado para detectar».

«Entonces, debería...».

El Dr. Horn se puso de pie.

«¿Es usted médico, agente Frost? ¿Patólogo? ¿Médico forense?».

El rostro de Alex era ahora un reflejo del del forense.

—No

—¡Entonces no me interrumpa! Esperó. Alex no dijo nada. —Bien. Quizá le sorprenda oír esto, Frost, pero cuando las personas mueren, sus células mueren. Las células *cardíacas* mueren. Los marcadores tardan entre tres y seis horas en aparecer en la sangre después de un infarto. Damon lleva muerto dos días. Cualquier persona que lleve dos días muerta tendrá marcadores cardíacos en la sangre.

¡Por eso deberías haber hecho una autopsia y este estúpido panel cuando Damon llegó aquí!

Alex sospechaba que el Dr. Horn solo estaba esperando a que ella dijera algo al respecto. Su siguiente comentario lo confirmó.

«Le extraje sangre cuando Damon llegó. Pero, como ya he dicho, Damon murió a los pocos minutos de golpearse la cabeza. Es poco probable que un ataque cardíaco aparezca en el panel».

Alex respiró hondo e intentó no enfadarse demasiado. Sus anteriores tratos con el Dr. Horn no habían sido así. Claro, el forense siempre había sido un poco pretencioso, pero no enfadado.

¿Era por Con? Con había estado con ella las otras veces. Alex no creía que fueran amigos —Con no tenía amigos—, pero tal vez el Dr. Horn la culpaba de lo que le había pasado.

¿Qué más daba, en fin?

—Gracias. También he conseguido acceder a las huellas dactilares de todos los empleados de Voss. ¿Puede compararlas con las de la desconocida? ¿A ver si era empleada?

—No, no puedo.

La respuesta del Dr. Horn sorprendió a Alex. No debería haberlo hecho, pero lo hizo.

—¿Por qué no?

—Porque no somos un puto laboratorio de huellas dactilares, agente Frost, somos una oficina de medicina forense. Lleve las huellas a la policía científica.

Hale la agarró del brazo, pero Alex se soltó.

—Por favor, avísenos cuando tenga los resultados cardíacos.

El Dr. Horn gruñó.

Se marcharon.

Una vez solos en el pasillo, Hale dijo: «Al Dr. Horn no le gusta que le lleven la contraria».

«Ya lo sé, Hale».

«Vale, solo intento ayudar».

Alex maldijo entre dientes.

«Vamos a ver a AA otra vez».

Capítulo 1 e 2

A diferencia del Dr. Horn, AA parecía contento de verlos. Por desgracia, sus palabras contradecían su expresión.

—Frost, Hale, decidme que tenéis algo. Hoy he recibido tres llamadas de los medios de comunicación, todas preguntando por Damon Voss. Pensaba que tendríamos más tiempo, pero si tuviera que adivinar, diría que alguien del Departamento de Policía de Indianápolis ha recibido un buen pago por romper el silencio.

«No estoy seguro. Quizás». Alex le contó lo de las huellas dactilares y las cámaras. Que Nigel y Muriel estaban fuera.

«¿Crees que la desconocida podría ser de la empresa?».

«No lo sé».

Estaban en la oficina de AA y él movió el ratón, activándolo. El hombre gruñó como si incluso ese simple movimiento le causara dolor en el costado derecho.

—Me envié el archivo de la base de datos de Voss; te reenviaré el enlace.

Alex se dirigió al ordenador. Mientras iniciaba sesión en su correo electrónico, Hale tomó la palabra.

—Capitán Abner, ¿tiene la ropa que llevaba Muriel Voss cuando encontró el cadáver?

—En la sala de pruebas.

—¿Puedo verla?

—Claro.

AA se dirigió lentamente hacia la puerta y se asomó. Chasqueó los dedos al primer oficial que pasó y le pidió que acompañara a Hale al almacén de pruebas.

Cuando regresó, Alex había abierto el expediente.

AA se inclinó sobre ella y ella percibió un olor a sudor agrio.

—¿Dónde están las huellas dactilares?

Alex se lo mostró y el hombre frunció el ceño.

—¿Cada una en su propio expediente?

—Sí.

«El departamento de huellas dactilares está hecho un desastre. ¿Cuántos empleados hay?».

Alex se desplazó por la pantalla. Y siguió desplazándose.

Y siguió desplazándose.

Llegó a 1400 cuando AA dijo: «Les llevará un par de horas solo cargar todas las huellas en el sistema para compararlas con las de Jane Doe».

«También tienen fotos. Podemos buscar a mujeres de la edad de la desconocida».

«Eso también llevará bastante tiempo».

Alex sintió cómo crecía su frustración. AA se dio cuenta.

«¿Conoces a alguien del FBI que pueda tener algún programa para acelerar el proceso?».

—Acabo de llegar, AA. Se suponía que era un caso sencillo, algo... —Se detuvo. Había alguien que conocía que podía ayudar.

«Espera un momento».

Alex sacó su teléfono móvil. Buscó un contacto.

«Alex, ¿cómo estás?».

«Para ser sincera, Linus, lo estoy pasando un poco mal».

«Solo llama cuando necesites algo, ¿vale?».

Linus Bowen era el cerebro tecnológico detrás de la CVU y trabajaba en estrecha colaboración con Tate y Chase. Tampoco era ningún secreto que Linus sentía algo por ella. Ella pensaba aprovechar eso en su beneficio.

«Sí, estoy en un aprieto. Necesito ayuda de alguien que sepa de ordenadores. Tú has sido la primera persona en quien he pensado».

«Dime qué necesitas».

Alex le explicó la situación.

«Entonces, ¿los archivos de huellas dactilares están incrustados en la hoja de cálculo? ¿Junto a los nombres de los empleados?».

—¿Incrustados?

Linus se rió entre dientes.

«¿Están vinculados a una fuente externa?».

Alex hizo clic en uno de los archivos de huellas dactilares.

«Embedded, creo».

«Puedo escribir un script rápido y extraer todas las huellas dactilares, compararlas con las de tu Jane Doe. Supongo que está en el sistema, ¿no?».

AA, que estaba escuchando por el altavoz, respondió.

«Sí, el forense subió sus huellas al sistema de la policía de Los Ángeles».

«¿Es Art? ¿Art Abner?».

—Sí. Hola, Linus.

Los dos se habían conocido brevemente por teléfono cuando la CVU había colaborado con Alex y Con en un caso en la costa este.

—¿Cómo estás?

AA hizo una mueca.

—Mejor. Estaría mejor si pudiéramos averiguar quién demonios es esa mujer de la morgue.

—Entendido. Frost, envíame el expediente. En una hora más o menos debería tener algo.

«Gracias, te debo una».

Alex colgó.

AA finalmente se fijó en la bolsa de basura con la que había entrado Alex. El hecho de que no la hubiera visto antes era otra prueba de que el hombre no estaba en sí.

«¿Qué pasa con la basura?».

«Todo el papel que pude encontrar en el apartamento de Damon. Pensé que quizá podríamos relacionar alguno de ellos con la nota rota que encontramos entre sus cosas».

—Claro. ¿Quieres espacio para trabajar?

«Ni hablar». Alex sonrió. «Yo soy el agente superior y tú eres capitán. Ese trabajo es para alguien con menos experiencia».

—Hale —dijeron ambos al unísono. Entonces se echaron a reír. Sería la última vez que lo harían en varios días.

***

Hale llevaba guantes y estaba de pie, alejado de una mesa, mirando la camisa que tenía delante.

—¿Hale?

—¿Hmm?

—¿Qué estás mirando? —preguntó Alex.

—Muriel dijo que llegó a casa, encontró a su marido y le abrazó la cabeza. Lloró.

—Sí. ¿Y?

Hale señaló la camisa. Bonita. Cara. Una gran mancha de sangre en el pecho. Una mancha de Rorschach.

—¿Y? —repitió Alex.

—Has visto la camisa de la desconocida, ¿notas algo similar?

A Alex no le gustó el tono condescendiente del hombre, pero le siguió el juego. Cuando Hale le había preguntado qué había hecho Muriel al ver a su marido en el suelo, bañado en su propia sangre, pensó que solo estaba siendo insensible. Nunca se le ocurrió que hubiera una razón detrás.

Quizás Hale no era tan malo en esto del FBI como ella había pensado al principio.

—Son prácticamente iguales.

—Exacto. Entonces, si Jane Doe mató a Voss, ¿por qué se agachó y le cogió la cabeza?

—Ni idea. —Alex se volvió hacia AA—. ¿Tienes a mano las fotos de la escena del crimen?

—Están en la caja con las camisetas. Hale cogió una y luego otra.

—Esa —dijo Alex cuando le mostró una tercera.

Era una foto tomada desde un ángulo medio, a unos cuatro metros del cuerpo de Damon. En ella aparecían él, la mesa, el obelisco y, lo más importante, la pared contra la que había estado apoyada la mesa antes de volcarse. Damon yacía a menos de treinta centímetros de la pared.

—Mierda —dijo Alex—. No hay proyectiles. *Ninguno*.

—Déjame ver —dijo AA. La foto estaba envuelta en plástico, así que no hacía falta guantes. La acercó a su cara—. Tienes razón. Hay algo de sangre en los zócalos y un poco más arriba en la pared, pero si Jane Doe lo golpeó con esa estatua, cabría esperar que estuviera a mitad de la pared. Quizá incluso más arriba.

—Lo que significa que...

Esta vez, Alex se adelantó al hombre.

—Lo que significa que Jane Doe no mató a Damon Voss.

Capítulo 1 e 3

—Supongo que la nota tenía razón —dijo Hale. La sacó y la dejó sobre una parte libre de la mesa.

Yo no lo maté.

«¿Por qué escribir la nota?», reflexionó AA en voz alta. «¿Para qué molestarse?».

«No lo sé», admitió Alex. «Pero sigamos con esto. Damon sabe que su mujer está fuera de la ciudad y le dice a su asistente que se tome la noche libre. Apaga las cámaras de su apartamento y también desactiva una que hay cerca de la salida de emergencia. Le dice a Jane Doe que se reúna con él en su apartamento». Alex hizo una pausa. «¿Cómo?».

«¿Cómo qué?», preguntó Hale.

«¿Cómo se lo dice? ¿Por correo electrónico? ¿Por teléfono?». Alex se volvió hacia AA. «¿La policía de Los Ángeles ha solicitado los registros telefónicos de Voss?».

El hombre negó con la cabeza.

—No la policía de Los Ángeles. La policía de Irvine. Está en el informe.

«¿Alguna novedad al respecto?».

—Lo comprobaré.

Mientras AA enviaba un mensaje de texto a un contacto en el Departamento de Policía de Indianápolis, Alex continuó con su reconstrucción.

«La policía cree que Jane Doe golpeó a Voss en la cabeza con la estatua, pero es imposible; es demasiado pesada para ella. Quizás ella lo asusta, él sufre un infarto y se cae, rompiéndose el cráneo. Jane Doe intenta reanimarlo, le sostiene la cabeza, pero él ya ha fallecido. Pensando en cómo se vería todo, ella huye. Quizás roba algo de dinero, se droga durante dos días y luego muere».

«¿Cómo se le queda el ADN bajo las uñas?».

Alex reflexiona sobre esto.

«Damon tenía arañazos en el brazo, igual que Jane Doe».

«¿Entonces pelearon?», pregunta Hale.

«No lo creo. Solo unos rasguños leves en ambos. No parece que hubieran peleado mucho. Jane es demasiado pequeña para levantarlo. Creo que los rasguños son probablemente accidentales».

«¿Y si él se cae y ella intenta agarrarlo? Así es como se producen los arañazos», sugiere Hale.

«Podría ser. Los arañazos estaban en el brazo derecho de Voss y en el izquierdo de Jane Doe». Alex extendió la mano y agarró el brazo de Hale para demostrar cómo podría haber sucedido.

—¿Dijiste que sus pastillas estaban en un cajón cerrado con llave? —preguntó Hale.

—Sí.

—¿Hay alguna prueba de que ella intentara abrirlo?

—No.

—¿Por qué?

Alex se tomó un momento.

—Porque no lo sabía. Nigel no sabía nada de los problemas de salud de Damon. Supongo que lo mantuvo en secreto, pensando que si se enteraba, afectaría al precio de las acciones de Voss Industries.

—Claro.

AA finalmente colgó el teléfono.

—La policía ha dicho que acaban de conseguir los registros telefónicos de Voss. Me los están enviando ahora mismo.

Mientras esperaban, Alex miró los objetos esparcidos sobre la mesa. La camisa, las fotos de la escena del crimen.

La nota.

Yo no lo maté.

La nota no tenía sentido.

Podría ser que Jane Doe supiera cómo se vería todo esto y, sintiéndose culpable, decidiera por capricho garabatear la nota.

Alex cogió la bolsa de basura.

Se dirigió a otra mesa, esta vez vacía.

Volcó el contenido sobre ella. Papeles, un par de corazones de manzana. Botellas de agua Voss. Basura variada.

—¿Qué es eso?

—Todo lo que he encontrado en el apartamento de Damon. Hale, revisa los papeles. A ver si encuentras una página que coincida con el trozo de la nota.

Hale no discutió, solo se puso a trabajar, separando la basura en diferentes montones. Alex lo observó trabajar durante un momento.

Se puede decir lo que se quiera del agente Chris Hale, pero el hombre hacía lo que se le ordenaba y no se quejaba.

—Hay muchas llamadas aquí —dijo AA—. Estoy contando catorce... no, quince llamadas el día que murió.

—¿Reconoces alguno de los números?

AA se encogió de hombros.

—No, la verdad es que no. Según el doctor Horn, Voss murió alrededor de medianoche. Hizo varias llamadas a lo largo del día, pero la última fue sobre las diez. Después, no volvió a saber nada de él.

«¿Tienes el nombre de la persona que hizo la última llamada?».

AA negó con la cabeza.

—La orden judicial solo era para los registros telefónicos de Voss. No tengo los nombres de las personas que llamaron.

—Espera un momento, tengo una lista con todos los números de teléfono de los empleados de Voss.

—Bien.

—Hale, ahora vuelvo.

Volvieron a la oficina de AA. Los datos de los empleados que Alex había obtenido de Nigel seguían en el monitor.

AA leyó los números de las llamadas entrantes que Damon había recibido el día de su muerte, que, a diferencia de las huellas dactilares e es, Alex pudo cruzar fácilmente utilizando la función de búsqueda.

Todos menos dos eran de empleados.

El primero llegó alrededor de las once de la mañana. Una rápida búsqueda reveló que procedía de una tintorería local. Inmediatamente después, Damon llamó a Nigel.

«Así que le han terminado la limpieza en seco y llama a Nigel para decirle que vaya a recogerla. ¿Y la otra? ¿La última?», preguntó AA.

No hubo suerte. La búsqueda inversa no arrojó ningún resultado.

«Es un código de área 747», dijo AA. «Déjame probar algo».

Alex se hizo a un lado y AA se sentó frente al ordenador. Un segundo después, dijo: «Me parecía que reconocía ese código de área. Es un bloque prepago de Simple Mobile de Anaheim».

—¿Un móvil de prepago?

—Lo más probable.

«Entonces es ella. Lo llama, hablan durante...».

—Cuarenta segundos.

«Exacto, cuarenta segundos y planean un encuentro. Damon entonces apaga las cámaras».

—¿Pero por qué se reúnen?

Alex no tenía respuesta para eso. Estaba a punto de decirlo cuando su propio teléfono comenzó a sonar.

Era Linus. Maldita sea, era rápido.

—¿Agente Frost? Tengo algo. Las huellas dactilares de la desconocida coinciden con las de un empleado de Voss.

Capítulo 1 e 4

Alex y AA se quedaron mirando la foto.

Jane Doe era Tanya Ferguson. Treinta y dos años. Empleada desde 2019 hasta 2022 como asistente personal de Damon Voss.

Era... bonita. No guapa, pero mucho más atractiva que el cadáver de la morgue.

«Es ella», dijo AA.

No había duda.

Había un archivo relacionado con su empleo en la columna «Extra». Alex hizo clic en él.

Era la carta de renuncia de Tanya. Sencilla. Estándar. Al final se había añadido un acuerdo de confidencialidad igualmente anodino.

«¿Drogas, tal vez?», dijo Alex, más para sí misma. «¿La pillaron consumiendo y la obligaron a dimitir?».

«Quizás. Pero ¿por qué el acuerdo de confidencialidad?».

«No lo sé». Se desplazó por la pantalla y encontró el archivo de Nigel. «Parece que Nigel fue contratado solo un mes después de que Tanya renunciara».

«Hola, Frost, ¿sigues ahí?».

—Aquí estoy, Linus. ¿Qué pasa? Te paso al jefe Abner con altavoz.

Dejó el teléfono.

—He buscado el nombre de Tanya Ferguson en todas las bases de datos del Gobierno. Tengo aquí una orden de desahucio emitida por el Tribunal Superior del Condado de Orange, División Civil.

«¿Cuándo fue eso?», preguntó Alex.

—Hace unos tres meses.

—¿La dirección?

Linus la leyó en voz alta.

«Eso es en Tustin», comentó AA.

—¿Algo más? ¿Multas de tráfico? ¿Detenciones?

—Nada.

—De acuerdo, gracias. Si puedes, sigue buscando.

«Lo haré. Cuídate, Frost».

Alex colgó.

«No lo entiendo. Tanya dimitió hace dos años y ahora llama a Damon. ¿Por qué?».

—¿Damon ha recibido alguna otra llamada desde el mismo número?

AA hizo una búsqueda rápida.

—Nada. Aunque los registros solo llegan hasta hace seis meses.

Alex repasó todo en su mente.

Les faltaba algo.

«Voy a ir a la dirección, a ver si el casero que echó a Tanya sabe dónde vivía».

«¿Vas a llevar a Hale contigo?».

«No, le dejaré seguir trabajando en la basura de la casa de Damon».

***

Tustin, California. Barrio de clase media. Edificio de apartamentos nuevo. Era uno de esos complejos que tenían una oficina central, y Alex se dirigió allí primero.

Un hombre de unos sesenta años estaba sentado detrás de un escritorio, dormitando. Roncaaba ruidosamente.

—¿Disculpe?

El hombre no se despertó.

Alex buscó un timbre antiguo en el escritorio. No lo vio.

—¿Disculpe? —Esta vez más alto.

El hombre resopló y giró la cabeza hacia un lado. Tenía el pelo fino y gris pegado al reposacabezas por el sudor.

—¡Eh! —gritó ella—. ¡Despierte!

El hombre abrió los ojos de golpe y se inclinó hacia delante. Parecía que no tenía músculos en el cuello y estuvo a punto de golpearse la frente contra la mesa, pero se detuvo con sus manos nudosas.

Luego sacudió la cabeza, haciendo volar mechones de pelo sudoroso. Algunos se le pegaron a la mejilla y se los quitó con la mano.

—¿Qué...? —La voz del hombre se quebró—. ¿En qué puedo ayudarle?

Alex sacó su placa y la mostró.

—Agente del FBI Alex Frost. Vengo por Tanya Ferguson.

—¿Quién?

—Tanya Ferguson.

—¿Es propietaria de un apartamento?

—Lo tenía. La desahuciaron hace un par de meses. ¿La conocía?

—Tanya... —Se mesó el pelo un poco más—. Lo siento, pero no conozco a todos los propietarios ni inquilinos de aquí. Pero espere un momento. Las articulaciones del hombre crujieron mientras movía el ratón. Hizo clic en algunos botones y tecleó algo. —Ah, aquí la veo. Si alguien es desahuciado y deja algunas cosas, las guardamos en el almacén durante un tiempo. Si esta Tanya fue desahuciada hace solo un par de meses, es posible que tengamos algunas de sus cosas.

«¿Alguna dirección de reenvío?».

«No, lo siento».

«Lléveme al almacén».

—Claro.

El hombre tardó una eternidad en levantarse de la silla. Y aún más en rodear el escritorio.

«El almacén está en un edificio contiguo».

Eso sugería que no estaba lejos, pero el hombre se movía con una lentitud imposible.

Hoy hacía un sol abrasador y, al salir, Alex temió que su pelo acabara pronto como el del anciano.

«¿Desalojan a la gente a menudo?».

—Por desgracia, cada dos meses. Los gastos de comunidad son muy altos aquí. Si alguien pierde su trabajo, está perdido. Pero tenemos un sistema para ayudarles. La primera vez que no pagan, les damos un pase. Si pagan el mes siguiente y el que se saltaron, ni siquiera lo registramos. Sin embargo, si vuelven a dejar de pagar...

Alex dejó que el hombre siguiera hablando, con la mente en otra parte.

La pregunta de AA se le quedó grabada en la mente. ¿Por qué, después de dos años, Tanya se había puesto en contacto con

Damon?

Era evidente que tenía problemas económicos. ¿Estaba pidiendo que le devolvieran el trabajo?

También tenía sentido que Nigel no hubiera reconocido a Tanya. Él era, en efecto, su sustituto. Tenía un título diferente, pero hacía el mismo trabajo. Probablemente nunca se habían cruzado.

¿La conocería Muriel?

Probablemente.

Alex se maldijo por haber sido tan blanda con la mujer. Debería haberle preguntado en el apartamento. Les habría ahorrado tiempo.

«Ya estamos».

El anciano se detuvo frente a lo que Alex habría descrito como un cobertizo. Los edificios de los apartamentos estaban construidos con paneles horizontales encalados, pero el cobertizo era de hormigón. La puerta era de tipo acordeón y estaba pintada de un horrible color naranja.

El hombre se agachó, gimiendo dramáticamente mientras lo hacía, y utilizó una llave para abrir un candado cromado.

Alargó la mano hacia el pomo.

—Yo lo haré.

Alex la agarró y la tiró hacia arriba. El sonido de las lamas al plegarse fue chirriante.

Dentro del cobertizo olía a humedad. Las motas de polvo se arremolinaban en el aire revuelto. A pesar de que fuera hacía mucho sol, el interior del cobertizo estaba en penumbra.

—¿Hay luz?

—Claro.

El anciano se agachó, accionó un interruptor.

Se encendieron una serie de luces fluorescentes que zumbaban ruidosamente.

A su derecha había algunas cajas apiladas. Más atrás, una bicicleta y una serie de sillas de jardín apiladas. Todo estaba agrupado. Un pequeño hueco y, a continuación, las pertenencias olvidadas de otro desahuciado.

Un escritorio. Un televisor. Altavoces. Trastos varios.

Otra pila.

Otro.

Alex contó siete montones en total.

Parecían muchas, sobre todo si lo que decía el anciano era cierto y solo guardaban las pertenencias durante unos meses.

—¿Cuál es la pila de ella?

«Normalmente están etiquetadas. Déjame ver».

Entró en el cobertizo.

Inspeccionó primero la bicicleta.

«Nectarios Misak».

El hombre pasó a la siguiente pila. El televisor y los altavoces.

«Deborah y Mica Norberg».

El hombre pasó a la tercera pila, en su mayoría ropa.

«Ah, aquí está. Tanya Ferguson».

Alex entró en el cobertizo mientras él se apartaba.

Leyó la nota manuscrita que estaba pegada a un jersey de cachemira.

«¿Esto es todo lo que quedó en su apartamento?», preguntó distraídamente mientras cogía el jersey y acariciaba el suave tejido.

«Las cosas pequeñas, sí. Si dejan muebles, los enviamos a un almacén a las afueras de la ciudad».

Alex esperaba encontrar algo que revelara dónde vivía Tanya después de que la echaran. Una nota, un recibo, *cualquier cosa*.

Pero solo había ropa.

Sin pensarlo, Alex se encontró revisando la pila ordenada. Más camisetas, un par de vaqueros.

Una chaqueta fina.

Esto incomodó a Alex, sabiendo que nadie volvería a recogerlas. Una imagen de Tanya en la morgue apareció en su mente, superpuesta a su foto de identificación de Voss Industries.

¿Qué demonios te ha pasado, Tanya?

Tan perdida en sus pensamientos estaba Alex que no se dio cuenta de que casi había llegado al fondo de la pila.

Se quedó paralizada.

Lo que tenía en las manos no era una sudadera, ni unos vaqueros, ni un vestido de verano.

Era un mono de una sola pieza.

Azul. Pequeño.

Alex intentó tragar saliva.

—Eh, señor.

—¿Sí?

Alex dejó el jersey en el suelo y se quedó mirando el montón.

Sus ojos se abrieron como platos.

—¿Tanya vivía sola?

—No lo sé. Solo ponía su nombre en la etiqueta, así que supongo que sí.

Alex cogió la siguiente prenda. Una camiseta pequeña. A continuación, un conjunto de pantalones cortos.

El último le dejó sin aliento.

Era una camiseta blanca con mangas azules.

En el pecho estaba escrito *«I 'heart' mom» (Te quiero, mamá*).

Alex buscó a tientas su teléfono, con la vista fija en él.

Hale respondió antes de que sonara el primer tono.

—He terminado de revisar los papeles del apartamento de Damon. No hay nada que coincida con el papel roto. Joder, no he encontrado *ningún* papel roto. Damon era muy ordenado...

—Hale, tenemos un problema. Creo que... —Alex tenía dificultades para respirar—. Creo que Tanya tenía un hijo.

Capítulo 1 e 5

«¿Qué quieres decir?».

Maldito Hale.

Alex se obligó a respirar. Se secó el sudor de la frente.

—En el apartamento del que echaron a Tanya se quedaron algunas de sus cosas. Encontré ropa. Ropa *de niño*.

—¿De qué edad?

—No lo sé —espetó Alex—. ¿Dos? ¿Tres? ¿Qué más da?

—Bueno, si fue hace tres años, eso significaría que el niño nació justo después de que ella renunciara a Voss.

Alex maldijo.

«No importa. Tenemos que encontrar a este niño. Si Tanya era una persona sin hogar, podrían estar solos».

«Eh, espera. Podría ser que el niño solo esté con su padre».

La mente de Alex se había ido inmediatamente al peor escenario posible: un niño gritando en una tienda de campaña bajo el puente de Harbor Boulevard, hambriento, ardiendo. Zombis por todas partes.

Sintió que la presión en el pecho se aliviaba un poco. Seguía sintiendo como si alguien estuviera sobre su caja torácica, solo que ahora era alguien más ligero.

—Tenemos que encontrar al niño, Hale.

—¿Cómo?

—¡No lo sé, Hale! ¡Haz algo!

Cortó la llamada.

El anciano la miraba con los ojos desorbitados.

—¿Le ha pasado algo a Tanya?

—¿Tienes la dirección actual de Tanya Ferguson?

«Lo he comprobado y no lo veo...».

—Compruébelo otra vez.

Alex seguía sosteniendo la camiseta con el corazón y la palabra «mamá» cuando salió del cobertizo. El hombre se detuvo, levantó la mano, se detuvo, sacudió los hombros y volvió a levantarla.

«¡Déjalo, joder!», dijo Alex.

El hombre, sorprendido por el insulto o quizá por la fuerza de su voz, dio un salto.

«Ciérralo después. Quiero ver si tienes una dirección. *Muévete*».

Lo hizo. Un poco más rápido, además.

«Lo siento. No tengo nada aquí».

Alex maldijo, esta vez entre dientes.

—¿Familiares? ¿Contacto de emergencia? *¿Algo?*

El hombre parecía asustado ahora.

«Lo siento. No... no hay nada aquí. Ni dirección, ni nada».

Alex apretó los dientes.

«¿Y no había ningún otro inquilino registrado en su apartamento?».

«Ninguno».

Eso no significaba que Tanya no tuviera novio. Hale tenía razón, el niño estaba con él.

Por favor, que esté con él.

Alex marcó el número del Dr. Horn.

—Agente Frost.

—Dr. Horn, necesito que compruebe algo. ¿Ha...?

—No trabajo para usted, agente Frost.

—Míreme, Dr. Horn. Podemos hacer esto, todo este asunto de quién está a cargo. No me importa. Pero podría haber un niño ahí fuera, un , solo. Cuanto más tiempo perdamos, más probable es que le pase algo malo.

Alex ya había apelado una vez a los conocimientos médicos del hombre para conseguir lo que quería, así que pensó que apelar a su juramento hipocrático o lo que fuera podría funcionar también.

Alex esperó, consciente de que el anciano sudoroso la miraba fijamente, con la cara tan impactada como su cabello.

«¿Qué quieres decir con... *niño*?».

Alex le explicó rápidamente lo que había encontrado.

—Espero que la ropa sea de un sobrino o un amigo o algo así. O quizá la tenga el padre. ¿Hay alguna forma de saber si ha dado a luz?

—Habría notado una cicatriz de cesárea. Pero sí, puedo realizar un examen más exhaustivo de su vagina para ver si hay cicatrices o

una cicatriz de episiotomía curada. Sería mucho más fácil si supiéramos quién demonios es.

Mierda. Alex se había olvidado de decirle al Dr. Horn que habían averiguado la identidad de la desconocida.

—Se llama Tanya Ferguson. —Alex intentó recordar su fecha de nacimiento, pero no pudo. Sin embargo, recordó que tenía 32 años y se lo dijo al Dr. Horn.

«Deberías haber empezado por ahí. Dame un segundo. Sí, aquí veo que una tal Tanya Ferguson dio a luz a un niño hace poco más de dos años en la UC Irvine».

«¿Tienes el certificado de nacimiento? ¿El nombre del padre?».

Tecleó rápidamente.

«Benjamin Ferguson, tres kilos y medio. No figura ningún padre».

«Mierda. ¿Hay alguna forma de saber si el niño fue puesto bajo custodia protectora o si se contactó con los servicios sociales?».

«Sí, pero no tengo acceso».

El forense no lo tenía, pero el FBI sí.

«De acuerdo, gracias, Dr. Horn».

—Agente Frost, manténgame informado sobre el caso.

—Lo haré.

Alex salió de la oficina, y si el anciano se dio cuenta de que ella aún sostenía la camiseta, no dijo nada.

***

«No hay ningún registro de Benjamin ni de Tanya Ferguson en ninguna base de datos, ni tampoco hay constancia de que ninguno de los dos haya estado en los servicios sociales», dijo AA.

«Genial. Así que Tanya deja la empresa. Seis meses después, tiene un hijo, sin padre registrado. Se muda a un apartamento de lujo y, dos años más tarde, la desahucian por no poder pagar el alquiler. Hace dos días, llama a Damon Voss desde un teléfono desechable y queda con él. Él apaga las cámaras y se asegura de que no haya nadie alrededor. Con Tanya en su apartamento, sufre un infarto, se cae y se golpea la cabeza, probablemente. Tanya lo

sujeta, escribe una nota que dice «Yo *no lo maté*» y huye. Compra drogas. Muere de una sobredosis».

«Ella no escribió la nota en el apartamento», corrigió Hale. «O tiraron la basura».

Alex negó con la cabeza.

«Nigel dijo que el servicio de limpieza nunca entró. Debió de llevarse el bloc o lo que fuera».

—Espera un momento: Tanya entra en pánico. Está llorando, quizá sosteniendo la cabeza de Damon como Muriel. Entonces tiene la presencia de ánimo para darse cuenta de lo que parecería estar allí, pero en lugar de huir inmediatamente, escribe una nota, la rompe, la mete en su bolsillo... ¿Y se lleva el bloc? —dijo AA.

Alex estuvo de acuerdo en que no parecía lógico. Pero podían resolver los detalles más tarde. Ahora tenían que encontrar a Benjamin Ferguson. No podía quitarse de la cabeza la imagen del niño gritando en una tienda de campaña sofocante.

—AA, ¿puedes enviar a alguien al lugar? Que registren Harbor Boulevard. Pregúntales si han visto a una mujer y a un niño por allí.

—Sí. —Se puso la radio.

La trabajadora social con falda ya le había dicho a Alex que no conocía a Tanya y, aunque creía que la mujer estaba diciendo la verdad, era posible que estuviera demasiado alterada o que hubiera estado con un cliente cuando Tanya llegó.

—¿Qué hay de la otra nota? —preguntó Hale distraídamente.

—¿Qué otra nota?

—El billete de autobús. Tanya llevaba un billete de autobús encima.

Alex se había olvidado por completo del billete de autobús.

—Ah, sí. ¿Qué decía?

—Le hiciste una foto.

«Ah, sí».

Alex lo encontró.

«OCTA, ruta 472. 10:33 de la noche, en dirección sur hacia Irvine».

AA colgó la radio. También había estado escuchando la conversación.

—Agente Frost, la OCTA tiene cámaras a bordo.

Capítulo 1 e 6

Encontraron imágenes de Tanya bajándose del 472 en Jamboree/Fairchild. A partir de ahí, la perdieron, pero solo quedaba medio kilómetro hasta el apartamento de Damon.

Probablemente fue andando.

—Trabaja hacia atrás —le indicó Alex. Era innecesario; eso era exactamente lo que estaba haciendo AA. Reprodujeron la grabación del autobús de la OCTA al revés y vieron a Tanya sentada sola cerca de la parte delantera. Se levantaba constantemente de su asiento para ver la siguiente parada. Como asistente personal de Damon, debía de haber estado en su apartamento docenas de veces. Su aparente desconocimiento de la ruta del autobús sugería que su jefe solía contratar un coche para ella, como había hecho con su esposa al llegar a casa después de su viaje con las amigas a Florida, y que hacía tiempo que no tomaba esa ruta.

Subió al 472 a las 10:33, lo que coincidía con la hora marcada. Estación de Tustin, muelle 4.

Le llevó un rato encontrarla, ya que la estación tenía tres rutas de autobús locales, dos servicios de cercanías y dos lanzaderas.

—Ahí —dijo Alex, señalando a Tanya Ferguson. Parecía cansada, agotada. Pero no como una drogadicta. Solo... exhausta.

Cansada de ser madre soltera.

—Ruta 90 —dijo Hale en voz alta.

«Sigue adelante».

Poco antes de las diez, el autobús de la línea 72 no iba muy lleno. Tanya estaba sentada con las manos cruzadas sobre el regazo.

Luego se levantó y salió del autobús caminando hacia atrás.

«¿Dónde está eso?».

Hale se inclinó hacia la pantalla del ordenador de AA.

«Es Warner-Legacy».

«¿Qué hay allí?».

Hale hablaba con Alex como si fuera una lugareña.

«Apartamentos de lujo. Una zona muy bonita», comentó Hale.

«No es eso. Tanya no fue desahuciada de su piso para mudarse a una zona aún mejor y no dejar una dirección de reenvío. No tiene sentido. ¿Puedes poner un mapa?».

—Claro.

Hale lo hizo.

Alex vio el complejo de apartamentos, más bien una urbanización. Al otro lado de la calle, un Target y otras grandes superficies. Al este, otra urbanización. No tan bonita, pero aún así de clase media.

Alex tampoco se imaginaba a Tanya viviendo allí.

«¿Qué es eso?», preguntó ella, señalando un edificio gigante rodeado de campos.

«No estoy seguro».

Hale hizo zoom.

«Hangar n.º 2 de Tustin Blimp», leyó en la pantalla. «Parte de la Estación Aérea del Cuerpo de Marines».

—Hmm.

Allí tampoco. Demasiada seguridad.

«Supongo que tendremos que enviar más...».

«Ya no forma parte de la Fuerza Aérea», intervino AA. «Fue desmantelada en 1999».

«Entonces, ¿está abandonado?».

«Hale, déjame comprobar algo».

AA se hizo cargo del ordenador.

«Aquí... El hangar y el terreno formaban parte de una venta durante la reestructuración y cierre de la base MCAS».

«¿Quién lo compró?».

—Shell Corp. Probablemente podamos rastrearlo con tecnología.

«Voss Industries tiene algunos contratos con el Gobierno, ¿no?», preguntó Alex, recordando algo que Hale había dicho, una de las muchas cosas, ese mismo día.

—Tienen sus manos en todo —confirmó AA.

«¿Cuándo se compró?».

—Hace unos cuatro años.

«Cuando Tanya todavía trabajaba en Voss. Si el hangar se vendió a Voss, ella lo habría sabido. Tiene que ser eso. Hale, vámonos».

Capítulo 1 e 7

Alex atravesó la ciudad a toda velocidad, siguiendo las instrucciones del GPS. Hale iba sentado en el asiento del copiloto, con el rostro pálido. Demasiado asustado para decir nada.

El GPS indicaba que el hangar estaba a dieciocho minutos en coche de la sede de la policía de Los Ángeles.

Alex llegó en doce. Tomó la avenida Warner hasta Tustin Ranch Road.

La mayor parte de la zona estaba vallada por un muro beige que llegaba hasta la altura de las axilas, interrumpido por secciones de alambrada.

Alex se dirigió allí.

Consiguió colarse entre la zona donde se unían el muro y la valla. A Hale le costó aún más, con su abdomen tan desarrollado.

Una enorme pared de hormigón se alzaba ante ella. 150, 200 pies de altura. La cubierta del hangar.

Dios mío, era enorme.

No veía ninguna puerta.

El lado este estaba cerca de la bonita urbanización, mientras que el oeste era solo un campo abierto. Tenía que ser así.

Si Tanya se quedaba aquí ilegalmente, no querría arriesgarse a que la vieran.

—¡Por aquí! —le gritó a Hale por encima del hombro. Su primer instinto fue ir al hangar, pero vio algo apoyado contra el lateral de un pequeño edificio, no muy diferente del cobertizo donde el anciano había guardado las pertenencias olvidadas de Tanya.

¿Una bicicleta?

Alex corrió hacia ella. En otro tiempo había sido negra, pero ahora era de un naranja descolorido.

No, no era una bicicleta, era un cochecito.

Un *maldito* cochecito.

«¡Hale! ¡Hale, ven aquí, joder!».

Había una puerta en la parte delantera, pero estaba bien cerrada.

Alex se dirigió a una puerta lateral. Delante había un cubo de basura, de los redondos, tipo barril, e intentó apartarlo. Era más pesado de lo que esperaba y al principio no se movió.

Cambió el peso de su cuerpo y le dio un empujón. El cubo se volcó y ella lo apartó para poder acceder a la puerta.

Por favor.

Estaba abierta.

Alex respiró hondo y abrió la puerta. La escena que se presentó ante ella le expulsó todo el aire de los pulmones como si le hubieran dado un puñetazo. Cuando su cerebro la obligó a respirar de nuevo, olió heces humanas.

«Dios mío... ¡Hale! ¡Llama a una ambulancia! ¡Llama a una ambulancia, *ahora mismo!*».

No tenía ni idea de dónde estaba su compañero, solo esperaba que pudiera oírla.

Su mente registró un colchón. Cajas de comida para bebés en el suelo, abiertas. Montones de ropa.

Pero ignoró todo eso. Se acercó al pequeño cuerpo que yacía boca arriba.

Benjamin Ferguson.

Lo levantó en brazos.

El olor a mierda provenía de él, pero a Alex no le importaba.

«¡Llora!», dijo, olvidando todo su entrenamiento. El cuerpo del niño estaba empapado en sudor. No se movía.

«¡Llora!», gritó Alex, a punto de sacudir al niño.

Lo acostó sobre el colchón y acercó la oreja a su boca.

Hale entró entrometiéndose.

«¡Dios mío!».

Su voz era demasiado alta; ella no podía oír si Benjamin respiraba.

—¡Llama a una ambulancia!

—¡Ya lo he hecho!

—¡Entonces vuelve a mi coche y trae agua! ¡Ahora, Hale!

Salió corriendo y Alex escuchó con atención.

Por favor.

Lo oyó. *Estaba* respirando.

Gracias a Dios que respiraba.

Alex sollozó una vez, solo una vez.

Estaba ardiendo.

Benjamin llevaba un mono sucio con botones a presión en la parte delantera. Alex los abrió y se lo quitó por los brazos flácidos.

El olor a mierda era nauseabundo y Alex tuvo náuseas.

Había un ventilador encendido en una esquina, del que solo se había dado cuenta ahora. Sus ojos recorrieron la habitación mientras masajeaba suavemente el pecho estrecho del niño.

Una ventana abierta permitía que el aire empujado por el ventilador saliera al exterior. Si no hubiera sido por eso, Alex no tenía ninguna duda de que el niño ya estaría muerto.

Hale, respirando con tanta dificultad que apenas podía hablar, asomó la cabeza al cobertizo. Llevaba una botella de agua medio vacía.

—¿Eso es todo? ¿Es todo lo que has traído?

—¡Es todo lo que he podido encontrar!

Hale se pellizcó la nariz, se acercó a ella y le pasó la botella.

—¿Está... está...?

—Está vivo.

El sonido de las sirenas les llegó mientras Alex pellizcaba el vientre de Benjamin. No muy fuerte.

Se movió.

Alex volvió a pellizcarlo.

Los ojos del niño se abrieron de golpe. Unos ojos azules preciosos. Grandes, redondos y húmedos.

No lloró.

Alex le acercó el biberón a la boca. Le echó un poco. Esperaba que Benjamin escupiera y tosiera. Pero no lo hizo.

El niño succionó.

Preocupado por que tomara demasiado demasiado pronto, Alex retiró el biberón. Ahora el niño lloriqueaba y fruncía los labios, encogiéndolos y sacándolos.

Ella le dio más agua.

Pasó el tiempo. No sabía cuánto.

Solo podía pensar en lo afortunados que eran. Dos días. Si Tanya no volvía después de reunirse con Damon, el niño llevaba dos días allí. *Solo*. Alex vio que había agua: un par de botellas tumbadas. Vacías. También había comida.

Aun así... si no hubieran encontrado este lugar, ¿cuánto tiempo más habría aguantado Benjamin?

¿Unas horas? ¿Medio día, como mucho?

Cuando llegó la ambulancia, todo fue una confusión. Se llevaron al bebé. Lo envolvieron en una manta térmica. Alex los siguió hasta la ambulancia, que parecía haber atravesado la valla de alambre y aparcado junto a la pequeña cabaña.

Empezaron a hacerle preguntas, pero ella no encontraba las palabras para responder.

Hale tomó el relevo y explicó lo que había pasado.

Luego apareció AA. El agente Jackson también.

Alex murmuró algo sobre necesitar una ducha.

Tenía que salir de allí de una puta vez.

El CVU había sido demasiado para ella. Violencia extrema contra niños.

Había regresado al OC para escapar.

Y ahora *esto.*

—¿Agente Frost? ¿Está bien? —Era Jackson.

—Sí. —Insegura—. Tengo que irme.

Había policías por todas partes. Jackson gritó algo y se apartaron para dejarla pasar. Un coche patrulla se detuvo a su lado, bloqueándole el paso. El policía movió su coche.

Alex condujo a casa aturdida.

De alguna manera llegó sin incidentes.

Aparcó en la entrada de su casa. Estaba saliendo del coche cuando oyó que otro se detenía junto a la acera.

Lo primero que pensó fue que era Hale, asegurándose de que había llegado bien a casa. Pero eso no tenía sentido.

Hale iba en el asiento del copiloto de su coche.

Además, ese coche era un sedán marrón.

Aunque Alex estaba en una especie de estado de fugacidad, recordó algo que Hale había dicho.

Un sedán marrón los estaba siguiendo.

Cuando un hombre salió del volante, su mano se dirigió instintivamente a su pistola.

«¡Eh! *¡Eh!».* El hombre con gafas levantó las palmas de las manos mientras se agachaba. «¡Soy yo! ¡Dios mío, Alex!».

Se lamió los labios frenéticamente.

—¿Dwight?

—Sí, Dwight Dozier. ¿Me recuerdas? ¿OC Post?

—Ah, sí, que eres el capullo que le costó el trabajo a Con.

«No, quiero decir, no fue culpa mía. Con sabía lo que iba a pasar, él...».

«¿Qué coño quieres, Dwight?».

—Me estás poniendo nervioso, agente Frost. Por favor, quita la mano de la pistola.

Ella no lo hizo. Dwight siempre estaba jodidamente nervioso, de todos modos.

Nervioso, como una comadreja de ojos pequeños.

—Vale. Yo... mira, te vi en el apartamento de Damon Voss y hay rumores de que lo han matado. Luego te vi con ese bebé...

—Fue un accidente. Eso es todo. Un maldito accidente.

—¿Qué fue? ¿La muerte de Damon Voss?

Alex se dio la vuelta y se dirigió hacia su casa.

—¿Qué relación tiene el bebé con su muerte? ¿Qué le pasó a Damon?

Alex abrió la puerta y entró.

La cerró para evitar más preguntas de la periodista.

Luego se apoyó contra la puerta y empezó a llorar.

Parte II — Éxtasis

Capítulo 18

Alex no reconoció el número que la llamó al día siguiente, de camino a la oficina. Casi no contestó.

«¿Hola?

—¿Agente Frost? —Una voz femenina. Desconocida.

—Sí. ¿Quién es?

—Soy Muriel. Yo... yo... ¿qué es lo que estoy leyendo sobre Damon?

Frost aparcó y se quedó sentada en el coche. No sabía de qué le estaba hablando Muriel.

—¿Agente Frost?

—Sí... ¿Qué ha oído sobre su marido?

«El artículo... dicen que fue un accidente. No fue un accidente. Había alguien allí». Muriel parecía al borde de un colapso nervioso. «Alguien lo mató, agente Frost».

—¿Dónde estás ahora?

—No lo sé... —sollozó—. No sé por qué dicen eso.

Alex se imaginó a Dwight Dozier con las manos en alto. ¿Qué le había dicho ella?

No lo recordaba.

Todo lo que había pasado después de encontrar a Benjamin Ferguson junto al hangar era una nebulosa.

«¿Podemos vernos?».

Hubo una breve pausa. Luego, «¿Dónde?».

«En la oficina del OC». Alex le dio la dirección a la viuda.

«De acuerdo».

«Y hazte un favor, Muriel, no escuches las noticias».

Su planta era un hervidero de actividad. Había más agentes de lo habitual revoloteando por allí. Hablaban en voz alta. Nadie se percató de su llegada.

Alex encontró a Hale en su escritorio, sorbiendo su café.

—¿Hale? ¿Qué pasa?

El hombre levantó la vista, sobresaltado.

«Oh, hola. Pensaba que te habías tomado el día libre».

Alex frunció el ceño. Ignoró el comentario.

«¿Por qué hay tanta gente aquí?».

La expresión de Hale coincidía con la suya.

—Esta mañana ha salido un artículo en el OC Post. Alguien ha filtrado que la muerte de Damon Voss fue un accidente. Está en todos los medios esta mañana. —Sus ojos se posaron en la pantalla del ordenador—. Una fuente directamente involucrada en la investigación ha confirmado que Damon Voss, director ejecutivo de Voss Industries, murió como consecuencia de un accidente. Las circunstancias se consideran sospechosas.

Alex hizo una mueca de dolor. ¿Cómo puede un accidente ser «sospechoso»? Luego se maldijo mentalmente por haber hablado con Dwight la noche anterior.

Cambió hábilmente de tema.

«¿Cómo está el bebé?».

Hale se animó un poco.

«Está bien. Deshidratado, con una dermatitis del pañal grave, pero nada serio».

Por fin, buenas noticias.

Alex sintió que la tensión en los hombros y el cuello se aliviaba un poco.

«¿Qué va a pasar con él?».

Hale se encogió de hombros.

«Tanya no tiene familia, al menos que nosotros hayamos podido localizar. No figura ningún padre en el certificado de nacimiento, así que, una vez que el niño tenga el alta médica, probablemente lo ingresarán en el sistema».

El «sistema» solía tener mala fama. Demasiados niños, muy pocas familias que quisieran adoptar. Muy poco personal.

Benjamin tenía la edad a su favor: los padres que querían adoptar solían rehuir a los niños mayores. Por todo lo que conllevaban. Benjamin solo tenía dos años. Eso era bueno.

Pero no solo tenía bagaje, tenía todo un equipaje. A los futuros padres se les informaría de todo. Se les contaría la situación en la que se encontraba Benjamin cuando lo encontraron. También se les hablaría de Tanya. De cómo había muerto de una sobredosis.

—Maldita sea —murmuró—. ¿Dónde está Jackson?

—En su despacho —respondió Hale, mirando en esa dirección—. No está contento.

—No me extraña. Vamos a hablar con él.

Hale parecía incómodo ante la perspectiva, pero Alex ya se había puesto en marcha.

Llamó a la puerta de Jackson.

—¿Qué? —resuñó una voz desde dentro.

—Somos Frost y Hale.

—Adelante.

Alex abrió la puerta y encontró a Jackson en su escritorio. Parecía más viejo que ayer. Una década, tal vez más.

—¿Qué pasa?

Alex esperó a que Hale se uniera a ella. Ella le hizo un gesto con la cabeza y él cerró la puerta.

Jackson se quitó las gafas y se limpió los cristales con la camisa. La misma camisa que llevaba ayer.

—He estado pensando en la nota...

—Agente Frost, ¿por qué no me dijo nada de su reunión con el doctor Horn?

—Todo sucedió muy rápido, no tuve tiempo. Tenía que encontrar al bebé. Creo que...

—Aquí las cosas no funcionan así, agente Frost. Ni ahora ni nunca. Quizá fueran diferentes cuando estaba el agente Striker y el agente especial Allen estaba al mando. Pero conmigo no. *Conmigo no*. ¿Lo entiende?

Alex no estaba preparada para que la regañaran así. Sabía que hablar con Dozier había sido un error y que Jackson probablemente estaba lidiando con una tormenta mediática que quería evitar, pero ella había encontrado al niño. Lo *había salvado*.

No esperaba una medalla ni siquiera una mención honorífica, pero ¿hablarle así?

¿Por qué cuando otras personas —el Dr. Horn, el agente Jackson — estaban estresadas, se convertían en personas completamente diferentes?

¿Por qué no se comportaban como todo el mundo y se bebían una botella de vodka?

—¿Me entiende, agente Frost?

Sus labios formaron una línea fina. Asintió con la cabeza.

—Le he dicho que necesito que todo se haga por las de la ley. Acosar al Dr. Horn no es «por las de la ley». A partir de ahora, todo pasará por mí.

Otro asentimiento.

«Bien. Ahora que hemos aclarado eso, ¿qué es lo que quiere, agente Frost?».

El agente Striker habría salido furioso en ese momento. Habría fumado un cigarrillo tras otro y se habría tomado una copa, su forma de lidiar con la situación. El agente Adams le habría echado una bronca al hombre.

El agente Frost no hizo ninguna de las dos cosas.

Porque cuando las cosas se ponían difíciles para ella, volvía a lo que sabía hacer.

Trabajar en el caso.

«He estado pensando en la nota. Creo que lo hemos entendido todo mal».

Capítulo e 19

Era más difícil encontrar a su próxima víctima. Mucho más difícil.

Se había descuidado con la última. Dejó el maldito frasco y la jeringa donde ella podía acceder. Pensó que estaba demasiado ido como para huir. Incluso dejó la jaula abierta.

Y tenía razón en eso.

No había pensado en la otra salida.

Aunque no era la peor. Su libreta estaba llena de notas.

Estaba cada vez más cerca. Más cerca de descubrir la verdad.

El hombre revisó sus suministros mientras observaba a la mujer desde la distancia. Estaba más delgada de lo que recordaba. Eso complicaba las cosas, significaba que tenía que cambiar la dosis.

En las películas y los libros, el malo solía llenar una jeringuilla con una cantidad aleatoria de un líquido indefinido. El antagonista se lo inyectaba intramuscularmente y los ojos de la víctima se ponían en blanco al instante. Y *entonces*, *¡bum!*, se quedaban dormidos. Se despertaban más tarde con dolor de cabeza y nada más.

Pero en la vida real no es así, y desde luego no con el fentanilo. Un solo grano de más y la víctima nunca se despertaba.

Y eso no servía.

Cambiar la dosis era una molestia, pero nada más. Se había convertido en un experto en adivinar el peso de sus víctimas. Esta tarea era más fácil en verano, sin ropa holgada que ocultara un cuerpo delgado.

Y el volumen de fentanilo tenía que ser preciso. No, no preciso, *exacto.*

No podía arriesgarse a una sobredosis.

No hasta que estuviera listo.

No hasta estar completamente preparado para traerlos de vuelta.

Para hacerles la pregunta.

Preguntarles qué habían visto al otro lado.

Capítulo 2 0

«Yo no lo maté».

«No se haga el heroico, agente Frost. Todos hemos leído la nota», dijo Jackson con desdén. «Díganos cómo nos equivocamos».

«Todo este tiempo pensamos que Tanya se refería a Damon Voss, que ella no *lo* había matado. Pero eso no tiene sentido. Hale no encontró ningún papel en el apartamento de Damon que coincidiera con el patrón de rasgado de la nota, y el personal de limpieza aún no había entrado».

—¿A dónde quiere llegar, agente Frost?

Alex estaba en racha.

—No creo que Tanya fuera al apartamento para matar a Damon.

—He hablado con el doctor Horn esta mañana —dijo Jackson—. Ha cambiado su valoración inicial. Ha calificado la muerte de Damon como compatible con un paro cardíaco y un traumatismo craneal por objeto contundente, que podría haber sido consecuencia de una caída.

Era una novedad para ella; una *buena* noticia, supuso. El forense no era tan terco ni arrogante como para negarse a cambiar de opinión. Aun así, el Dr. Horn había salvado las apariencias al señalar que sus hallazgos no eran *incompatibles con*, lo que Alex sabía que significaba que eso era exactamente lo que el Dr. Horn creía que había ocurrido.

«Pero eso no significa que Tanya no concertara la reunión con la *intención* de hacer daño a Damon», intervino Hale.

Gracias, Hale. Vaya manera de apoyarme.

—La mancha de sangre en su camisa era casi idéntica a la de Muriel, quien dijo que abrazó a su marido cuando lo encontró muerto en el suelo. No se planea matar a alguien, se muere por accidente y luego se abraza el cuerpo.

—Quizá se lo pensó mejor —dijo Hale encogiéndose de hombros.

Alex frunció aún más el ceño.

Gracias de nuevo.

«Como dije, creo que estamos enfocando esto de manera equivocada».

Alex esperó a que se produjera otra interrupción. Al no producirse, continuó.

—Hace casi tres años, Tanya trabajaba como asistente personal de Damon. Luego la despidieron. La obligaron a firmar un acuerdo de confidencialidad. Vivió en un lujoso apartamento hasta que se quedó sin dinero y la desalojaron. Se vio obligada a vivir en un cobertizo en una propiedad que sabía que Voss Industries había comprado, pero que no había desarrollado. Desesperada, volvió a ponerse en contacto con Voss. Todos sabemos lo que pasó después.

«Volvamos a la nota. ¿Qué significa, agente Frost?», preguntó Jackson, ahora totalmente interesado.

Alex hizo una pausa para recuperar el aliento. Sabía cómo sonaría lo que estaba a punto de decir. Una exageración. Una forzada. Desesperada.

Sobre todo desesperada.

Pero siguió adelante de todos modos.

—Creo que Damon pagó a Tanya. Esa es la razón del acuerdo de confidencialidad.

—¿Pagarle por qué? —preguntó Hale.

—Por abortar.

Se hizo el silencio en la habitación y Alex esperó a que sus palabras calaran hondo.

—Creo que Damon Voss es el padre de Benjamin. ¿Y la nota? Tanya no se refería a Damon, sino a Benjamin. Creo que llamó a Damon la noche en que murió para concertar una reunión con él en el e e y decirle que no había abortado, algo que le había ocultado. Eso es lo que significaba la nota: *«Yo no lo maté»,* refiriéndose a Benjamin. Piénsalo: ella llevó la nota consigo o se la hizo llegar a Damon de alguna manera antes. No había ningún trozo de papel rasgado que coincidiera en el apartamento. No se hace eso si se ha premeditado todo. Tanya estaba desesperada por dinero y necesitaba más, así que decidió utilizar la única baza que tenía».

—Benjamin Ferguson —dijo Hale.

Por fin.

—Agente Frost, son muchas suposiciones. Sin... —Jackson fue interrumpido por el teléfono de su escritorio. El hombre levantó un dedo delgado mientras contestaba. No dijo nada, solo escuchó.

Colgó.

—¿Qué probabilidades hay de que Muriel Voss supiera de la supuesta aventura de su marido?

Alex se encogió de hombros.

—No lo sé.

—Bueno, ella está aquí. Y tú vas a preguntárselo.

***

Muriel estaba angustiada. No ayudaba que quien la había escoltado a través de la multitud de periodistas que se agolpaba fuera de la oficina y la había llevado a una sala de entrevistas como si fuera una sospechosa cualquiera.

Muriel Voss no era ni una sospechosa cualquiera ni una sospechosa.

Cuando la mujer vio a Alex, puso una expresión de dolor en su rostro.

—Agente Frost, ¿qué está pasando?

—Alex, por favor. ¿Quiere algo de beber? ¿Café? ¿Agua?

—Agua.

Alex le indicó a Hale que le trajera un vaso de agua a la mujer. También le dijo que mantuviera la puerta abierta.

—No entiendo qué está pasando. La policía de Irvine dijo que alguien había asesinado a mi marido, pero ahora me dicen que fue un accidente. ¿Y un bebé? ¿Qué hay de un bebé? —Con cada pregunta, la voz de Muriel se elevaba más.

«Lo siento mucho. Hacemos todo lo posible por mantener a los medios de comunicación al margen, para proteger su privacidad y la de su marido, pero debido a su alto cargo, era inevitable que se filtrara algo».

«¡Pero no lo entiendo!».

«Seré sincero con usted, yo tampoco lo entiendo todo. Por eso le pedí que viniera hoy».

Hale regresó con una botella de agua y Alex se la entregó. Le dio un momento a Muriel para que bebiera.

«Muriel, ¿sabías que tu marido tenía problemas cardíacos?».

La expresión de su rostro lo decía todo.

—¿Enfermedad cardíaca? —Muriel negó con la cabeza—. No. Damon estaba perfectamente sano. Se tomaba muy en serio su salud.

Alex sintió pena por la mujer afligida que tenía delante. Su mundo se había derrumbado al regresar de un relajante fin de semana con sus amigas y encontrar a su marido muerto.

Y con la bomba que Alex estaba a punto de soltar, las cosas estaban a punto de empeorar mucho más para ella.

«Muriel, ¿recuerda lo que le dije ayer cuando la vi en su apartamento?».

Un momento de silencio y luego: «Dijiste que harías todo lo posible para averiguar qué le había pasado a mi marido».

—Así es. Y pienso cumplir mi palabra. Pero necesito tu ayuda. Voy a hacerte algunas preguntas difíciles, preguntas personales, y para poder hacer mi trabajo, necesito que respondas con sinceridad. ¿Puedes hacerlo?

—Sí.

«Bien», Alex sacó su teléfono, «¿reconoces a esta mujer?».

Muriel miró la foto.

«Es... es Tanya. ¿Está... está *muerta*?».

«¿De qué la conoces?».

«Ella trabajaba para Damon. No lo entiendo, no lo entiendo».

«Muriel, tienes cuarenta y cuatro años, ¿verdad?».

Una pregunta para centrarla. Una pregunta sencilla que requería una respuesta sencilla. Alex intentaba evitar que la mujer perdiera los nervios.

—Sí.

«¿Y Damon y tú hablasteis alguna vez de tener hijos?».

«¿Por qué me pregunta eso?».

«Estoy tratando de averiguar qué le pasó a tu marido».

—Pero ¿niños? ¿Por qué me preguntas por los niños? ¿Tiene esto algo que ver con eso...?

«Muriel, sé que estás sufriendo. Pero, por favor, responde a mis preguntas».

Muriel bebió más agua.

«¿Alguna vez hablaron con su marido sobre tener hijos?».

Muriel bajó la mirada, luego la levantó y se concentró en Hale. Abrió la boca, pero la cerró antes de hablar.

—Hale, ¿puedes traerle más agua a Muriel?

—Su botella está...

—Ahora, Hale.

Él se marchó.

—Muriel, cuénteme sobre su relación con su marido.

Por fin, la mujer comenzó a abrirse.

Capítulo 2 e 1

«Conocí a Damon en el instituto. Entonces éramos solo unos críos. Él era un poco marginado y yo era bastante popular, supongo. Salimos juntos, pero nunca fue nada serio. Luego él se fue a la universidad y yo también. Él fue a la UC Irvine y yo a la UCLA. Ambos estábamos en segundo año cuando nos volvimos a encontrar en un bar. Fue algo así como un amigo de un amigo. Inmediatamente conectamos. Salimos juntos. Un año después, nos casamos».

«¿Cuándo fundó Voss Industries?».

«El último año de la universidad».

«¿Y os casasteis antes de que él fundara la empresa?».

«Sí».

Alex decidió volver al tema.

«¿Y ahora lleváis casados cuánto tiempo? ¿Veinte años?».

«Veintidós».

«¿Y hablaron de tener hijos?».

—Sí. Los dos queríamos tener hijos. Los queríamos de verdad. Lo intentamos, pero yo nunca pude quedarme embarazada. Fui a hacerme unas pruebas, los dos las hicimos, pero me diagnosticaron SOP. No es imposible quedarse embarazada con SOP, pero por mucho que lo intentamos, simplemente... no pudimos. Probamos con fecundación in vitro, ex vitro, todo. Pero nada funcionó. Al final, nos dimos por vencidos.

Las lágrimas le corrían por las mejillas. Muriel no hizo ningún esfuerzo por secárselas.

«¿Y la adopción?».

«Me interesaba. Intenté convencer a Damon para que lo considerara. Pero él no quería. Él...», dijo, sin terminar la frase.

«¿Qué, Muriel? ¿Dijo que no era lo mismo que tener un hijo propio?».

Muriel asintió con tristeza.

—Lo entiendo.

«Yo... no».

Ahora era Alex quien asintió.

—Muriel, ¿tú y Damon compartís cuenta bancaria?

—Sí. —La confusión se apoderó de la mujer—. Pero Damon siempre controlaba el dinero. Yo solo... tengo una tarjeta de crédito y una tarjeta bancaria. Él paga todo.

—Sé que mucho de esto no tiene sentido para ti. Para ser sincero, para mí tampoco lo tiene. Estoy tratando de resolver esto, de averiguar exactamente qué le pasó a tu marido, tal y como te prometí. Para ello, necesito ver tu cuenta bancaria.

Muriel estaba más que confundida ahora. Estaba completamente perpleja.

Y Alex andaba con pies de plomo. Si se equivocaba en su teoría, solo causaría más dolor a esta pobre mujer. Pero, ¿qué podía decir?

Muriel, creo que tu marido te engañaba. Creo que se acostaba con su asistente. También creo que la dejó embarazada y le pagó para que abortara. Para demostrarlo, necesito ver vuestra cuenta bancaria conjunta, ver si falta una gran suma de dinero.

No, eso no iba a pasar.

—Pero... ¿por qué? ¿Crees que Damon estaba haciendo algo ilegal? ¿Crees que alguien lo estaba chantajeando? —La voz de Muriel estaba a punto de convertirse en un grito.

—No exactamente —suspiró Alex. Quizás de forma un poco demasiado dramática—. Se trata de una investigación abierta y no puedo contarte mucho más. Lo que puedo decirte es que no creo que Damon haya hecho nada ilegal y que no creo que sea responsable de ninguna manera e e de lo que le ha pasado. Pero, por ahora, no puedo decirte mucho más. Sin embargo, te hice una promesa: te prometí que cuando averiguara todo esto, vendría a verte directamente y te diría lo que sé. Tengo la intención de cumplir esa promesa. Pero, de nuevo, voy a necesitar tu ayuda».

—Quieres mis cuentas bancarias.

«Sí. Y no puedo decirte por qué. Todavía no».

Habían llegado a un punto muerto, y Alex se cuidó de no romper el contacto visual con la mujer.

Se miraron fijamente desde ambos lados de la mesa.

—Está bien —dijo Muriel tras casi un minuto de silencio sepulcral —. Si crees que te ayudará a descubrir qué le pasó a Damon.

—¿Llevas el móvil encima?

Cinco minutos más tarde, con el móvil de Muriel en la mano, Alex salió de la sala de entrevistas.

La aplicación bancaria de la mujer estaba abierta y no dudó en entregársela a Hale, que esperaba pacientemente con otra botella de agua.

«¿Es su información bancaria?».

Hale había estado escuchando.

«Sí».

Cogió el teléfono.

«¿Qué quieres que busque?».

«Un pago importante en efectivo realizado a Tanya Ferguson hace aproximadamente tres años».

Menos de una hora después, Hale había encontrado lo que buscaba.

Era hora de reunirse con Jackson de nuevo.

Capítulo 2 e 2

«¿Y crees que esos 250 000 dólares ingresados en una cuenta bancaria aleatoria eran el pago a Tanya?», preguntó Jackson, con la mirada clavada en el móvil.

«Sí».

—¿Has rastreado el número de la cuenta bancaria receptora?

«Aún no. Estoy trabajando en una orden judicial».

—¿Has descargado los datos?

—Sí —confirmó Hale.

«Bien, devuélvale el teléfono a la señora Voss».

Jackson se lo entregó a Hale, pero no se marchó todavía.

—¿Ella sabía lo de la aventura?

Esa era la pregunta que Jackson quería que Alex le hiciera, pero ella no lo había hecho.

—No estoy segura. Aunque no sé si eso importa.

«Para ser sincero, no estoy seguro de que nada de esto importe». Jackson juntó sus largos dedos. «Acepto la conclusión del Dr. Horn sobre la muerte de Damon Voss».

¿Su *conclusión?*

Alex se obligó a reprimir su orgullo.

«Pero», siempre un pero, «¿qué se consigue investigando a Tanya Ferugson?».

Jackson le había dado a Alex la oportunidad que estaba esperando. Ella la aprovechó.

«No sabemos qué hacer con ella. Ella...».

«Sufrió una sobredosis».

Alex apretó los dientes.

¿Por qué no puedes mantener la boca cerrada, Hale?

—No me lo creo. No hay pruebas de consumo prolongado de drogas. Fue a ver a Voss para pedirle más dinero y le dijo que se había quedado con el niño. Probablemente eso le provocó un ataque al corazón.

«En eso estamos de acuerdo».

«Sí, pero ¿y luego qué? ¿Tanya se va y compra drogas? ¿Se pincha por primera vez, varias veces, tal vez, y se suicida? ¿Cómo compra las drogas? No tiene dinero. Por eso fue allí en primer lugar».

«Podría haber cogido algo de dinero que hubiera por ahí», sugirió Hale. «Los relojes caros seguían en el apartamento, pero los Voss no me parecen el tipo de gente que lleva la cuenta del dinero suelto. Y el dinero suelto para ellos es algo completamente diferente al cambio que guardamos en nuestros coches. Tanya podría haberse llevado cientos de dólares sin que nadie se diera cuenta».

Al menos era un comentario razonable por parte de su compañero.

«Claro, tal vez», admitió Alex, «pero ¿cómo sabe dónde conseguir las drogas?».

Hale también tenía una respuesta para eso.

«Fácil. Caminando hasta Harbor Boulevard, donde la encontraron».

Alex lanzó una mirada furiosa a Hale.

—Ya basta —intervino Jackson—. Agente Frost, no entiendo por qué intenta presentar a Tanya bajo una luz favorable. Es evidente que tenía problemas. Dejó a su hijo en un maldito cobertizo durante dos días. Si no hubiera sido por usted, el niño estaría muerto.

—Dejó galletas y agua. Se marchó en mitad de la noche. Probablemente pensaba volver antes de que Benjamin se diera cuenta de que había desaparecido.

—O podría haber planeado ir a comprar drogas y saber que estaría fuera mucho más tiempo. Nunca lo sabremos.

Jackson había supuesto acertadamente que Alex no quería que ese fuera el caso. Pero ella no estaba jugando a ser Pollyanna por el simple hecho de hacerlo. Era algo más profundo. Algo no encajaba en la historia.

Muchas cosas.

—Déjeme hablar con el doctor Horn otra vez. Por favor.

—¿Para qué, agente Frost?

—Para averiguar qué le pasó a Tanya.

Jackson consideró la petición.

Alex se sintió decepcionada cuando su jefa negó con la cabeza.

—Ya tengo a los medios de comunicación encima pidiendo una declaración. Si se entera de que estamos investigando a Tanya, se van a hacer un festín. Sobre todo después de que se hayan enterado de lo del bebé.

«Si no les damos nada, se inventarán algo. Lo sabes. Y lo que se les ocurra será más escandaloso que lo que nosotros descubramos. Damon era multimillonario. La gente odia a los multimillonarios. Déjame hablar con el Dr. Horn otra vez. Pídele que investigue la muerte de Tanya más a fondo, ya que se centró principalmente en Damon. Si no lo hacemos y se descubre que hemos dedicado todos nuestros recursos a los ricos y hemos ignorado a Tanya, los medios de comunicación se harán eco de ello».

Alex tenía razón, y todos lo sabían. Era justo el tipo de historia por la que vivían: el FBI dando prioridad a un multimillonario muerto mientras descuidaba a una madre pobre y a su precioso bebé huérfano.

—¿Hale? —dijo Jackson.

—¿Eh?

Jackson frunció el ceño.

—¿Qué opinas, agente Hale?

—Oh... yo...

Y ahora se quedó sin palabras.

Era de esperarse.

Hale carraspeó.

—Creo que el agente Frost tiene razón. Esto va a quedar mal. Yo digo que al menos hablemos con el doctor Horn, a ver qué opina. También creo que sería buena idea comparar el ADN de Benjamin con el de Damon.

Alex no había pensado en eso. Jackson tampoco, a juzgar por la forma en que de repente empezó a parpadear rápidamente.

Por favor.

Por favor.

—De acuerdo. Habla con el Dr. Horn y compara el ADN. Pídele que cuide de Tanya hasta que termines. Si hay algo, quiero que me

mantengas informado. No vuelvas a actuar por tu cuenta. ¿Entendido, agente Frost?

Alex ya se había puesto de pie.

—Entendido.

Se marchó antes de que Jackson pudiera cambiar de opinión.

Capítulo 2 e 3

—Gracias —dijo Alex.

—De nada —respondió Hale encogiéndose de hombros—. ¿Quieres ir al hospital? ¿Ver a Benjamin y pedirle el ADN?

—Quiero hablar con el doctor Horn.

Alex no creía que pudiera soportar estar cerca del niño en ese momento, no con su erupción y las mejillas enrojecidas. La imagen de él en el cobertizo estaba demasiado fresca en su mente.

—Pero Jackson dijo...

—Ve tú —sugirió Alex—. Nos vemos en la morgue.

—De acuerdo. Nos vemos pronto.

Se separaron y Alex condujo sola hasta el depósito de cadáveres.

Para su sorpresa, no fue el corpulento Dr. Horn quien la recibió, sino un joven de unos veintitantos años. Tenía el pelo rubio y revuelto que le caía sobre la cara.

—Agente Alex Frost, FBI —dijo ella, sin saber quién era ese hombre ni cuál era su función.

Él le tendió la mano y Alex se la estrechó.

—Dr. Bruce Sanderson.

¿Un médico? El hombre parecía más un surfista que un médico.

—¿Está el Dr. Horn?

—Ha tenido que marcharse para dar una conferencia en la UCLA. ¿En qué puedo ayudarle?

Al principio, este cambio inesperado molestó a Alex. Pero, después de pensarlo, consideró que en realidad podría ser algo bueno.

«¿Conoce el caso de Damon Voss y Tanya Ferguson?».

—Sí.

«Bien. Mi compañero vendrá en un momento. Traerá ADN para que lo compares con el perfil de Damon Voss».

«¿Es de ese chico? ¿El que encontrasteis en el hangar de Tustin?».

Alex frunció el ceño. Las noticias volaban.

—Sí. Dra. Sanderson, no creo que tenga que decirle esto, pero todo lo que hacemos aquí es confidencial. Si el ADN...

Sanderson la detuvo levantando una mano.

—No, claro. Por supuesto. De todos modos, estoy sujeto a la HIPAA. En cuanto tenga el ADN, lo analizaré. ¿Hay algo más que pueda hacer por usted, agente Frost?

«Sí. Me gustaría ver el cuerpo de Tanya Ferguson».

Hasta ese momento, el Dr. Sanderson se había mostrado amable y cordial. Un soplo de aire fresco en comparación con el repentino mal humor del Dr. Horn. Sin embargo, ahora el joven médico cambió de actitud.

Se puso nervioso.

«¿Hay algún problema, Dr. Sanderson?».

«No, claro que no».

El Dr. Sanderson caminó lentamente hacia la familiar fila de armarios azules fríos que había al lado de la habitación. Parecía tener memorizada su ubicación, lo cual no era poca cosa, dado que hoy había más etiquetas en los armarios que armarios vacíos.

Sacó la bandeja.

Alex intentó despersonalizar a la víctima, considerarla solo eso, y no la madre de Benjamin Ferguson, pero no pudo. Se quedó mirando la pálida piel de la mujer. Su cabello oscuro. La irritación en ambas fosas nasales.

Una persona muy diferente a la que Alex había visto en la foto de Voss Industries.

—¿Agente Frost?

—Sí. Quiero un informe completo.

Un examen completo podía significar cualquier cosa. Era algo que Alex había oído antes, pero no estaba segura de lo que significaba.

La verdad era que Alex no estaba segura de lo que quería. Estaba tan eufórica porque Jackson le había permitido volver aquí, para continuar con la investigación, que no lo había pensado bien.

Lo que quería era saber qué coño le había pasado a Tanya después de salir de casa de Voss.

—El doctor Horn ya concluyó que Tanya murió por envenenamiento agudo por fentanilo.

Al Dr. Sanderson le costaba hablar. Había desaparecido su acento californiano, su cadencia de surfista. Sus palabras eran entrecortadas.

—Lo sé. Pero ¿qué más puede decirme?

El Dr. Sanderson apartó la mirada y miró al suelo.

—Revisé el expediente. Tanya tenía metabolitos de naloxona en la sangre. También se detectó la presencia de naloxona-3-glucurónido.

«Naloxona», dijo Alex, pensando en voz alta. «Eso es Narcan, ¿verdad? ¿Alguien le administró Narcan?».

—Sí —dijo el Dr. Sanderson, desviando la mirada hacia el rostro de Tanya—. Probablemente se administró por vía intranasal, a juzgar por la irritación de la mucosa nasal.

Tenía sentido.

«¿Y lo otro que mencionaste?».

«Los metabolitos de naloxona. Al cabo de unos treinta minutos, el naloxona se descompone en el hígado».

—Entonces, espere, ¿treinta minutos? ¿Qué significa eso? ¿Que Tanya estuvo viva durante treinta minutos después de recibir Narcan?

«Lo más probable. Normalmente podemos determinar con cierta precisión cuánto tiempo ha pasado desde que se administró el Narcan basándonos en la proporción entre el compuesto principal y el metabolito primario».

«¿Y usted dijo que fueron treinta minutos?».

El Dr. Sanderson negó con la cabeza.

«No, eso es solo cuando empiezan a aparecer los metabolitos». El Dr. Sanderson ladeó la cabeza y examinó el cadáver. La sábana había sido sustituida y cubría la parte inferior del cuerpo de Tanya. Al menos, un poco de dignidad en la muerte. Había una carpeta lacada debajo de ella, y él la cogió y empezó a hojear las páginas. Esto duró unos treinta segundos, durante los cuales las cejas del Dr. Sanderson parecieron bajar aún más.

—¿Qué pasa? —preguntó Alex cuando se le agotó la paciencia.

—Es extraño... Tanya tiene altos niveles tanto del metabolito como del compuesto en la sangre.

—¿Cuánto tiempo antes de morir le administraron Narcan? —preguntó Alex, sin entender.

—No lo sé. La única forma de que esto haya sucedido es que Tanya haya recibido varias inyecciones.

—¿Como si alguien lo hubiera intentado varias veces?

—No, como si alguien le hubiera administrado varias dosis durante un periodo prolongado.

Alex tuvo que detenerse a pensar en ello.

Se había imaginado a Tanya inyectándose en Harbor Boulevard y sufriendo una reacción adversa. Colapsando. Alguien, los servicios de emergencia o alguno de los no zombis de la zona, encontrándola. Dándole Narcan, pero ya era demasiado tarde.

Quizás intentándolo una segunda vez.

«¿Cuánto tiempo entre dosis?», preguntó.

«No puedo decirlo sin hacer cálculos. Pero diría que hubo un intervalo considerable entre las administraciones».

—Sigo sin entenderlo. ¿Por qué tomar más Narcan si te recuperaste?

«Podría ser que hubiera tomado una sobredosis más de una vez. Déjame comprobar otra cosa».

Volvió a leer el informe toxicológico del Dr. Horn.

«Sí. De nuevo, sin hacer números, no puedo estar seguro, pero parece que Tanya sufrió una sobredosis, o al menos se inyectó fentanilo, varias veces, durante un periodo prolongado».

«Cuando dice prolongado, ¿a qué se refiere? ¿Una semana? ¿Un mes?».

«No, más bien unos días».

Como dos *días*, pensó Alex.

Tanya sale de la casa de Voss. Está angustiada; no solo es poco probable que Damon le haya dado dinero, sino que vio al hombre morir frente a ella. Luego se dirige inmediatamente a Harbor Boulevard y se inyecta, a pesar de que no tiene antecedentes conocidos de consumo de drogas.

Sufre una sobredosis. Alguien le administra Narcan. Vuelve en sí. Sufre otra sobredosis. Y quizá una tercera.

¿Estaba intentando suicidarse?

¿Y dejar que su hijo muera de hambre o hervido?

No.

Alex no se lo creía. *No podía* creerlo.

Entonces, ¿qué?

¿Qué coño estaba pasando?

—Dr. Sanderson, me gustaría que volviera a examinar a Tanya Ferguson. Su cuerpo y su ropa también.

Alex se contuvo para no repetir la ambigua frase «examen completo».

El Dr. Sanderson se retorció.

«¿Qué estoy buscando, agente Frost?».

«Quiero saber qué le pasó y quién intentó resucitarla».

Capítulo 2 e 4

Hale llegó aproximadamente una hora más tarde con el ADN de Benjamin: una muestra de epitelio tomada del interior de su mejilla.

Estaba optimista. Dijo que el chico estaba bien.

Bien.

Hale quería dárselo al Dr. Sanderson inmediatamente, pero Alex le dijo que esperara.

Jackson les había dado libertad para investigar a Tanya hasta que llegaran los resultados del ADN del niño. El SIC no había dicho que tuvieran que analizar el ADN primero. Ni siquiera simultáneamente.

Trajeron sillas a la sala y se sentaron en silencio mientras el joven forense residente trabajaba.

El Dr. Sanderson les informaba de vez en cuando sobre lo que estaba haciendo. Extraía bilis y orina del cadáver de Tanya con jeringuillas que provocaban pesadillas.

«Debería poder determinar con mayor precisión cuánto tiempo hace que se inyectaron el naloxone y el fentanilo».

«De acuerdo».

Esperaron.

Sanderson terminó con el cadáver al cabo de una hora aproximadamente.

A continuación, pasó a la ropa. La extendió sobre la mesa: la camiseta manchada de sangre, unos vaqueros. El sujetador. La ropa interior. Ambos discretos.

Todo sucio.

Alex no pudo evitar imaginar el cobertizo donde había encontrado a Benjamin.

El residente utilizó lo que parecía un rodillo quitapelusas, pasando meticulosamente por la camisa y luego por los pantalones, retirando la cinta adhesiva después de cada pasada.

Luego le dio la vuelta a la camisa y pareció notar algo. Con un bastoncillo humedecido en una solución transparente, frotó el tejido.

Lo metió en un tubo. Debía de haber líquido dentro, porque se tiñó de un tono verdoso.

Salió de la habitación sin decirles adónde iba.

«¿Está bien?», preguntó Hale, confundido.

—No lo sé. Se mostró muy amable cuando empecé a preguntarle por Voss. Pero cuando pasamos a hablar de Tanya, se puso raro.

—Hmm.

Encontraron al Dr. Sanderson en una sala contigua llena de equipos, encorvado sobre un microscopio, con la cinta adhesiva en la platina.

Una máquina cuadrada, como un fax o una fotocopiadora gigante de otra época, comenzó a zumbar. Las luces parpadearon.

Con los ojos pegados a los oculares, el Dr. Sanderson movió el portaobjetos. Luego se echó hacia atrás, se estiró y encendió un monitor.

Enfocó la imagen.

Amplió la imagen. Volvió a mirar por el microscopio.

Hale la miró, preguntándole en silencio a Alex qué demonios estaba haciendo.

Alex se encogió de hombros.

Ella no tenía ni idea.

—He encontrado algunos pelos —dijo el Dr. Sanderson, como si les leyera el pensamiento—. No son de Tanya. —Señaló la pantalla —. ¿Ven estas bandas de color?

Alex vio un pelo rubio. Eso era.

Sanderson utilizó el ratón para activar un puntero en el monitor.

«Un poco más oscuro aquí, aquí y aquí».

A Alex le parecía todo igual, pero siguió el juego.

«Claro».

«La médula también es continua y ocupa aproximadamente un tercio de la longitud del tallo».

«En inglés, por favor».

Esto le arrancó una pequeña risa al residente.

«Es pelo de perro, pertenecía a un perro».

«¿Un perro?».

«Un perro».

Alex recordó Harbor Boulevard. No había visto ningún perro, pero no le habría sorprendido encontrar animales merodeando por allí.

Ardillas, mapaches, algún perro callejero, quizá.

La máquina de fax emitió un pitido y Sanderson se acercó. Escupió una hoja, lo que hizo pensar a Alex que tal vez era una máquina de fax.

—Qué raro.

—¿Qué?

—Propilenglicol, glicerol y metilparabeno. En español, creo que lo que hay dentro de la camiseta de Tanya es gel para desfibriladores. Tiene sentido, teniendo en cuenta que alguien le administró Narcan.

Solo que no tenía sentido. Al menos, no para Alex.

—¿Y encontraste esto dentro de su camisa?

—Sí —confirmó el Dr. Sanderson—. Supongo que el Dr. Horn no lo vio porque la sangre había empapado el algodón.

«Cuando Tanya llegó, ¿estaba completamente vestida?».

«No estoy seguro, pero el Dr. Horn lo sabrá. Debería salir pronto de su conferencia».

Alex esperaba salir de allí antes de que llegara el forense.

—¿Algo más?

—Aparte de eso y del pelo de perro, no. Solo soy un residente, no puedo realizar una autopsia completa.

Alex no creía que fuera necesaria una autopsia y así se lo dijo. Ya había cuestionado varias de las conclusiones del Dr. Horn, pero no creía que fuera a cometer un error tan grave como equivocarse con la causa de la muerte.

Incluso si Alex quisiera una autopsia y Sanderson estuviera cualificado, no creía que el joven tuviera fuerzas para hacerlo. El Dr. Sanderson parecía agotado. El sudor le empapaba la frente y, cuando se quitó los guantes de nitrilo, se oyó un sonido húmedo y seco.

Por fin, Alex le dio permiso a Hale para entregarle el ADN de Benjamin.

—¿Hay prisa?

Alex, instintivamente, estuvo a punto de decir que sí.

Pero cambió de opinión.

—¿Sabes qué? Tómate tu tiempo. El chico todavía está en el hospital recuperándose.

—De acuerdo.
«Gracias, Dr. Sanderson».

Capítulo 2 e 5

Por supuesto, AA estaba dispuesto a tomar una copa. Y, por supuesto, el hombre sabía que su objetivo no era solo beber.

Alex sabía dónde encontrarlo. Una mesa privada cerca del fondo. Era un bar frecuentado principalmente por policías, pero había algunos tipos de aspecto rudo.

No eran policías encubiertos ni informantes.

Quizás ambos.

Como de costumbre, el hombre tenía una cerveza delante. AA dio un pequeño sorbo. Hizo una mueca.

—¿Tenéis sed?

Alex negó con la cabeza.

«Estamos trabajando».

El jefe de policía levantó una ceja y señaló su propio uniforme. Sonrió.

Bebió otro sorbo.

—Hola, capitán Abner, me alegro de volver a verle —dijo Hale. Estúpidamente, le tendió la mano. AA no hizo ningún intento de levantarse y mantuvo la ceja arqueada hasta que Hale bajó el brazo.

«¿Cómo estás, Alex?», preguntó AA refiriéndose al día anterior, cuando ella había salido corriendo del cobertizo.

«Mejor. Supongo que Jackson te habrá puesto al corriente».

AA asintió mientras daba otro sorbo.

—Dijo que el niño era del yonqui que tenía ADN de Voss bajo las uñas.

—*Sí*, es cierto, pero no te contó toda la historia.

Alex le explicó lo que había descubierto, que era muy probable que el niño fuera de Voss, que Tanya estaba allí para decirle a Damon que « » y pedirle más dinero. El pago inicial. El verdadero significado de la críptica y morbosa nota.

La idea de que podría haber más en la historia de Tanya que el simple hecho de ser otra adicta.

Terminó con los hallazgos del Dr. Sanderson: el Narcan y el gel para el DEA.

«Eh», dijo AA cuando por fin terminó.

Alex tenía la garganta seca.

«¿Sabes qué? Creo que voy a tomarme esa copa».

Pidió una cerveza; Hale optó por agua.

Un gran trago.

«En Virginia, casi cualquiera puede conseguir Narcan. Gratis en la mayoría de las farmacias. ¿Aquí en California también?», preguntó Alex.

«Sí. Todos los policías también llevan un kit en su vehículo. De hecho, me sorprende que no te dieran uno cuando llegaste».

Alex sabía por qué. Su compañero en aquel momento no era precisamente el tipo de persona que se ceñía al protocolo.

«Probablemente la mayoría de los yonquis de Harbor Boulevard también tienen un kit», añadió AA.

«Pero supongo que los DEA están más controlados».

«Hasta cierto punto. Cualquiera puede comprar uno, pero los buenos cuestan entre diez y veinte mil dólares».

«¿Y para uso oficial? ¿Los servicios de emergencia? ¿Los hospitales? ¿Llevan un registro de cuándo se utiliza el DEA?».

«Sí. Están obligados a documentar su uso. ¿A dónde quiere llegar, agente Frost?».

—Un momento... Cuando encontraron a Tanya, ¿estaba completamente vestida?

«Eh, sí».

«¿Alguien llamó?».

—Una llamada anónima. Dijo que había una persona inconsciente en el bulevar. La encontramos allí, completamente vestida.

«Esto va a sonar estúpido, pero si los servicios de emergencia utilizan un desfibrilador externo automático, no le vuelven a poner la ropa a la víctima, ¿verdad?».

AA no era de los que juzgaban.

—Normalmente cortan la ropa y luego cubren el cuerpo con una sábana, una manta térmica.

«Entonces, esto es lo que pasa: el residente de la morgue encontró gel de DEA en el interior de la camisa de Tanya, lo que

significa que alguien intentó reanimarla y luego le volvió a poner la camisa».

Dejó que la información se asimilara. Dio otro gran trago. Se obligó a detenerse antes de tomar otro.

«Bueno, no fue el servicio de emergencias», dijo AA por fin. «Leí el informe de cuando encontraron a Tanya. No utilizaron un DEA».

«Alguien lo hizo».

«¿Y si Tanya sufrió una sobredosis en algún sitio y trataron de reanimarla? Cuando no pudieron, entraron en pánico, la vistieron y la dejaron en Harbor Boulevard. Probablemente incluso llamaron», sugirió Hale.

Alex no había pensado en esa posibilidad.

Tenía sentido, excepto que...

—El residente dijo que la reanimaron varias veces. ¿Qué clase de persona ve a Tanya sufrir una sobredosis, la revive y luego vuelve a verla sufrir otra sobredosis? ¿Quizás incluso varias veces? He estado en Harbor, como seguro que ustedes también. Si alguien allí tiene un desfibrilador, lo cual dudo mucho, algo tan caro sería lo primero que se les ocurriría empeñar para conseguir más droga, le habrían robado las drogas a Tanya antes de reanimarla».

«Probablemente», dijo Hale.

La cara de AA sugería que estaba de acuerdo.

Maldita sea.

Alex había esperado que, tras hablar con el Dr. Sanderson y plantearle a AA su hipótesis, ella tuviera uno de esos momentos reveladores.

Pero no hubo suerte; ahora estaba más confundida que antes, lo que le hacía preguntarse si Jackson tenía razón y debía dejarlo todo.

Pero eso no era propio de ella.

Alex se bebió el último trago de cerveza y se levantó.

—Gracias, AA. Estaremos en contacto. El hombre asintió y Alex bajó la mirada hacia la cerveza del capitán de policía. Apenas la había tocado. —Cuídate.

El miembro de AA respondió con un simple y sombrío asentimiento.

Capítulo 2 e 6

El hombre arrastró el cadáver por el campo. Al amparo de la noche, había poco riesgo de ser visto.

Allí no.

La tiró de un tobillo. Pesaba más de lo que esperaba, más de lo que había calculado, pero no se había resistido mucho. Ni siquiera le había oído acercarse sigilosamente por detrás. Le había puesto la bolsa en la cabeza y le había inyectado en el lado del cuello antes de que se diera cuenta de lo que estaba pasando.

Dudaba que lo entendiera, incluso después de que el fentanilo empezara a hacer efecto.

La confusión era su aliada.

Al final, ella se quedó sin fuerzas. Puede que hubiera subestimado su peso, pero la dosis resultó ser la correcta.

Había perdido el conocimiento, pero aún respiraba.

La puerta empotrada en el suelo ya estaba abierta.

Todo estaba preparado.

Un perro se abalanzó sobre él.

«Siéntate, chico», le dijo.

El perro se sentó.

En lo alto de las escaleras, soltó la pierna de su cautiva. Luego se inclinó y la levantó sobre un hombro. A lo panadero.

Ella pesaba mucho. Él gruñó, casi cayéndose bajo su peso. ¿Cómo podía pesar tanto?

Tenía las extremidades delgadas como palos. Aunque más gruesas en la zona media. Un poco más blandas. Podía sentir cómo se le hundía un poco la grasa abdominal mientras descendía lentamente, apoyándose con una mano en la pared fría.

Tuvo que detenerse en el fondo para recuperar el aliento.

Luego vino el camino hasta el final del pasillo. Esa puerta también estaba abierta.

Al igual que la jaula que había dentro.

Se arrodilló. Hizo una mueca de dolor.

La volvió a bajar. Mitad dentro de la jaula, mitad fuera.

Le tomó el pulso.

Fuerte y constante; también respiraba bien.

Era ella, lo sentía. Ella le ayudaría a descubrir la verdad. Y él lo escribiría todo en su libro.

Sí, sí, lo haría.

Una sonrisa se dibujó en su rostro mientras se acercaba a su kit. Las jeringas, los viales.

También un desfibrilador externo automático (DEA).

Abrió la cremallera de la funda blanda del desfibrilador. Metió la mano y sacó el aparato. Dejó el pequeño tubo de gel en el suelo. Dudaba que lo necesitara ahora, pero tarde o temprano lo haría.

Y el hombre era todo menos impreparado.

Estaba buscando las cajas de aerosoles Narcan cuando oyó un suave gemido.

Imposible. No podía estar despertándose ahora.

El hombre comenzó a levantarse, girándose mientras lo hacía.

No, no se estaba despertando.

La zorra ya estaba despierta.

Y estaba furiosa.

—No...

Su pie se disparó. Una velocidad increíble. Una velocidad increíble.

Y aún mayor precisión.

La mujer le dio una patada directamente en la ingle. No fue un golpe de refilón, sino un golpe directo que le lanzó los testículos hacia arriba.

Hubo una fracción de segundo antes de que él explotara de dolor.

«Pequeño...».

Agonía.

Un puño retorcido en la ingle que se extendió instantáneamente hasta la boca del estómago.

El hombre cayó de rodillas. Con los ojos bien cerrados, extendió una mano. Al menos, lo intentó.

El dolor era debilitante.

A través del latido de la sangre en sus oídos, que sonaba como un tambor inundado, oyó sus pasos.

¿Cómo coño se ha despertado?

Se alejaban.

Subiendo las escaleras.

El perro ladró, tal y como le habían enseñado. Y entonces ella se fue.

El dolor remitió un poco.

Lo suficiente como para que él abriera los ojos y se pusiera de rodillas.

Maldijo en voz alta. Maldijo por segunda vez.

Le dolían los testículos y le escocía el fracaso, pero lo que realmente le dolía era haber perdido su guarida. Pensó que la mujer estaba inconsciente cuando la había bajado por las escaleras, pero no estaba seguro. Podría haber estado fingiendo, esperando a que él cometiera la estupidez de darle la espalda, tal y como había hecho.

Si ese era el caso, no podía arriesgarse a volver allí.

Tendría que encontrar un lugar nuevo. Otro lugar donde realizar sus experimentos.

Pero no iba a parar.

No, nada lo detendría.

Capítulo 2 e 7

—No tiene buen aspecto —comentó Hale.

—No, es verdad.

Un eufemismo dramático, pensó Alex.

AA tenía un aspecto horrible.

Lo más inquietante era que el hombre, que se había ganado su apodo por consumir grandes cantidades de alcohol, sobre todo cerveza, no había terminado su vaso durante la conversación.

Pero ella no tenía tiempo para pensar en eso ahora.

Alex tenía que concentrarse en el caso.

—Hale, AA dijo que Tanya estaba muerta al llegar. ¿Puedes llamar por ahí? Busca registros de emergencias médicas, registros hospitalarios, ese tipo de cosas, a ver si encuentras un desfibrilador externo automático que se haya utilizado en torno a la hora de la muerte de Tanya.

—Lo intentaré. Pero la ley HIPAA protegerá su identidad.

«AA dijo que hay que documentar el uso del DEA. Es posible que no te digan el nombre de la persona a la que se lo han administrado, pero no creo que te impidan acceder a la información relativa al momento en que se utilizó».

«Claro».

Hale se puso inmediatamente al teléfono. Alex respetaba la ética profesional de aquel hombre.

Mientras su compañero intentaba localizar la información sobre el DEA, Alex también hizo una llamada. Le había prometido a Jackson que lo mantendría informado, y pensó que era una promesa que debía cumplir.

Jackson probablemente estaba esperando su llamada, porque respondió de inmediato. Alex le explicó al SIC lo que había descubierto. La verdad es que no era mucho.

Esperaba que Jackson dijera que eso era todo, que el caso estaba cerrado. La sorprendió al abstenerse de hacer comentarios. Lo cual, supuso, era algo bueno.

Sin embargo, lo que vino después no fue tan bueno.

—No puedo contener a la prensa por más tiempo, agente Frost. Tenemos que hacer una declaración sobre la muerte de Damon Voss. Nada definitivo, pero tenemos que darles algo. —Hizo una pausa. Alex sabía lo que iba a decir—. Quiero que dirija la rueda de prensa, agente Frost.

Mierda.

Odiaba la idea. Alex había tratado con la prensa junto a Chase mientras estaba en Virginia. Lo había odiado todo.

—Agente Jackson, no creo que...

—No es negociable —dijo Jackson con tono seco—. Saldrás en directo dentro de media hora. Vuelve aquí para que te informe.

Colgó y Alex suspiró.

Mientras Hale hablaba a su lado en el asiento del copiloto —muchos *«ajá», «sí», solo las fechas y las horas*—, ella llamó a la oficina del forense del condado de Orange.

—Soy la agente Frost, del FBI, de la oficina de Orange County. ¿Podría hablar con el doctor Sanderson, por favor?

La voz femenina le pidió que esperara, probablemente con la intención de ponerla en espera, pero se olvidó. Alex la oyó hablar con alguien al otro lado.

—¿Está el Dr. Sanderson? Una respuesta amortiguada. De un hombre. —Soy la agente Frost.

«Páseme el teléfono».

Esto lo oyó Alex claramente. También reconoció la voz. Era el Dr. Horn.

—Agente Frost...

—Dr. Horn, ¿puedo hablar con el Dr. Sanderson?

—No puede.

Si no hubiera estado conduciendo, Alex habría cerrado los ojos y apretado la frente.

—Dr. Horn, voy a salir en directo con la prensa en media hora. A menos que quiera que...

—He enviado al Dr. Sanderson a casa. Llevaba catorce horas de turno y no debería haber hecho nada sin consultarme primero. Y no se atreva a amenazarme, agente Frost. No trabajo para usted. No soy uno de sus agentes de campo.

Otra vez lo mismo.

—Mire, solo quiero saber si han llegado los resultados del ADN.

—No han llegado.

Hale había terminado su llamada y ahora la miraba, justo cuando Alex entraba en el aparcamiento de la oficina central. Había un pequeño grupo de periodistas a un lado, tomando café, algunos de ellos fumando cigarrillos. Los camarógrafos, con sobrepeso, miraban al vacío, aburridos.

—Dr. Horn, ¿le ha dicho algo el Dr. Sanderson sobre el gel de desfibrilador que encontró en el interior de la camiseta de Tanya Ferguson?

—Sí.

Alex miró a Hale, que negó con la cabeza.

—No hay constancia de que se le haya utilizado ningún DEA. Los servicios de emergencia la encontraron muerta a su llegada. Tampoco hay constancia de que se haya utilizado en ningún hospital.

El Dr. Horn intervino.

—Cualquiera puede comprar un DEA, agente Frost.

—Sí, pero son caros. Dr. Horn, alguien le quitó la camiseta a Tanya y le aplicó gel para el DEA. Lo más probable es que un a le diera una descarga. Luego le volvieron a poner la camiseta. ¿Le parece normal?

El Dr. Horn dudó.

«Quizás alguien se asustó, la vistió y la abandonó».

Eso era exactamente lo que había dicho Hale.

—El doctor Sanderson también mencionó que le habían administrado Narcan al menos dos veces. Algo sobre la proporción de metabolitos, lo mismo que con el fentanilo...

Alex dejó la frase en el aire deliberadamente. El tono del Dr. Horn había cambiado y se dio cuenta de que el hombre se ponía a la defensiva cuando le daban órdenes o se cuestionaba la calidad de su trabajo. Sin embargo, si le hacía una pregunta, el médico forense no podía resistirse a responder. Tenía sentido. En el fondo, Alex suponía que los patólogos forenses y los médicos forenses eran cazadores de enigmas. Se les daba un conjunto de pistas —un cadáver, un arma— y se les pedía que averiguaran qué había sucedido.

Ese era el enfoque que debía adoptar con él.

—De hecho, he revisado las notas de Sanderson. Según los datos, puedo concluir que Tanya se inyectó fentanilo varias veces, hasta tres, en un breve periodo de tiempo. También parece que le administraron naloxona entre cuatro y seis veces antes de morir.

Alex frunció el ceño.

—¿Entre cuatro y seis veces? —Añadió rápidamente algo más para asegurarse de que su incredulidad no se malinterpretara como un desafío—. Me parece excesivo.

«Lo es. Sin embargo, las proporciones no son una ciencia exacta. Dependen de muchas variables. Pero estoy seguro de que Tanya no se inyectó fentanilo una sola vez y luego alguien intentó reanimarla, pero finalmente no lo consiguió».

Alex no podía imaginárselo. Tanya estaba desesperada, de eso no había duda: *yo no lo maté*. Pero incluso los drogadictos más empedernidos necesitan un periodo de descanso antes de volver a inyectarse después de haber estado a punto de matarse varias veces.

A menos que el suicidio fuera su principal motivación. Incluso en ese caso, si alguien se preocupaba lo suficiente por Tanya como para administrarle Narcan y utilizar un DEA, probablemente habría llamado a alguien si ella estaba decidida a suicidarse.

—Una cosa más: aparte de los metabolitos de naloxona y fentanilo, no encontré ninguna otra sustancia —alcohol, sedantes, estimulantes u opioides adicionales— en su sangre, bilis u orina.

Alex no lo entendía y así lo dijo.

—Agente Frost, por desgracia, en los últimos años han llegado a mi morgue cientos de víctimas de sobredosis. Este es uno de los pocos casos, si no el único, en el que el fentanilo no estaba adulterado con nada más: ni xilazina, ni heroína, ni benzodiazepinas.

«¿Qué significa eso?».

«Significa que, según mi leal saber y entender, el fentanilo que se inyectó Tanya Ferguson era puro. Casi todos los traficantes callejeros cortan el fentanilo con otros productos para aumentar su rendimiento y potenciar el efecto».

«Ahora lo entiendo. Los otros casos, en los que el fentanilo era puro, ¿tienen algún elemento en común?».

«Sí. Se produjeron casi exclusivamente en entornos médicos».

Eso fue definitivo para Alex. Puso el coche en marcha y salió por la otra entrada de la rotonda.

«¿Frost?», preguntó Hale. «Agente Jackson...».

—Jackson puede esperar —dijo Alex. Luego, dirigiéndose al Dr. Horn, añadió—: Estamos de camino.

Capítulo 28

El agente Jackson la llamó dos veces mientras regresaba a la morgue. Ella rechazó ambas llamadas.

Hale se puso cada vez más nervioso. Ella notó que él abrió la boca varias veces, pero lo silenció preventivamente con una mirada. Jackson y su circo mediático tendrían que esperar.

El Dr. Horn los recibió en el vestíbulo.

De hecho, le estrechó la mano. También la de Hale.

«Vengan conmigo».

El Dr. Horn los condujo a la sala de equipos. Cogió unas hojas de papel. Leyó en voz alta una serie de compuestos y niveles, todos ellos incomprensibles para Alex.

Ella dejó que el hombre hablara y comprendió que simplemente estaba repitiendo lo que había dicho por teléfono.

«Hale preguntó al servicio de emergencias médicas y a los hospitales de la zona; ninguno tenía constancia de haber utilizado un desfibrilador externo automático en el momento de la muerte de Tanya».

—Eso no es del todo cierto —interrumpió Hale—. Se utilizó uno cuando trajeron a una víctima de un accidente de tráfico y otro para una mujer que padecía un cáncer terminal. En la UC Irvine y en el UCI Medical.

«Creo que podemos dar por sentado que Tanya no era ninguna de esas personas», dijo el Dr. Horn.

«Lo que intento comprender es el fentanilo puro. ¿Puro, como el que se utiliza en los hospitales?».

—Sin contaminantes. Pero creo que me expresé mal antes. No todo el fentanilo que se vende en la calle está adulterado. El problema es que, si un consumidor toma cualquier otra sustancia al mismo tiempo que el fentanilo, la detectaré en la sangre. Esto complica las cosas, ya que ninguna prueba podrá determinar si las drogas se han mezclado o se han tomado por separado.

«¿Pero la sangre de Tanya estaba limpia?».

«Bueno, aparte de los metabolitos de naloxona y fentanilo, sí. Tanya podría haber estado desnutrida, pero no bebía, y si consumía drogas recreativas, hacía tiempo que no lo hacía. Si lo desea, puedo examinar los folículos pilosos para detectar ciertas sustancias que se remontan hasta un año atrás».

«No, no creo que sea necesario. Supongamos que el fentanilo es puro; ¿es fácil conseguir fentanilo en el hospital?».

—¿Qué le hace pensar que es del hospital? —preguntó Hale—. Cuando mi padre estaba enfermo, le enviaron a casa con unos parches de fentanilo que él mismo se aplicaba.

«No eran parches. Dejan un residuo pegajoso en la piel, y Tanya no tenía ningún residuo. Lo he comprobado», dijo el Dr. Horn.

«¿Qué otros lugares, aparte de los hospitales, tienen acceso al fentanilo?».

«Hospicios, centros quirúrgicos».

Algo en lo que pensar. Sin embargo, Alex seguía inclinándose por los hospitales. Una clínica privada vigilaría mucho el fentanilo, sabiendo que si alguien robaba el fármaco y se suicidaba con él, la demanda judicial que se avecinaba sería devastadora. Los hospitales, por otro lado, estaban más protegidos. No solo eso, sino que también estaban más concurridos, y Alex supuso que podría ser más fácil robar fármacos allí que en establecimientos más pequeños.

—Dr. Horn, el residente también mencionó algo sobre un perro. —Una afirmación formulada como una pregunta.

—Ah. —El Dr. Horn cambió la hoja de papel por otra—. Un golden retriever. Se encontraron varios pelos, algunos con la raíz, en la camisa y los pantalones de Tanya Ferguson.

Alex había barajado la idea de que un perro callejero merodeara por Harbor Boulevard, pero pensaba más bien en un chucho sarnoso, no en un golden retriever. Alex no era muy aficionada a los perros, pero sabía que los golden retrievers eran una de las razas más adorables.

Con la carrera de su madre como estrella de películas de serie B en declive, Heather Frost se había visto obligada a aceptar cualquier cosa que le consiguiera su agente. Uno de sus últimos «papeles» antes de enfermar gravemente y no poder trabajar fue como extra

en Full House. Alex había visto a su madre en ese papel sin diálogo docenas de veces.

Comet, el perro de la familia, un golden retriever, había aparecido de forma destacada en el episodio.

«No hay rastro de un perro ni en el lugar donde vivía Tanya ni en el apartamento de Damon».

—¿Qué pensamos entonces? —preguntó Hale. El Dr. Horn entrecerró los ojos tras sus gafas mientras escuchaba atentamente —. ¿Se fue a otro sitio después de salir de casa de Voss?

«Quizá. Pero estaba cubierta de sangre. ¿Nadie le dio una camiseta limpia?».

Hale se encogió de hombros.

—Adictos.

A Alex no le gustó la respuesta, y eso se reflejó en su tono.

—¿Adictos que tienen un desfibrilador? Dr. Horn, ¿ha tenido algún otro caso de sobredosis similar al de Tanya Ferguson?

El Dr. Horn se burló. A Alex tampoco le gustó esa reacción, pero lo dejó pasar.

«Tenemos entre tres y cinco al día».

Alex parpadeó, sin estar segura de haber oído bien.

«¿En California?».

Ahora fue el forense quien se burló.

«En el condado de Orange».

«Imposible».

Alex no pudo evitarlo, pero el Dr. Horn no se puso a la defensiva.

«De tres a cinco al día en el condado de Orange. Solo hoy han habido dos».

«¿Puedo verlos?».

—Claro.

Salieron de la sala de equipos y volvieron al depósito de cadáveres. El Dr. Horn sacó un cuerpo de la cámara frigorífica. La guía hizo un agradable zumbido cuando la bandeja salió por completo. A diferencia de Tanya, este cadáver no estaba cubierto solo con una sábana, sino que estaba completamente envuelto en una gruesa bolsa negra con cremallera.

El Dr. Horn bajó la cremallera hasta justo debajo de la cabeza y luego pellizcó los lados de la bolsa para abrirla.

Alex, que se había inclinado hacia delante, se echó hacia atrás inmediatamente y se tapó la nariz y la boca con la mano.

—¿Qué es ese olor?

—Tenía el brazo necrosado. Si no hubiera sufrido una sobredosis, habría muerto en una semana por sepsis. —Mientras hablaba, el Dr. Horn volvió a coger la cremallera—. ¿Quieres verlo?

«No, está bien».

Sin embargo, Alex observó el rostro de la mujer.

Marcada por la viruela, cubierta de llagas. Tenía la boca ligeramente abierta. Donde antes tenía los dientes, solo quedaban muñones podridos.

«¿Los servicios de emergencia utilizaron un desfibrilador externo automático?».

«No, estaba fría. Ni siquiera le administraron naloxona».

«De acuerdo».

El Dr. Horn volvió a cerrar la bolsa, introdujo la bandeja en su sitio —vrrrr— y cerró el armario.

—El otro era un chico. Diecisiete años. ¿Quieres verlo?

—No, no hace falta. —El teléfono de Alex volvió a sonar y ella lo sacó. Era Jackson—. Tengo que contestar. Dr. Horn, cuando recibe a una víctima de sobredosis, ¿registra cosas como el uso de Narcan? ¿Desfibrilador externo automático? ¿Ese tipo de cosas?

—Por supuesto. Hago un análisis toxicológico a todos los casos sospechosos de sobredosis y obtengo el informe del servicio de emergencias, si está disponible. Y antes de que me lo preguntes, también registro la presencia de gel de DEA en el cuerpo. Habría encontrado el gel en Tanya, pero la camiseta había sido precintada por la policía de Los Ángeles como prueba hasta que le pediste al Dr. Sanderson que la analizara. —Se notaba un deje de disgusto en la voz del forense.

—Bien, bien. ¿Cree que puede conseguirme una lista de todas las sobredosis en las que se encontró gel, pero no hay constancia del uso de un DEA? ¿De los últimos seis meses, más o menos?

—Puedo hacerlo. También le enviaré los resultados del ADN. Deberían estar listos en una hora más o menos.

«Gracias».

Alex contestó al teléfono.

—Agente Frost, ¿dónde demonios estás? —gritó Jackson.

«Estoy en camino. Hay tráfico», mintió ella.

«Date prisa*, joder*».

Capítulo 29

Jackson estaba furioso porque llegaban casi una hora tarde a la rueda de prensa. Dejó claro que no lo toleraría.

Alex sabía que debía decirle dónde había estado, pero ya le había mentido, así que...

«Lo siento». Miró a la multitud de periodistas. Había crecido considerablemente desde que llegaron al aparcamiento. Alex sintió que su corazón se aceleraba un poco.

El SIC los había apartado a ella y a Hale, fuera de la vista de los ansiosos cámaras, cuyas cinturas parecían haber crecido al ritmo de su impaciencia.

—¿Cuánto quieres que les diga?

—No les digas nada. Como ya he dicho, el caso sigue abierto. Diles eso. Diles que Damon Voss ha muerto y que estamos trabajando duro para averiguar exactamente qué ha pasado.

Alex asintió.

—¿Y Tanya?

Jackson entrecerró los ojos.

—Esto es sobre Damon Voss.

—¿Pero no deberíamos decir algo sobre Tanya? El OC Post ha publicado fotos mías con el bebé. Van a hacer preguntas.

—Por supuesto que sí. Agente Frost, esto es sobre Damon Voss. Eso es todo. No responda a ninguna pregunta sobre nada más. —Bajó la barbilla—. De hecho, no responda a ninguna pregunta. Solo suba, diga algo sobre que seguimos haciendo nuestro trabajo, dé el pésame a la familia y eso es todo. ¿Lo entiende?

—Sí.

—Bien.

—¿Y yo qué? —preguntó Hale, haciendo pucheros.

—¿Y tú qué? —replicó Jackson.

—Quieres que yo...

—Quédate al lado de Frost. Y por una vez, no digas nada, Hale.

—Pero...

—Ahora.

Jackson se dio la vuelta y desapareció entre las sombras de la oficina. Alex se armó de valor mientras escudriñaba la multitud. Quizás seis personas en profundidad. Cuatro en anchura. Cámaras en los hombros, cámaras en trípodes. Teléfonos móviles en ristre. Micrófonos de solapa.

Ahora o nunca.

Alex se acercó al podio, Hale se arrastró detrás de ella.

Extendió la mano para tocar el micrófono y comprobar si estaba encendido, pero oyó amplificado el sonido de su propia respiración.

«Buenas tardes», comenzó Alex, tratando de mantener la calma en su voz. «Mi nombre es agente especial Alex Frost. A última hora de la noche, el FBI fue llamado por la policía de Irvine y Los Ángeles para ayudar en la investigación de una persona fallecida en Irvine. El fallecido ha sido identificado como Damon Voss».

Esto causó un poco de revuelo, pero Alex pensó que era más bien por aparentar. La muerte de Damon Voss era el secreto peor guardado de todo el estado.

«En este momento, la investigación sobre la muerte del Sr. Voss sigue en curso. Por lo tanto, el FBI, en colaboración con la policía de Los Ángeles y la de Irvine, no puede revelar más detalles».

Se produjo un gran alboroto y todo el mundo empezó a hablar a la vez.

«¿Cuándo...?». A pesar de los altavoces, Alex apenas podía oír su propia voz por encima del gentío. «Cuando tengamos más información, se la comunicaremos. Nuestro más sentido pésame a los amigos y familiares del Sr. Voss».

Alex comenzó a darse la vuelta, pero una voz entre la multitud, una que reconoció, la hizo volver.

«Agente Frost, los informes iniciales indicaban que Damon Voss había sido asesinado, pero el OC Post ha publicado que alguien cercano al caso ha confirmado que su muerte fue accidental».

Era Dwight Dozier, de pie en el centro. A Alex le sorprendió no haberlo visto antes.

«La única declaración oficial que ha hecho el FBI sobre la muerte de Damon Voss es la que acabo de emitir. Me temo que su fuente es incorrecta».

Esas palabras provocaron una sonrisa irónica en Dwight.

De nuevo, se dio la vuelta, pero la llamaron una vez más.

«¿Y el bebé?».

Que te jodan, Dwight.

Alex intentó evitar imaginarse a Benjamin Ferguson en el cobertizo apestoso.

Un escalofrío le recorrió el cuerpo.

Hale le dio un codazo y Alex supo que era su señal para irse. Había hecho exactamente lo que Jackson le había dicho.

Pero no podía. Ahora, además de ver a Benjamin, también veía a Tanya.

—Solo una cosa más: ten cuidado ahí fuera. Especialmente con las mujeres que hay por Harbor Boulevard. Si ves a un hombre con un golden retriever, confía en tu instinto.

No.

No, no, no.

Pero las palabras ya habían salido de su boca.

Maldita sea. Era como Hale, incapaz de mantener la boca cerrada.

Hablando de Hale, el hombre estaba encogido. Todo su cuerpo parecía tenso, algo casi imposible para un hombre gordo, mientras ella lo seguía alejándose de la multitud que ahora gritaba desesperada.

Jackson estaba furioso.

«Adentro, ahora».

Abrió la puerta y Alex lo siguió. Se cerró delante de ella y casi chocó contra ella.

—¿Qué demonios ha sido eso? —rugió Jackson—. ¡Te he dicho que se lo contaras solo a Voss!

—Lo... lo siento —tartamudeó Alex—. Solo...

«No escuches, nunca escuchas. Te lo advertí, Frost. Yo no soy Marcus Allen y tú no eres Con Striker. Estás suspendida».

—Espera, ¿qué? Solo dije que tuvieras cuidado. Yo no...

—Tres días. Estás suspendido del servicio activo durante tres días.

—Agente Jackson, Frost solo estaba...

—Usted también está suspendida, agente Hale.

Ahora era Alex quien acudía al rescate de su compañero.

—Jackson, él...

—Se quedó ahí parado, eso es lo que hizo. En lo que a mí respecta, ustedes dos son un equipo. Sus acciones se reflejan directamente en sus compañeros. Si dice algo más, alargaré la suspensión a una semana.

Alex tuvo que morderse el labio para no hablar. Miró a Hale, que estaba desolado. Probablemente, el hombre nunca había sido suspendido en su vida. Para ser justos, Alex tampoco.

Regresaron al coche. Con las puertas cerradas, dijo: —Lo siento, Hale. No quería decir eso.

—No, no pasa nada. Jackson solo está pasando por un mal momento. Se le pasará. Me sorprendería que no nos llamara mañana para pedirnos que volviéramos.

Alex lo dudaba mucho, pero no quiso desanimar a Hale.

Su teléfono vibró.

Era el Dr. Horn.

Una mirada de Hale dejó claro lo que esperaba que ella dijera: *«Dr. Horn, por favor, envíe toda la información sobre el caso, los dos casos, al agente Jackson».*

Ella volvió a decepcionarlo.

—¿Hola?

—Agente Frost, ya tenemos los resultados del ADN: el ADN de Benjamin Ferguson coincide con el de Tanya y Damon Voss.

Aunque Alex ya se lo esperaba, le causó cierta conmoción.

«Gracias. ¿Qué hay de las otras víctimas?».

«Seguimos trabajando en la lista. Pásate cuando puedas».

Colgó y miró a Hale.

«Voy a dar una vuelta».

Subtexto: *¿Puedes salir de mi coche?*

«Voy contigo».

«Hale, si...».

Hale le dedicó una sonrisa forzada.

«Ya has oído al agente Jackson, somos un equipo, Frost. Somos un equipo».

Capítulo 30

Nunca sospechan de un hombre caucásico de mediana edad que cojea y se apoya en un bastón. Sobre todo porque dicho hombre de mediana edad parecía mucho mayor. Además, tenía la piel muy bronceada, lo que hacía menos evidente que fuera un gringo.

Su español también había mejorado. Era aceptable. Especialmente si se hacía el tonto. No era tan difícil.

Estaba en la parte trasera de una pequeña *cantina.* Un antro, la única parada en una carretera de tierra que se dirigía al sur, lejos de la bulliciosa ciudad de Tijuana. Llevaba allí dos días, durmiendo bajo un calor sofocante en un loft encima del bar de mala muerte.

Esperando.

Y, finalmente, llegó el objetivo. Se suponía que iba a venir solo, pero cuando el Mercedes con las ventanas tintadas entró en el aparcamiento, seguido de una estela de polvo y suciedad, vio las siluetas difusas de dos hombres en el interior.

No importaba.

El pequeño frasco que el hombre llevaba en el bolsillo de sus vaqueros contenía suficiente aflatoxina B1 como para matar a cinco hombres. Quizás más.

Pero él solo tenía que matar a dos.

«Ellos están aquí», le dijo el propietario, nervioso y sudoroso, con los ojos pequeños y brillantes.

«*Ya lo sé. ¿Qué bebe? ¿Tequila?*».

Lo sé. ¿Qué bebe? ¿Tequila?

El hombre negó con la cabeza.

«Mezcal».

Mejor aún.

El afla era generalmente insípido y, al estar disuelto en etanol, también era incoloro. Pero el mezcal tenía un sabor lo suficientemente fuerte como para que el azufre probablemente fuera indetectable.

«La botella». El hombre asintió y le pasó nerviosamente una botella de mezcal. El estadounidense quitó el corcho y, con el

camarero mirando, sacó el frasco de su bolsillo. También le quitó la tapa, que servía como cuentagotas.

Apretó con cuidado la punta de goma, llenando el cuentagotas por completo. Con rapidez, vertió el líquido en el mezcal. Volvió a colocar la tapa e invirtió la botella.

Luego se la entregó al mexicano.

«Cuando termines, deshazte de ella».

Cuando haya terminado, deshazte de ella.

Al ver que este no entendía, lo agarró por el cuello de la camisa. «¡Tírala!».

Un asentimiento nervioso y vacilante.

Dejó la botella sobre la encimera, cogió una cerveza y salió de la cocina. Se sentó en la barra, encendió un cigarrillo y dio un sorbo.

La puerta detrás de él se abrió, pero no se volvió.

«¡Fuera!»

Fuera.

Siguió fumando, sin moverse.

Una mano le agarró bruscamente por el hombro. Él se la quitó de encima.

«¡Ahora mismo!»

Ahora mismo.

Se bebió la mitad de la cerveza y salió cojeando con la ayuda de su bastón, con la mirada baja.

No había prisa. El Afla no mataría al objetivo hoy. Probablemente tampoco mañana. En menos de una semana, seguro. Y nadie sospecharía que la causa de la muerte había sido su visita a ese antro de mala muerte a las afueras de la ciudad. Los síntomas serían similares a los de un fallo hepático, lo cual encajaba con la propensión del objetivo a emborracharse hasta perder el sentido.

Y eso es lo que concluiría el forense, porque él, al igual que el cabrón de ojos pequeños que estaba al fondo de la *cantina*, había sido sobornado.

Tardó tres intentos en arrancar el coche. El silenciador petardeó y el humo negro se sumó al polvo que aún flotaba en el aire seco.

Cuando se alejó de la cantina, sacó su teléfono móvil.

Envió un único mensaje de texto al único contacto de su teléfono, etiquetado simplemente como JS.

Ya está hecho.

Capítulo 31

—Tuve que reducir el periodo de tiempo —dijo el Dr. Horn—. Seis meses era demasiado, habríamos obtenido más de quinientos nombres. Opté por dos meses y filtré la lista por aquellos que murieron con fentanilo y norfentanilo en sangre. Ciento catorce nombres.

A Alex todavía le impactaba la cantidad de personas que morían cada día por sobredosis.

Se quedó mirando la hoja de cálculo que tenía delante.

«¿Todos son del condado de Orange?».

«Sí».

«¿Podemos reducir aún más la lista? ¿Quizás solo los que murieron en Tustin?».

Puede que Tanya fuera encontrada en Santa Ana, pero había venido del apartamento de Voss en Tustin.

En lugar de responder, el Dr. Horn pulsó unos botones. La lista se acortó considerablemente, pero seguía siendo demasiado larga.

«¿Y el último mes?».

Otro clic.

Ahora había 18 nombres.

Mucho mejor.

El Dr. Horn le cedió el control. Encontró el nombre de Tanya Ferguson a mitad de la lista y dudó un poco.

Mujeres. Solo alrededor de un tercio de los nombres eran de mujeres.

Había observado al Dr. Horn navegar por la hoja de cálculo y sabía cómo funcionaba. En «Sexo», hizo clic en F.

«Lucy Larder, Beth Reid, Rosita Gómez, Erika Hernández», leyó Alex en voz alta.

Cuatro. Vale.

«Todas tenían gel de DEA en el pecho. No encontré ningún registro del uso de DEA, ni en el hospital ni en los servicios de emergencia», confirmó el Dr. Horn.

«¿Puedo imprimir esta lista?».

«Claro».

El Dr. Horn se hizo cargo. Imprimió la página, que incluía el lugar donde se encontró el cuerpo, la causa de la muerte y la última dirección conocida.

Mientras la impresora del escritorio cobraba vida, Alex preguntó: «¿Encontraste pelo de perro en estas mujeres?».

«En los casos de sobredosis, no solemos extraer ADN ni tomar muestras de la ropa. Pero voy a comprobarlo. Ah, aquí está. *Vaya*».

El Dr. Horn veía tantos cadáveres que no era de extrañar que no recordara un detalle tan insignificante como ese. «Lucy Larder y Beth Reid tenían pelo rubio».

Alex se animó.

—¿Pelo de perro? ¿De golden retriever?

—No lo sé.

«¿Todavía tienes el pelo?».

«El cuerpo de Lucy Larder fue recuperado por su familia hace una semana. El de Beth Reid, unos días antes».

Alex interpretó eso como un no.

«¿Alguna de ellas era rubia?».

«Las dos eran morenas».

Podría ser algo.

La impresora terminó y el Dr. Horn le entregó la hoja.

«Gracias, Dr. Horn».

Se marcharon.

«¿Adónde vamos?».

«A visitar a la familia de Lucy Larder».

***

«Lucy Larder, 41 años. Abogada de profesión. Parece que trabajaba para Rashid & Earnst», leyó Hale en el informe policial que había sacado en el coche. «Sin antecedentes penales».

«¿Consumo de drogas?», preguntó Alex.

—Nada en el expediente policial.

Alex encontró un lugar para aparcar cerca de la parte trasera del aparcamiento. Detuvo el coche y salió.

El forense informó de que una tal Meghan Larder había recogido el cadáver de su hija. Al salir del depósito de cadáveres, el doctor Horn comentó que recordaba a la mujer. Iba en silla de ruedas y la acompañaban dos celadores del hospicio donde residía.

Los hospicios figuraban en la lista de lugares con acceso al fentanilo.

El edificio hacia el que se dirigían ahora le recordaba un poco a la residencia en la que habían ingresado a la madre de Con cuando su demencia hizo imposible que ni él ni el servicio de asistencia a domicilio pudieran cuidar de ella.

Un edificio cuadrado de dos plantas, de color beige. Grandes puertas de cristal en la entrada que se abrieron automáticamente al acercarse.

El interior era amplio y luminoso. Una suave música sonaba desde unos altavoces ocultos. Un hombre con unas elegantes gafas de montura blanca estaba sentado detrás de un gran escritorio.

Encima había un monitor de ordenador.

—Buenas tardes —dijo con voz alegre.

«Hola». Alex sacó su placa y se la mostró. «Agentes del FBI Frost y Hale. Esperábamos poder hablar con la señora Meghan Larder».

—Por supuesto. —Se levantó. Era un hombre alto y delgado, con aspecto de cráneo. —Síganme, por favor.

Mientras recorrían el pasillo, el hombre empezó a charlar.

«¿Se trata de Lucy?».

—Sí.

—Pobre mujer. Y pobre señora Larder también. No puedo creer que, con todos sus problemas de salud, haya tenido que lidiar con la muerte de su hija. Es algo terrible, terrible.

—¿Qué le pasa a la señora Larder? —preguntó Hale.

—Cáncer de páncreas en fase cuatro. Los médicos le dieron entre dos y tres meses. Pero es una luchadora. De eso hace ya casi seis meses.

—¿Está lúcida?

—Muy lúcida. Es una mujer muy inteligente. Normalmente, cuando nos llega alguien con su diagnóstico, viene con distintos grados de depresión. Si soy sincero, no suelen salir de ahí. Pero

Meghan no. Ni siquiera tras la muerte de su hija. Como puedes imaginar, no está precisamente alegre, pero tampoco está deprimida.

«¿Conociste a su hija, Lucy?», continuó Hale.

«Por supuesto, la mujer venía una vez a la semana, quizá cada dos semanas. Era una señora muy agradable. Como su madre, dura como una roca».

«Era abogada, ¿verdad?».

«Sí. Una abogada importante».

«¿Alguna vez tuviste alguna indicación de que consumía drogas? ¿Drogas duras?».

«Ni hablar. Quiero decir, no soy ningún experto, pero de vez en cuando viene algún adicto. Tienen un aspecto característico, ¿sabes?».

Alex no lo hizo y animó al hombre a continuar con una serie de gestos afirmativos.

«No sé cómo explicarlo. Pero ¿recuerdas que te dije que la señora Larder era perspicaz? ¿Que estaba al tanto de todo? Pues los adictos no son así en absoluto. Son... No sé. Aburridos, supongo».

La voz del hombre se había vuelto más grave y su cadencia más lenta. Trabajaba en un hospicio, y la forma en que los llevó directamente a la habitación de la señora Larder sin dudarlo sugirió que llevaba algún tiempo trabajando allí.

A pesar de estar rodeado de muerte y de personas que esperaban la muerte todos los días, la idea parecía afectarle.

Una buena señal, supuso Alex.

Se detuvieron frente a una puerta.

—Puede que esté durmiendo. Por favor, esperen aquí.

—Solo una pregunta más.

—Dispara.

—¿Tenéis fentanilo aquí?

El hombre ladeó la cabeza.

—Por supuesto.

«¿Bajo llave?». No había forma de suavizar el significado de la pregunta.

—Por supuesto. En una caja fuerte. ¿Por qué lo preguntas? ¿Tiene algo que ver con Lucy?

«No, claro que no».

El hombre no estaba convencido.

—Bueno, las cosas difíciles están bajo llave. Es más difícil acceder a ellas que a los códigos nucleares. Se necesitan dos llaves y nuestro director médico tiene que introducir su contraseña.

Levantó una mano hacia la puerta y Alex asintió, dándole permiso para llamar. Lo hizo una vez y luego la abrió. Alex y Hale retrocedieron educadamente.

A través de la rendija de la puerta, pudo ver a la mujer tumbada en la cama.

Lo primero que pensó Alex fue que Meghan Larder estaba muerta. Muerta desde hacía tiempo.

Tenía la piel tensa sobre los pómulos altos. El cabello fino y ralo se extendía sobre una almohada húmeda.

Tenía los ojos cerrados.

No se movían.

—¿Señora Larder? —dijo el hombre en voz baja mientras se acercaba.

La mujer abrió los ojos, dejando al descubierto el blanco amarillento de los ojos.

Se inclinó y le susurró algo al oído. Ella asintió con la cabeza de forma apenas perceptible. El hombre le dio un golpecito en la mano, que yacía extendida sobre la colcha, bien ajustada contra su costado.

Volvió.

«Ya está lista para usted».

Capítulo 32

«Mi hija nunca consumió drogas», dijo la señora Larder antes de que Alex pudiera siquiera presentarse. Su voz estaba tensa y tenía un tono agudo y tembloroso. Alex la reconoció por el estado en que se encontraba su madre, hacía tantos años.

Lo llamaban «voz de la quimioterapia».

—Sra. Larder, soy del FBI, y ella es mi compañera. No le quitaremos mucho tiempo.

—Bien, porque no me queda mucho tiempo.

Sin resentimiento, solo constatando un hecho.

—Lo entiendo. Solo quería decirle, en primer lugar, que siento mucho su pérdida.

«Lucy era una niña estupenda. Una mujer aún mejor. Y no consumía drogas».

«Entiendo que la visitaba a menudo».

«No tanto como me hubiera gustado, pero estaba muy ocupada. La vida de una abogada».

«Lo sé. Solo intentamos saber un poco más sobre Lucy».

«Bueno, no consumía drogas. A Lucy le gustaba el whisky; sé que se tomaba unas copas después de un día largo. Pero drogas, no».

Tan tajante. Y un poco a la defensiva.

«¿Se lo ha dicho a la policía?».

«Sí. Se lo dije, pero no me escucharon. Dijeron que había sido una sobredosis accidental. Tonterías. Tonterías de verdad. Supongo que por eso estás aquí, ¿no? Porque tú también crees que son tonterías».

«Para ser sincero, no estoy seguro. Solo intento saber un poco más sobre quién era Lucy. En ese sentido, ¿tenía familia? ¿Un novio?».

Alex lo consideró muy improbable, teniendo en cuenta que la madre de Lucy, que padecía una enfermedad terminal, había ido a recoger el cadáver.

La señora Larder lo confirmó.

«Lucy estaba demasiado ocupada con el trabajo para formar una familia. Estaba casada con su trabajo».

—¿Y su padre?

«Muerto», respondió la señora Larder con frialdad.

«Lo siento».

«No lo sienta. Era un imbécil. Murió hace más de una década».

—¿Lucy tenía algún amigo cercano? ¿Algún amigo que pudiera hablar con nosotros?

La mujer hizo una mueca de dolor y cerró los ojos un segundo. Alex esperó.

—No. —Se movió. Hizo una mueca de dolor—. Tampoco tenía tiempo para amigos.

Empezó a surgir una imagen de Lucy Larder. Una solitaria, alguien que trabajaba muchas horas, algo habitual en su profesión. Sin amigos íntimos, sin familia. Solo el trabajo.

A Alex le recordaba un poco a la profesión de su madre. Aunque eran muy diferentes —abogada frente a actriz de películas de serie B —, ambas trabajaban duro. Y también se divertían mucho. Pero la droga preferida de este tipo de personas no era algo como el fentanilo o incluso la heroína, que tienden a adormecer y dejar inconsciente.

La cocaína era su vicio.

Aunque, para ser justos, el problema rampante de las drogas en California —confirmado por el gran número de sobredosis diarias que el Dr. Horn atendía en la morgue— hacía que un cambio en los gustos no fuera descabellado.

—¿Agentes? —se oyó una voz desde la puerta, y Alex se dio la vuelta. El hombre que los había llevado a la habitación iba ahora acompañado de dos enfermeras, una de las cuales se escondía detrás de una gran bandeja cubierta de una letanía de artículos médicos: jeringuillas, viales, un tensiómetro. Otros artículos que Alex no reconoció—. Es la hora de la medicación de la señora Larder.

«Malditas inyecciones», murmuró la señora Larder, lo suficientemente alto como para que Alex la oyera. «¿Por qué no me dejan morir de una vez?».

—De acuerdo —dijo Alex al celador. Luego se volvió hacia la señora Larder—. Solo una pregunta más: ¿Lucy tenía un perro? ¿Un golden retriever?

La señora Larder se rió entre dientes. Era un sonido realmente horrible. Espeso y flemoso.

—¿Lucy? Ni hablar. Era muy alérgica.

—Gracias, señora Larder.

—Averigüe qué le pasó a mi Lucy.

«Lo haré».

Se marcharon, saludando con la cabeza al celador al salir. Alex quería leer las etiquetas de los frascos, pero pensó que sería entrometerse.

«Bueno, ¿qué opinas?», preguntó Hale de camino al coche.

«No lo sé».

Pero Alex sí lo sabía. Lo que pensaba era que empezaba a perfilarse el perfil de una víctima.

***

Beth Reid era otra historia. Nadie había reclamado su cuerpo y, tras dos semanas de intentos fallidos por localizar a sus familiares, fue entregada al estado. California la incineró e amente dos días después. La enterraron con una lápida pequeña y sencilla en un cementerio al otro lado de la ciudad.

La policía de Los Ángeles había investigado a fondo el pasado de Beth en un intento por localizar a su familia y, a través de los formularios del IRS, descubrió que vivía en un complejo de apartamentos en Tustin. Ahora se dirigían allí.

El edificio era de clase media-baja, con énfasis en lo primero. No era de extrañar, dado que Beth era cajera en el Tustin Fresh Market local.

Encontraron al conserje medio fuera de la puerta de su oficina, que daba a la calle, fumando un cigarrillo. Cuando llamaron, apagó rápidamente el cigarrillo, exhaló una bocanada de humo al exterior y cerró la puerta.

—¿Hola?

Mostraron sus placas y los ojos inyectados en sangre del hombre se abrieron un poco más.

—¿FBI?

—Sí. ¿Conoce a Beth Reid?

La expresión del hombre indicaba que sí.

«Era una inquilina estupenda. Amable. Es una pena lo que le ha pasado».

—¿Qué le pasó? —preguntó Alex, tratando de sonsacarle más información al hombre.

Él se encogió de hombros.

—La policía dijo que fue una sobredosis. Es una pena, me caía bien. No puedo decir lo mismo de algunos de los otros inquilinos.

—¿Qué nos puede decir de Beth?

«¿Aparte de que era una mujer agradable? No mucho. Trabajaba mucho en el Fresh Market».

—¿Le gustaba salir de fiesta? ¿Recibir visitas?

—¿Beth? —rió—. No. No recuerdo haber visto a nadie entrar o salir de su casa excepto ella.

«¿Podemos ver su apartamento?».

«Bueno, pueden, pero hace casi un mes se mudó una familia. Beth no tenía muchas cosas, y las que tenía, la empresa propietaria del lugar las guardó en un trastero al otro lado de la ciudad».

Esto hizo que Alex pensara en Tanya y en su ropa abandonada. Si Alex no hubiera entrado en aquel cobertizo con la puerta enrollable naranja, Benjamin Ferguson probablemente estaría muerto ahora.

Era la primera vez en al menos unas horas que pensaba en el chico.

Alex luchó por articular palabra. Pero para eso tenía a Hale.

—¿Te interrogó la policía después de encontrar a Beth?

—Sí. Me preguntaron si tenía familia. Me hicieron preguntas sobre su estilo de vida, las mismas que tú me estás haciendo ahora.

—¿Te sorprendió saber que había sufrido una sobredosis?

—Muchísimo. Beth no me parecía una drogadicta.

Alex finalmente recuperó el habla.

«¿Qué quieres decir?».

El hombre se movió incómodo.

—Quiero decir, siempre se levantaba temprano. Era agradable. —Se encogió de hombros—. Tengo quejas de otros inquilinos, dicen que huele a quemado en sus apartamentos. Gritos, peleas. Niños llorando, no sé. Pero Beth nunca hacía nada de eso.

—¿Y un perro? —preguntó Alex.

—¿Un perro?

—Sí, ¿tenía Beth un perro?

—Ni hablar. Aquí hay una política estricta de no admitir mascotas.

«Podría haber sido silencioso. Si no ladraba, ¿cómo lo sabrías?».

—Ni siquiera tiene balcón, y nunca la vi pasear a uno.

«Claro. Vale, gracias por tu ayuda».

«No hay problema. Como te decía, es muy triste lo que le pasó a Beth».

Desde luego que sí.

Capítulo 33

Dos menos, quedan dos: Rosita Gómez y Erika Hernández.

Ninguna de las dos encajaba en el perfil abreviado que Alex había empezado a trazar en su mente.

Por un lado, aunque ninguna tenía antecedentes penales, Rosita era bien conocida por las fuerzas del orden. Había tenido un par de encontronazos con la ley, pero había logrado evitar cualquier acusación formal. Si Alex tuviera que adivinar, diría que Rosita delató a alguien más importante a cambio de que la dejaran en libertad.

Erika era muy parecida, salvo que tenía antecedentes por hurto en una tienda hacía cinco años. Ambas estaban casadas y sus maridos habían recogido los cadáveres. Los hombres habían acudido juntos, a pesar de que sus esposas habían fallecido con dos días de diferencia. Alex dudaba que Erika o Rosita tuvieran algo que ver con lo que les había ocurrido a Beth, Lucy y Tanya, pero seguía pensando que lo mejor era interrogar a los maridos.

La policía de Los Ángeles tenía la dirección de Néstor Gómez y se dirigían allí cuando llamó el doctor Horn.

El forense aún no sabía que habían sido suspendidos.

—Agente Frost, he investigado un poco más el gel que encontré en las víctimas.

Alex sonrió para sí misma, orgullosa de haber convertido a una enemiga en un activo invaluable con solo cambiar su enfoque.

Desafiar al forense frente a plantearle un desafío al forense.

«¿Qué has averiguado?».

—He conseguido encontrar una lista de ingredientes de todos los geles de las principales empresas de DEA. Todas las mujeres tenían glicerina y compuestos a base de alcohol polivinílico o carboximetilcelulosa e es con humectantes, pero el gel encontrado en Lucy Larder, Beth Reid y Tanya Ferguson tenía azul brillante FCF como colorante. Rosita Gómez y Erika Hernández tenían indigotina.

Alex creyó entenderlo, a pesar de no estar familiarizada con la palabra «indigotina», pero le siguió la corriente de todos modos.

«No estoy segura de saber lo que significa».

«El gel utilizado en las tres primeras mujeres era azul, el de las demás, verde. Y solo hay una marca que utiliza gel azul en sus compresas». El Dr. Horn les dijo el nombre, que, de nuevo, no le decía nada a Alex. «Tenemos DEA aquí, en la oficina del forense, de otra marca, pero me puse en contacto con nuestro representante. Hizo algunas llamadas a la competencia. Confirmó que la marca solo se vendía a UC Irvine Medical».

«¿Es el único lugar?».

«El único en California. Y no venden esas unidades al público en general».

«De acuerdo, gracias, Dr. Horn».

Alex colgó y le transmitió la información a Hale. Néstor Gómez tendría que esperar.

«Hale, si Jackson se entera de que seguimos con esto, se va a enfadar. Si quieres que te lleve a casa o de vuelta a la oficina, solo tienes que...».

—Siento que me estoy repitiendo, pero como dijo Jackson, somos un equipo.

Cierto, pero había algunas diferencias evidentes entre ellos. Por un lado, ella tenía a su padre, el congresista, y, si había que creer los rumores que circulaban, pronto sería gobernador de Nueva York. Nunca le había pedido ayuda con su carrera, pero eso no había impedido que Brandon Frost interviniera en su favor. Hale no tenía a nadie en un o su favor. No solo eso, sino que ya había sido contratado por el FBI y luego enviado de vuelta al Departamento de Policía de Los Ángeles, todo gracias a Con.

No le costaría mucho al FBI volver a degradarlo.

—Mira —dijo Hale, al ver un cambio en su rostro—. Sé lo que la gente piensa de mí, ¿vale? Sé lo que pensaba tu excompañero de mí. También sé lo que dicen los demás. No me importa. Solo quiero que sepas que somos compañeros y que estoy de tu lado.

Sorprendentemente consciente de sí mismo. Lo que el hombre no dijo, pero claramente quería decir, es: «Yo también sé quién soy».

Era... triste.

Alex bajó la mirada.

«Gracias, Hale. Te lo agradezco. Pero si en algún momento quieres irte, no te lo echaré en cara».

Lo decía en serio.

«Lo sé. Vamos a encontrar a este tipo, ¿vale?».

Esto hizo que Alex se detuviera. No era el identificador masculino que había utilizado, sino el hecho de que Hale ahora parecía estar de acuerdo con... ¿qué, exactamente?

¿La idea de que estas sobredosis no fueran accidentales?

Alex se encontró cuestionando sus propios pensamientos, los que había tenido incluso antes de encontrar a Benjamin Ferguson cubierto de su propia suciedad. Que había algo más siniestro aquí que alguien que no informaba del uso de un DEA.

Alex sabía que *quería* que ese fuera el caso, aunque estaba lejos de ser una idea positiva. *Quería* que Tanya estuviera un poco equivocada, tal vez incluso negligente, pero, en el fondo, no podía creer que alguien pudiera someter deliberadamente a su hija a lo que acababa de pasar solo por una dosis.

Todo esto, a pesar de que también era muy consciente de que los adictos hacían esto mismo diez, cincuenta, cien veces al día.

En 2021, la Universidad de California en Irvine dio luz verde a la construcción de un nuevo y enorme complejo hospitalario. Con un valor superior a los mil millones de dólares, el espacio total superaba los cien mil metros cuadrados. Hale le contó todo esto mientras ella intentaba averiguar dónde demonios estaba. El nuevo complejo aún no estaba terminado, por lo que la dirigió a una parte del antiguo campus, el Centro Médico de la UCI en el condado de Orange. Basándose en su teoría tácita, Hale supuso que esa sería su mejor opción para encontrar el DEA desaparecido y el fentanilo robado, postulando que podrían haberse perdido en el trasiego.

Alex estaba de acuerdo con esta idea, sobre todo porque se había quedado sin ideas.

Hale conocía bastante bien la distribución interior del concurrido hospital y encontró a alguien que les indicó dónde estaba la oficina de seguridad cuando preguntaron por quién podían hablar sobre los DEA.

Cuando llamaron a la puerta, el hombre que estaba dentro, un hombre con una mata de pelo rojo, les dijo que estaba abierta.

De nuevo, se presentaron y él, a su vez, les dijo que era Matt Cooper, el supervisor de seguridad.

«¿En qué puedo ayudarles, agentes?».

«Tenemos un par de preguntas sobre los DEA. Nos gustaría saber con quién podemos hablar».

Levantó una ceja pelirroja.

«Los DEA son competencia de seguridad. Eso y medicina, por supuesto. ¿Qué quieren saber?».

«¿Tienen una lista de todos los DEA del hospital?».

Matt asintió.

«Sí. Sin embargo, hay muchos. Cada planta cuenta con uno, sin contar los carros de paradas y los DEA disponibles para cirugía y en la UCI».

«¿Y en el nuevo hospital?».

—Las plantas que ya se han trasladado se han llevado sus DEA. Agente... Frost, ¿verdad?

Alex asintió.

—Sería mucho más fácil si me dijera por qué le interesan los DEA de la UC Irvine.

El hombre parecía bastante afable, pero Alex no quería revelar demasiado. Decidió que no tenía otra opción. Tampoco quería ofenderlo. Ya se había ganado suficientes enemigos por un día.

—Estamos buscando un DEA que podría haber sido robado o que se ha perdido.

Matt frunció el ceño. Tenía unas mejillas prominentes que le daban un aire a bulldog pelirrojo.

«Los DEA son caros, agente Frost. Si faltara uno, lo sabría».

Ahí se fue el no insultar al hombre.

—Lo sé, pero con la mudanza y todo eso, ¿quizás se extravió uno o aún está en tránsito?

Esto suavizó un poco el golpe.

Matt Cooper estaba sentado detrás de un escritorio barato, con un monitor de ordenador encima. Sin decir nada, se inclinó hacia

delante y empezó a escribir. Le llevó unos minutos encontrar lo que buscaba.

«Parece que todos los DEA están contabilizados».

Alex se masajeó la nuca.

«¿Cuántos DEA hay actualmente en el Centro Médico de la Universidad de California en Irvine?».

Los ojos de Matt se posaron en la pantalla.

«Treinta y seis».

Mierda. Más de lo que esperaba. Quince, o tal vez veinte, habrían sido fáciles de localizar. ¿Pero casi cuarenta?

—¿Eso incluye los que se usan para formación?

«¿Formación?».

Matt asintió.

«Los DEA tienen una vida útil muy específica. Para la mayoría de los modelos, es de ocho años. Aunque funcionen perfectamente, el seguro nos obliga a sustituir la unidad una vez caducada».

Matt tenía razón, era una barbaridad de dinero. Tenía sentido que hicieran un seguimiento tan estricto de las unidades.

«¿Qué pasa cuando caduca su vida útil?».

«Se devuelven a la empresa. No sé muy bien qué hacen con ellos. ¿Quizás reutilizan las piezas para fabricar unidades nuevas?». El jefe de seguridad se rió entre dientes. «Probablemente solo cambien la pegatina que indica el estado y nos los vuelvan a vender».

«¿Se puede...?

Matt aún no había terminado.

«A veces, las unidades más antiguas se envían a formación».

Era la segunda vez que mencionaba la formación.

«¿A qué te refieres con "formación"?».

«Los residentes las utilizan con estos muñecos animatrónicos, réplicas de pacientes. Las enfermeras también. La UC Irvine es uno de los hospitales universitarios más prestigiosos del estado».

«¿Alguna unidad ha sido devuelta o enviada a formación recientemente?».

Alex pensaba que si sus víctimas, Lucy, Tanya y Beth, no habían sufrido una sobredosis accidental y alguien había intentado

reanimarlas, es posible que tuvieran algunos conocimientos médicos. También podrían saber lo estrictamente reguladas que estaban las máquinas y pensar que sería difícil pasar por alto una unidad activa.

Matt volvió a dirigirse a su ordenador.

«Tres unidades caducaron en los últimos seis meses. Dos se enviaron a formación y una se devolvió a la empresa». Sabiendo que ella haría más preguntas, Matt investigó un poco más. «La unidad que se devolvió se hizo con una nota en el albarán. Zoll la recibió hace cinco semanas».

«¿Y las otras dos? ¿Las que se enviaron a formación?».

Matt levantó un dedo y cogió el teléfono de su escritorio. Pulsó un solo botón y esperó. Luego dijo: «Terry, ¿estás en formación ahora mismo?». Esperó de nuevo. «Bien. ¿Puedes decirme cuántos DEA tenéis allí? Os enviamos dos unidades hace un par de meses». Una pausa más breve y luego: «¿Seguro? ¿Solo uno?». Pausa. «De acuerdo, gracias, Terry. Avísame si localizas el otro».

Matt colgó y le contó a Alex lo que ella ya sabía por la mitad de la conversación que había escuchado.

«Parece que solo tienen una de las unidades que les enviamos. Estoy segura de que la otra unidad se envió por error al nuevo campus».

Matt Cooper, el supervisor de seguridad, podía estar seguro de ello, pero Alex no.

La unidad de DEA que faltaba no se había perdido durante el envío.

Alguien la había sustraído.

Capítulo 34

El hombre le dio de comer a su perro con la mano.

Necesitaba encontrar otro lugar donde trabajar, otro lugar donde terminar su libro.

Estaba tan cerca.

Estaba *tan* cerca.

Las últimas tres víctimas le habían contado todo, incluso cosas que él no sabía. Tenía que seguir adelante. Lo sabía. Las cosas no habían salido bien con Tanya. Había intentado mantenerla con vida, revivirla. Pero después de seis minutos, no había nada que pudiera hacer. Ni todo el Narcan del mundo, ni todas las descargas posibles.

Se había ido.

No volvería a ir tras Olga. Estaría escondida, pensando que iría a por ella.

Quizás algún día lo haría, pero ahora no.

El hombre pensó en dónde montar su próximo negocio. El lugar anterior había sido perfecto. Aislado, abandonado. Podía trabajar allí solo, sin miedo a que le interrumpieran.

Su casa estaba descartada. Demasiados vecinos, demasiada gente entrometida.

¿Dónde?

¿Dónde?

El hombre se sentó en el banco del parque y su perro se sentó a su lado. Acarició al animal y luego le rascó debajo del cuello cuando el golden retriever levantó la cabeza con expectación.

Llevaba una botella de agua y bebió un sorbo con la mano libre.

El cuaderno en el que anotaba sus hallazgos estaba escondido bajo una de sus piernas. Tras otro sorbo de agua, que le sentó bien a su garganta reseca, cogió el libro.

Pasó a la primera página y comenzó a leer.

Capítulo 35

Matt Cooper intentó localizar el DEA desaparecido y prometió llamar a Alex si encontraba el maldito aparato.

Alex sospechaba que no lo haría.

Mientras tanto, ella y Hale tenían la misión de averiguar de dónde podía proceder el fentanilo sin cortar. Habían preguntado al supervisor de seguridad, pero Matt les informó de que los productos farmacéuticos eran competencia de la farmacia.

Buscaron a la farmacéutica jefe, la Dra. Ingrid Harris, una mujer de rostro arrugado y pelo corto y canoso. Era una mujer muy ocupada, que iba de un lado a otro dando órdenes a enfermeras y médicos por igual. Intentaron hablar con ella dos veces, pero se retiró a la zona de empleados, maldiciendo entre dientes antes de que Alex pudiera terminar una frase.

Finalmente, Alex consiguió hablar con una mujer con bata de laboratorio y que llamara la atención de la Dra. Harris.

Aún así, pasaron unos diez minutos antes de que la mujer, ahora nerviosa y con la frente empapada de sudor a pesar de los aires acondicionados industriales que lanzaban aire frío por toda la planta, se acercara.

—¿Qué? —espetó, lanzando una mirada asesina a la mujer que había ayudado a Alex y Hale.

—Dra. Harris, somos del FBI...

—No tengo tiempo para presentaciones. ¿Qué quieren?

Vale, vamos al grano.

—Solo tenemos un par de preguntas sobre el fentanilo.

—¿Quieren un prospecto?

«No». Ahora Alex estaba molesto. No hizo ningún esfuerzo por ocultarlo. «Queremos saber cómo se almacena».

«Está muy controlado».

No era una respuesta muy satisfactoria.

«Más concretamente, estamos buscando fentanilo que pueda haber sido robado».

Esto llamó su atención.

La mujer frunció los labios.

«Imposible. El fentanilo... Demonios, la mayoría de los medicamentos aquí están muy controlados. Se necesita una tarjeta de acceso y, aun así, para sacar fentanilo, hay que pedirle al farmacéutico jefe que lo firme. Y ese soy yo», dijo extendiendo las manos.

«¿Puede comprobar los registros y ver si ha faltado alguno en los últimos seis meses?».

«No puedo. Escuche, agente...».

—Frost.

—Agente Frost, estamos en plena transición al nuevo centro. Mientras tanto, yo estoy aquí, rellenando recetas para ambos centros. Asegurándome de que no falte fentanilo.

Alex sabía que no debía cuestionar a la mujer. No fue su anterior interacción con el Dr. Horn lo que le hizo sospechar, sino que reconoció la personalidad de esta mujer. No le gustaba mucho, pero sabía que el Dr. Harris nunca permitiría un descuido como la pérdida de fentanilo bajo su supervisión.

Pero Alex aún no había terminado con su investigación.

«¿Y los medicamentos caducados? ¿También se controlan de forma estricta?».

Alex pensaba en los desfibriladores externos automáticos, en cómo se controlaban las unidades que estaban en perfecto estado de funcionamiento. Y en cómo uno había «desaparecido» después de caducar y de haber sido supuestamente enviado a formación.

«Los medicamentos caducados se guardan bajo llave en una nevera y luego se incineran».

«¿Quién tiene acceso a este frigorífico?».

«Refrigeradores», corrigió el Dr. Harris. «Y para responder a su pregunta, la mayoría de los médicos del personal. Algunas enfermeras también».

«Sé que está muy ocupado, Dr. Harris, y no quiero robarle más tiempo. Pero le agradecería mucho que me enseñara cómo se desechan los medicamentos caducados».

El Dr. Harris le habló con dureza a la mujer que seguía de pie a un lado, con la cabeza gacha. Le dijo que terminara las recetas para

el Dr. Cotter.

«Tranquilo, son medicamentos para la presión arterial», le dijo con tono agrio a Alex. «Ven conmigo».

Alex se esforzó por seguir el paso de la mujer. Hale estaba hecho un desastre.

Al final del pasillo, se oyeron más órdenes, esta vez Alex estaba seguro de que eran para un paciente, y entonces el Dr. Harris se detuvo.

«Aquí es donde guardamos los medicamentos caducados».

Alex supuso que era una nevera, pero, estúpidamente, esperaba ver una grande de color blanco o acero inoxidable, como las de cocina. En cambio, era negra brillante. Cuadrada, del tamaño de una nevera para cerveza.

«Los medicamentos caducados se colocan en una bolsa a prueba de manipulaciones y luego se registran en el registro de eliminación de sustancias controladas. Hay dos testigos que firman y se anota el número de licencia de la DEA. Luego viene Stericycle y se lo lleva. Ellos también firman, también con testigos. Y entonces pasa a ser de su propiedad y se lo llevan a donde sea que lo lleven para incinerarlo».

La Dra. Harris estaba de espaldas a la nevera mientras hablaba, y Alex se asomó por detrás de ella.

Parecía haber una robusta cerradura digital en el tirador. También una cerradura normal.

Una llave colgaba de la cerradura.

«¿Esa llave debería estar ahí?».

La doctora Harris se giró rápidamente. Cuando vio la llave, maldijo entre dientes y la arrancó. Casi rompió la maldita llave al olvidar girarla primero.

La guardó en uno de los bolsillos de su bata blanca.

«No, no lo es. Pero, como le he dicho, aquí estamos muy ocupados. A veces se le olvida a alguna enfermera».

«¿Y eso no le preocupa?».

La doctora Harris la miró con ira.

—Por supuesto que sí. Pero eso no cambia nada. Se necesita una llave y un código para acceder a la nevera.

Alex se adelantó y empujó al Dr. Harris para apartarlo.

«¿Qué está haciendo?».

Tecleó un código: 1234.

La cerradura pitó y se iluminó en rojo.

—No pasa nada.

—He hecho todo lo que me ha pedido, agente Frost. Ahora, si me disculpa...

—Solo una cosa más.

La Dra. Harris negó con la cabeza.

—No. Tengo que...

—Estamos en medio de una investigación sobre el robo de fentanilo —dijo Alex, adoptando la postura severa de la Dra. Harris —. ¿Una llave en la cerradura? No estoy seguro de que la FDA...

—¿Qué necesita?

«Antes dijo que todos los medicamentos caducados que se guardan en la nevera se registran. Quiero ver esos registros».

La Dra. Harris estaba a punto de ignorar la petición, pero Alex dejó caer la mirada hacia el bolsillo de la mujer, que pesaba por la llave.

—Está bien. Pero eso es todo. Si quieres algo más, tendrás que pasar por Recursos Humanos, nuestro equipo legal o quien sea. Yo no.

«Bien».

Volvieron rápidamente al lugar donde habían empezado y la Dra. Harris encontró a la misma mujer a la que había dado órdenes antes. Le pidió que imprimiera los registros para Alex.

—Gracias, Dra. Harris.

La mujer ya se había ido.

Tardó aproximadamente un minuto en tener Alex una pila de unas quince hojas en la mano.

«¿Cuánto tiempo abarca esto?», preguntó, mientras sus ojos se posaban en los nombres.

«Seis meses. Si necesita ir más atrás, puedo conseguir datos de los últimos diez años. Pero va a ser una lista muy larga. No creo que tenga papel suficiente para imprimirla».

Alex se quedó paralizada.

Pasó la página. Echó un vistazo a algunas más.

—¿Frost? ¿Quieres ir más atrás? —preguntó Hale al ver que ella no respondía a la pregunta de la mujer.

Alex estaba atónita.

Aún no podía responder.

Había un nombre —contó al menos cuatro entradas— que reconoció.

—¿Hale? —su voz se quebró—. Tenemos que irnos. Tenemos que irnos *ahora mismo*.

Capítulo 36

Encontraron al doctor Horn en la morgue, trabajando con un cadáver. Un cadáver diferente.

Alex no dudó; irrumpió en la habitación.

El cuerpo estaba abierto por el pecho y el Dr. Horn estaba sacando el corazón. No se volvió cuando se acercaron, solo colocó con calma el órgano brillante en un plato metálico suspendido por una cadena. Todo el montaje era arcaico y le recordó a Alex cuando iba al supermercado de niña y su madre pesaba los pimientos.

—Dr. Horn —dijo Alex, entrando en la habitación.

—Estoy bastante ocupado —dijo Horn por encima del hombro.

—Lo sé, y lo siento, pero es importante.

Ahora sí se volvió. Mostró sus guantes de vinilo, negros esta vez, que le llegaban hasta el codo. Estaban cubiertos de sangre espesa y coagulada.

«¿Y esto no?».

No va a ir a ninguna parte, pensó Alex.

—Mira, fuimos a la Universidad de California en Irvine. Les falta un desfibrilador externo automático, se perdió durante el transporte a la formación. Pregunté por el fentanilo y una farmacéutica malhumorada...

El Dr. Horn la sorprendió con una sonrisa.

—Dra. Harris.

—Sí —dijo Alex vacilante—. Dijo que es un medicamento muy controlado. Como el DEA había caducado, le pregunté por el fentanilo caducado y nos llevó a una nevera. Alguien había dejado la llave dentro.

El Dr. Horn se encogió de hombros.

«Sucede. Hay mucho trabajo. Pero aún así necesitamos un código».

—Claro. Pero tengo una lista de todas las personas que firmaron el registro. Hay un nombre que aparece varias veces.

El Dr. Horn frunció el ceño.

—¿Quién?

—El Dr. Bruce Sanderson.

El aire de la habitación se volvió pesado de repente.

—El Dr. Sanderson —reflexionó Horn tras un momento de silencio —. Tiene sentido. Es residente de patología forense, e incluso ellos hacen, o hacían, rotaciones en el departamento de farmacia en algún momento.

—Él... —Alex dudó. Tenía que elegir bien sus palabras—. ¿Qué sabe del doctor Sanderson?

El Dr. Horn se puso inmediatamente a la defensiva.

—Es un buen médico. Será un forense competente.

—¿Y su vida personal?

«No tengo tiempo para una vida personal. ¿Un residente de patología? ¿Trabajar setenta horas a la semana? ¿Más? Imposible».

Alex recordó lo extraño que se había comportado el Dr. Sanderson cuando inspeccionó el cadáver de Tanya. Estaba tranquilo y relajado mientras hablaba de drogas y marcadores de metabolitos de drogas, pero eso cambió en cuanto sacó el cadáver de Tanya.

Se quedó en silencio.

Una reacción normal para una persona normal, pero no para alguien formado en medicina forense y con aspiraciones de convertirse en médico forense.

«¿Cuándo fue la última vez que lo viste?».

El Dr. Horn entrecerró los ojos.

—El Dr. Sanderson es un residente. No debía hacer nada sin mi supervisión. Como le dije antes, cuando le pidió que inspeccionara el cadáver, debería haberme esperado.

Alex leyó entre líneas. Horn lo había regañado y enviado a casa.

—¿Suelen seguir las normas?

«Si no lo hiciera, no estaría trabajando aquí».

Entonces, ¿por qué nos ayudó?

«¿Tiene idea de dónde está ahora?».

El Dr. Horn miró su muñeca, pero estaba cubierta por el guante negro.

«¿Qué hora es?».

Alex miró a Hale, que sacó su teléfono del bolsillo.

—Las tres y media.

—Lo esperaba hace una hora.

Más de ese aire incómodo y pesado.

—Dr. Horn, ¿tiene la dirección y el número de teléfono del Dr. Sanderson?

—Por supuesto.

Rápidamente anotó el peso del corazón en una hoja de papel y la dejó caer sin ceremonias en la cavidad abierta del cuerpo. Luego se quitó los guantes, que hicieron un ruido desagradable, húmedo y chasqueante.

Los tiró sobre la bandeja y se dirigió a un ordenador.

Evidentemente, estaba de acuerdo con Alex: el hombre de la camilla podía esperar.

El Dr. Horn leyó el número de teléfono del Dr. Sanderson.

Alex lo marcó.

Sonó antes de que una grabación genérica le indicara que dejara un mensaje. Colgó.

—¿Su dirección?

El Dr. Horn también se lo dio.

Alex no necesitó decírselo a Hale esta vez.

Él ya estaba saliendo por la puerta y regresando a su coche.

Capítulo 37

El Dr. Bruce Sanderson vivía en Tustin, cerca de la frontera con Santa Ana. Era un barrio bastante agradable, acorde con un médico residente que ganaba muy poco dinero, pero que no tendría ningún problema en conseguir un préstamo basándose en sus ingresos futuros. Gaston Way. Una casa amarilla, con tres garajes a un lado y dos al otro.

Seis viviendas.

El Dr. Sanderson vivía en la unidad central, en el lado oeste.

Alex y Hale aparcaron y se dirigieron a la puerta.

Antes incluso de llamar, oyeron un ladrido desde dentro. Después de llamar, los ladridos se hicieron más intensos. Oyeron arañazos al otro lado de la puerta.

Frost miró a Hale.

«¿Te parece que es un golden retriever?», preguntó ella.

Hale se encogió de hombros.

«Ni idea. Pero no suena como un chihuahua ladrador».

El hecho de que Sanderson tuviera un perro fue suficiente para que a Alex se le acelerara el corazón.

«¿Dr. Sanderson?», gritó, llamando de nuevo a la puerta.

Más arañazos en la puerta, ahora con ladridos casi constantes.

—¿Dr. Sanderson? —Más alto.

«¿Disculpe?».

Alex se giró bruscamente, casi tirando al suelo a Hale. Su mano se dirigió a su pistola.

Era un hombre vestido con un chándal gris.

—Eh —dijo, levantando las manos—. ¿Todo bien?

«¿Es usted vecino?», preguntó Alex, bajando la mano de la funda de su arma reglamentaria y apoyándola en el muslo.

«Sí, vivo en ese apartamento de ahí». Señaló el que estaba al lado del del Dr. Sanderson.

«¿Y conoce al hombre que vive aquí?».

«Bruce, sí».

«¿Qué me puede decir de él?».

El hombre se encogió de hombros.

«No mucho. Trabaja mucho. Lo conocí cuando se mudó aquí. Creo que estudia medicina».

Alex no se molestó en corregirlo.

—¿Cuándo fue la última vez que viste a Bruce?

—No lo veo mucho. Trabaja mucho. Y yo trabajo por las noches. El caso es que yo duermo durante el día, ¿no? Normalmente, su perro es bastante tranquilo. Pero últimamente no ha parado de ladrar. No puedo dormir. Necesito dormir durante el día.

«¿Cuánto tiempo lleva así? Me refiero a los ladridos».

«Desde ayer por la tarde».

Esto coincidía aproximadamente con el momento en que Alex había terminado con el Dr. Sanderson en la morgue y el Dr. Horn había llegado y lo había enviado a casa después de regañarlo.

¿Lo habían asustado?

«No quiero ser grosero, pero ¿hay algo que puedan hacer con el perro? He llamado a la puerta, pero no hay respuesta y necesito dormir».

Alex dirigió su atención a Hale y dijo en voz baja: «¿Qué podemos hacer?».

—Llama a Jackson —respondió Hale inmediatamente.

Alex hizo una mueca de dolor.

No podían hacer eso. Ni siquiera se suponía que debían trabajar en este maldito caso.

Alex consideró sus opciones.

Llamar a Jackson era imposible. Tampoco tenían motivos para entrar; un perro que ladraba no era motivo suficiente, fuera un golden retriever o no.

Alex se acercó a la puerta de cristal esmerilado e intentó mirar dentro. Distinguió una sombra, más o menos del tamaño de un animal de veinte kilos, cerca del suelo. Podía ver una pata arañando la puerta.

La maldita cosa seguía ladrando.

¿Y ahora qué?

«Ese maldito perro...», murmuró el hombre.

Sin darse cuenta, le había dado a Alex la respuesta que buscaba.

—Señor...

—Freedman.

«Bien. Sr. Freedman, ¿cree que podría hacernos un favor?».

—Claro.

—Llame a Control de Animales. Dígales que el perro está angustiado, que no ha dejado de ladrar y que usted está preocupado por su seguridad.

El hombre arqueó una ceja.

—Si quiere, puede exagerar un poco. O mucho.

«Vale... ¿Bruce está bien?».

«No lo sé. Espero que sí. ¿Puede hacer esa llamada, señor Freedman?».

—Claro.

Regresó a su casa, rascándose la cabeza mientras caminaba.

«Deberíamos decírselo a Jackson», repitió Hale.

«Todavía no».

Sin embargo, Alex hizo una llamada. No a Jackson, sino al capitán Abner. Tardó cuatro tonos en contestar y, cuando lo hizo, su voz sonaba ronca y áspera.

—¿AA? Soy Frost. ¿Estás bien?

El hombre carraspeó. Alex puso cara de asco al oír la flema acumulada en su garganta, seguida de un trago espeso.

—Sí, solo cansado. ¿Qué puedo hacer por ti?

Alex dudó sobre cuánto contarle a AA. Decidió decir lo menos posible.

—Necesito tu ayuda, necesitamos tu ayuda. Un vecino preocupado acaba de llamar a Control de Animales. Creo que puedes... El vecino volvió, con una sonrisa irónica en el rostro. —Espera un segundo.

Ella tapó el teléfono y levantó la barbilla.

—Los llamé, tal como me pediste. Dijeron que están ocupados, pero que enviarán a alguien en una o dos horas.

«Bien, gracias. Hale, dale una tarjeta. Señor, si ve a Bruce, por favor, llámenos».

—¿Bruce? —preguntó AA. Alex no había tapado bien el teléfono —. ¿Se trata de Tanya Ferguson y Damon Voss?

Alex volvió a ponerse el teléfono en la oreja.

«Quizá, aún no lo sé. Solo estoy siguiendo algunas pistas».

Hubo una pausa.

—Vi tu conferencia de prensa. Supongo que tu comentario sobre que las mujeres deben tener cuidado y desconfiar de los hombres con perros es la razón por la que quieres llamar a Control Animal. También vi a Jackson al fondo. No parecía muy contento.

Maldito seas, AA. A pesar de estar tan enfermo, era un hombre astuto.

—No estoy segura de que haya nada aquí. Solo quiero ser minuciosa. El vecino llamó a Control de Animales y le dijeron que llegarían en una o dos horas. ¿Puedes enviar a un policía de patrulla? Que se quede aquí hasta que lleguen.

«¿Dónde estás?».

Alex le dio la dirección.

«No es mi jurisdicción».

«Lo sé. Estamos en Tustin. Pero si puede...».

«Puedo llamar a un amigo. Que esperen un poco».

Alex sonrió.

—Gracias, AA.

«No hay problema. ¿Supongo que no quieres que Jackson se entere?».

Era muy perspicaz.

—No pasa nada, no hace falta que respondas. Le diré a mi contacto que te llame cuando llegue Control Animal.

—Una cosa más, también en secreto. ¿Puedes pedir a algunos de tus agentes que estén atentos a un tal Dr. Bruce Sanderson? Veintiocho años, residente de patología.

AA había terminado de hacer preguntas.

—Buscaré su matrícula en la DGT. Te mantendré informado.

«Gracias».

Alex colgó.

—¿Qué quieres hacer? —preguntó Hale.

Su mente se dirigió a la madre de Lucy Larder, tumbada en una cama de hospital. Maldiciendo los medicamentos que estaba a punto de recibir.

—La información que el Dr. Horn sacó sobre Sanderson, ¿incluía un contacto de emergencia?

—No lo sé. Puedo preguntarlo.

—Hazlo.

Dos minutos más tarde, Hale tenía la respuesta.

«La madre del Dr. Sanderson figuraba como contacto de emergencia».

«¿Tienes la dirección?».

—Sí.

El perro ladraba frenéticamente mientras se alejaban.

Capítulo 38

A diferencia de su hijo, Eileen Sanderson vivía en un bungaló antiguo en Santa Ana, a unos 40 minutos de la oficina del FBI en Orange County. La pintura exterior estaba descascarillada y descolorida por el sol.

Una luz de seguridad rota colgaba sobre la puerta. El césped de delante estaba quemado y se veían claramente unas cuantas bolsas de basura al lado. Los animales habían entrado en una de ellas y habían esparcido envoltorios de comida en un radio de tres metros.

Una mujer respondió cuando Alex llamó a la puerta. A pesar de que era última hora de la tarde, llevaba un camisón. Sus ojos oscuros apenas se veían a través del humo que se elevaba del cigarrillo que colgaba de sus labios.

—¿Quién es usted?

Alex le mostró su placa, al igual que Hale.

La puerta se cerró un poco.

—¿Qué quieren?

—¿Es usted la señora Sanderson?

—La señora Callum.

Alex frunció el ceño y miró rápidamente a Hale.

«Lo siento, creo que nos hemos equivocado de dirección».

«Yo era la señora Sanderson».

Quizás no.

—¿El doctor Bruce Sanderson es su hijo?

Un gruñido.

«Sí».

«¿Le importa si entramos a hablar con usted?».

«¿Sobre Bruce? No hablo con él desde hace seis meses. Quizá más. Si es por *él*, no puedo ayudarle».

Ella empezó a cerrar la puerta.

«Sra. Callum, necesitamos su ayuda».

La ira brilló en sus ojos.

—Ah, ¿quieres que *te* ayude, verdad?

Alex no sabía cómo manejar la situación. No esperaba ese tipo de reacción.

—Sí, yo...

—Pero cuando pedí ayuda con Jamie, nadie me hizo ni caso.

¿Jamie?

Alex tenía que mantenerla hablando. Averiguar quién era Jamie.

—Señora Callum, ni siquiera le he dicho por qué estamos aquí.

Las mejillas cetrinas de la mujer se hundieron al dar una calada profunda. No exhaló el humo directamente en la cara de Alex, pero casi.

—Me preguntabas por Bruce.

—Primero, háble*me* de Jamie.

—Cuénte*me* *usted* sobre Jamie.

Alex pensó entonces en Chase. Y también en Con.

¿Qué haría WWCD?

Ella negó con la cabeza.

¿Qué haría ella?

Alex se quedó en un término medio, a medio camino entre intentar intimidar a la mujer y esperar a que hablara.

—Ya estamos aquí, señora Callum. Tiene razón, no hemos venido a preguntarle por Jamie, sino por Bruce. Cuéntenos lo de Jamie y veremos si podemos ayudarla. Si queda satisfecha, quizá pueda responder a algunas preguntas sobre Bruce. ¿Le parece bien?

Ella siguió fumando.

«Jamie no era ningún santo, no estoy diciendo que lo fuera. Pero estaba limpio. Llevaba dos meses así. Es imposible que haya muerto de una sobredosis. Imposible».

El cerebro de Alex funcionaba a toda velocidad. Era un discurso familiar; Meghan Larder había dicho lo mismo sobre Lucy, aunque había utilizado otras palabras.

—¿Cuándo fue eso?

«Hace unos seis meses. La policía dijo que fue una sobredosis, pero no quisieron investigar».

Seis meses... La investigación del Dr. Horn no había llegado tan atrás. Demasiados nombres, demasiadas sobredosis.

¿Jamie Sanderson también tenía gel AED en el pecho?

¿Era ese el incidente desencadenante? ¿Qué había llevado a Bruce a empezar a matar?

Alex carraspeó, ganando tiempo para recomponerse. Su mente no solo estaba funcionando a toda máquina, sino que iba a toda velocidad.

Intentaba encajar todas las piezas.

Incluso con su limitada experiencia, sabía que eso rara vez era así.

No saques conclusiones precipitadas, Frost.

—Le diré lo que haré, señora Callum: investigaré personalmente la muerte de su hijo.

—Lo dudo...

—No —dijo Alex con firmeza—. No haga eso. Le estoy diciendo que lo investigaré.

La dureza de sus palabras hizo callar a la mujer.

—Bien. Ahora, dígame cómo se tomó Bruce la muerte de su hermano.

—No lo sé. Se suponía que debía ayudarle, ayudar a Jamie a recuperarse. Pero estaba tan ocupado que ni siquiera le llamó. Ni una sola vez. Si no fuera por su amigo, Jamie *no habría* tenido a nadie. Excepto a mí.

—¿Has visto a Bruce desde la muerte de Jamie?

Solo entonces la señora Callum apartó la mirada.

—En el funeral. Nosotros... Yo estaba muy alterada, ¿vale? Le dije algunas cosas que probablemente no debería haber dicho.

«Los funerales son momentos emotivos, señora Callum».

«Bah, da igual. Debería haber estado allí por su hermano».

«Lo entiendo. Voy a investigar la muerte de Jamie. Tiene mi palabra. Cuídese, señora Callum».

Capítulo 39

Alex cumplió su palabra.

Encontró el informe policial sobre Jamie Sanderson. ¿Se lo había leído Hale mientras conducía por la ciudad de vuelta a la casa de Bruce? Había pasado aproximadamente una hora desde que se habían ido y, para cuando regresaran, con el tráfico de la tarde, serían casi las dos.

«Jamie Sanderson, 26 años. Hallado muerto en su apartamento, con una aguja aún clavada en el brazo. Los hallazgos son compatibles con una intoxicación aguda por opioides, probablemente fentanilo. Según la investigación del lugar de los hechos y los antecedentes disponibles, se determinó la causa de la muerte».

—¿Dónde?

«En el centro de Los Ángeles».

Esto hizo que Alex se sintiera un poco mejor. Aunque le había pedido al Dr. Horn que ampliara la búsqueda a seis meses, el centro de Los Ángeles no entraba dentro de sus parámetros de búsqueda.

El nombre de Jamie Sanderson no habría aparecido.

«¿Estaba vivo cuando llegó el servicio de emergencias?».

Hale siguió leyendo.

«Sí. Los servicios de emergencia le administraron Narcan y utilizaron un desfibrilador externo automático. No pudieron reanimarlo».

—Hmm. ¿Se menciona a Bruce?

«No».

«Este tiene que ser el evento desencadenante. El hermano de Bruce muere por una sobredosis de fentanilo y la policía se niega a investigar. Su madre está furiosa con él, le grita en la cara en el funeral y se niega a hablar con él después. Los servicios de emergencia intentaron reanimarlo y no lo consiguieron. Bruce siente una culpa inmensa y decide tomar cartas en el asunto».

Alex estaba volviendo a las andadas, sacando conclusiones precipitadas. En este caso, sin embargo, parecían acertadas.

Cuando Hale no dijo nada, Alex le preguntó qué pensaba.

Hale no se comprometió.

—Podría ser. Tenemos que encontrar a Bruce.

Gracias

El teléfono de Alex sonó, otro número que no reconocía.

—Agente Frost.

«Hola, agente Frost, soy el oficial Dwayne Sink, de la policía de Tustin. El capitán Abner, de la policía de Los Ángeles, me ha pedido que le llame cuando llegue Control de Animales a la residencia Sanderson».

Alex se animó.

—¿Ya han llegado?

—Hace unos diez minutos. El perro se está volviendo loco ahí dentro. Me han pedido que les abra la puerta. El vecino dice que no ha visto al Sr. Sanderson en casi cuarenta y ocho horas. Les preocupa que pueda necesitar agua.

Gracias, Sr. Freedman.

—¿Han conseguido entrar?

—Todavía no, estamos intentando entrar sin derribar la puerta. Creo que puedo meter a uno de los cuidadores por una ventana que hay en la parte de atrás.

Perfecto.

«Hazlo. No cuelgues».

Alex puso el teléfono en modo manos libres y lo colocó en el soporte que había junto a una de las rejillas de ventilación.

Mientras conducía, oyó la voz ronca de una mujer por el altavoz de la oficina. Luego, una serie de gruñidos, probablemente del policía que ayudaba a la mujer a entrar por la ventana.

«¿Ves al perro ahí dentro?», preguntó el agente.

Se oyó una respuesta amortiguada, seguida de ladridos.

El agente empezó a caminar, con la grava crujiendo bajo sus botas.

Se abrió una puerta.

«Está bien. Solo un poco deshidratado. No hay agua en su cuenco. Está bien, chico, *ja*, está bien, está bien...», dijo la mujer ronca.

—¿Agente Frost?

—¿Sí?

—Hay un perro aquí. Parece que está bien.

«¿Qué tipo de perro?».

—*Eh*, ¿amarillo?

«Pregunte al adiestrador».

«¿Señora? ¿Qué tipo de perro es ese?»

«Es un golden retriever. La placa dice que se llama Clay».

—Agente Frost, es...

«Ya lo sé. ¿Puede hacerme un favor más, agente Sink?».

—Claro.

«¿Puede quitarle unos pelos al perro? ¿De raíz?».

—Se lo preguntaré.

Lo hizo, y el adiestrador dijo que no habría ningún problema.

«¿Qué quiere que haga con ellos?».

—Ponlos en una bolsa de pruebas y llévaselos al Dr. Horn, a la Oficina del Forense del Condado de Orange. ¿Puedes hacerlo?

El perro ladró y el agente Sink esperó a que se calmara antes de responder.

«Puedo hacerlo. ¿Qué le digo?».

«Nada, yo le diré que está de camino. Gracias, agente Sink».

Alex llamó inmediatamente al Dr. Horn. Le dijo que el Dr. Sanderson tenía un golden retriever y que le enviarían una muestra del ADN del perro.

«¿Es posible comparar el ADN del pelo encontrado en la ropa de Tanya Ferguson con el ADN del perro del Dr. Sanderson?».

El Dr. Horn tardó tanto en responder que Alex pensó que se había cortado la comunicación.

—¿Dr. Horn?

«Lo siento. Sí, puedo hacerlo. ¿Quiere un perfil de ADN completo o uno rápido?».

«¿Cuál es la diferencia?».

«El perfil rápido solo analiza cinco loci. Tarda unas cuatro horas, incluyendo el tiempo de preparación. Si quiere un perfil completo, probablemente tardará diez. Sé que quiere que se haga rápido, pero primero tengo que procesar dos cadáveres».

—¿Puede tener los resultados del perfil rápido por la mañana?

—Debería poder hacerlo.

El Dr. Horn parecía estar esperando a que Alex añadiera algo más.

—Gracias, Dr. Horn.

Cuando el forense se limitó a gruñir, supo que eso no era todo.

No tenía ni idea de lo que quería el hombre, así que colgó.

«Frost, ¿de verdad crees que Sanderson podría estar detrás de esto? ¿De matar a estas mujeres?».

Alex se mordió el labio inferior. Lo mordió un poco.

Si el Dr. Sanderson estaba matando a estas mujeres, ¿por qué las traía de vuelta? ¿O al menos lo intentaba?

—No lo sé, Hale. Pero vas a tener que esforzarte mucho para convencerme de que todo lo que hemos descubierto en los últimos días es solo una coincidencia.

Hale no trabajaba duro. No trabajaba en absoluto.

«Creo que ya he terminado», dijo Alex.

«¿Quieres dar por terminado el día?».

Alex no quería, pero no había mucho más que pudieran hacer. El Dr. Horn estaría analizando el ADN durante toda la noche. AA y sus hombres estarían atentos por si aparecía el Dr. Sanderson.

—Sí.

«Esperemos que el agente Jackson cambie de opinión y nos llame por la mañana para reincorporarnos», dijo Hale casi distraídamente.

Menos de diez horas después, el agente especial al mando hizo precisamente eso.

Capítulo 40

Hale parecía muy descansado cuando Alex se encontró con él fuera de la oficina poco antes de las siete de la mañana.

Ella, no tanto. Después de recibir la llamada de Jackson pidiéndole que fuera a la oficina, Alex había hecho todo lo posible por arreglarse.

Tenía veinticuatro años. Hoy parecía el doble.

La falta de sueño reparador y el estrés de este caso, de este *trabajo*, la estaban agotando.

Hale le ofreció un café, que ella aceptó encantada, a pesar de que ya se había bebido medio litro en el coche.

Luego él sonrió.

¿Cómo coño podía sonreír?

—Sabía que Jackson entraría en razón.

Mientras subían al segundo piso, Alex dijo: «Aún no he sabido nada del Dr. Horn. ¿Y tú?».

—No.

—AA me envió un mensaje anoche. Dijo que, por lo que sabía, el Dr. Sanderson no tiene coche.

—Vaya. ¿Cómo va al trabajo? Hay un buen trecho desde su casa hasta el hospital y la morgue.

«Probablemente toma el autobús».

Igual que Tanya Ferguson.

Alex apartó de su mente los pensamientos sobre la niña.

Jackson los esperaba en su oficina. Parecía haberse calmado desde ayer.

—Agente Frost, Hale. Espero que hayan descansado.

—Oh, sí, gracias —respondió Hale en nombre de ambos. Menos mal, porque Alex no quería empezar el día con otra mentira.

—Bien. Creo que ayer exageré un poco. Creo que un día libre es suficiente.

Jackson admitía que había cometido un error. Su predecesor, Marcus Allen, habría preferido cortarse su querida coleta antes que pedir perdón por nada.

Jackson lo dejó así.

—Ayer y esta mañana he estado todo el día atendiendo llamadas de los medios de comunicación. *El New York* Times ha publicado hoy un artículo sobre Damon Voss, *«La muerte de un visionario»* o algo así. Quienquiera que haya filtrado la noticia de su muerte se ha llevado una buena suma describiendo la escena. El periodista insinuó que se trataba de un asesinato. Te mencionaron.

Tú, es decir, Alex.

A ella no le importaba. Sabía lo que decía.

La agente Alex Frost, hija del congresista estadounidense Brandon Frost y expareja del difunto Constantine Striker, el hombre que derribó a The Sandman, está al frente del caso.

¿Y qué?

«Tenemos que cerrar el caso Voss. Toda esta investigación en curso solo retrasará a los periodistas durante un tiempo. Quiero cerrarlo. Fue un accidente fortuito. Tendrán preguntas, pero con tu investigación y las notas del Dr. Horn, estoy satisfecha».

Alex no lo estaba.

«¿Y Tanya? ¿El bebé?».

«¿Qué pasa con ellos? Tú mismo me dijiste que ella no era responsable de la muerte de Damon».

«Sí, pero ella estaba allí. Tenemos que incluirla en el informe».

—Tienes que hacer lo que yo te digo que hagas. Jackson se dio cuenta rápidamente de cómo sonaba eso y se contuvo un poco. —Ponla en el informe, a la niña también. Lo revisaremos juntos, veremos qué hay que dejar y qué se puede quitar. También haré que los técnicos hagan una reconstrucción digital de la escena con « ». En lo que a mí respecta, Tanya y Voss son dos casos separados. Una vez que cerremos el de Voss, podremos centrarnos en Tanya. ¿De acuerdo?

Le estaba lanzando un salvavidas. Alex no tenía ganas de ahogarse.

—De acuerdo.

Su teléfono empezó a sonar y, por mucho que quisiera salir de la habitación antes de contestar, la forma en que Jackson la miraba dejaba claro que esperaba que lo hiciera en su despacho.

Lo hizo.

—¿Sí?

—Agente Frost, soy el doctor Horn. Acabo de recibir los resultados de la comparación de ADN. Coinciden. Los cinco loci de la muestra que trajo la policía de Tustin coinciden con los pelos de perro que se encontraron en Tanya Ferguson.

Alex intentó mantener una expresión impasible.

No lo consiguió.

«Gracias. Voy para allá».

«¿Y?», preguntó Jackson cuando ella colgó.

Alex pensó que tenía que darle algo al hombre. Salpicó algunas mentiras piadosas para que ella y Hale siguieran en activo.

—Antes de la conferencia de ayer, hablamos con el doctor Horn. Encontramos tres víctimas recientes de sobredosis, incluida Tanya, todas mujeres, que tenían gel AED en el pecho y fentanilo puro en el organismo. No hay constancia de que los servicios de emergencia o los hospitales hayan utilizado un desfibrilador en ninguna de ellas. Dos de ellas también tenían pelo de perro, pero no tenían perros. Un forense residente, el Dr. Bruce Sanderson, no se presentó a trabajar, y el Dr. Horn inició un control de bienestar. No estaba en casa, pero llamaron a Control de Animales porque oyeron a un per ar durante todo un día, quizá más. Rescataron al perro y le tomaron el ADN. Era Horn, diciendo que el perro del Dr. Sanderson es el mismo cuyo pelo se encontró en los cadáveres».

Mientras hablaba, los ojos de Jackson se hicieron cada vez más pequeños detrás de sus gafas.

—¿Qué está diciendo, agente Frost?

«O el Dr. Sanderson tiene un segundo trabajo como agente de emergencias médicas, o está involucrado de alguna manera en estas sobredosis».

Jackson se burló.

—Vamos, no puedes creer eso, ¿verdad? Es médico, por el amor de Dios.

—No sé qué decirte. Conocí al Dr. Sanderson. Parecía normal hasta que le pedí que examinara a Tanya Ferguson, entonces se puso raro.

—Su hermano también murió hace seis meses por una sobredosis de drogas —intervino Hale.

—Entonces quizá por eso va por ahí intentando revivir a esas mujeres —sugirió Jackson.

—Quizá —cedió Alex. No se le había ocurrido. Pero ¿por qué no se lo había contado a nadie? ¿Por qué no había dicho nada cuando vio el cadáver de Tanya en el depósito?

Eso explicaría por qué había actuado de forma extraña, investigando a una mujer a la que ya había intentado revivir sin éxito.

¿Le preocupaban las repercusiones?

¿Y por qué traía a su perro con él?

—¿Alguien ha localizado al doctor Sanderson? —preguntó Jackson.

—No. AA lo está buscando.

—¿Y tú hiciste todo esto, descubriste todo esto, *antes de* la conferencia de ayer?

Alex se mordió la lengua.

Afortunadamente, Jackson no insistió.

—He cambiado de opinión. Espera con el informe hasta que encontremos al Dr. Sanderson. ¿Frost?

—¿Sí?

—Hazlo rápido. Hazlo rápido y no hables más con la prensa.

Capítulo 41

Su cuarta víctima se había cagado encima. No era la primera vez, y no le importaba.

Había visto cosas mucho peores en el hospital.

Tres páginas más de notas. Garabatos frenéticos durante los pocos segundos de lucidez tras ser reanimado.

Purgatorio, así es como había empezado a llamar a esos momentos. Cuando volvían de entre los muertos para contar lo que habían visto, había un segundo, a veces un poco más, antes de que se derrumbaran.

Entonces era cuando le contaban lo que habían visto.

Había administrado la última inyección hacía más de tres minutos.

La víctima había dejado de respirar cuarenta y dos segundos después de la inyección. Esa era la belleza del fentanilo: impedía que el cerebro registrara la acumulación de dióxido de carbono en la sangre. El hipotálamo ya no te obligaba a respirar, a exhalar CO_2 gas y reponer las reservas de oxígeno.

No era violento ni agresivo. Las víctimas estaban tranquilas, relajadas. Respiraban con normalidad durante un minuto, luego se ralentizaban y, finalmente, dejaban de respirar por completo.

El temporizador de su teléfono marcó cuatro minutos.

Esta era la zona de peligro. Si tardaba mucho más, corría el riesgo de causar daños cerebrales permanentes. No era un problema grave, pero necesitaba que la víctima conservara las facultades suficientes para hablar y responder a sus preguntas.

Esperó.

Cinco minutos.

Cuando el teléfono marcó seis minutos, introdujo la boquilla del Narcan en la fosa nasal izquierda. Apretó.

Se oyó un pequeño silbido al administrar el spray.

No hubo reacción.

El hombre intentó rociar otra vez, pero el frasco estaba vacío. Maldiciendo, cogió otro nuevo, lo puso en la otra fosa nasal. Roció.

Seguía sin haber reacción.

«Joder».

El DEA estaba preparado y listo para funcionar. Presionó las paletas contra el pecho desnudo de la víctima y esperó a que el dispositivo registrara un ritmo.

Dio las órdenes robóticas y automatizadas.

Luego le aplicó una descarga.

El cuerpo se sacudió hacia arriba y volvió a caer.

Comprobó el pulso. Era demasiado débil para poder sentirlo. Mientras esperaba a que el DEA se preparara para otra descarga, comenzó las compresiones torácicas. La mayoría de los legos creen que el objetivo de la RCP es reiniciar el corazón de una persona inconsciente.

No era así.

Era forzar la circulación de la sangre que quedaba en el corazón naciente para llevar oxígeno a los órganos hipóxicos y mantenerlos con vida hasta que llegara la ayuda.

Pero no había ayuda en camino y él no estaba tratando de mantener vivos los órganos. Estaba tratando de que la naloxona se distribuyera por todo el sistema.

«Vamos, vamos...».

El DEA pitó y él dejó de comprimir el pecho. Envió otra descarga al cuerpo flácido y pálido que tenía debajo.

Los ojos se abrieron de golpe, la boca se abrió de par en par. Tomó una gran bocanada de aire.

«Sí», susurró el hombre. «Sí».

Las pupilas dilatadas estaban nubladas.

«¡Dime! ¿Qué has visto?».

Sacudió los hombros de la víctima. Los apretó con fuerza.

«¿Qué viste?».

Un gemido fue la única respuesta.

Esto no estaba bien. ¿Dónde estaba el purgatorio? ¿Dónde estaba la claridad?

Todos habían hablado de ello. Ese momento de felicidad pura y sin adulterar, de claridad mental como ninguna otra. Sin pensamientos dispersos, sin preocupaciones por el dinero, el trabajo o la familia.

Ni adicciones.

Una bofetada, justo en la cara. Otro jadeo.

Bien, esto era bueno. Los ojos parecían claros.

«¡Dime lo que ves!».

Los labios se juntaron y la lengua se movió rápidamente para humedecerlos.

Solo un poco.

«Yo... yo...».

Otra bofetada.

«Veo... veo... *te* veo».

Entonces, el desfibrilador automático emitió un pitido y una voz robótica le indicó que no se detectaba ritmo sinusal.

La cuarta víctima había fallecido y no había forma de revivirla.

Parte III — Purgatorio

Capítulo 42

Dos días. Dos largos días sin lograr absolutamente nada.

Los medios de comunicación estaban ahora enloquecidos, exigiendo respuestas sobre Damon Voss. La prominente figura de este hombre como director ejecutivo de Voss Industries se convirtió en noticia nacional.

Las acciones se desplomaron.

Dwight Dozier publicó tres artículos sobre la muerte del hombre, pero, afortunadamente, dejó a Alex fuera de todos ellos. También dejó de seguirla.

Probablemente lo había asustado.

El Departamento Técnico del FBI de Orange County reconstruyó la muerte de Voss basándose en la información que habían recibido. Era rudimentario, pero estaban satisfechos con el resultado. Jackson esperaba a que encontraran al Dr. Sanderson antes de hacer público el vídeo.

A mitad del primer día, el Dr. Sanderson fue declarado oficialmente desaparecido, lo que les dio más opciones. Jackson había intentado por vía oficial conseguir una orden judicial para obtener las imágenes del hospital, pensando que podrían capturar al Dr. Sanderson en vídeo, pero se lo habían denegado.

No había motivos suficientes para invalidar la HIPAA.

Tuvieron más suerte consiguiendo una orden judicial para el teléfono del Dr. Sanderson, tanto para los registros de llamadas como para rastrearlo.

Alex y Hale revisaron los registros con lupa, tratando de vincular al residente con alguna de las víctimas.

No hubo suerte. Como había insinuado el Dr. Horn y había confirmado la madre de Sanderson, el hombre estaba demasiado ocupado con el trabajo como para tener mucha vida social. Un par de llamadas telefónicas, la mayoría al hospital.

El teléfono del Dr. Sanderson no había sonado desde el día en que el Dr. Horn lo envió a casa. Esa noche, el Dr. Sanderson había llamado a un restaurante chino local. El restaurante confirmó que había pedido chow mein, ternera crujiente con brócoli y pollo General Tao.

El repartidor recordaba al Dr. Sanderson por su perro, que había ladrado en la puerta cuando llegó.

Desde entonces, nada.

También obtuvieron una orden de registro para la casa del Dr. Sanderson, pero el registro reveló lo que ya sabían: el residente vivía solo, llevaba una vida tranquila. No había ningún desfibrilador, ni fentanilo, ni trofeos de las tres presuntas víctimas.

Muriel Voss también había llamado a Alex media docena de veces en el transcurso de los dos días. Ella había rechazado todas las llamadas. Se sentía mal por ello, pero Jackson había amenazado a todo el departamento con una suspensión mínima de una semana si se filtraba a la prensa cualquier información sobre Sanderson.

Y se había asegurado de que Alex y Hale supieran que eso también se aplicaba a ellos.

Había preguntado por Benjamin Ferguson y le habían asegurado que el niño estaba bien. Hablador: la enfermera le dijo sin muchos rodeos que el niño no paraba de hablar. Alex supuso que era una buena señal y casi sonrió antes de que la enfermera añadiera que también había preguntado por «mamá».

Alex colgó entonces.

Estaba sentada en su escritorio, revisando los detalles del caso, empezando por el principio, cuando su teléfono volvió a sonar.

—¿Frost? —dijo una voz masculina que no reconoció cuando respondió. El hombre parecía emocionado.

—¿Sí?

—Tenemos una pista. El teléfono del Dr. Sanderson vuelve a estar operativo.

Alex saltó de la silla.

—¿Dónde?

***

La ubicación del teléfono de Bruce Sanderson se trianguló en un radio de 400 metros en Tustin. La mayor parte de esta zona era comercial, con oficinas y negocios. Contables fiscales. Una clínica dental. Una tienda de conveniencia.

En coordinación con la policía de Los Ángeles, que asumió la autoridad a pesar de que la ubicación estaba en Tustin y la desaparición del Dr. Sanderson estaba directamente relacionada con el caso del FBI, Alex y Hale ayudaron a despejar los negocios. Ninguno de ellos había visto ni reconocido al Dr. Bruce Sanderson.

El lugar más probable era un edificio condenado que estaba previsto demoler. Un antiguo bloque de apartamentos que llevaba al menos seis meses desocupado.

AA se había ofrecido a llamar al SWAT, pero Jackson lo había desaconsejado. Oficialmente, el Dr. Sanderson era solo una persona desaparecida. Jackson quería que fuera así, había llegado incluso a evitar el término «persona de interés» por miedo a lo que los medios de comunicación pudieran interpretar.

Francamente, no sabían cómo ni si el Dr. Sanderson estaba involucrado en todo esto.

Alex tenía algunas ideas, pero con más tiempo para revisarlo todo, las había moderado.

Necesitaban más pruebas, más vínculos. Más pistas.

¿En cuanto al SWAT? No parecía necesario. Si los motivos y las acciones del Dr. Sanderson eran siniestros, no era como si estuviera acumulando armas automáticas en secreto.

Su casa había sido registrada. No se encontró nada.

Sin embargo, por seguridad, todos llevaban chalecos antibalas. AA los había colocado a media manzana del apartamento, fuera de la vista del edificio.

Luego cedió la palabra a Jackson, quien repartió fotos del Dr. Bruce Sanderson. Cuando le tocó a Alex, no pudo evitar apretar el papel con fuerza, casi arrugándolo en su mano.

Tranquila o no, no podía evitar pensar que si Sanderson tenía algo que ver con la muerte de esas chicas, ella podría haberlo impedido.

Yo estaba justo a su lado, vi cómo reaccionó cuando sacó el cuerpo de Tanya.

—El capitán Abner entrará primero, con Hale y Frost —dijo Jackson a los quince agentes de policía apiñados alrededor del capó del Suburban negro. Habían conseguido un plano del edificio gracias al equipo de demolición, y Jackson señaló con el dedo la entrada principal.

—Tres de ustedes entren por delante. Quiero que otra unidad vaya por detrás. Tenemos la llave de la entrada principal, pero no de la trasera. Forcen la puerta. Quiero otra unidad en la puerta lateral de aquí. Repito, no hay llave. Entren, pero no entren. El resto, en posición. ¿Entendido?

Todos los jefes de unidad confirmaron con un «sí».

«Una última cosa: el Dr. Sanderson es una persona desaparecida, nada más. Si está ahí dentro, harán todo lo posible por detenerlo sin incidentes. Dicho esto, protéjanse en todo momento».

Más asentimientos y gruñidos.

«Muy bien, jefe Abner, vamos».

AA caminaba lentamente, cada paso parecía causarle bastante dolor.

Hale también respiraba con dificultad, pero Alex no sabía si era porque su compañera estaba nerviosa o simplemente fuera de forma.

Probablemente ambas cosas.

El chaleco antibalas era pesado y el sudor comenzaba a acumularse en la parte baja de su espalda.

Llevaba guantes, como todos, y tenía las palmas resbaladizas, lo que le dificultaba sujetar la pistola.

El edificio se alzaba ante ellos. Como estaba destinado a ser demolido, se habían quitado todos los cristales y las aberturas estaban tapiadas con tablas de madera.

Todo el terreno estaba acordonado con una valla metálica. AA utilizó la llave que le había dado la empresa de demolición para abrir la puerta principal y entraron rápidamente.

Se acercaron a la puerta principal, que estaba cerrada con un candado gigante.

Hale se apartó a un lado; Alex se quedó detrás de AA.

El jefe se aclaró la garganta.

—¿Listos? —dijo con voz ronca.

«Listos», respondió Hale, aunque no lo parecía en absoluto.

Alex simplemente asintió con la cabeza.

AA introdujo la llave en la cerradura y la abrió. Sacó el pestillo del cierre metálico.

Luego abrió la puerta.

Alex fue el primero en entrar en el oscuro interior.

Capítulo 43

Ella barrió con su arma primero a la derecha, luego a la izquierda. Detrás de ella, oyó a AA entrar en el edificio. Hale también.

Todos se quedaron quietos un momento y esperaron.

Escucharon.

No oyeron nada. Mientras avanzaban, Alex percibió un ruido que provenía de algún lugar más profundo. Madera astillándose.

El otro equipo estaba entrando por las puertas traseras.

Bien.

El interior del edificio estaba prácticamente vacío. Solo había basura en el suelo. AA señaló sus ojos con dos dedos y luego apuntó hacia la izquierda.

Alex asintió y lo siguió en esa dirección, mientras Hale continuaba hacia la derecha.

Había unas escaleras en esa dirección y Hale empezó a subir.

Más adentro del edificio, Alex vio una serie de bolsas de basura. Grandes y pesadas.

AA dio un empujón a una de ellas con el pie. Se volcó y salió rodando un bote de pintura vacío.

Dio otro paso. Un ruido repentino atrajo la atención de Alex. Ella se tensó.

Se relajó un poco cuando una ardilla salió saltando.

Despejaron el lado oeste del edificio. Todas las puertas interiores habían sido quitadas, así que no les llevó mucho tiempo.

El sudor goteaba por la frente de Alex, y ella se lo secó con el dorso de la mano.

El Dr. Sanderson no estaba allí. Habían cometido un error.

—¡Lo encontré! —Era Hale. Su voz les llegó desde más arriba.

—¿Hale? —dijo Alex.

—¡Lo encontré! —la voz de su compañero se quebró.

Alex, con los ojos muy abiertos, miró a AA. Su expresión era la misma que la de ella.

Con la pistola aún en posición, Alex retrocedió rápidamente por donde había venido y pasó la puerta principal, que estaba abierta.

Vio al otro equipo de la policía de Los Ángeles, que también se estaba moviendo. Ellos también se dirigían hacia las escaleras. Alex llegó primero.

—¿Hale? —gritó mientras subía los escalones de madera.

No hubo respuesta.

Aceleró el paso.

—¿Hale?

Alex llegó al rellano cuando su compañero finalmente respondió.

—Aquí dentro.

Había algo raro en su voz.

Alex echó a correr y siguió el sonido hacia otra habitación vacía, sin puerta.

Entró y casi chocó contra su compañero. Él le daba la espalda y su corpulencia le impedía ver el interior.

«¿Hale?».

—Está aquí.

Alex lo rodeó, pensando en lo peor. Pensando que tal vez el Dr. Sanderson estaba justo delante de él, sosteniendo una jeringa o una pistola, no lo sabía.

Entonces Alex lo vio.

Bajó el arma. Sintió que el corazón le latía con fuerza en el pecho.

Hale había encontrado al Dr. Sanderson. Y no tenía ninguna pistola, cuchillo ni jeringa.

El Dr. Sanderson estaba muerto.

Capítulo 44

La policía de Los Ángeles despejó el resto del edificio antes de que se permitiera la entrada a los servicios de emergencia. Lo hicieron rápidamente, pero no habría importado si hubieran tenido que despejar primero toda la ciudad de Tustin.

Bruce Sanderson estaba claramente muerto.

Tenía el rostro pálido y la nariz roja. Los labios agrietados.

Nadie tocó el cuerpo hasta que llegaron los servicios de emergencia, con Jackson a la cabeza. Las palmas de Sanderson descansaban en el suelo a los lados del cuerpo, y el joven paramédico las giró siguiendo las instrucciones de Jackson.

Tenía marcas de agujas en la parte interior de los codos.

«Parece una sobredosis», dijo el paramédico, que no tenía ni idea de quién era esta persona ni por qué había quince agentes de la policía de Los Ángeles y del FBI en este edificio abandonado. «Puedo meterlo en una bolsa aquí y llevarlo al depósito de cadáveres».

—Espera —dijo Alex, recuperando por fin el aliento. Estaba confundida. Confusa y desorientada. Y sudando muchísimo. Sudaba profusamente por todos los poros—. ¿Puedes levantarle la camisa?

El paramédico la miró extrañado.

—Quiero saber si tiene gel de desfibrilador en el pecho.

El paramédico, aún confundido, hizo lo que le pidieron. Alex sabía la respuesta incluso antes de que él levantara completamente la camisa.

La tela de algodón se pegaba a su piel.

—Parece que hay algún tipo de líquido —dijo el paramédico, ahora incómodo con todos los individuos armados que lo rodeaban —. No sé qué es.

«Es gel», dijo Alex.

Tenía que salir.

Demasiado calor, demasiado sofocante.

—¿Frost? —preguntó Hale, inclinándose hacia ella. Había un parecido inquietante entre esta escena y el cobertizo junto al hangar.

La víctima y el escenario eran diferentes, pero el calor opresivo era el mismo. Alex no estaba segura, pero le parecía que allí también olía a mierda.

—¿Frost? —repitió Hale, esta vez un poco más alto.

—Tengo que salir —susurró. Alex intentó retroceder, pero un corpulento agente de la policía de Los Ángeles le bloqueó el paso—. Disculpe.

El hombre estaba tan fascinado por el cuerpo de Sanderson que no la oyó.

Alex le dio un codazo.

—Disculpe.

Él se apartó y Alex bajó corriendo las escaleras y salió a la noche. No se detuvo hasta que salió por la valla metálica.

Una vez allí, rasgó el velcro de su chaleco antibalas y se lo quitó. Lo tiró al suelo.

Alivio.

Ya había enfundado su pistola y ahora se había puesto las manos en las caderas y miraba al cielo nocturno. Luchaba contra las oleadas de náuseas que la invadían.

¿Qué coño está pasando?

¿Sanderson estaba muerto? ¿Asesinado como los demás?

Parpadeó.

—¿Qué está pasando?

Hale y Jackson se unieron a ella.

Ambos parecían tan agotados como se sentía Alex.

Ninguno de los dos habló durante un rato.

Entonces, Jackson dijo: «El jefe Abner va a asegurar la escena y recoger pruebas».

¿Qué pruebas? No hay pruebas. Solo el maldito gel del desfibrilador y pelos de perro. Del perro del doctor Sanderson*.*

«Deberíamos volver a la oficina», sugirió Hale.

Jackson pareció estar de acuerdo. Alex no, pero no se le ocurría qué más hacer.

***

«Frost, ¿qué demonios está pasando aquí?», exigió Jackson.

«No lo sé».

—Bueno, estoy bastante seguro de que tenemos a un asesino en serie entre manos —dijo Hale—. Es imposible que el Dr. Sanderson fuera un adicto.

Jackson le lanzó una mirada.

—¿Un asesino en serie?

—Sí, claro. Tanya, Lucy, Beth y ahora el Dr. Sanderson. Ya son cuatro.

—Sé perfectamente lo que es un asesino en serie, agente Hale. Quiero saber por qué el Dr. Sanderson fue elegido.

Alex sabía a qué se refería Jackson, pero no estaba dispuesto a dar una charla sobre perfiles criminales.

Beth, Tanya y Lucy procedían de diferentes entornos socioeconómicos. Pero todas eran mujeres, todas de mediana edad. También solteras, salvo Benjamin, pero el chico era un secreto.

Eran un tipo de personas, por así decirlo.

El Dr. Sanderson era diferente.

¿Lo habían elegido porque había tratado a Tanya?

Quizás.

¿Por qué no el Dr. Horn, entonces?

—¿Frost?

—¿Hmm?

—Te he hecho una pregunta: ¿por qué se fijaron en Sanderson?

—No lo sé.

«¡Pues averígualo, joder!».

Jackson cerró de un portazo la puerta de su despacho, dejando a Hale y Frost en sus escritorios.

—¿Deberíamos llamar al Dr. Horn? —preguntó Hale.

Eso era lo último que Alex quería hacer.

«Se enterará más pronto que tarde. El paramédico dijo que iba a llevar el cuerpo de Sanderson al depósito de cadáveres».

A Alex todavía le costaba asimilar que Sanderson estuviera muerto. Su opinión sobre el residente daba vueltas en su cabeza.

Al principio, había sido de gran ayuda. Luego, se convirtió en sospechoso.

Rebajado a persona desaparecida.

Ahora era una víctima.

Hale se entretuvo sacando fotos de todas las víctimas y colocándolas en su escritorio.

No era mala idea.

El Dr. Sanderson destacaba como un pulgar dolorido.

«Tres mujeres, un hombre», murmuró Hale para sí mismo.

Alex se unió a él y miró las fotos.

Repasaron mentalmente lo que sabían de cada uno de ellos.

Tanya Ferguson, soltera, madre, desempleada. Vivía ilegalmente en un hangar propiedad de Voss.

Beth Reid, soltera, sin hijos. Dependienta en una tienda de comestibles.

Lucy Larder, también soltera, abogada de alto nivel.

El Dr. Bruce Sanderson, soltero, residente de patología.

Si no creía que Sanderson fuera el objetivo por su implicación en el caso, por limitada que fuera, entonces tenía que haber una conexión entre todos ellos.

Era lo único que tenía sentido.

«Hale, tenemos que encontrar una conexión. Tiene que haberla. *Tiene* que haberla».

Capítulo 45

Al cabo de una hora, Alex tenía una teoría que parecía viable.

Durante sus estudios de medicina, el Dr. Sanderson había cometido un error. Alguien murió en la mesa de operaciones y Lucy representaba a la compañía de seguros que cubría al médico y al resto del personal.

Pero no solo no había pruebas de que eso hubiera ocurrido, sino que tampoco explicaba lo de Tanya y Beth.

Segunda idea: el Dr. Sanderson estuvo involucrado en el nacimiento de Benjamin Ferguson. Quizás como asistente.

Tampoco había pruebas de ello.

Ahora estaba dando vueltas en círculo.

Hale, alimentado por donuts rancios de la máquina expendedora, siguió investigando.

—Voy a dar un paseo para despejarme —dijo Alex—. Ahora vuelvo.

«De acuerdo», respondió Hale, sin apartar la vista de la pantalla del ordenador.

La puerta de Jackson había permanecido cerrada todo el tiempo, pero lo habían oído. Gritando. Parecía que los medios de comunicación se habían enterado de la redada y exigían detalles.

La temperatura había bajado fuera y el sudor se había secado en su piel, dejándola pegajosa.

Necesitaba una ducha.

Necesitaba comer algo.

En lugar de eso, Alex se limitó a caminar.

Sonó su teléfono. Era Muriel otra vez. En contra de su mejor juicio, Alex respondió.

—¿Muriel?

—Oh, agente Frost. —Hablaba despacio, parecía borracha—. Has contestado. Te he llamado antes, pero no contestabas.

«Lo siento. He estado ocupada».

—Me *prometiste* que me dirías qué le había pasado a Damon.

Alex se detuvo y se pellizcó el puente de la nariz. Promesas. Como agente del FBI, nunca se debía hacer promesas a las víctimas ni a sus familias.

Ni a los sospechosos, por cierto.

—Muriel, ¿quieres que quedemos?

—Sí, por favor. —Desesperación.

—Pero no quiero que conduzcas. ¿Hay alguien que pueda llevarte a una cafetería?

—Estoy con Nigel.

«Vale. Quedamos en una cafetería. Te mando la dirección por mensaje».

***

Alex quería una cerveza, pero Muriel parecía haber bebido lo suficiente por los dos, así que optó por otro café.

¿El decimoquinto del día?

¿El decimosexto?

Eligió un asiento cerca de la ventana y, cuando llevaba la mitad de la taza, se detuvo un sedán negro.

Vio a Muriel en el asiento del copiloto y a Nigel al volante. Muriel le decía algo y luego se inclinó para darle un beso en la mejilla. Los ojos de Nigel se cruzaron con los de Alex a través de la ventana y él la detuvo.

—Muriel —dijo Alex, levantándose cuando la mujer entró por la puerta.

La mujer le dedicó una pequeña sonrisa y se acercó. Sus movimientos confirmaron lo que Alex ya pensaba: la mujer estaba borracha.

Alex volvió a dudar, pensando que quizá no era el mejor momento para hablar con ella.

Muriel se acercó para abrazar a Alex, pero esta se sentó rápidamente para evitar tener que decirle de forma incómoda que eso no era apropiado.

La camarera se acercó y Muriel pidió un vodka con soda.

—Creo que está bien —dijo Alex.

La camarera se marchó.

«Muriel, te prometí que te contaría lo que le pasó a tu marido».

—Sí, por favor.

Alex se lo contó. Le explicó que iban a dictaminar que se trataba de un accidente fortuito. Mientras le daba los detalles, Alex sintió como si estuviera reviviendo todo el caso.

Eso le hizo pensar en Chase. Aquello tan extraño que había hecho, tocar al muerto, casi como si entrara en trance. Y salir de él con una nueva perspectiva.

No hubo tanta suerte para el agente Frost.

Muriel estaba llorando cuando terminó. No sollozaba, solo le caían las lágrimas.

Alex le ofreció una servilleta.

Muriel se secó la cara.

«No puedo creerlo. Esa mujer...», dijo en voz baja.

Ahora o nunca, pensó Alex. Definitivamente no era el momento adecuado, pero no podía esperar más.

«Muriel, tengo que contarte algo más. No es el...». Alex no sabía muy bien cómo expresar lo que quería mente decir. Estaba demasiado cansada para ser delicada. «Mira, tu marido te ha sido infiel».

Alex observó atentamente el rostro de Muriel, esperando con otro pañuelo. Pero Muriel no reaccionó en absoluto.

—¿Muriel? ¿Me has oído? Tu marido, Damon, te ha sido infiel. No tengo ni idea de cuánto tiempo lleva ni cuántas veces, solo sé que te fue infiel hace unos tres años.

Muriel seguía sin reaccionar. Luego, asintió lentamente. Sorbió una vez.

—Lo sé.

—¿Lo sabes?

«Sí. Él me lo contó. Dijo que fue algo de una sola vez».

Casi nunca es solo una vez.

Esto, Alex se lo guardó para sí misma.

«¿Es esa chica? ¿La chica que le enseñaste a Nigel?».

Los ojos de Alex se desviaron hacia la ventana. Probablemente sin darse cuenta, pero Muriel lo notó.

—Sí.

Muriel soltó un suspiro temblorio.

—No puedes enfadarte demasiado con él. Al fin y al cabo, Nigel y yo... Yo le quería, ¿sabes? ¿Damon? Pero después de tantos años juntos, las cosas se enfriaron un poco. No le culpo por lo que hizo, y sé que él no me culpa por lo de Nigel. Dondequiera que esté.

—¿Lo sabía él?

—¿Lo nuestro? Probablemente. Quiero decir, no hablábamos de ello. Muriel sorprendió a Alex al reírse entonces. Una risa triste.

Alex se encogió por dentro. Muriel pensaba que esa era la noticia por la que Alex quería quedar y hablar. Y lo era, pero había más.

Alex tenía otra bomba que soltar.

«Muriel, la razón por la que sé que tu marido tenía una aventura es porque Damon tuvo un hijo con ella».

El rostro de Muriel pareció derretirse.

«¿Qué?».

—Damon tenía un hijo. Un niño. Muy mono. Por eso estaba Tanya allí la noche que murió. Ella se enfrentó a él. No creo que él lo supiera.

Alex decidió guardarse para sí misma la teoría de que Damon había pagado a Tanya para que abortara, una teoría a la que se aferraba para que todo fuera un poco más aceptable que el hecho de que él simplemente le hubiera pagado para que tuviera a Benjamin y se largara de su vida.

—Lo intentamos durante mucho tiempo.

—Lo siento.

Muriel bajó la mirada y Alex deseó que dejara que la camarera le trajera una bebida.

Una cosa más que tratar.

—Muriel, tengo una foto, ¿quieres verla? ¿Del niño?

Era una táctica barata, pero Alex estaba dispuesta a rebajarse tanto si eso significaba que Benjamin no acabaría en un hogar de acogida.

Muriel no asintió con la cabeza, pero Alex ya había sacado su teléfono y estaba buscando entre las fotos de los fallecidos.

Le había pedido a la enfermera que estaba a cargo del niño que le enviara una foto de él limpio. Quizás para este propósito, quizás no.

Alex no sabía si había pensado tan lejos.

Le entregó el teléfono a Muriel, que dudó antes de cogerlo.

Más lágrimas brotaron de sus ojos.

—Es guapo.

Alex asintió.

—Sé que es imposible pedírtelo, sobre todo porque aún estás de duelo. Imposible. Pero sé lo mucho que deseabas tener hijos.

Muriel tenía los ojos clavados en la foto. Alex no estaba segura de que la estuviera escuchando. Estaba a punto de repetir lo que acababa de decir cuando Muriel levantó la cabeza de repente.

—¿Puedo conocerlo?

—Por supuesto. Pero no esta noche. Mañana. Llamaré al hospital y lo organizaré todo.

Entonces Alex se sacó el as de la manga, la última carta que le quedaba por jugar.

La camiseta con el corazón y la palabra «Mom» que había cogido del armario donde Tanya había dejado sus cosas.

Se la entregó a Muriel.

—Dásela cuando lo veas.

Capítulo 46

Alex se sentía realmente bien. Un rayo de positividad flotaba en un mar de aguas residuales.

Que Muriel accediera a ver a Benjamin no significaba que fuera a ir más allá, pero tenía esperanza.

Ya era tarde, pero siguió caminando. La charla con Muriel había sido el refresco que necesitaba, y mientras caminaba, su mente volvió al caso.

Pensó en que, si no hubiera seguido investigando a Tanya Ferguson incluso después de que todo el mundo quisiera cerrar el caso, no habría encontrado a los demás.

Nadie lo habría hecho.

Había un término cruel que las fuerzas del orden utilizaban para clasificar extraoficialmente los casos: los muertos menores.

Una mujer como Tanya Ferguson, sin familia, sin trabajo, que vivía ilegalmente en una casa ocupada y murió de una sobredosis, era una de los muertos menores. Los recursos policiales siempre son escasos y hay que asignar prioridad a los casos. Esa era la cruda realidad con la que todos tenían que lidiar.

Beth Reid también era una de los muertos menores.

Lucy Larder, no tanto, pero sin duda entraba en esta categoría en comparación con alguien como Damon Voss.

Un multimillonario, circunstancias sospechosas en torno a su muerte. Un circo mediático.

Interés público.

Ahora Alex tenía un ligero rubor en el rostro. Una pequeña muestra de orgullo. Sin ella, Lucy, Beth y Tanya habrían sido tachadas de adictas que hacían lo que hacen los adictos: consumían hasta que no podían más.

¿Cuántas sobredosis dijo el Dr. Horn que veía cada día? ¿Entre tres y cinco?

Bueno, eran tres. No habían muerto el mismo día, pero aun así.

Ahora le tocaba a ella averiguar quién estaba detrás de todo esto.

Y el Dr. Sanderson era la clave.

Alex había descubierto las similitudes entre las tres víctimas femeninas, principalmente que eran mujeres, pero también que todas eran solteras y de mediana edad.

Tanya tenía un hijo, pero había mantenido en secreto la existencia de Benjamin.

A los medios de comunicación les gustaba satisfacer la necesidad de detalles del público centrándose en estas similitudes. Pero las diferencias entre las víctimas solían ser las pistas que llevaban a resolver crímenes complejos.

El Dr. Sanderson era un hombre y, a pesar de no ser físicamente imponente, esto solo ya lo convertía en un objetivo más difícil. Claro, estaba ocupado y no tenía mucho tiempo para la vida social, pero su ausencia se notaría.

Entonces, ¿por qué él?

Alex estaba dándole vueltas al asunto, repasando mentalmente todo lo que sabía sobre el joven residente, cuando pasó por un callejón y se detuvo.

Un perro ladró.

También estaba eso. El golden retriever.

¿Cómo había acabado el ADN del perro del Dr. Sanderson en las víctimas?

Eso no tenía sentido.

Se había sugerido que el Dr. Sanderson tenía un segundo trabajo como vigilante de las calles, tratando de reanimar a los adictos que habían sufrido una sobredosis. Quizás impulsado por la culpa por lo que le había pasado a su hermano.

¿Estaba en el edificio abandonado porque estaba buscando adictos? ¿Simplemente se había encontrado con la persona equivocada, había dicho algo inapropiado y alguien que temía que le robara su alijo había decidido asegurarse de que eso no ocurriera?

Improbable. Los adictos no arriesgarían su propio producto. Podrían ponerse violentos, especialmente si el Dr. Sanderson les amenazaba con quitarles las drogas.

Pero entonces, ¿por qué intentar reanimarlo?

Sanderson podría haber robado el desfibrilador del hospital y llevarlo consigo al edificio. ¿Podría el adicto, tras intentar reanimar al

Dr. Sanderson sin éxito, habérselo llevado al huir? ¿Quizás pensando que podría venderlo o cambiarlo por más drogas?

Sin darse cuenta, Alex se había adentrado más en el callejón.

El perro volvió a ladrar, pero ella no podía verlo. Demasiada oscuridad, demasiadas sombras.

¿O había venido alguien más después y se lo había llevado?

Alex tomó nota mentalmente de preguntarle al Dr. Horn la hora de la muerte del Dr. Sanderson. Llevaba más de dos días muerto. ¿Cuánto tiempo había pasado realmente?

El perro saltó de repente de entre las sombras y Alex se quedó paralizada.

«¿Qué demonios?».

Era el golden retriever del Dr. Sanderson. El mismo pelaje dorado. Los mismos ojos, la misma nariz. Incluso el mismo ladrido.

¿Cómo... cómo es posible? Por lo que ella sabía, el perro seguía en la perrera.

El perro redujo la velocidad al acercarse a ella, ladró una vez y movió la cola.

Alex se agachó a la altura del animal para verlo mejor.

Recordó la conversación telefónica que había mantenido con el policía de Tustin que había entrado en la casa del Dr. Sanderson.

¿Cómo había dicho el adiestrador que se llamaba el perro?

¿Cole?

¿Lane?

No, Clay.

Sí, eso era: Clay.

—¿Clay? —dijo Alex. El perro movió la cola aún más rápido—. Clay, ¿eres tú?

El perro soltó una serie de ladridos.

—Eres tú, ¿verdad? ¿Cómo demonios has...?

Solo entonces se dio cuenta de que el perro no le estaba ladrando a ella. Probablemente no, al menos. Tampoco la miraba directamente.

Tenía la cabeza ligeramente inclinada hacia arriba y sus ojos oscuros estaban fijos en algo que había sobre su hombro derecho.

Alarmada, Alex empezó a levantarse y a girarse.

Pero no tuvo oportunidad.

Algo la golpeó con fuerza en la cabeza. Una tela gruesa le tapó los ojos.

Estaba bien ajustado y Alex tiró de él instintivamente.

Un error.

Debería haber luchado.

Sabía que la había cagado incluso antes de sentir algo afilado perforándole el cuello. Un pinchazo, como una abeja.

Pero no era una abeja.

Alex bajó la mano de la garganta y buscó su pistola, solo para descubrir que la funda estaba vacía.

El perro ladraba frenéticamente.

Empezó a hiperventilar.

«No intentes luchar. Tengo tu pistola», le ordenó una voz masculina tranquila. «Si corres, te dispararé».

El sudor volvió a brotar por todo su cuerpo.

Alex gritó. Algo duro le pinchó en la espalda, justo entre los omóplatos.

«Cállate», dijo el hombre. «Solo serán unos minutos».

No, no era una abeja.

Una jeringa.

Le habían inyectado algo con una jeringa.

Y Alex Frost sabía exactamente qué contenía esa jeringa.

Capítulo 47

El agente Chris Hale miraba fijamente la pantalla de su ordenador.

Durante las últimas horas, había hecho todo lo posible por encontrar alguna conexión entre las cuatro víctimas. Había empezado por el doctor Sanderson, pensando lógicamente que tal vez el hombre había sido elegido como objetivo por un error que había cometido en el hospital y que le había costado la vida o una extremidad a alguien.

No había mucho que encontrar; los registros del hospital no eran públicos.

Entonces cambió de enfoque. Beth Reid había sido cajera en una tienda de comestibles. Era poco probable que hubiera enfadado a alguien lo suficiente como para merecer la muerte.

Tanya Ferguson probablemente era muy reservada, debido a que vivía ilegalmente en un cobertizo propiedad de Voss.

No, allí no había nada.

Solo quedaba Lucy Larder.

Las leyes que protegen la confidencialidad entre abogados y clientes superaban incluso a la HIPAA, con una diferencia notable: la mayoría de las sentencias judiciales eran de dominio público. Era habitual que se censurara cierta información, pero siempre figuraban el fiscal y el abogado del acusado, así como el resumen de la sentencia.

Al acceder a los registros judiciales, Hale filtró los resultados para que solo aparecieran los que incluían el nombre de Lucy Larder y buscó en los últimos seis meses.

Luego silbó.

Había cuarenta y tres casos.

Lucy Larder era una mujer muy ocupada.

Revisó cada caso, uno por uno. Buscaba cualquier cosa que le llamara la atención, un nombre, una fecha o un lugar.

Casi todos los casos de Lucy estaban relacionados con la defensa de Redwood Mutual. Una investigación paralela reveló que Redwood

Mutual era una empresa de seguros especializada en negligencia médica, pero también señalaba con orgullo que estaban abiertos a trabajar *pro bono*.

Hale pensó que podría estar tras algo importante.

Al revisar las fechas, rápidamente se reveló un patrón. Casi todos los casos de Lucy tardaban tres meses desde su presentación hasta la sentencia o el acuerdo, aproximadamente el mismo número en cada caso. Tres meses, casi al día.

Excepto uno: Doe contra Redwood Mutual.

Ese se resolvió en menos de un mes.

Hale investigó más a fondo.

Según la denuncia, John Doe había sufrido un accidente de tráfico con un poste de luz. La información reveló que la policía de Tustin había encontrado cinco bebidas energéticas vacías en el vehículo de Doe. No había alcohol ni drogas en su organismo. Doe sufrió un traumatismo craneal grave que lo dejó en coma durante más de tres meses. La policía de Tustin había solicitado los registros laborales de Doe, que revelaron que acababa de terminar una semana de trabajo de más de 90 horas. Se ocultó el nombre de su lugar de trabajo.

Las facturas médicas de Doe ascendían a más de 224 000 dólares, y su aseguradora, Redwood Mutual, denegó su reclamación basándose en una «incapacidad voluntaria», alegando una violación de la cláusula de «conducción razonablemente segura» de la póliza.

Doe fue atendido en el UC Irvine Medical.

A pesar de que la hora había pasado ya de medianoche, Hale sintió una oleada de adrenalina.

Estaba tras algo importante.

Hale examinó docenas de páginas relacionadas con el caso judicial y absorbió los detalles relevantes.

El lugar del incidente se encontraba justo a las afueras del Tustin Fresh Market. Según el informe policial, alguien se lanzó delante del coche de Doe y este giró bruscamente para evitar atropellarla. Una «reacción exagerada», según Redwood.

Tustin Fresh Market...

Eso le sonaba familiar.

Hale se apartó del monitor y cogió la fotografía de Beth Reid. Debajo había todo lo que habían averiguado sobre la mujer gracias a su investigación.

Encontró lo que buscaba en la sección de empleo.

Beth Reid trabajaba en Tustin Fresh Market.

Hale cogió su teléfono y se puso en pie de un salto. Llamó a Frost, pero no obtuvo respuesta. Envió una serie de mensajes de texto.

Nada.

Probablemente se había ido a casa a descansar.

Era tarde, pero Hale decidió que no podía esperar. Dudaba que el mercado estuviera abierto a esas horas y no tenía muchas esperanzas de poder localizar a alguien por teléfono.

Se sorprendió cuando un hombre con voz somnolienta contestó.

Hale le dijo quién era y la persona, que se identificó como un empleado del almacén, se mostró receptivo. Cuando Hale le preguntó si tenían cámaras de seguridad en la tienda, el empleado le dijo que sí.

Hale: ¿Cuánto tiempo guardan las grabaciones?

Empleado: «Unos seis meses».

Hale: ¿Puedo ver las imágenes?

RE: No lo sé, tendré que preguntarle al jefe.

Hale: Despiértalo.

SB: No va a...

Hale: Despiértalo.

Le dio su número y el empleado prometió que intentaría despertar al gerente general y volver a llamarlo.

Hale volvió a llamar a Frost, pero ella seguía durmiendo.

Once minutos más tarde, recibió una llamada.

—¿Agente Hale?

—¿Sí?

—El jefe dice que no le importa que venga a ver las cintas.

«Bien, voy para allá. Denme veinte minutos».

Hale intentó llamar a Frost por última vez.

—Vamos, contesta, contesta, contesta.

Nada.

Hale se marchó. Si no hubiera estado tan emocionado por haber conseguido por fin una pista en el caso, se habría dado cuenta de que el coche de Frost seguía en el aparcamiento de la oficina de Orange County.

Capítulo 48

Alex no estaba segura de si se había despertado porque había vomitado o si había vomitado porque se había despertado.

La bilis caliente y el café amargo empapaban la parte delantera de su camiseta. Le cubrían la barbilla y los labios.

Todo daba vueltas.

Alex mantuvo los ojos bien cerrados. Intentó reconstruir dónde estaba y qué había pasado mientras recuperaba el sentido.

Un perro. Había oído un perro.

¿Dónde?

¿En casa del doctor Sanderson?

No, había estado con Muriel Voss.

¿No?

Benjamin... le había contado a Muriel lo del hijo bastardo de su marido. Fruto de una aventura.

¿Y luego qué?

Se... marchó.

Sí.

Un perro ladró. Solo un pequeño ladrido y todo volvió a ella.

El callejón.

La bolsa.

El pinchazo en el lado del cuello.

Mientras el pánico se apoderaba de ella, Alex intentó incorporarse. Al principio pensó que no podía porque aún sentía los efectos de la inyección de fentanilo.

Era un zombi, como todas aquellas pobres mujeres de Harbor Boulevard.

No, por favor.

Alex respiró hondo y contuvo el aire. Maldita sea, le ardían los pulmones.

Luego utilizó hasta la última gota de fuerza para levantar el cuerpo.

No pudo.

No porque todavía estuviera drogada, sino porque alguien la estaba sujetando.

Alex se retorció, intentó dar patadas y puñetazos.

No, nadie la estaba sujetando. Estaba atada a algo.

Alex había estado entrando en pánico antes, pero ahora estaba rabiosa de miedo.

Levantó el pecho de la superficie dura que tenía debajo mientras tiraba con los brazos. Las ataduras estaban demasiado apretadas. Lo mismo ocurría con sus tobillos.

El esfuerzo le provocó otra oleada de náuseas. Alex tragó bilis agria.

Quería gritar, pero le ardía tanto la garganta que no podía emitir ningún sonido.

Solo entonces se dio cuenta de que todavía tenía los ojos cerrados.

Los abrió y quedó inmediatamente cegada por unas luces inesperadamente brillantes. Había pensado que la mantendrían en algún lugar oscuro y húmedo.

Un calabozo.

Entrecerrando los ojos con fuerza, Alex encontró el origen de las luces. Tenían un aspecto extrañamente industrial. Circulares, con cuatro bombillas en el centro.

No pudo mirar mucho tiempo antes de que le ardieran las retinas.

Alex giró la cabeza hacia un lado y el mundo se oscureció de repente.

Oyó un ruido de pasos y luego alguien se inclinó sobre ella, bloqueando la mayor parte de la luz.

Alex enderezó la cabeza. Solo pudo distinguir una sombra.

«Bienvenida, agente Frost».

Era la misma voz del callejón.

«¿Quién eres?», preguntó con voz ronca.

No estaba segura de si el hombre no la entendía o si simplemente la estaba ignorando.

«No te pongas cómoda, Frost. En breve volverás al purgatorio».

Levantó algo.

Alex no logró distinguirlo. Solo era una sombra amorfa.

Pero ella sabía lo que había en su mano.
Una jeringa.
Entonces gritó.

Capítulo 49

Las calles estaban desiertas a esa hora, y cuando Hale se detuvo frente al Tustin Fresh Market, buscó el lugar donde había ocurrido el accidente de John Doe.

Creyó haberlo encontrado: un poste de luz de hormigón al otro lado de la calle que parecía mucho más nuevo que los demás.

Doe chocó contra ese poste, lo derribó por completo o lo dañó tanto que tuvieron que sustituirlo.

Sí, ese era el escenario más probable.

Un chico desgarbrado, con el pelo oscuro cortado en ángulo y cayéndole sobre un ojo, estaba sentado justo a la entrada del mercado fumando un cigarrillo.

Apagó el cigarrillo cuando Hale aparcó y se acercó.

—¿Agente Hale?

—Sí

—Marco. Hablé con usted por teléfono. Venga conmigo.

Marco accionó un interruptor situado encima de la puerta corredera, que se abrió automáticamente para ellos.

Tustin Fresh Market tenía una planta diáfana marcada por robustos contenedores de madera, probablemente diseñados para convencer a los clientes de que las frutas y verduras que rebosaban en ellos procedían directamente de una granja.

—Las cámaras de seguridad están en la parte de atrás.

Se oyó un silbido y Hale dio un respingo. Se relajó cuando unos pequeños rociadores esparcieron agua sobre las verduras.

Marco llevó a Hale a una sala con el letrero «Solo empleados». A Hale le pareció una sala de descanso. Había una cafetera en una esquina y una nevera en otra. En el centro había una mesa circular. Había otra puerta al fondo.

Seguridad.

Marco abrió la puerta con una llave, entró y encendió la luz.

Había un escritorio con un monitor de ordenador encima. El PC estaba en el suelo.

«Tenemos tres cámaras en la tienda, una en la entrada principal, otra junto a la caja y otra en la esquina trasera», le informó Marco. «¿Cuál quieres ver?».

Marco se dejó caer en la silla de gaming y encendió el ordenador.

«La de delante... ¿da a la calle?».

«Sí. Creo que el jefe la puso ahí por si alguien roba algo y se mete en un coche. Para coger su matrícula».

«¿Hay muchos robos aquí en el mercado?».

«No, la verdad es que no».

Marco se conectó al ordenador y abrió un programa.

Hizo clic en un botón que decía «CALLE».

«Si me dices qué fecha estás buscando, puedo escribirla y sacar las imágenes».

Hale había traído una carpeta con todos los archivos del caso. La abrió. El caso Doe contra Redwood Mutual estaba encima y leyó la fecha.

Marco asintió y empezó a escribir. Mientras lo hacía, Hale se inclinó hacia él.

Apareció un mensaje y se le encogió el corazón.

Fecha no disponible.

—Mierda, parece que es demasiado antiguo.

—Dijiste que guardabas las grabaciones durante seis meses.

«Sí». Marco se inclinó hacia delante. «Llegas tres días tarde».

Hale apretó los puños. Las uñas se le clavaron en las palmas.

«¿No está en la nube o algo así?».

«Esto *es* la nube», dijo Marco, sin llegar a añadir *«¿no?»* al final de la frase.

«Entonces, ¿no hay forma de recuperar esas imágenes?».

—Lo siento, pero... espera, reconozco esta fecha. Es el día del accidente, ¿verdad?

A Hale le empezaron a arder los ojos.

—¿Estabas aquí?

—No, yo trabajo por las noches. Pero lo recuerdo porque la policía... Espera un momento. Marco salió del programa y abrió una carpeta. Navegó hasta una segunda carpeta. Luego otra. Dios, era como una matrioska. —Aquí está.

Se echó hacia atrás y sonrió.

«¿*Qué* hay aquí?», preguntó Hale, sin entender nada.

«La policía vino a por las imágenes como un mes después de lo ocurrido. Las querían para algún juicio o algo así, no sé. En fin, guardé una copia».

Hale se humedeció los labios. Estaba hambriento.

«Ponlo».

Marco lo hizo.

El vídeo mostraba la entrada principal por la que Hale acababa de pasar. También se veía aproximadamente la mitad de la calle por la que había conducido. La vista se extendía hasta un par de metros más allá de la línea central de la carretera.

Un par de clientes, cargados con bolsas de papel, salían apresurados hacia sus coches. Ansiosos por hincarle el diente a la col rizada y los brotes.

Mierda, nunca se le habría ocurrido comer eso.

La grabación tenía audio, algo poco habitual, y Hale le pidió a Marco que subiera el volumen.

Casi un minuto después del inicio del vídeo, ocurrió algo. Una mujer salió corriendo de la tienda, sosteniendo una caja de algún tipo en un e de su mano. La cámara estaba colocada de tal manera que no se le veía la cara. Otra mujer la siguió.

«¡Vuelve aquí!».

La primera mujer no se detuvo.

Corrió hacia la calle. Desapareció del encuadre. Hale no vio el coche, pero oyó el chirrido de los neumáticos y el chirrido de los frenos.

Un grito, luego un choque. Sordo, resonante, puntuado por el estallido de cristales.

Una bocina sonó sin cesar.

El empleado que había perseguido a lo que Hale supuso que era un ladrón se detuvo en seco.

Luego se dio la vuelta.

«¡Llama al 911! *¡Llama al 911!*».

Ahora podía ver claramente su rostro.

Era Beth Reid.

«Vuelve». Hale carraspeó. «Vuelve».

Marco volvió al principio.

Hale se inclinó tanto que podía oler el sudor de Marco y el hedor a cigarrillos.

Nunca se vio bien el rostro de la ladrona, pero cuando salió corriendo de la tienda y el dependiente le gritó, se dio media vuelta.

Hale le dijo a Marco que detuviera el vídeo.

El perfil de la mujer le resultaba familiar.

No estaba tan seguro como lo había estado sobre la identidad del dependiente, pero parecía que la mujer que sostenía lo que ahora veía, una caja de leche en polvo para bebés, era Tanya Ferguson.

Hale exhaló.

«Envíame eso. Envía...».

El teléfono de Hale sonó y, inexplicablemente, gritó.

Capítulo 50

—Por favor —suplicó Alex—. No lo hagas.

Sabía que suplicar no serviría de nada. No pudo evitarlo.

—No te preocupes, te traeré de vuelta.

—Por favor.

Imágenes pasaron por su mente, primero los zombis en Harbor Boulevard, luego Tanya Ferguson.

Por último, el pequeño Benjamin.

«Y cuando vuelvas, me contarás lo que ves al otro lado».

¿El otro lado? ¿De qué coño estaba hablando este psicópata?

Alex seguía sin poder verlo bien. Le latía tan fuerte la cabeza que sentía que los ojos le palpitaban. Incluso la sombra de sus captores parecía vibrar.

«Dime lo que ves, agente Frost, y te prometo que te mantendré con vida».

La sombra se acercó a ella y Alex apartó la cabeza.

El hombre le envolvió algo alrededor del bíceps izquierdo. Lo apretó con fuerza.

Alex se retorció y se sacudió.

«Cállate», dijo el hombre con calma.

Tenía las muñecas y los tobillos atados, pero los hombros no. Sabía lo que el hombre iba a hacer: lo mismo que le había hecho a Lucy, Tanya, Beth y Bruce.

Quizás a otros.

Alex agitó el brazo izquierdo, moviendo el codo hacia adelante y hacia atrás mientras giraba el hombro al mismo tiempo. Intentaba dificultarle al máximo que encontrara una vena.

Pero su captor tenía mucha práctica. Probablemente los demás también habían luchado. Al menos las primeras veces.

Se cansó rápidamente y, cuando lo hizo, Alex sintió una presión en el bíceps, justo encima de lo que sospechaba que era un trozo de tubo de goma.

La rodilla del hombre.

Alex levantó el pecho todo lo que pudo, pero no sirvió de nada.

—Dime lo que ves, agente Frost. El hombre estaba tan cerca que podía sentir su aliento caliente en la oreja. Y entonces sintió un pinchazo en el pliegue del codo.

«Ya no tardará mucho».

Capítulo 51

«Por Dios, tío, me has dado un susto de muerte».

«Lo siento. Por favor, envíame ese vídeo por correo electrónico». Hale le dio a Marco su dirección de correo electrónico del FBI y luego respondió a su teléfono.

—¿Frost? No vas a...?

—Agente Hale, ¿dónde estás ahora mismo?

No era Frost. Era Jackson.

—Estoy en el Tustin Fresh Market. He encontrado...

—¿Dónde está Frost?

—No lo sé. Creo que está durmiendo. Agente Jackson...

—Necesito que vuelva aquí, ahora mismo.

«He encontrado algo».

«No me importa. Ha entrado una mujer que dice que la secuestraron hace unas noches. Le inyectaron algo. El hombre tenía un perro».

Los ojos de Hale se agrandaron.

—¿Qué?

«¡Deja de hacer preguntas y vuelve aquí, Hale!».

Jackson colgó.

Los ojos de Hale se hundieron en sus órbitas.

—¿Todo bien? —preguntó Marco. Se había dado la vuelta y ahora miraba a Hale.

—Sí, todo bien. ¿Me has enviado el vídeo por correo electrónico?

—Sí. En Dropbox.

—Gracias. Gracias.

Hale salió corriendo.

***

—¿Dónde demonios está Frost? —exigió Jackson. El hombre parecía completamente agotado, pero su voz seguía siendo fuerte y potente.

—No lo sé. ¿Se fue hace una hora? Hale miró la hora en su teléfono. —No... Dios, ¿dónde se ha ido el tiempo?

—¿Hale? ¿Cuándo fue la última vez que viste a la agente Frost?

—Hace más de tres horas.

—¿Se ha ido a casa?

—Creo que sí. Dijo que iba a dar un paseo, pero no ha vuelto.

Jackson maldijo entre dientes.

—He intentado llamarla.

—Yo también —dijo Jackson, suavizando un poco el tono. Miró más allá de Hale, hacia su oficina. La puerta estaba cerrada—. La mujer se llama Olga Chernov. Dijo que hace cuatro noches, un hombre con un perro la agarró y le inyectó algo. Se desmayó y se despertó en una especie de jaula. Cree que iba a violarla, porque había jeringuillas y frascos por todas partes. Le dio una patada y huyó.

—¿En serio?

Jackson frunció el ceño.

—¿Quién era? ¿Adónde la llevaron? —Hale se apresuró a preguntar.

—No lo vio, tenía la cabeza destrozada. Apenas pudo correr. En cuanto al lugar, tampoco lo sabe.

«¿Por qué no ha venido antes?».

—No lo sé, Hale. No quiere hablar conmigo. Olga dice que solo hablará con Frost.

—¿Por qué?

—Joder, Hale, no tengo ni idea. Supongo que la vio en la tele. Jackson se dirigió hacia su despacho. Hale lo siguió. —Quiero que lo intentes.

—¿Yo?

—Sí, *tú*. Eres el compañero de Frost.

—No sé... No se me dan bien las entrevistas, agente Jackson.

Jackson se detuvo y lo miró con ira.

—¡Lo único que haces es hablar, Hale! ¡Eso es lo que haces! ¡Hablar!

Antes de que Hale pudiera protestar más, abrió la puerta.

Aunque leve, la primera impresión que Hale tuvo de Olga Chernov fue que era una mujer dura. Tenía la cabeza pequeña y la mandíbula cuadrada. La nariz prominente y los ojos hundidos.

La mujer casi se perdía en la silla que solía ocupar Hale.

—Eh, h-h-hola —tartamudeó Hale. Olga se frotó las manos mientras lo miraba fijamente—. Soy el agente Hale, compañero de Alex Frost.

«Solo voy a hablar con ella».

«Lo entiendo». No lo entendía. «Pero estamos buscando al hombre que la atacó. Creemos que podría ser...».

—Frost —dijo Olga con firmeza.

—Olga, ¿puedo llamarte Olga?

—Frost.

—Olga, por favor. Es importante.

Olga empezó a levantarse. Era todo ángulos agudos. Sus extremidades parecían perchas retorcidas.

—¿Adónde vas?

—Quiero hablar con Frost.

Jackson se adelantó.

«Olga, llamaremos al agente Frost, ¿de acuerdo? Mientras tanto, te agradecería que te quedaras aquí. ¿Puedes hacerlo?».

En lugar de responder, Olga volvió a sentarse.

—Frost.

«Volveremos. Espera aquí».

Jackson y Hale salieron de la habitación, y el primero cerró lentamente la puerta tras de sí.

«Hale, encuentra a tu maldito compañero y hazlo *ahora* mismo».

Capítulo 52

Hale devoró una bolsa familiar de Doritos que encontró en su coche mientras se dirigía a toda velocidad hacia la casa de Frost. Aún era de noche, pero el cielo estaba adquiriendo un familiar brillo azulado mientras el sol contemplaba su ascenso.

Estaba cansado y comía más para mantenerse despierto que porque tuviera hambre.

Su estómago se había calmado después de la primera docena de puñados de patatas fritas.

El coche de Frost no estaba en la entrada y ella no respondía a la puerta. No respondía a sus gritos ni al teléfono.

Hale dio la vuelta y probó la puerta corredera. Estaba cerrada con llave y no se oía ningún ruido en el interior.

Hale apoyó las manos contra el cristal. Luego se apartó y llamó a la puerta.

—¿Frost? Soy Hale. ¿Estás ahí?

Aunque ya había comprobado que la puerta corredera estaba cerrada con llave, volvió a intentarlo antes de darse por vencido.

De vuelta en su coche, llamó al agente Jackson.

—Su coche no está aquí y no responde a la puerta. No veo a nadie dentro.

—Espera.

Hale siguió comiendo Doritos mientras escuchaba a Jackson caminar. Por el ruido, pensó que estaba bajando las escaleras hasta la planta baja. Luego salió al exterior.

—Hale, su coche está aquí, en el aparcamiento.

—¿Qué?

Hale se maldijo por no haber mirado primero en el aparcamiento.

—¿Dijiste que se había ido hace tres horas a dar un paseo? —Jackson parecía incrédulo.

—Más o menos, sí.

«¿Lo hace a menudo? ¿Salir a dar paseos de tres horas?».

—N-no. No lo sé. Nunca lo había hecho conmigo antes.

Hale se manchó la parte delantera de los pantalones con polvo de Doritos, dejando manchas naranjas. Se dio una palmada en los muslos.

La preocupación comenzó a apoderarse de él.

—Quédate al teléfono, voy a rastrear su teléfono.

«¿Puedes hacer eso?».

«Sí, puedo rastrear el teléfono de cualquier agente. Espera».

Jackson retrocedió, con pasos ahora más rápidos.

Hale oyó el sonido de los teclados.

Más teclear.

—La última señal fue a las 12:46 —dijo Jackson al teléfono—. La torre de telefonía móvil no está lejos de la oficina, a unos cinco kilómetros. Nos vemos en Vernon y Cornell.

Jackson colgó.

Hale sabía que no era el mejor policía, ni mucho menos, y que, en el mejor de los casos, era un agente del FBI mediocre. Pero, como todos los policías y agentes que habían pasado tiempo sobre el terreno, tenía instinto.

Y su instinto le decía que Frost estaba en problemas.

Cuando Hale llegó al cruce que le había indicado Jackson, su jefe ya estaba allí. Y no estaba solo. Jackson había conseguido despertar a AA, y el capitán estaba apoyado en su coche. Había otros tres agentes uniformados con ellos.

—Hale —dijo Jackson cuando Hale salió del coche. Le hizo señas para que se acercara—. El teléfono del agente Frost ha sonado más que un hace tres horas. Los datos de triangulación sitúan este punto como el centro, pero el teléfono podría estar en cualquier lugar dentro de un radio de 400 metros. Jackson dijo esto a todos, no solo a Hale. A juzgar por la falta de reacción de los demás hombres, ya los había preparado.

Esa sensación inquietante creció.

El teléfono del Dr. Sanderson también había sonado, y también lo habían buscado en un radio de un cuarto de milla.

Y ahora el Dr. Sanderson estaba muerto.

—Somos seis. Quiero que busquemos en grupos de dos. Tenemos que trabajar rápido. En una hora, las calles estarán llenas y la gente

irá camino del trabajo. Todos tenéis mi número. Llamadme cuando la encontréis.

Jackson señaló a Hale.

«Vamos».

Durante la siguiente media hora, Hale y Jackson peinaron las calles en dirección oeste desde su punto de partida.

Hale no dejaba de repetirse que Frost estaba tan cansada que probablemente se había sentado en un banco junto a la carretera. Había cerrado los ojos un momento y se había quedado dormida. Se le había agotado la batería del teléfono, por eso había dejado de emitir señales a la torre de telefonía justo antes de la una de la madrugada.

Otros pensamientos más siniestros se colaron en su mente, pero los apartó con fuerza.

La verdad era que le gustaba Frost. Era inteligente y decidida. Como él, era novata, pero era tan consciente de sus puntos fuertes como de sus puntos débiles.

Eso era algo de lo que carecía su excompañero, el excompañero *de ambos*.

Con era un agente con más experiencia, pero él sentía que tenía que hacerlo todo él solo. Eso no favorecía en absoluto una relación de trabajo.

—Hale.

Tenía la mirada fija en un banco vacío del parque y levantó la vista hacia el SIC.

El hombre señalaba con un dedo delgado al otro lado de la calle.

Un letrero luminoso que decía «ABIERTO LAS 24 HORAS» colgaba en la ventana de un restaurante de aspecto cutre. Solo había tres coches en el aparcamiento y, a juzgar por el hecho de que Hale no veía a ningún cliente a través de las ventanas, sospechaba que todos eran empleados.

—Echa un vistazo, yo seguiré buscando por aquí —le indicó Jackson.

Hale no necesitó que se lo repitieran. Cruzó la calle a toda prisa, sintiendo cómo se le animaba el ánimo.

Frost no se había quedado dormida en un banco. Estaba en la cafetería tomando su milésimo café. Quizás incluso un desayuno ligero. Y cuando la encontrara, Hale se daría el capricho de un desayuno de leñador y luego volverían juntos a casa de Olga.

Sí, eso es lo que haría.

Hale empezó a salivar y le rugió el estómago.

La campana de la puerta sonó cuando la abrió.

Una mujer cansada levantó la cabeza de una revista sensacionalista.

En la portada aparecía la cara de Damon Voss.

—¿Mesa para uno? —preguntó con un bostezo.

Hale la ignoró mientras echaba un vistazo al restaurante.

Mierda.

No había ni un solo cliente.

—Busco a alguien. Una mujer. Puede que haya estado aquí justo antes de la una de la madrugada. Pelo castaño, por debajo de los hombros. Su teléfono volvió a sonar. Esta vez sin el sonido de Yelp. —Espera. Agente Jackson, ¿la ha encontrado?

—No —respondió Jackson con voz áspera, más áspera de lo habitual—. Pero he encontrado su teléfono.

Capítulo 53

Oscuridad.

Oscuridad pura y absoluta.

Sin luz, sin recuerdos. Solo un curioso calor.

Luego, un pitido. Silencioso.

Seguía haciendo calor. Seguía estando oscuro.

Otro pitido, y Alex sintió una terrible sacudida. Fue como si la hubieran dejado caer desde una gran altura y hubiera aterrizado en un enorme campo de cactus.

Aún no tenía muy claro dónde terminaba su cuerpo y dónde comenzaba la oscuridad, lo que solo empeoraba las cosas. Si te cortas un dedo, te duele. El dolor puede extenderse hasta la palma de la mano. Pero ahí se detiene.

Esto era diferente. Era como si el dolor no tuviera fin.

El agradable calor que había sentido antes se había convertido en un intenso ardor.

«Despierta».

Alex no quería despertarse. No quería ese tormento. Quería volver, volver a la oscuridad.

«Despierta».

Alex no abrió los ojos, ni siquiera sabía cómo hacerlo, pero alguien lo hizo. Unos dedos le separaron los párpados y, en el momento en que la luz le abrasó el cerebro, el dolor se intensificó.

Vomitó.

Los dedos se retiraron y oyó a alguien maldecir.

«Dime lo que viste, Frost. Dímelo».

Alex sintió que se desvanecía de nuevo, sintió que la oscuridad la envolvía. Una sensación sorda le invadió el lado izquierdo de la cara.

Te han abofeteado, le dijo una vocecita dentro de su cabeza. No sabía si alguna vez la habían abofeteado.

«¡Dímelo!».

Alex sollozó. Sintió que le subían más vómitos y le empujaron la cabeza con fuerza hacia un lado. Solo consiguió expulsar un fino hilo de saliva.

—¡Dímelo!

Curiosamente, sentía que sus labios se movían, pero no por voluntad propia. El hombre estaba intentando moverle los labios manualmente.

Estúpido.

Estúpido.

«Está bien. Si no quieres decírmelo, tendré que devolverte».

Esta vez, cuando la manguera de goma se apretó contra su brazo, Alex no se resistió. Apenas sintió el pinchazo de la aguja.

Capítulo 54

Jackson estaba de pie a la entrada de un callejón de unos cuatro metros y medio de ancho y doce de largo.

—¿Encontraste su teléfono?

—Allí.

Hale pasó corriendo junto a su jefe, avanzó unos dos metros y se detuvo en seco, con su formidable barriga avanzando con tal fuerza que casi tropieza.

El móvil de Frost yacía en el suelo, con la pantalla rota. Hale lo reconoció porque todos los agentes tenían el mismo iPhone negro genérico. Se agachó para recogerlo.

—¡No lo toques! —gritó Jackson con tal intensidad que Hale retiró la mano de un tirón.

—Solo quería ver si era suyo.

—Es de ella.

Hale buscó con la mirada por el callejón. No había señales de lucha, aunque el suelo era de asfalto, y no estaba seguro de cómo sería una lucha en ese lugar.

Sin embargo, no había sangre en el suelo.

Eso era bueno, ¿no?

—Hay mierda ahí atrás —dijo Jackson inesperadamente.

—¿Qué?

—Mierda. Probablemente mierda de perro.

Hale vio los excrementos. A él le parecieron claramente mierda de perro.

—Jackson, ¿crees que se la ha llevado? —Hale apenas podía articular palabra.

«No lo sé. Tenemos que encontrarla».

En menos de una hora, Jackson se había puesto en contacto con cuatro agencias diferentes y más de treinta agentes de la policía de Los Ángeles, la policía de Tustin, el FBI y la policía de Irvine se habían reunido cerca del callejón.

Hale se quedó atrás con AA. No hablaron con ellos mientras Jackson ponía a todos al corriente. Les dijo que estaban buscando a

una agente del FBI desaparecida y les describió a la agente Frost. Terminó con la hora en que fue vista por última vez y mencionó los datos del teléfono móvil.

«Quiero que vayan puerta por puerta. Pregunten a todas las personas con las que se encuentren si la han visto. Accedan a las cámaras de los semáforos. No hay muchas tiendas por aquí, pero las casas pueden tener cámaras en los timbres. También hay una cafetería... ¿Hale?».

Hale estaba perdido en sus pensamientos y apenas registró que lo habían llamado.

Jackson chasqueó los dedos.

—¡Hale!

—¿Sí? Lo siento.

—¿Has hablado con alguien en la cafetería de enfrente?

—Sí... quiero decir, no.

—¿Qué es?

—No tuve oportunidad de preguntar si habían visto a Frost.

—Alguien tiene que entrar allí y enseñarles las fotos. Vamos, movámonos.

La multitud se dispersó y Hale empezó a ir con ellos.

Jackson lo detuvo.

«No, tú no. Hale, AA, tenemos que volver a la oficina. Habla con Olga».

Mierda, Olga. Hale se había olvidado de la mujer elegante.

¿Seguía en la oficina de Jackson?

Jackson cogió entonces su teléfono.

—Hale, ¿por qué no vienes conmigo? —sugirió AA.

«No, estoy bien».

«No estás bien, estás temblando».

Hale bajó la mirada hacia sus manos. Efectivamente, estaban temblando.

Cerró los puños.

—Está bien.

«Estoy aquí».

Tuvieron que pasar junto a Jackson para llegar al coche de AA.

Lo suficientemente cerca como para que Hale oyera a su jefe decir: «Stitts, tenemos un problema. Frost ha desaparecido».

***

Para sorpresa de todos, Olga seguía en la oficina de Jackson cuando llegaron poco después de las siete. Estaba dormida en la silla, con la cabeza torcida hacia un lado.

AA quería darle una oportunidad, pero Hale insistió en que le dejaran intentarlo otra vez.

Todos entraron juntos en la habitación y Jackson carraspeó para despertarla. Olga se sobresaltó y empezó a levantarse.

Tenía los ojos enrojecidos.

«¿Qué demonios?

—Olga, soy el agente Hale. Hablé con usted hace unas horas.

Se limpió las legañas de los ojos.

—Bien. ¿Qué sigo haciendo aquí?

«Debes de haberte quedado dormida».

—¿Está Frost aquí?

Hale se puso tenso.

—No.

—Entonces no tengo nada que decirte.

—Creemos que la misma persona que te secuestró también se la llevó.

Olga se quedó atónita.

—¿En serio?

—Sí. Tenemos que encontrarla. El hombre que creemos responsable de esto es muy peligroso.

Era un eufemismo, pero Olga ya parecía asustada. Mejor no asustarla más.

«¿Hablarás con nosotros? ¿Nos ayudarás a encontrar a Alex Frost?».

Olga asintió lentamente.

—Cuéntanos qué pasó.

Olga relató los acontecimientos que habían tenido lugar cuatro noches antes, no, cinco ya. Alguien la había agarrado y le había

inyectado algo. No, no le había visto la cara. No, no había reconocido la voz.

Se despertó en una especie de sótano subterráneo, dentro de una jaula. Luchó contra su captor y huyó.

Se escondió durante unos días hasta que vio a Frost en las noticias y escuchó su advertencia de que tuvieran cuidado con un hombre con un perro.

Había un perro allí, les dijo Olga, un golden retriever.

«¿Por qué no has venido antes, Olga?», le preguntó Hale mientras la mujer recuperaba el aliento. Hablaba a toda velocidad. También se movía mucho.

—Porque sí.

—¿Por qué?

Olga apartó la mirada.

—¿Olga?

Sin mirarlo, Olga dijo: «No me gustan los policías».

Hale creyó entenderlo todo: el nerviosismo, el tono rápido al hablar, la desconfianza hacia las fuerzas del orden.

Era una adicta actual o una exadicta. Decidió no preguntarle para confirmar sus sospechas.

—¿Trabajas, Ola?

«No. Trabajaba, pero ya no».

«¿A qué te dedicabas?».

Hale no estaba seguro de adónde quería llegar con eso, pero su respuesta le indicó que iba por buen camino. Quizás su instinto era mejor de lo que pensaba.

«Era paramédica, en el servicio de emergencias médicas. Tuve un pequeño problema con las drogas y di positivo en uno de los controles de orina periódicos. Me despidieron».

Un encogimiento de hombros apático.

—¿EMS?

—Sí.

Hale volvió por un momento al Tustin Fresh Market.

«Olga, ¿cuándo te despidieron?».

«Hace unos seis meses».

La fecha coincidía con la del accidente.

Doe contra Redwood Mutual.

«Cuando trabajabas, ¿alguna vez atendiste una llamada fuera del Tustin Fresh Market?».

Olga cruzó sus delgados brazos sobre su pecho aún más estrecho.

«No veo qué tiene que ver esto con Frost».

«Estoy tratando de averiguarlo. ¿Recuerda haber recibido una llamada fuera del Tustin Fresh Market?».

«No. Estaba muy alterada. Pero... pero era una buena paramédica. Muy buena».

«¿Estás segura de que...?».

—¡No lo sé, vale! —Olga estaba cada vez más alterada—.

«Lo siento. Olga, cuando eras paramédico, ¿alguna vez usaste un DEA?».

Ahora lo miraba como si fuera un vegetal.

«Por supuesto, todo el tiempo».

Hale no sabía qué más preguntar o decir, así que dejó la iniciativa a Jackson.

—Olga, ¿quieres que te revisen? Puedo pedir que te hagan un análisis de sangre en el hospital; nosotros pagaremos la factura, por supuesto.

«No, me han inyectado cosas peores. Para ser sincera, lo que me ha pinchado estaba limpio».

«Bueno, la oferta sigue en pie si cambias de opinión».

«Encuentre al agente Frost».

Hale no entendía la obsesión de la mujer con Frost, pero sabía que a veces los adictos se obsesionan con cosas.

También con las personas. Las personas sentían una conexión inusual y, a menudo, no correspondida con ellas.

«Lo haremos».

—Hale, ¿quieres acompañarla fuera?

Hale lo hizo, y cuando regresó, Jackson estaba terminando una llamada telefónica.

—¿La han encontrado? —preguntó, casi suplicando.

—No. Era el director Jeremy Stitts, de Quantico. Quiere que le enviemos todo lo que tenemos. Se hace cargo del caso.

Capítulo 55

El apartamento de mierda que el estadounidense alquilaba en efectivo, por unos míseros 2200 pesos mexicanos al mes, era un horno. No tenía aire acondicionado y, aunque lo tuviera, los servicios públicos eran tan deficientes que solo con poner un aparato de ventana probablemente se fundiría el fusible y se cortaría la luz en toda la manzana.

Tal y como estaban las cosas, al menos dos veces por semana se iba la luz durante horas. A veces, todo el día.

Había regresado a su apartamento desde la *cantina* sin problemas.

Ahora estaba disfrutando de una cerveza —tibia, porque su nevera apenas funcionaba— sentado en una silla en el balcón.

Incluso a primera hora de la mañana, era insoportable quedarse dentro.

Un gallo cantó.

«Llega tarde a la fiesta», pensó el hombre mientras bebía y miraba al sol, que ya se había elevado bastante por encima del horizonte.

Tenía el móvil en una rodilla y el bastón apoyado contra la pared.

Sonó y frunció el ceño.

Después de enviar el mensaje a su contacto *—Ya está hecho—,* no esperaba respuesta y no la recibió.

Su acuerdo, aunque nunca se había expresado explícitamente, era el siguiente: un trabajo, un objetivo. Plazo de entrega corto. Un mensaje de texto cuando terminara.

Luego, nada durante unas semanas. Hasta un mes.

Después, volver a empezar.

El hombre cogió el teléfono.

JS: *Tenemos un problema.*

Esto era nuevo.

Lo nuevo no era bueno.

Le respondió con un mensaje.

¿Con la marca?

La toxina Afla debería estar haciendo efecto ya. Era poco probable que el hombre estuviera muerto todavía, pero lo estaría pronto.

¿Se habían dado cuenta de que lo habían envenenado?

¿Iban a por él?

Y lo más importante, ¿habían encontrado la *cantina*? ¿Al camarero?

JS: *No. Con Frost.*

El hombre se levantó demasiado rápido y casi se derrumba. Estar sentado durante tanto tiempo le había fastidiado la pierna.

Gritó y luchó por escribir otro mensaje.

¿Qué pasa?

Hubo una pausa frustrantemente larga antes de que llegara la respuesta.

JS: *Se la han llevado.*

Sus pulgares se sentían demasiado gruesos, lo que dificultaba escribir. El autocorrector estaba de vacaciones.

Voy para allá.

JS: *No puedes.*

Agarró su bastón y se apoyó en él.

Voy. Encuentra la manera de sacarme de aquí. Estaré allí en tres horas.

Capítulo 56

—Necesito los registros médicos de hace seis meses —le dijo Hale a AA.

«¿Para qué?».

—Creo que Olga Chernov fue la paramédica que atendió a una víctima de un accidente fuera del Tustin Fresh Market.

—Hale, tenemos que centrarnos en encontrar a Frost —interrumpió Jackson—.

—Tenemos a docenas de hombres buscándola. Yo estoy intentando encontrarla de la única forma que sé: resolviendo este caso».

La desesperación en la voz de Hale, más que sus propias palabras, pareció hacer dudar al SIC.

«Miren, quiero mostrarles algo».

Los dos hombres lo siguieron a regañadientes hasta su ordenador. Tardó unos minutos en iniciar sesión en su correo electrónico y encontrar el vídeo que le había enviado Marco, de Tustin Fresh Market.

—Miren.

Reprodujo el vídeo. Tanto Jackson como AA eran mucho mayores que él y no veían muy bien. Hale esperó el momento *revelador*, pero nunca llegó.

Reprodujo el vídeo por segunda vez, esta vez señalando a los protagonistas.

«La mujer que robó en la tienda es Tanya Ferguson, la cajera que la persiguió es Beth Reid. La abogada que defendió al demandante que intentó demandar a la compañía de seguros para obligarla a pagar su factura médica de casi un cuarto de millón de dólares fue Lucy Larder. Estoy bastante seguro de que Olga también estaba allí, que era la paramédica que respondió a la llamada».

Jackson estaba ahora muy atento.

«¿Quién era el demandante?».

«No lo sé. En los documentos judiciales solo aparece como John Doe. Por cierto, perdió el juicio. El seguro nunca pagó».

—Probablemente fue el evento desencadenante —sugirió AA—. ¿Un cuarto de millón? ¿Cómo de grave fue su lesión?

«Grave. En coma».

«¿Y no puedes encontrar su nombre?», preguntó Jackson con tono acusador.

«No, la HIPAA lo ha bloqueado todo. Estoy pensando que quizá Olga, si fue ella, utilizó el DEA y anotó su información, su nombre y su fecha de nacimiento, en el registro».

Ahora lo entendían.

AA hizo una llamada.

Esperaron.

—¿Cuál fue la fecha del accidente?

Hale lo encontró en los documentos judiciales que tenía sobre su escritorio. Se lo dijo al capitán, quien transmitió la información.

Volvieron a esperar.

«Gracias».

AA terminó la llamada.

—Olga Chernov *fue* la paramédica que acudió al lugar —confirmó —. Los registros del DEA indican que se utilizó el dispositivo. Trajeron a un desconocido. Sin embargo, los registros solo indican la hora y la fecha en que se utilizó. No hay ningún nombre.

«Joder», maldijo Jackson. «Así que tenemos cuatro víctimas relacionadas con este maldito accidente y aún no tenemos ni idea de quién conducía el coche».

—No sé qué decirte —dijo AA—. Pero no voy a poder conseguir el nombre sin una orden judicial.

«¿Qué es más fácil, según tu experiencia? ¿Conseguir una orden judicial para los documentos del tribunal o los registros del hospital? Tienen un encia para tener los datos de admisión de esa fecha», preguntó Jackson. «El hospital lo atendió; saben quién es».

«El hospital, sin duda».

—De acuerdo —dijo Jackson con un breve asentimiento—. Veré si puedo conseguir una orden judicial de emergencia para obtener el nombre de este tipo. Tengo un juez amigo. Es temprano, pero cuando le diga que probablemente han secuestrado a un agente federal, actuará con rapidez.

Jackson se apartó y AA se inclinó hacia Hale.

—¿Qué papel juega el doctor Sanderson en todo esto? —preguntó.

Hale se acarició la barbilla y deseó tener algo para masticar. En su escritorio siempre guardaba una reserva de barritas de chocolate y patatas fritas, pero hacía tiempo que se lo había comido todo.

—No lo sé. ¿Quizá trató a la víctima en el hospital?

AA negó con la cabeza.

—No tiene sentido. Hace seis meses, el Dr. Sanderson era residente de patología y pasaba tiempo con el Dr. Horn. No se ocuparía de víctimas de accidentes de tráfico.

—Quizá... pero su nombre aparecía en los registros de eliminación de fentanilo del hospital.

—Mierda. Quizá hacía doble turno, no lo sé.

Hale tampoco lo sabía.

Jackson regresó.

—He presentado la solicitud. El juez se ha mostrado bastante comprensivo. Ha prometido dar una respuesta en unas horas, esperemos que menos. Deberíamos ir al hospital ahora. Estad preparados para cuando llegue la orden judicial, si es que llega.

AA estuvo de acuerdo. Hale también, por lo que valía.

«He puesto al corriente a Stitts de todo lo que sabemos. Él también llamará al juez. Presiónalo. El director ya está en el aire. Debería llegar aquí a las 2 de la tarde, hora local».

Capítulo 57

Constantine Striker emergió del vacío, fumando un cigarrillo. Su rostro estaba extraño.

Alex tardó unos segundos en darse cuenta de lo que pasaba.

El hombre estaba sonriendo. Con nunca sonreía.

Entonces apareció Valerie. Con hizo algo más sorprendente: se rió y abrazó a su hermana.

Luego ambos se disolvieron como brasas sobre una fogata.

Apareció Tori. No como estaba después de México, sino como antes. Su boca formó la palabra «zorra» y luego se rió.

Alex echaba de menos a Tori. La echaba de menos muchísimo.

Tori desapareció. Pero no como Con y Val. Su pecho comenzó a brillar, cada vez más. Imposiblemente brillante, hasta que Alex no pudo mirar más.

Pero tenía que mirar.

En cuestión de segundos, Tori desapareció, sustituida por un blanco que lo lo abarcaba todo.

Una oleada de esa familiar calidez la invadió. Una calidez hermosa.

Luego, todo desapareció.

La nada. Ni sensación de calor, ni luz.

Un pitido.

Una sacudida.

Otro pitido.

Otra descarga.

«Dime lo que has visto».

Alex lo hizo.

Capítulo 58

Cruzar la frontera fue sorprendentemente fácil. Un viaje rápido al consulado estadounidense en Tijuana para recoger unos papeles y un coche con las llaves dentro. Sin preguntas. Solo un intercambio.

Mientras esperaba en la frontera, lo cual no tardó mucho, ya que había pasado por el carril reservado para el personal diplomático y gubernamental, revisó los documentos que le había proporcionado JS.

Le habían dado un nombre falso y una carta diplomática de tránsito para una operación del Departamento de Justicia llamada SCEPTER, fuera lo que fuera eso.

El guardia de la patrulla fronteriza estadounidense que tomó sus datos no pestañeó. Solo comentó que nada de eso se guardaría en el sistema.

No registró ni el coche ni al hombre.

Menos mal, porque había traído consigo la pistola que había comprado en México. Había aprendido la lección y probado el arma antes de comprarla, pero aún no había apuntado a nadie.

Todavía.

El hombre dudaba que incluso SCEPTER permitiera a sus agentes llevar armas sin licencia y sin registrar que probablemente ya habían sido utilizadas en media docena de delitos.

En menos de veinte minutos había terminado y, poco más de dos horas después de recibir el mensaje, entró en California.

Durante el trayecto, recibió dos mensajes de texto en su teléfono no registrado.

Ahora llegó un tercero.

El hombre leyó el mensaje con atención.

Más detalles.

Un accidente de coche, un abogado, un intento de robo en una tienda de comestibles.

Un técnico de emergencias médicas. Un residente de patología muerto y un golden retriever.

El golden retriever... pelos encontrados en la mayoría de las víctimas o cerca de ellas. Un perro que pertenecía al patólogo fallecido.

¿Un compañero de piso, tal vez?

No importaba, lo averiguaría.

Una rápida investigación reveló que había muchos más distribuidores registrados de golden retrievers en el área de Orange County de lo que esperaba.

Trece, para ser exactos, y eso sin contar los no registrados.

Ni los refugios de animales locales.

Pero el Dr. Bruce Sanderson era un residente de patología muy ocupado. No tendría tiempo para ocuparse de un perro que pudiera tener traumas pasados y requiriera un entrenamiento intensivo.

Si esto no funcionaba, el hombre tenía otros medios para averiguar lo que quería saber. Habilidades perfeccionadas en México.

Y, a pesar de la carta diplomática de tránsito, no estaba sujeto a las normas oficiales.

Ya no.

No necesitaba citaciones ni órdenes judiciales.

Encontraría a Frost. Costara lo que costara.

El hombre llamó a tres perreras, una de las cuales descubrió que era demasiado nueva, ya que había abierto hacía solo seis meses, mientras que las otras dos dijeron que nadie llamado Bruce Sanderson había comprado un perro.

La cuarta llamada fue más prometedora.

«Ah, sí», dijo el dueño de la perrera, con un ligero acento británico, «Bruce Sanderson vino hace poco más de dos años . Compró uno de los seis cachorros de la camada de Daisy. De raza pura, golden retriever. Necesitaba uno que no diera mucho trabajo porque decía que estaba muy ocupado. Creo que es médico. ¿Qué tal le va a Bruce con su perro?».

«Le encanta. Bruce es primo mío y él me recomendó este lugar, dijo que eran muy buenos», mintió el hombre. «Que realmente aman a los animales. Estoy buscando un perro y me preguntaba si vendieron alguno más por aquí por la misma época, para poder salir

con él antes de visitarles. ¿Dijo que la camada era de seis cachorros? ¿Hay alguna posibilidad de que pueda visitar a uno de ellos?».

«No vendemos perros, señor. Son en adopción».

«Ah, claro. Lo siento».

«Hmm. ¿Por qué no le pregunta a Bruce?».

«El caso es que Bruce se ha tenido que ir de viaje por trabajo. Está haciendo una residencia en Washington. Yo tengo...». El hombre bajó la mirada hacia su pierna. «... algunos problemas de movilidad en este momento».

«Ah, ya veo. Bueno, Bruce vino con un compañero. Puede preguntarle a él. Ambos adoptaron perros de la misma camada».

Una sonrisa se dibujó en los labios del hombre.

—Ah, sí, ahora que lo pienso, Bruce dijo que él y su amigo habían comprado cachorros más o menos al mismo tiempo. Qué tonto soy. Supongo que la movilidad no es mi único problema. La memoria ya no es lo que era. Su amigo... —Chasqueó los dedos. Una vez, dos veces—.

«Abel. Able Bennet. También era médico. Un tipo muy majo».

Bingo.

Capítulo 59

Alex oyó al hombre tomar notas. Sonaba como un pico de hielo clavándose directamente en su cráneo.

Repitió todo lo que había visto. Sin adornar, con una narración directa.

Tenía la boca tan seca que parecía que estuviera de vuelta en el desierto con AA, buscando a ese editor de vídeo psicópata.

—¿Eso es todo? —preguntó el hombre. Estaba tan emocionado que su voz temblaba ligeramente.

«Sí».

Le dolía hablar. Le dolía respirar.

¿Cuántas veces le había inyectado ya?

Alex no podía saberlo. Había habido un antes y un después; su cerebro privado de oxígeno sabía que eso era un hecho, pero no había forma de discernir cuál era cuál.

«¿Has visto a Dios?».

«No».

—¿No lo viste? —Un pequeño chillido al final.

«Por favor», gimió Alex.

Él le apretó el brazo. Probablemente con tanta fuerza que le hizo daño, pero ella ya no sentía nada.

«¿Lo viste?».

«No». Alex sollozó. «No».

Él la soltó.

«Yo lo vi una vez, ¿sabes? Lo vi y hablé con él. Cuando lo veas, pregúntale por qué. Pregúntale por qué me lo quitó».

«No, por favor. No otra vez. No puedo», lloró Alex.

«Eres más fuerte que los demás, Frost. Vas a seguir volviendo. Vas a seguir volviendo hasta que lo veas».

Capítulo 60

El criador se detuvo antes de darle al hombre la dirección de Abel Bennet, aunque admitió que la tenía en sus archivos.

Error.

Claro que había formas de averiguarla sin revelar su voluntad. Pero el criador, un tal Oliver Churchill, tenía una oficina a solo diez minutos de donde se encontraba el hombre en ese momento.

Y la forma más rápida de ir de un punto a otro siempre era mediante la violencia.

Oliver también sabía que era él, aunque no había dicho una palabra desde que entró en su oficina. Tenía que ser el momento.

—Lo siento, no puedo...

—Necesito la dirección de Abel —dijo el hombre con calma.

Oliver bajó la mirada hacia su bastón y la volvió a levantar lentamente.

Durante ese intervalo, el hombre sacó una pistola de detrás de la espalda. Cruzó las manos sobre ella, a la altura de la hebilla del cinturón, y la mantuvo apuntando al suelo.

«No vale la pena, Oliver. Créeme, no vale la pena. Solo quiero la dirección de ese hombre y luego no volverás a verme nunca más».

Era una promesa que tenía intención de cumplir.

Oliver abrió los ojos como platos.

—Yo... necesito el expediente...

«No, no lo necesitas. Estás pensando en colarte en la trastienda y llamar a la policía. Quizá encerrarte con los perros. Oliver, sé que miraste la dirección cuando te la pedí por teléfono. Dámela y me iré, y podrás llamar a la policía. No me importa».

Oliver dudó, pero llegó a la misma conclusión: no valía la pena.

Le dio la dirección.

En cuanto lo hizo, el hombre guardó la pistola, le dio las gracias a Oliver y se apoyó en su bastón para salir de la perrera.

En su coche, introdujo la dirección en el GPS. A través de la ventanilla delantera, vio a Oliver agachado, con un teléfono pegado

a la oreja. El hombre entrecerró los ojos, anotó la matrícula y se la pasó al operador del 911.

No importaba.

No era su coche.

El hombre siguió conduciendo. Entró en una zona prometedora del condado de Orange. Bonitas casas, no muy lejos del hospital.

Se detuvo frente a una casa adosada con revestimiento blanco. No había ningún coche en la entrada.

Tampoco se veía movimiento en el interior.

El hombre salió del coche, apoyándose en su bastón para sostener su peso. Mantuvo la otra mano sobre la pistola que llevaba escondida en la parte trasera de los pantalones.

En lugar de dirigirse a la puerta principal, se agachó y se deslizó por un lado. Su pierna se había curado hacía tiempo, pero nunca recuperó la movilidad completa. Le dolía al caminar. Le dolía al dormir.

Siempre le dolía.

La puerta lateral estaba cerrada con llave. Solo un cerrojo, nada sofisticado. En otra vida, habría traído una palanca y habría hecho trizas el marco. En otra vida, habría derribado la puerta de una patada.

No tenía palanca y solo la idea de dar una patada le provocaba un escalofrío de dolor que le recorría la rodilla hasta la columna vertebral.

El hombre sacó un cigarrillo y lo encendió. Inhaló profundamente.

Miró a su alrededor.

Había un cobertizo en el patio trasero, uno de esos de plástico cutre. Las puertas estaban cerradas con un candado. Sus ojos continuaron vagando, hasta que finalmente se posaron en un árbol en la esquina del patio.

Alguien había podado recientemente, pero aún no había limpiado el desorden.

Estaba de suerte. Con el cigarrillo colgando de la boca, se acercó cojeando. Cogió dos palos, los agarró, decidió que eran demasiado pequeños y los tiró a un lado. Encontró un tercero, pero era demasiado grueso y difícil de sujetar. También lo tiró y entonces vio

algo apoyado en la parte trasera del árbol: unas tijeras de podar resistentes, de las cortas.

Mejor aún.

Las cogió y se dirigió a la puerta lateral. Encajó el extremo puntiagudo en el pequeño espacio entre la puerta y el marco, justo encima de la cerradura.

Le costó más fuerza de la que había previsto y se vio obligado a dejar el bastón y usar las dos manos. Moviéndola hacia adelante y hacia atrás, el hombre empezó a sudar.

Estaba acostumbrado a sudar. En México, era lo único que hacía.

Esto no era nada en comparación.

El marco se astilló y se desprendió un trozo.

Golpeó con la palma de la mano las manijas y clavó la punta más profundamente. Torció las tijeras con todo su peso.

La puerta se abrió y dejó caer el cigarrillo al suelo. Ni siquiera se molestó en apagarlo.

Había entrado.

Capítulo 61

Hale caminaba ligeramente detrás de Jackson mientras el SIC pisaba fuerte por los pasillos del UC Irvine Medical. Encontraron al supervisor de seguridad, Matt Cooper, que reconoció inmediatamente a Hale.

—Sigo sin encontrar ese maldito DEA —dijo sin provocación alguna.

—¿Cómo te llamas? —exigió Jackson.

«Matt Cooper», respondió Hale por él. Esto provocó la ira de Jackson.

—Sí, Matt Cooper. ¿También eres del FBI?

«Agente especial al mando Jackson, y él es el jefe de policía de Los Ángeles, Abner».

«¿En qué puedo ayudarles?».

—Necesitamos el nombre de un paciente. Llegó hace seis meses, en un accidente de coche.

—No quiero ser difícil, pero usted sabe tan bien como yo que esa información está protegida. No puedo dársela.

—Estamos esperando una orden judicial —dijo Jackson.

«No estoy ocupado ahora; puedo esperar con ustedes, si quieren».

Cooper intentaba mostrarse complaciente. Hale lo respetó. Un supervisor de seguridad de un hospital podría haberse mostrado más agresivo, del tipo «mi polla es más grande que la tuya, señor FBI y señor jefe de policía».

Pero Cooper no era así.

«¿Dónde?», preguntó Jackson.

«En mi oficina, si quieres».

Todos entraron apretujados. Se miraron incómodos. Se retorcían los pulgares.

Menos de media hora después, Jackson recibió una llamada.

—Sí. Bien. Gracias. Reenvíalo a mi teléfono inmediatamente. Jackson colgó. Todos lo miraban, esperando que el SIC dijera algo. Pero no lo hizo.

Su teléfono vibró, lo pulsó con el pulgar y se desplazó un poco por la pantalla.

«Ya está aquí. Orden judicial de emergencia para revelar el nombre de un paciente. Tengo la fecha».

Le dio el teléfono a Matt Cooper, quien estudió la orden con atención.

—No sé, tío. Creo que esto tiene que pasar por el departamento legal y van a querer una copia en papel.

Jackson dio un paso adelante con agresividad.

Hale intercedió.

—Señor Cooper, ¿recuerda al agente que me acompañó la última vez?

—Claro, la agente Frost, ¿verdad?

«Sí. Pues ha desaparecido».

Cooper se pasó la mano por su corto cabello rojo.

—¿Cómo que ha desaparecido?

Jackson tomó la palabra, claramente molesto por lo que Hale había dicho.

—Le estoy pidiendo un nombre. Eso es todo. No tenemos mucho tiempo.

Cooper parecía indeciso.

—¿Me lo puedes volver a enseñar?

Jackson le devolvió el teléfono al hombre.

Ahora leyó con más atención, tardando entre treinta segundos y un minuto en asimilarlo todo.

«De acuerdo».

Después de devolver el teléfono, abrió su ordenador.

—¿La fecha?

Jackson se lo leyó. Cooper lo tecleó.

—¿Accidente de coche, has dicho?

—Sí. Lo reanimaron en el lugar del accidente y luego lo trasladaron aquí.

«Lo tengo aquí. Llegó alrededor de las 9:45. Estuvo en coma durante...».

«El nombre, señor Cooper».

Cooper se echó hacia atrás de repente.

—Oh, mierda.

Hale hizo una mueca, pensando que, al igual que la demanda, el nombre del hombre había sido censurado y se identificaba simplemente como John Doe.

«¿Qué?», preguntó Hale.

—Conozco a este tipo, él...

—El nombre —gritó Jackson.

—Abel Bennet —dijo Cooper, levantando la vista de la pantalla—. *El doctor* Abel Bennet.

Hale no pudo evitarlo.

—¿Doctor?

—Sí, Abel era residente de patología aquí. Lo vi un par de veces, parecía un tipo agradable. Estuvo en coma tras un accidente de coche, si no recuerdo mal. Hubo una desagradable batalla legal, algo sobre la compañía de seguros que se negaba...

—¿Dónde está ahora? —exigió Jackson.

—No lo he visto desde que le dieron el alta.

—¿Dirección?

Cooper estaba demasiado desconcertado como para darse cuenta de que la dirección no figuraba en la orden judicial de emergencia.

—Aquí mismo, en la pantalla.

Jackson tomó una foto.

«AA, Hale, vamos».

Capítulo 62

Abel Bennet puede que hubiera vivido en esta dirección, pero ahora no. El hombre lo supo nada más entrar.

Había fotografías familiares en la pared. Tradicionales: un hombre, una mujer y una niña de unos seis años, si tenía que adivinar.

Nunca había visto una foto de Abel, pero sabía que el padre no era él.

Según los documentos que JS le había enviado a su teléfono desechable, el Dr. Bruce Sanderson tenía 28 años. Oliver había dicho que Bruce y Abel eran amigos, probablemente ambos médicos, lo que significaba que, muy probablemente, eran de una edad similar.

El hombre de las fotos de la pared tenía unos treinta y tantos años, quizá incluso cuarenta y pocos.

Hizo lo que debía, realizó un registro superficial de las habitaciones de la planta superior. Confirmó que las fotos no eran un montaje; había una habitación de niña, rosa, con una cantidad absurda de peluches en la cama, así como un dormitorio principal y otro que habían convertido en despacho.

No había cadáveres en el sótano.

No había ningún desfibrilador externo automático (DEA).

Sin drogas.

Estaba desanimado, pero no del todo sorprendido. Las cosas habían sido demasiado fáciles.

Las cosas nunca habían sido tan fáciles.

El hombre salió de la casa, cerrando la puerta lateral lo mejor que pudo. Se sentó en su coche.

Pensó.

Abel Bennet era médico, residente en patología.

Los asesinos en serie son criaturas de hábitos. Su modus operandi rara vez cambiaba y, si lo hacía, evolucionaba hacia algo más violento. Aun así, rara vez alteraban su curso por completo.

Al Sandman le gustaba secuestrar a mujeres que no se echaran en falta fácilmente. Las estrangulaba con sus propias manos, las

desnudaba y se acurrucaba a su lado. Dormía.

A Rachel Orman y a su novio, Tariq Henderson, les gustaba ponerles bolsas de plástico en la cabeza a las mujeres y golpearles la cara. Después de la muerte, Tariq les bajaba los pantalones para que pareciera que habían sido violadas.

El hombre no solo pensaba en los modus operandi. Pensaba en los hábitos en general. A los delincuentes violentos les gustaba estar cómodos.

Les gustaba estar en lugares tranquilos donde pudieran llevar a cabo sus actos sádicos con poco riesgo de ser descubiertos.

No les gustaban las sorpresas.

Las sorpresas solían acabar con ellos esposados.

El Sandman elegía estructuras abandonadas.

Cogió su teléfono. Le sorprendió que pudiera acceder a Internet; hasta ahora, solo lo había utilizado para enviar mensajes de texto sencillos a un único número.

Lo primero que buscó fue Abel Bennet. No encontró nada.

Había una sección llamada «Encuentre un médico» escondida en el sitio web de la Universidad de California en Irvine, pero el nombre de Abel no aparecía en la lista. Tampoco estaba en las redes sociales, ni había ningún registro de él en la base de datos de la Junta Médica de California.

Esto no era desalentador. Abel había tenido un accidente, había estado en coma y luego se había visto obligado a pagar un cuarto de millón que no tenía.

Era lógico que hubiera eliminado todas sus redes sociales y que el hospital no incluyera su nombre. El Dr. Bruce Sanderson trabajaba en la UC Irvine, por lo que era probable que Abel también lo hubiera hecho.

Si su suposición era correcta, eso significaba que el mismo hospital en el que Abel había realizado al menos parte de su formación también le reclamaba facturas impagadas.

Cruel.

A pesar de todo lo que hablaban de cuidado y compasión, de querer ayudar a curar a la gente, los hospitales eran, en el fondo, un negocio, como cualquier otro.

Si hubiera tenido más tiempo, estaba seguro de que podría encontrar una página archivada en algún sitio.

Pero el tiempo no era un lujo que pudiera permitirse.

Cambió de enfoque, buscó edificios de patología y se centró en los relacionados con la Universidad de California en Irvine.

Un par de lugares le llamaron la atención, uno en particular: un laboratorio de investigación biomédica ahora desaparecido, a unos cuatrocientos metros del campus principal de la UC Irvine. En realidad, era un campus antiguo, porque el hospital se estaba trasladando a unas instalaciones nuevas.

Investigó más a fondo. Descubrió que, hacía unos años, había sido un laboratorio de formación para estudiantes de medicina. La patología figuraba como una de las disciplinas que se impartían allí.

El hombre se alejó de la antigua residencia de Abel justo cuando otro coche giraba en la calle detrás de él.

***

El edificio era más pequeño de lo que esperaba. Estaba en mal estado, pero eso no le sorprendió. Las ventanas estaban rotas y solo unas pocas estaban tapiadas. Un cartel fuera de la valla metálica que rodeaba la propiedad advertía a los « » que no entraran, bajo pena de una multa de mil dólares y hasta un año de cárcel.

Sí, claro. Si California empezara a encarcelar a la gente por allanamiento, tendría que convertir el Dodger Stadium, el SoFi Stadium y el Rose Bowl en penitenciarías.

Otro cartel anunciaba que el edificio estaba condenado.

El lugar perfecto para retener a las víctimas.

Para matar sin ser interrumpidos.

Para traerlas de vuelta.

Estos eran algunos de los detalles que figuraban en los archivos que JS le había enviado. Un informe detallado del agente especial Ryan Jackson.

No conocía a Jackson. No le importaban los detalles, a menos que pudieran servir para encontrar a Frost.

El hombre aparcó junto a la valla y salió del coche. Se giró de lado para colarse por un hueco.

Luego se detuvo, observó el edificio, pensó en la forma más probable en que Abel Bennet podría entrar en el recinto con un cadáver a cuestas.

Probablemente bajo un manto de oscuridad.

El edificio era cuadrado, de hormigón, de unos doce metros de largo. Había numerosas manchas oscuras en las paredes de hormigón.

La puerta principal, grande, roja y de metal pesado, estaba reforzada con cadenas. Aunque hubiera conservado las tijeras de podar, cosa que no había hecho, no le habrían servido de nada allí.

Apoyándose en su bastón, hizo lo que había hecho en la anterior residencia de Abel: avanzó por el lateral de la estructura, buscando otra forma de entrar.

La vegetación, maleza, estaba muy crecida. En algunos lugares llegaba hasta las rodillas.

Había una puerta lateral. No estaba tan bien cerrada como la principal, pero con solo echar un vistazo, el hombre supo que hacía tiempo que nadie había entrado en el edificio por allí.

Sin embargo, alguien, o varios, habían estado allí recientemente. Junto a la puerta había un puñado de botellas de licor, todas vacías. También había jeringuillas y papel de aluminio. Había cristales rotos esparcidos por el suelo, que podían ser de pipas de metanfetamina o de botellas de cerveza.

El hombre ladeó la cabeza y vio el grueso candado.

Era el lugar perfecto para que Abel retuviera a sus víctimas, pero eso no significaba que fuera realmente el lugar.

Apartó la mirada de la puerta. Se obligó a relajarse.

No buscó nada en concreto.

La maleza era espesa, pero cerca de la puerta, los vagabundos que habían acampado allí para beber o drogarse habían pisoteado parte de ella, aplastando sus gruestos tallos verdes y destrozando las flores blancas.

Pero ese no era el único lugar donde las malas hierbas habían sido removidas. Había un estrecho sendero que conducía a la parte

trasera del edificio antes de girar directamente hacia un campo.

El hombre avanzó cojeando por el sendero.

¿Adónde ibas?

El suelo era irregular bajo las malas hierbas, lo que le hacía tambalearse, y pronto empezó a preocuparse de que si su bastón se clavaba en un bache pudiera caerse.

Avanzó más despacio.

A propósito.

A unos veinte metros dentro del campo, se detuvo.

Enterrada en la tierra había una puerta. Plana. Metálica.

Algún tipo de salida de emergencia al sótano.

Esta, al igual que las otras puertas, había sido cerrada con llave. Pero alguien había roto el candado.

No solo eso, sino que había un montón de mierda de perro, seca pero no desecada, en un trozo de césped cercano.

El hombre se permitió una sonrisa.

Solo una pequeña.

Abel Bennet estaba allí.

Y también Frost.

Capítulo 63

—Ha estado alguien aquí —dijo Hale, señalando la puerta lateral de la casa de Abel Bennet. Una observación penetrante de lo que era obvio, si es que alguna vez hubo algo así.

La puerta estaba entreabierta y el marco astillado. Había una colilla, con la brasa aún humeando ligeramente, en el porche de hormigón.

Ya habían llamado a la puerta principal, pero nadie había respondido.

Hale observó atentamente a Jackson, vio cómo asimilaba todo lo que acababa de ver. Se imaginó las maquinaciones que se gestaban en la mente del hombre.

Jackson desenfundó su arma. En cuanto lo hizo, Hale fue a por la suya. Forcejeó con la maldita cosa: el pestillo estaba duro y le costaba soltarse.

Lo consiguió.

—¿Vamos a entrar? No tenemos orden judicial.

Hale se estremeció al oír sus propias palabras.

No esperaba que Jackson le hiciera caso, pero el hombre lo hizo. Quizás eran los nervios. No por el peligro inminente, sino por lo que podrían encontrar.

A quién podrían encontrar.

Frost, muerta. Gel de desfibrilador en el pecho.

Agujeros de agujas en los brazos.

Hale empezó a temblar de nuevo.

«El marco está roto, el cigarrillo aún no está apagado. Podría haber alguien aquí».

Alguien, como Frost.

Frost y Bennet.

Jackson empujó la puerta con el dorso de la mano. Echó un vistazo dentro. Miró a Hale y negó con la cabeza, indicando que no veía a nadie.

Jackson señaló su pecho y hacia la izquierda, luego a Hale y hacia la derecha.

Los temblores se convirtieron en una sacudida completa y Jackson frunció el ceño.

Repitió el gesto con más agresividad.

Hale carraspeó y asintió.

Entraron.

Hale respiraba con dificultad y su visión se estrechó.

La casa estaba en silencio.

Barría con la pistola hacia la derecha, por un pasillo. Vacío.

Avanzó. Sentía los pies como si los hubieran sumergido en cemento.

Un cuarto de baño, con la puerta abierta, vacío.

Más allá, una pequeña sala de estar. Un sofá, un televisor, un sillón reclinable.

Vamos... ¿dónde estás?

La sala de estar también estaba vacía.

Hale llegó al vestíbulo y vio fotos en la pared de una familia joven.

«¡No está aquí!», gritó Jackson desde arriba. Era increíble que el hombre se hubiera movido tan rápido. Estaba de pie en el rellano, con la pistola enfundada. Jackson tenía la piel oscura, pero ahora las arrugas alrededor de la boca estaban completamente negras.

«Esta ni siquiera es su casa».

Jackson echó la cabeza hacia atrás y maldijo.

Tan fuerte

Tan fuerte que Hale dio un respingo.

Su dedo seguía en el maldito gatillo y estuvo a punto de disparar una bala a las escaleras.

Joder.

Rápidamente enfundó el arma y se limpió agresivamente las palmas húmedas en la parte delantera de los pantalones. Los Doritos se le pegaron a la piel, dándole un tono naranja antinatural.

—¿Dónde coño está, Hale? —dijo Jackson, con los ojos nublados por el miedo—. ¿Dónde coño está Alex Frost?

—No lo sé... No lo sé.

«¡Por el amor de Dios!». Jackson sacó su teléfono. Empezó a gritar. Hale no estaba seguro de que hubiera alguien al otro lado de

la línea. «Necesitamos los datos del móvil. El coche... ¿qué tipo de coche tiene? ¿La matrícula? ¿Algo?».

No tiene coche, pensó Hale, recordando lo que les había dicho AA.

«¿Nada? ¿Me estás diciendo que hemos pasado todo este tiempo averiguando el nombre de este cabrón y aún *no* podemos encontrarlo?».

Capítulo 64

Un perro ladró.

El sonido era lechoso, trémulo.

Pero sin duda era un perro.

Eso sí lo sabía Frost. No tenía ni idea de dónde estaba el perro ni si era real.

No tenía ni idea de dónde estaba ni de si era real.

¿Cuántas veces había muerto?

Una pregunta que Frost nunca había esperado plantearse.

Nunca.

Otro ladrido de perro.

Luego, un movimiento.

La cabeza de Frost se hundió en su pecho y sus ojos la siguieron, pero a un ritmo mucho más lento.

Los párpados entreabiertos, cerrados, entreabiertos de nuevo.

Había perdido toda la sensibilidad en las extremidades.

Que acabe de una vez. Por favor*.*

El dolor sería mejor que esta anhedonia extrema.

—¿Lo has visto? —preguntó con una mirada lasciva, cargada de expectación.

Frost volvió a cerrar los ojos.

«Lo vi». Tenía la boca tan seca que la lengua se le pegaba a los dientes.

«Sí. *¡Sí!*». Extasiada, orgásmica. «¿Qué dijo?».

«Le dije... lo que tú me dijiste». Alex tosió. «Le pregunté...».

Se estaba desvaneciendo. Apenas movía los labios.

Acaba con esto.

Las manos la agarraron. La sacudieron con tanta fuerza que sus párpados se agitaron.

«¡Dímelo!

—Dijo... dijo que no era culpa tuya. Que... fue un accidente.

Él la soltó y Alex sintió que una ola de calma la invadía.

Luego la abofeteó.

«¡Mientes! *¡Mientes!*».

Alex no discutió. No le quedaban fuerzas para discutir.

«Esta vez volverás por más tiempo, Frost. Mucho más tiempo. Vas a hablar con Él. Y luego me lo contarás».

El perro lo interrumpió. Esta vez más fuerte, casi frenético.

«Voy a volver».

Ahora más alto, un poco más frenético.

«Volveré».

Ella oyó que el hombre se marchaba.

Solo, lo único que quería Alex Frost era morir.

Esta vez para siempre.

Capítulo 65

El hombre abrió la puerta metálica empotrada en el suelo lo más silenciosamente posible. Era pesada, pero las bisagras parecían haber sido lubricadas recientemente.

Una escalera oscura descendía hacia las entrañas de la tierra.

Los peldaños estaban húmedos. Volvió a sacar la pistola y le costaba mantener el equilibrio con la otra mano ocupada por el bastón.

Escuchó mientras daba el primer paso.

Oyó gotas de agua en algún lugar. No se oía ningún otro ruido.

Segundo paso.

Tercero.

Intentó sincronizar el «tac» de su bastón con las gotas de agua. Avanzaba lentamente. Dolorosamente lento y, en general, doloroso. Todo ese caminar había hecho que el dolor sordo de su pierna se agudizara.

Hizo una mueca de dolor, pero llegó abajo sin caerse.

El techo parecía estar hecho de hormigón vertido. Había cables gruesos atornillados a él, que recorrían todo el largo y estrecho pasillo. Las tenues luces amarillas del techo debían de estar conectadas a un sistema de emergencia, ya que no creía que la electricidad siguiera conectada.

Siguió adelante.

Arrastrando los pies.

El arma delante, el dedo en el guardamanos.

El túnel olía fatal. A moho, claro, pero también a un olor dulce y nauseabundo.

Goteo, goteo.

Tic, tac.

Una habitación a la derecha, cerca del final del pasillo. Los cables del techo se acumulaban allí y se adentraban en el interior.

La puerta estaba abierta.

El hombre se apoyó contra el hormigón frío y húmedo y descansó el bastón contra él. Ahora empuñaba el arma con ambas manos.

Respiró hondo varias veces para calmar los nervios.

Luego se giró, plantó los pies y apuntó con la pistola.

El dedo estaba ahora en el gatillo, no en el guardamonte.

Apuntó.

Maldijo.

No había nadie en la sala eléctrica. A la izquierda había una especie de enorme interruptor y varios medidores de energía que parecían sacados directamente de Frankenstein, de Mary Shelley. A su derecha, la historia era diferente.

Una jaula.

Luego estaba el olor...

Algo se movió. Había un montón de mierda, literalmente, en la esquina de la habitación cuadrada, y algo, alertado por su movimiento o su presencia, salió corriendo de allí.

El hombre apuntó.

Una rata del tamaño de un pequeño mapache, con el pelaje enmarañado y cubierto de excrementos, salió disparada. Los ojos pequeños y brillantes de la rata, que reflejaban las luces amarillas de emergencia, seguían al hombre mientras corría por el perímetro de la habitación. Solo había una salida, y el hombre no estaba dispuesto a dejar que el roedor salvaje se le acercara.

Giró fuera de la habitación, agarró su bastón y se apartó.

La rata aceleró y desapareció.

Volvió a entrar.

Vio lo que necesitaba ver. Excrementos en la esquina por donde había salido la rata, y otras manchas espesas. Vómito, si tenía que adivinar, aunque no estaba seguro. No había agujas, pero reconoció varios tapones naranjas de jeringuillas de insulina.

Dudaba que un diabético solitario se hubiera aventurado hasta allí.

El hombre dio un paso adelante, con cuidado de no tropezar.

Entró en la jaula.

Abel había estado aquí, no había duda.

También había retenido a sus víctimas aquí. Era el lugar perfecto. Con la trampilla cerrada, alguien podía gritar hasta quedarse sin voz

y nadie lo oía. El hombre pensó en la información que había recibido.

Olga Chernov, la única víctima que había logrado escapar. La había traído aquí, pero ella había conseguido luchar contra él y huir.

Abel Bennet no era un hombre estúpido. Aunque Olga no recordaba dónde había estado ni cómo volver, Abel no podía saberlo. Supondría que este lugar estaba comprometido. No se arriesgaría a volver.

Eso había sido hacía cuatro días.

Cuatro días para encontrar una nueva mazmorra mortal antes de que secuestrara a Frost. No había mucho tiempo.

¿Dónde?

«¿Dónde?», repitió la palabra en voz alta esta vez. Luego alzó la voz y gritó: «¿Dónde coño estás, Frost?».

Capítulo 66

«¡Dime que la has encontrado, AA!», gritó Jackson.

Estaban sentados en el coche del hombre, frente a la antigua residencia de Abel. Hale temblaba.

Se sentía como si tuviera la gripe.

Jackson maldijo. Ladró algo más y luego colgó.

Hale se quedó sentado en el asiento del copiloto y se quedó mirando la casa.

¿Cómo era posible que no estuviera allí? *Tenía* que estar allí.

La habían perdido.

El sótano... sí, Frost estaba en el sótano.

Sin pensarlo, Hale se acercó a la manija de la puerta.

—¿Qué haces?

Hale se quedó paralizado.

—Yo... el... sótano... Para ser un hombre que normalmente no podía cerrar la boca, de repente era incapaz de hablar con claridad.

—No está ahí —siseó Jackson. Arrancó el coche a toda velocidad.

—Pero...

—Hale, no está ahí, *joder*. Abel ya no vive aquí.

—Entonces... ¿dónde está? Hale estaba a punto de llorar.

—No tengo ni puta idea.

—Pero la colilla y la puerta...

—Olvídalo —dijo Jackson, apretando la mandíbula.

—Si...

—Olvídalo —repitió el agente especial al mando.

Hale no lo entendía. Podría haber sido Abel quien había vuelto y había entrado por la fuerza. Quizás se había olvidado algo cuando se mudó.

Quizá estaba buscando a la familia.

No, eso no tenía sentido.

Todas las víctimas de Abel eran personas que conocía, personas involucradas en su accidente. Ladeó la cabeza mientras el barrio residencial pasaba a toda velocidad.

Excepto que había una víctima que no estaba involucrada.

Frost.

El modus operandi del hombre estaba cambiando.

¿Por qué había elegido a Frost? ¿Era porque se estaba acercando a él?

Hale no lo sabía, no podía saberlo.

«¿Qué vamos a hacer?», susurró, más para sí mismo que para los demás.

Jackson respondió.

«Vamos a salir en directo. Si la policía de Los Ángeles y el FBI no pueden encontrar a Frost o Abel, tendremos a toda la ciudad buscándolos».

***

Quedaban dos lugares más en la lista del hombre.

Ninguno de los dos dio resultado.

Uno era un centro de suministros médicos de la Universidad de California en Irvine que estaba lleno de actividad. Ni siquiera se molestó en entrar. El otro era un laboratorio de investigación que parecía poco utilizado. Sin embargo, el hombre no encontró ninguna forma de entrar en el edificio. No había excrementos de perro ni candados rotos.

Abel no estaba allí, ni tampoco Frost.

El hombre condujo sin rumbo fijo y finalmente se detuvo en una gasolinera para repostar, tanto el coche como él mismo.

Gasolina para el coche, café para él.

Luego se sentó y fumó.

Un imbécil se acercó a la ventanilla y le dijo que no se podía fumar en una gasolinera, pero con una mirada lo hizo retroceder.

Miró su teléfono y revisó la información que le habían enviado.

La revisó de nuevo.

Una y otra vez.

Sabía que la policía de Los Ángeles y el FBI estarían buscando a Abel y Frost en ese momento. Ya había pasado por delante de varios coches patrulla de la policía, que circulaban lentamente por las

calles. Otros policías iban a pie, paseando, haciendo preguntas. Mostrando fotos.

Ese no era el plan.

El hombre seguía convencido, a pesar de haber fallado tres veces, cuatro si se contaba la dirección anterior de Abel, de que Abel estaba en algún lugar que conocía, algún lugar donde se sentía cómodo.

Tenía que ser así.

Abel Bennet solía tener acceso al hospital con su tarjeta magnética. ¿Todavía la tenía?

El hombre envió un mensaje de texto. Esperó.

Vio los puntos que indicaban que el otro estaba escribiendo. Estos desaparecieron y luego reaparecieron.

«Dame un minuto», decía el mensaje.

El hombre encendió otro cigarrillo. Miró hacia el cielo a través del parabrisas. El sol se estaba poniendo, pero aún hacía calor.

Su teléfono vibró.

El acceso fue revocado hace meses. Confirmado que no se puede usar y que no se ha usado desde entonces.

El hombre hizo una mueca de disgusto.

Se estaba quedando sin ideas.

Abel no tenía acceso a los edificios del hospital. De todos modos, era poco probable que eligiera el hospital. Demasiado concurrido, y tenía a ese maldito perro. Alguien lo habría visto.

El hombre se enderezó en su asiento.

El *perro*.

Algo hizo clic. Algo hizo clic de todos modos.

Una última idea, un intento desesperado.

Envió otro mensaje.

Más puntos.

Luego, nada.

El hombre fumaba mientras esperaba. Tenía las ventanillas bajadas y, después de que un camión terminara de repostar y se marchara, se encontró con el silencio. Algo poco habitual en el condado de Orange. En realidad, en cualquier lugar de Los Ángeles.

La calma se rompió con un intenso aullido de coyote.

Ahora sabía que no era real. Aun así, era escalofriante.

Y *sonaba* real.

Sus ojos recorrieron la zona detrás de la gasolinera en busca del origen.

No encontró nada.

Su teléfono lo distrajo.

Sí.

Una pausa, luego la ubicación.

Tecleó: *«¿Cuándo?».*

La respuesta fue inmediata.

Hace dos días.

Tenía razón. Sabía dónde tenía Abel a Frost.

La pregunta ahora era si ella estaría viva cuando la encontrara.

Capítulo 67

«Te están buscando. Todos están ahí fuera buscándote, Frost. Ahí fuera, mientras nosotros estamos aquí dentro. Estúpida. *Estúpida*».

Frost no podía abrir los ojos. Le costaba demasiado esfuerzo. El sudor se los había pegado.

«Por favor, mátame...», susurró.

Irónico, teniendo en cuenta que eso era lo único que había estado haciendo su captor: matarla y traerla de vuelta.

«Oh, eso es lo que pretendo», dijo el hombre.

Frost esperó a sentir ese calor. Le habían inyectado tantas veces en ambos brazos que ya no sentía el pinchazo de la jeringa al atravesarle la piel.

Sabía que iba a llegar.

Ahí estaba.

Jadeó.

Sus ojos se pusieron en blanco.

Y entonces vio a su madre.

***

El hombre se detuvo antes de dirigirse al lugar. Cogió dos cosas: la primera, un frasco de Motrin. Mordió tres pastillas entre los molares y tragó la sustancia calcárea sin agua.

Lo pensó y se tragó otra pastilla.

El segundo era para más tarde.

Luego condujo durante unos diez minutos.

Conocía bien el edificio, había estado dentro docenas de veces. Sin embargo, siempre había utilizado la entrada principal. Abel no había entrado por allí, no con Frost a cuestas.

Tenía que haber otra entrada, algo apartado, poco utilizado.

Como ya había estado en la zona donde Abel había cometido sus anteriores asesinatos, creía tener una idea del tipo de lugar que le gustaba al hombre.

Esto no encajaba con el perfil. La nueva y amplia Oficina del Forense del Condado de Orange constaba de tres edificios: la oficina

del forense, el depósito de cadáveres y la morgue de descomposición.

Había visitado los dos primeros y no había visto nada que pudiera servirle para su propósito.

Tenía que estar en la morgue de descomposición. Estaba separada de los otros dos edificios y era más pequeña.

Menos transitado.

Situada detrás de la morgue principal, se accedía a la morgue de descomposición por una carretera secundaria. El único problema era entrar.

Sabía por sus visitas anteriores que solo se podía acceder a todas las zonas con una tarjeta, como la que su contacto le había confirmado que había utilizado el Dr. Sanderson dos días antes.

Después de que el hombre ya estuviera muerto.

Aparcó al lado de la carretera en Illiana St, que discurría entre la parte trasera del complejo de tres edificios y el centro de detención juvenil.

Salió del coche con el segundo objeto y su bastón. El recinto estaba rodeado por una valla de bloques de hormigón beige que le llegaba al pecho, que no tenía ninguna intención de escalar.

Había una entrada para coches y, aunque estaba bloqueada por una sección de valla metálica retráctil con barras verticales, había una parte por la que pudo colarse. Se movió rápidamente, al menos para él, y se acercó al edificio. De pie, a la sombra, junto a un garaje parcialmente abierto, el hombre esperó.

El tiempo pasaba. El sudor le perlaba la frente.

Decidió sentarse en el suelo y apoyar el bastón en el regazo.

Cerró los ojos.

***

—Oye, amigo, ¿estás bien? ¿Te has perdido o algo así?

Un empujoncito.

«¿Necesitas ayuda?».

El hombre abrió los ojos con un gemido.

Un celador estaba de pie junto a él. Era un joven con una espesa barba y vestido con un uniforme quirúrgico verde.

«No, yo...». No tuvo que fingir que le costaba levantarse. El hombre le ayudó colocándole un brazo debajo del suyo y levantándolo.

Luego le pasó el bastón.

—No puede estar aquí —dijo el celador señalando el aparcamiento—. Es zona restringida...

—Estoy buscando al doctor Sanderson.

El celador hizo un gesto de dolor y dio un paso atrás.

—El doctor Sanderson... —Se masajeó la nuca—. Lamento tener que decirle esto...

El hombre blandió el bastón.

El golpe fue directo. El bastón de metal duro golpeó al celador en la sien. Las rodillas le temblaban y empezó a caer. El hombre se estiró y lo agarró. Pesaba mucho y casi se caen los dos.

El hombre se plantó firme, apretó los dientes y apoyó al celador contra la pared.

Luego se detuvo, escuchando los ruidos que provenían del interior del garaje.

Al no oír nada, hizo todo lo posible por arrastrar al hombre hacia el oscuro interior. Lo metió hasta la mitad, lo suficiente para que alguien que pasara por la carretera no lo viera a menos que mirara con atención. Luego le quitó la camisa verde al hombre y la tiró encima de la negra. El hombre era más grande que él, y se la puso con facilidad.

A continuación, registró los bolsillos del celador y encontró lo que buscaba: una tarjeta de acceso.

Capítulo 68

Hale quería acompañar a Jackson a la rueda de prensa, pero no se atrevió. En su lugar, decidió observar desde un lado.

La desesperación del agente especial al mando era palpable. Todos lo notaron, incluida la prensa, que, según la limitada experiencia de Hale, solía ser salvaje.

Solo hicieron unas pocas preguntas cuando terminó, e incluso estas parecían moderadas, casi de buen gusto.

¿Cuándo fue vista por última vez la agente Frost?

¿Tiene esto algo que ver con lo que mencionó la agente Frost durante su rueda de prensa?

¿Es Abel Bennet sospechoso de la muerte de Devon Voss?

Esta última pregunta dejó a Jackson desconcertado, pero la esquivó con bastante amabilidad.

A pesar de las amenazas del SIC, alguien había filtrado el nombre de Abel.

Jackson terminó con una petición al público para que encontraran a Frost. Cuando regresó con Hale, sus movimientos eran pesados. El hombre parecía veinte años mayor que hacía solo unos días. Su piel oscura brillaba a pesar de que la noche había traído consigo una corriente de aire más fresco.

«¿Sabes algo de la policía de Los Ángeles?».

Hale negó con la cabeza.

—Maldita sea. Esto es increíble: no podemos rastrear su teléfono y nadie lo ha visto. Nadie sabe adónde fue después de vender su casa. Ese hombre podría estar en cualquier parte. Podría estar en México.

Hale no lo creía, pero se lo guardó para sí mismo. Jackson solo estaba desahogando su frustración.

Bennet no se alejaba mucho. El condado de Orange era su radio de acción.

«Oye», pensó Hale sin saber por qué, *«eso es un nexo común. Todas las víctimas residen actualmente en el condado de Orange».*

Luego otra: *Eso hace más de tres millones de personas como posibles objetivos.*

***

Como nunca había estado dentro de la morgue de descomposición, el hombre tardó unos momentos en orientarse. Numerosos carteles indicaban las diferentes secciones del edificio: Sala de procesamiento de cadáveres, Recepción de descomposición, Sala de secado de especímenes, etc.

Pero estaban bien iluminadas, poco propicias para retener a un prisionero. Debía de haber habido un cambio de turno recientemente, porque solo vio a otros dos celadores, y ambos estaban demasiado ocupados para darse cuenta de la presencia del hombre de pantalones negros y camiseta verde.

Dudaba que la zona hubiera estado alguna vez *tan* concurrida. La última vez que se habían descubierto cadáveres en avanzado estado de descomposición en el condado de Orange y sus alrededores había sido con las víctimas de The Sandman.

Eso había ocurrido mucho antes de que se concibiera este lugar, y mucho menos de que se construyera.

Sin embargo, Abel conocía bien el edificio. ¿Y quién prestaría atención a otro médico o residente que empujaba una camilla con un cadáver? ¿Aunque fuera poco frecuente?

El hombre sintió que el corazón se le aceleraba y se obligó a calmarse.

Pensar en ello con racionalidad.

Tenía sentido que Abel hubiera traído a Frost por el garaje, evitando lo que él suponía que debía ser algún tipo de proceso de registro en la entrada.

¿Y luego qué?

Iba a ir a una zona donde no solía haber nadie.

El hombre vio un cartel y una flecha que señalaban un largo pasillo: «Laboratorio de descomposición avanzada».

Quienquiera que hubiera construido este lugar debía tener sentido del humor, o se había quedado sin presupuesto. La zona a su

izquierda era luminosa. Estéril, con paredes que casi brillaban en blanco. Al otro lado, hacia el Laboratorio Avanzado de Descomposición, parecía sacado de una película de terror.

Bueno, eso era exagerado. Pero parecía que solo había una cuarta parte de las luces LED empotradas en este pasillo.

El hombre decidió que ese debía de ser el lugar.

Avanzó arrastrando los pies, con la cabeza gacha y actuando como si conociera el lugar, por si alguien lo veía.

Nadie lo hizo.

Por el camino, pasó por una zona de eliminación de residuos biológicos peligrosos. Echó un vistazo a través del cristal empotrado y vio un montón de grandes contenedores adornados con diversos símbolos siniestros.

No había nadie dentro.

Continuó.

El pasillo terminaba en una puerta maciza, sin ventanas.

Un gran cartel sobre la puerta decía: LABORATORIO DE DESCOMPOSICIÓN AVANZADA. SE REQUIERE EQUIPO DE PROTECCIÓN.

El hombre llevaba equipo de protección.

Su arma.

La desenfundó y pasó la tarjeta robada por el lector. Esta pitó, parpadeó en verde y él abrió la puerta.

El hombre imaginó a Abel con el aspecto del Dr. Giggles, inclinado sobre Frost.

Ninguno de los dos estaba en la habitación, que apestaba a amoníaco y otros disolventes que no supo identificar.

El laboratorio se utilizaba tan poco que hacía las veces de almacén. Apiladas contra una pared, había cajas que llegaban casi hasta el techo. Algunas estaban abiertas y él vio lo que parecían uniformes en su interior.

Había otras dos puertas en la habitación. Una era un almacén, que supuso que estaría lleno, a juzgar por el evidente desbordamiento. La otra era la de climatización.

Optó por esta última. También pasó su tarjeta por el lector.

Dentro, no vio ningún sistema de climatización. Vio un pequeño tramo de escaleras, de solo cuatro peldaños, que descendía a otro pasillo.

Le recordaba inquietantemente al último lugar en el que había estado.

Abel tenía un tipo, sin duda.

Al final había una salida de emergencia con un gran cartel que advertía de que, si se abría, sonaría una alarma.

El hombre siguió caminando.

Una puerta más, esta con una ventana. No se arriesgó a ponerse delante, por miedo a que su cuerpo bloqueara la escasa luz y proyectara una sombra en el interior.

Pero ahora tenía que tomar una decisión. Llevaba consigo el segundo artículo que había comprado en la tienda, pero no podía sacarlo y abrirlo mientras sostenía el arma y el bastón.

El arma le ofrecía protección, pero necesitaba el bastón para mantenerse en pie. El bastón también podía servirle de protección, solo tenía que preguntárselo al celador al que había dejado inconsciente.

Guardó la pistola en los pantalones y sacó la bolsa de cecina. Arrancó la tira de la parte superior.

Personalmente, odiaba el beef jerky, pero no era para él. Después de colocar varios trozos cerca de la puerta donde se encontraba, hizo un pequeño rastro, una serie de migas de carne, por el pasillo en la dirección por la que había caminado. Se aseguró de usarlos todos, de no quedarse con ninguno. Como precaución, incluso dejó la bolsa vacía junto a la salida de emergencia.

Respiró hondo, se agachó todo lo que pudo con su pierna lesionada y se deslizó por debajo de la ventana hacia el otro lado.

La puerta principal de la zona de descomposición estaba herméticamente sellada, desde el suelo hasta el techo. Sin embargo, la puerta del sistema de climatización no lo estaba.

Ahora tenía que esperar, por mucho que detestara la idea. Esperar a que el olor a carne seca llegara al interior de la habitación.

Capítulo 69

Te echo de menos, mamá.

Heather Frost había sido una mujer hermosa. Protagonizó varias películas de serie B y era una celebridad menor.

Pero Alex no la recordaba así. Lo intentó. Vio sus películas docenas de veces después de que Heather muriera, pero hiciera lo que hiciera, Alex siempre se imaginaba a la mujer enferma tumbada en la cama. Apenas podía tragar. La quimioterapia estaba devastando su cuerpo más que la leucemia.

Pero aquí, ahora, en el purgatorio, Heather volvía a ser hermosa.

Con curvas, como solían tener las estrellas de cine.

Yo también te echo de menos.

Heather la abrazó y Alex la inhaló.

Olía de maravilla, solo un ligero aroma a vainilla.

Estoy tan cansada. No... No quiero seguir con esto. Solo quiero estar contigo.

Heather se apartó, con el ceño fruncido en su bonito rostro.

No digas eso.

Alex bajó la mirada. Las lágrimas le mojaban las mejillas.

Es muy difícil. Todo es muy difícil, mamá. Niños asesinados, con la garganta cortada. Tori, desollada viva. Le comieron la piel, mamá. Se la comieron*. Solo quiero estar contigo.*

Heather negó con vehemencia.

No. No digas eso, Lex. No vuelvas a decir eso. Tienes que volver. Tienes que quedarte con tu padre.

Ahora era Alex quien negaba con la cabeza.

No quiero.

Heather la agarró por los hombros y la apretó con fuerza.

Tienes *que hacerlo.*

En algún lugar lejano, Alex oyó que un perro empezaba a ladrar.

Capítulo 70

El perro arañó la puerta antes de ladrar. Tras el ladrido, el golden retriever empezó a gemir.

—¿Oyes algo?

La voz era apagada, pero aún así le erizó el vello de la nuca al hombre.

Agarró su bastón con ambas manos. Estaba tan concentrado que se olvidó de su pistola.

«Oh, sí que oyes algo».

La puerta pitó y se abrió lo justo para que el perro se colara. No se cerró.

El golden retriever devoró el primer trozo de cecina sin siquiera masticarlo. Luego, tal y como había planeado el hombre, el perro lo ignoró por completo y siguió el rastro hacia la salida de emergencia.

La puerta se abrió del todo y alguien saltó, con la mirada fija en su perro.

«Esta zona está cerrada...».

El hombre que esperaba blandió su bastón con ambas manos. En el último momento, Abel Bennet se enderezó. Si no lo hubiera hecho, el bastón le habría golpeado en un lado de la cabeza y probablemente le habría fracturado el cráneo. Habría caído al suelo como el celador.

Más fuerte, ya que este golpe no estaba diseñado para simplemente dejarlo inconsciente.

Estaba diseñado para matar.

En cambio, le rozó el hombro antes de subir y golpearle en la mandíbula.

Abel gritó de dolor.

El hombre había puesto toda su fuerza en el golpe, demasiada, y perdió el equilibrio. Se tambaleó hacia delante y, cuando intentó apoyarse para mantener el equilibrio, su pierna herida cedió y se dobló.

Se derrumbó contra la pared, lanzando un grito de dolor que le recorrió desde el hombro hasta la base del cuello.

Abel se tambaleó, casi cayéndose.

¡Caete de una vez, joder!

No lo hizo.

Mientras el hombre se apresuraba por enderezarse y agarrar el bastón que se le había salido de las manos con el impacto, Abel se giró.

Tenía el hombro izquierdo levantado, protegiéndose la barbilla. El ojo correspondiente estaba entrecerrado, hinchado y cerrado. La sangre le goteaba por la comisura de los labios.

Era la primera vez que veía la cara de Abel.

A lo largo de su vida, el hombre se había topado con innumerables asesinos. Media docena, quizá más.

Y todos se parecían a Abel Bennet.

Claro que había excepciones, como algunos de los miembros del cártel a los que había eliminado. Rostros tatuados y llenos de cicatrices.

Cabrones malvados.

Pero la mayoría eran como Abel.

En una palabra: normales.

Pelo castaño claro, peinado hacia un lado. Complexión media, probablemente metro ochenta de altura. Ojos color avellana. Caucásico, pero bronceado, bueno, más rojo que bronceado.

Tenía una zona de pelo más claro y fino en el lado derecho de la cabeza. Eso era lo único anormal en Abel Bennet.

Lo único anormal de su *aspecto,* al menos.

Abel cargó contra él, blandiendo algo que apretaba con fuerza en la mano. El hombre intentó apartarse, pero su pierna herida no le respondía. Se le había bloqueado la rodilla.

Abel le dio un tajo con lo que solo podía ser un bisturí.

La hoja se clavó en la mejilla del hombre, cortándole la piel. Era tan afilada que el hombre apenas lo sintió. La sangre brotó de la herida, cubriendo casi la mitad de su rostro. Abel siguió adelante y embistió con el hombro el esternón del hombre, tirando a ambos al suelo.

El hombre recibió el impacto de la caída. Le dejó sin aliento.

Le hizo jadear.

Abel se echó hacia atrás. A diferencia del hombre con el bastón, él aún sostenía su arma. La bajó lentamente.

«Te voy a matar».

El hombre intentó incorporarse, pero no pudo. No era solo el peso de Abel, sino el dolor que le devastaba el cuerpo. Le latía el coxis y ahora también le empezaba a doler la mejilla.

Cuando había caído, uno de los brazos del hombre se había retorcido de alguna manera debajo de él. Todavía estaba allí, y cuando intentó llevarlo protectivamente delante de su cara, golpeó algo duro. Una sonrisa sangrienta se extendió por sus labios.

Esta reacción confundió a Abel.

—¿Por qué sonríes? Voy a matarte.

Empezó a bajar el bisturí. Ahora estaba a solo unos centímetros del ojo del hombre.

La sonrisa permaneció en su rostro.

«No puedes matarme», dijo, sacando la pistola de la parte trasera de sus pantalones y avanzándola lentamente. «Ya estoy muerto».

Capítulo 71

El teléfono de Jackson estaba sonando.

Hale, que estaba sentado en su escritorio esperando llamadas del público, levantó la cabeza.

Jackson miraba fijamente al vacío.

—¿Vas a contestar?

Jackson se estremeció y volvió en sí. Miró su teléfono y la frente del hombre, que últimamente parecía estar siempre fruncida, se hundió aún más.

—Es el doctor Horn —dijo distraídamente mientras contestaba con el altavoz.

«¿Agente Jackson?», dijo el Dr. Horn sin aliento.

—¿Sí? ¿Qué pasa?

Hale sintió que todo su cuerpo se tensaba. No conocía muy bien al Dr. Horn, pero el jefe de medicina forense del condado de Orange no le parecía alguien que se alterara fácilmente.

Horn trataba con muertos todos los días. Demonios, incluso había recibido el cadáver del Dr. Sanderson, uno de sus propios residentes, y ni siquiera se le había ocurrido llamarles.

—Alguien... alguien ha atacado a un celador. Le ha golpeado en la cabeza y le ha robado la tarjeta de acceso.

Jackson se puso de pie de un salto.

—¿Ha sido Abel? ¿Abel Bennet?

Hale se puso de pie junto a él.

—¿Abel? ¿Qué quieres decir? ¿Por qué preguntas por el Dr. Bennet? ¿Por qué...?

El agente Jackson tampoco se dejó intimidar fácilmente.

—Horn, ¿de qué coño estás hablando? ¿Dónde atacaron al celador?

—Yo... aquí. Lo atacaron *aquí.* En la oficina del forense, en la morgue de descomposición.

—No te muevas, joder. Ya vamos.

***

A gente como Abel Bennet le gustaba infligir dolor. Eso era lo que les excitaba. Claro que podían justificar sus actos de mil maneras, pero siempre se reducía a eso.

La emoción de matar.

Y revivir solo para volver a matar, al menos en este caso.

No les gustaba tanto sentir el dolor en primera persona.

El hombre había apretado el arma directamente contra el pecho de Abel cuando apretó el gatillo. El cañón estaba tan cerca que amortiguó el sonido. Un silenciador orgánico, por así decirlo.

Los ojos de Abel se abrieron como platos y el bisturí se le resbaló entre los dedos.

El perro ladró.

Hubo un largo momento de silencio, y luego Abel gritó. Cayó hacia atrás, agarrándose la herida.

La sangre brotó entre sus dedos.

El hombre empujó a Abel con la mano libre y se incorporó hasta quedar sentado. Su bastón debió de golpear la pared y rebotar, porque estaba justo a su lado. Lo utilizó para ponerse en pie.

Mientras Abel estaba distraído, había sacado la pistola y había disparado al azar en cuanto sintió algo blando.

Por una vez, la suerte estaba de su lado.

La bala había alcanzado algo vital.

Por más que Abel intentaba desesperadamente contener el líquido viscoso dentro de su cuerpo, este seguía brotando a borbotones, con tal e que rápidamente empapó toda su mano, el pecho y la camisa.

También jadeaba en busca de aire.

De pie, el hombre se cernía sobre Abel.

«Ya veo...», dijo Abel con los ojos muy abiertos y vidriosos. «Ya veo...».

Parecía desesperado por decirle algo al hombre, alguna gran revelación, pero el golden retriever, que debía de haberse comido todo el jerky, lo distrajo saltando y lamiéndole la cara.

Abel ya no representaba ninguna amenaza, y el hombre cojeó hacia la puerta de la sala de climatización. Pero Abel era muy persistente.

—Ya veo...

—A nadie le importa una mierda lo que veas —dijo el hombre y pasó la tarjeta por el lector.

Sonó un pitido y empujó la puerta para abrirla.

La escena que se presentó ante él era surrealista y le hizo dudar.

Alex Frost yacía en una camilla en el centro de la habitación. Estaba pálida, con el pecho desnudo cubierto de una sustancia espesa y gelatinosa.

Tenía las muñecas y los tobillos atados con gruesas correas de cuero.

El hombre se quedó paralizado. Tuvo la presencia de ánimo suficiente para mirarla fijamente e intentar ver cómo se elevaba y bajaba su pecho.

No lo hacía.

Temiendo que fuera demasiado tarde, tiró el bastón y echó a correr. Ya no sentía dolor en la pierna ni en la mejilla.

Presionó dos dedos contra su garganta y buscó el pulso.

No sintió nada.

«Despierta», gritó.

Luego la abofeteó.

No con fuerza, solo lo suficiente para provocar una reacción.

La cabeza de Frost cayó hacia el otro lado y no volvió al centro.

«¡Despierta!», gritó.

Ella no se despertaba.

El hombre vio un desfibrilador en el suelo. Lo cogió; ya estaba cargado y listo para usar.

¿Cuánto tiempo llevaba fuera de la habitación con Abel?

El golpe con el bastón, el derribo, el disparo.

¿Dos minutos? ¿Tres?

Actuando con rapidez, retiró las paletas del dispositivo, que ya tenían los electrodos colocados, y las colocó sobre la piel de Frost.

Una voz lo sobresaltó tanto que casi se hace caca encima.

«No se detecta pulso, comience la reanimación cardiopulmonar».

Venía del maldito DEA.

«¡Que te jodan!».

Sin un ritmo discernible, el DEA no podía administrar una descarga. No había forma de forzarlo. Manteniendo las paletas en su sitio, el hombre realizó tres rondas de RCP.

Retiró las paletas.

«Detenga la RCP. Analizando el ritmo cardíaco. No toque al paciente». El hombre levantó las manos. *«No se detecta pulso, continúe con la RCP».*

«¡Que te jodan!», gritó. Se le llenaron los ojos de lágrimas mientras realizaba otras dos rondas.

Esperó.

«Detengan la RCP. Analizando el ritmo cardíaco. No toquen al paciente». Pasó un segundo. Dos. «*Se recomienda una descarga. Presionen el botón de descarga ahora».*

Pulsó el botón con el pulgar, manchando de sangre el DEA. ¿Era su sangre? ¿La de Abel? ¿Quién lo sabía?

El DEA emitió un zumbido cada vez más intenso.

Entonces, el torso de Frost se sacudió.

«Vamos... vamos...».

«No se detecta pulso, comience la RCP».

Joder, joder, joder.

Le insufló aire en la boca y le comprimió el pecho.

«Detengan la reanimación cardiopulmonar. Analizando el ritmo cardíaco. No toquen a la paciente». Esta vez, la pausa intermedia pareció durar una eternidad. Entonces: «Se *recomienda aplicar una descarga. Pulsen el botón de descarga ahora».*

Lo hizo.

Frost se estremeció. Esta vez, antes incluso de que su cuerpo se desplomara, abrió los ojos de par en par y jadeó.

El hombre deslizó el brazo por debajo de ella para ayudarla a recostarse.

Luego contuvo la respiración.

¿Cuánto tiempo había estado el corazón de Frost sin latir?

Estaba viva, pero ¿estaba...?

—¿Con? —La voz de Frost sonaba sorprendentemente lúcida. Casi surrealista. Veía cuatro imágenes de ella, las lágrimas le nublaban la vista.

El hombre sollozó una vez y se inclinó para besar su frente fría y húmeda.

—Estás viva. Gracias a Dios que estás viva.

Frost cerró los ojos. Empezó a respirar con normalidad.

El perro ladró desde el pasillo. Arañaba desesperadamente la puerta, tratando de entrar en la habitación cerrada.

Por alguna razón, eso le hizo llorar aún más. Solo dejó de hacerlo cuando oyó otro sonido.

Sirenas.

Volvió a besar a Frost. La abrazó con demasiada fuerza.

Ella hizo una mueca.

«No lo entiendo», susurró.

Yo tampoco.

El hombre deslizó el arma con la que había matado a Abel Bennet sobre la camilla y la dejó junto a la mano derecha de ella. Soltó su abrazo y, en ese mismo instante, Frost jadeó.

—No me dejes, Con. Por favor.

—Tengo que irme.

Tuvo tiempo suficiente para soltar una muñeca, esperando que ella tuviera fuerzas para hacer lo demás por sí misma.

—Por favor —sollozó Frost.

Luego susurró algo que casi le detuvo el corazón.

Quería quedarse. Quería abrazarla hasta que llegara la policía.

Pero no podía. Simplemente no podía.

«Tengo que irme. Pero Frost, esta vez te prometo que no iré muy lejos».

Capítulo 72

El agente Chris Hale estaba confundido. No era algo inusual para él, pero esta vez era diferente. Tampoco era raro que hiciera preguntas. Lo que era único era que la gente le respondía. Jackson, por ejemplo. El director Stitts, que había volado desde Virginia, en segundo lugar.

Igual de extraño era que sus respuestas no tuvieran sentido.

Y nadie más que Hale parecía darse cuenta.

Los tres entraron juntos en la habitación del hospital de Frost.

Hale ya había visto a su compañero. Después de que el Dr. Horn llamara a Jackson para decirle que habían noqueado a un celador y le habían robado su tarjeta, el forense había buscado en los registros para ver dónde se había utilizado por última vez.

Una puerta en el sótano de la morgue de descomposición. Alguna mierda de climatización.

Siguiendo las instrucciones, el Dr. Horn esperó a que llegaran Hale y Jackson antes de investigar.

La escena en el pasillo provocó una sobrecarga sensorial. Una alarma y una luz estroboscópica les dieron la bienvenida: alguien había abierto la salida de emergencia al final del pasillo, que conducía a una salida oculta en el lado norte de la propiedad. Luego les recibió un perro, con el hocico cubierto de sangre.

Sangre del cadáver de Abel Bennet. El hombre había recibido un disparo en el pecho y yacía muerto en el suelo, con un bisturí a su lado.

Tenía un moratón en el lado de la mandíbula.

Encontraron a Frost en una habitación que, según explicó el Dr. Horn, estaba destinada técnicamente al sistema de climatización, pero que había sido diseñada como salida de emergencia en caso de que se descubriera una fosa común, lo cual, en los diez años de existencia del edificio, nunca se había utilizado.

Y si el Dr. Horn lo sabía, probablemente Abel también.

Frost estaba sentada en una camilla cuando entraron, con la parte superior del cuerpo completamente desnuda y una manta que

le cubría desde la cintura hacia abajo. Su piel era tan pálida que rayaba en la transparencia.

Sostenía una pistola en su regazo.

Había un desfibrilador en el suelo y más gel en sus pechos, que Hale hizo todo lo posible por no mirar.

Había jeringuillas de insulina usadas por todas partes. También botellas transparentes de fentanilo.

Tenía la mirada perdida.

Hale se había quedado paralizado, pero Stitts corrió hacia ella, encontró otra manta y le cubrió la parte superior del cuerpo.

Antes de que Hale pudiera recomponerse lo suficiente como para hacer preguntas, los servicios de emergencia habían llegado.

Habían pasado dos días desde entonces, y todas las preguntas que Hale había planteado en ese tiempo habían recibido respuestas casi sin sentido.

¿Cómo disparó Frost a Abel?

Ella es buena tiradora.

¿De dónde sacó el arma?

Tenía una de repuesto.

¿Por qué estaba ella en la camilla y Abel en el pasillo?

Lo mató y luego se fue a descansar.

¿Quién salió por la salida de emergencia?

Ella, pero solo para volver.

Tonterías, todo eso.

—Déjame hablar a mí —dijo Jackson antes de abrir la puerta de la habitación del hospital.

Era como decirle a un ratón que no se comiera el queso de una trampa, pero Hale asintió de todos modos.

Esta vez estaba preparado para ver a su compañera, y ella parecía un poco más sana. No *sana* en absoluto, pero *más sana*.

Estaba tumbada en una cama, completamente vestida, conectada a un sinfín de máquinas.

Frost giró la cabeza en su dirección. Intentó sonreír.

Tal y como habían acordado, Jackson tomó la iniciativa. Explicó la situación y las motivaciones de Abel, tal y como ellos las entendían.

La conexión entre él y Tanya, Beth, Olga y Lucy. Hale estaba bastante seguro de que ella ya sabía casi todo, pero el resumen les vino bien a todos.

Abel Bennet había tenido un accidente de coche al chocar para evitar atropellar a Tanya, que salía de la tienda de comestibles y era perseguida por Beth por haber robado leche en polvo para bebés.

Su corazón se había detenido y Olga, que trabajaba como técnico de emergencias médicas en ese momento, había utilizado un desfibrilador externo automático para reanimarlo. Había vuelto en sí, pero había estado en coma durante meses. Cuando finalmente despertó, el hombre sentía un dolor increíble y había sido tratado con fentanilo.

También había cambiado.

Había visto algo en el otro lado.

Frost no dijo nada durante un largo minuto después de que Jackson terminara.

Luego, «¿Por qué el Dr. Sanderson?».

Jackson frunció los labios.

—No estamos completamente seguros. Eran amigos, se conocieron durante la residencia. Incluso compraron perros juntos. Cuando Abel tuvo el accidente, acababa de terminar una semana de trabajo de 90 horas. ¿Mi hipótesis? Le pidió al Dr. Sanderson que le cubriera, pero no pudo...

—Porque su hermano acababa de morir de una sobredosis — concluyó Frost por él. Parecía que quería añadir algo más, pero se quedó callada.

—Eso es lo que creemos. Pero hay más.

Hale frunció el ceño.

—¿Más?

—Le pedí a Alcohólicos Anónimos que me enviara todo lo que encontraron en el apartamento de Jamie Sanderson después de su sobredosis. Encontraron algunas fotos. Fotos de Jamie y Abel.

Eso era nuevo para Hale.

«Es solo una suposición, pero creo que estaban juntos».

Frost suspiró y apoyó la cabeza en la almohada. Hale no sabía si era algo que ella ya sabía, si quizá Abel se lo había contado o si

estaba demasiado cansada para reaccionar.

—Los perros... No lo entiendo. El Dr. Horn dijo que los pelos que encontramos en los cadáveres coincidían con los del perro del Dr. Sanderson.

—El Dr. Horn se disculpó por eso —continuó Jackson tras respirar profundamente—. Le metimos prisa, hizo una... No sé, una prueba rápida. Dijo que dio positivo porque los perros del Dr. Sanderson y Abel eran de la misma camada. Hicimos otra prueba y confirmamos que los pelos pertenecían al perro que encontramos en la morgue, no al del Dr. Sanderson.

Más silencio.

Luego, «Ah, una cosa más: esta mañana me ha llamado Muriel Voss», dijo Jackson. «Ha aceptado adoptar a Benjamin Ferguson. Hay algunos obstáculos y detalles que resolver, pero dada su posición, creo que debería salir adelante».

Hale vio una lágrima solitaria en la mejilla de Frost.

«Bien».

Hale sintió pena por ella. Sentía mucho por Frost. E intentó mantener la boca cerrada.

Lo intentó *de verdad*.

Igual que intentaba mantenerse alejado de la comida basura y los refrescos.

¿Y cómo le había ido?

«¿De dónde has sacado el arma, Frost?», preguntó Hale cuando sintió que iba a estallar.

Jackson le lanzó una mirada severa. Antes de que pudiera reprender a Hale, Frost respondió.

—La encontré en la habitación.

Hale hizo una mueca. No, eso no estaba bien.

—¿Por qué se activó la alarma? ¿La salida de emergencia? Tú estabas en la habitación y Abel estaba...

—Ya basta, agente Hale —dijo Jackson.

No era suficiente, no para él.

—Y la antigua casa de Abel... ¿Quién derribó la puerta? ¿Quién dejó las colillas?

—He dicho que basta.

Hale finalmente se detuvo cuando Jackson le agarró del brazo.

—Nos alegra que estés bien, Frost —dijo Stitts, hablando por primera vez.

Frost no parecía estar bien en absoluto.

—El agente Jackson ha terminado tu informe; solo falta que lo firmes.

Stitts dejó una carpeta en la cama junto a ella.

«Cuando estés listo».

Frost cerró los ojos. Las lágrimas le corrían por las mejillas.

—Lo superarás —le dijo Stitts, apretándole suavemente la mano.

Hale no estaba seguro de que pudiera. Había preguntado a los médicos qué le había pasado, pero se habían mostrado distantes.

Frost había muerto en esa habitación. Una vez, dos veces, quizá más. Eso era obvio. Había vuelto, pero ¿alguien volvía *realmente* igual?

Abel Bennet, desde luego que no.

—Vamos —le dijo Jackson—. Vámonos.

Hale lo siguió mientras Stitts se quedaba atrás.

—Agente Jackson, es imposible que un arma simplemente...

—Déjalo.

—Pero había...

Jackson lo agarró por el hombro y apretó entre sus numerosas capas de grasa.

—Agente Hale, siempre quiso ser agente del FBI, ¿verdad?

—Por supuesto, yo...

«¿Y esta es tu segunda etapa en el FBI?».

—Sí, la primera vez que...

«Si quieres seguir aquí, mantén la boca cerrada, ¿entendido?».

Capítulo 73

Ya han pasado dos días. Dos días completos, más de cuarenta horas desde que escapó de las garras de un loco obsesionado con la muerte.

Pero era como si Alex siguiera en el purgatorio, todavía bajo el control de Abel Bennet. Le costaba distinguir entre lo que era real y lo que no.

Su mente seguía volviendo al libro en el que Abel había estado escribiendo cada vez que la apartaba y le preguntaba qué había visto.

Alex le había pedido el libro a Stitts y, aunque al principio él se había opuesto, ella había insistido.

Él accedió.

Después de que Hale y Jackson salieran de la habitación, Stitts lo había deslizado debajo del informe que ella debía firmar.

Alex lo había leído de principio a fin una docena de veces.

Pensó que le ayudaría.

Pero no fue así.

Si acaso, solo aumentó su confusión.

En la parte superior de las páginas había información sobre cada una de las víctimas.

Nombres, fechas, números.

Tanya Ferguson.

Beth Reid.

Lucy Larder.

Bruce Sanderson.

Y, por último, Alex Frost.

El significado detrás de los números era obvio: eran el número de veces que murieron las víctimas de Abel.

Tanya: 4.

Beth: 6

Lucy: 3.

Bruce: 5.

Alex: 12.

Doce.

Abel Bennet la había matado doce veces y la había devuelto a la vida.

Le llevó un tiempo comprender plenamente la magnitud de ese número.

Doce.

A diferencia de los encabezados, la escritura en cada página, que iba de margen a margen, era idéntica. Cuatro palabras, repetidas una y otra vez.

¿Por qué murió?

Abel le había pedido que hablara con Él, que le hiciera precisamente esa pregunta.

En ese momento, estaba demasiado aturdida para entender a quién se refería Abel. No era *Él*, eso era obvio. Pero era la persona que había muerto y había marcado tan profundamente a Abel.

Ahora lo sabía.

Jamie Sanderson, el hermano de Bruce. Dado que Eileen Sanders nunca mencionó a Abel, era muy probable que su relación fuera secreta.

Espera, sí que lo había hecho, ¿no?

Eileen había dicho algo sobre que Jamie solo tenía un amigo y a ella.

Amigo, no amante.

De ello se deducía que su relación también era un secreto para Bruce, ya que, de lo contrario, el doctor Sanderson nunca le habría pedido que le cubriera el turno para poder asistir al funeral de su hermano.

Angustiado, agotado y privado de sueño, Abel había estrellado su coche. Culpó a todos menos a sí mismo.

Ahora ya no importaba.

Los dos estaban muertos.

Y luego estaba Con.

Él la había salvado. Jackson, Stitts, Hale, AA... todos habían intentado encontrarla, pero ninguno lo había conseguido.

Al igual que ella, Con había regresado de entre los muertos.

¿O no?

El nombre de Con no aparecía en el informe.

Ella le había preguntado a Stitts por él, pero el hombre le había lanzado una mirada.

Alex no insistió.

Estaba muerto. Ella lo había visto, en México, lleno de agujeros de bala.

Era *imposible* que estuviera vivo.

Además de Hale, Jackson y Stitts, Alex tuvo otras visitas.

AA había pasado por allí, con un aspecto aún más enfermizo que el de Frost. También habían venido un par de agentes de la oficina de OC, gente con la que nunca había tenido mucho contacto antes de ser secuestrada.

Aun así, agradeció sus palabras de ánimo.

Esa noche, era el Dr. Horn.

Ella le dejó decir lo que tenía que decir. Asintió en los momentos adecuados.

Le dio las gracias.

Frost estaba jodidamente cansada.

«Te dejaré dormir».

El Dr. Horn empezó a marcharse, pero Frost lo llamó.

Como jefe de medicina forense de todo el condado de Orange, tenía más experiencia con la muerte que nadie.

Todos excepto, quizás, ella.

—Dr. Horn, ¿qué pasa después de morir?

Una pregunta típica, algo que podría preguntar un niño.

Frost no sabía cómo formularla de otra manera.

El Dr. Horn se quitó las gafas y se las limpió con la camisa.

«Soy médico, agente Frost».

Una respuesta evasiva, como pocas.

—¿Y?

—Y trato de examinar las pruebas y los hechos.

«¿Y cuáles son?», insistió Frost.

El Dr. Horn se volvió a poner las gafas y la miró fijamente a los ojos.

—La mayor parte de lo que la gente cuenta después de estar clínicamente muerta durante un periodo de tiempo puede explicarse

médicamente. La retina y el lóbulo occipital son especialmente sensibles a la hipoxia, la falta de oxígeno. Por eso la gente suele decir que ve una luz brillante. Toda la experiencia extracorporal se debe probablemente a la hiperactividad del lóbulo temporal cuando el flujo sanguíneo se reduce drásticamente. Esto también puede provocar flashbacks. —El Dr. Horn hizo una pausa—. «El cerebro en su conjunto puede liberar una gran cantidad de neurotransmisores —endorfinas, dopamina, serotonina— que inundan el órgano. Algunas personas han descrito una experiencia espiritual, mientras que otras solo sienten una abrumadora sensación de paz y calma».

Frost se dio cuenta de que estaba asintiendo con la cabeza, pero no era consciente de ello.

Básicamente, el Dr. Horn estaba diciendo que todo lo que ocurría después de que el corazón dejara de latir y el oxígeno dejara de llegar al cerebro no era real.

Excepto por una cosa.

La conversación de Alex con su madre.

No era posible que hubiera sido solo un sueño febril.

«Gracias».

«Que te mejores, Frost».

Después de una hora de sueño intranquilo, su padre finalmente llegó. Brandon Frost debió de haber volado desde Nueva York tan pronto como Stitts le dio la noticia. Tenía el pelo castaño revuelto y la camisa arrugada.

No dijo nada. Solo la abrazó.

Brandon era un hombre grande. Tanto en estatura como en personalidad.

El peso de ambos era aplastante.

«Me... me estás haciendo daño».

Brandon la soltó.

Frost sabía que este momento llegaría y, aunque necesitaba ver a su padre, lo necesitaba desesperadamente, lo último que quería era volver a pasar por todo aquello.

Pero la expresión de su padre, preocupada pero también comprensiva, sugería que ya sabía lo esencial.

En cuanto Frost desapareció, Stitts probablemente llamó al hombre, como había hecho cuando las cosas se pusieron feas en México.

Brandon Frost era un político de carrera. Un requisito previo para llevar esa vida era ser un hombre de muchas caras. Y él las llevaba muy bien. Pero Frost sabía que ahora no estaba llevando ninguna cara: lo estaba intentando, intentando ponerse una máscara, pero su padre fracasó estrepitosamente.

Estaba destrozado.

—Alex, no puedo... Escucha, tienes que venir a trabajar para mí.

Frost ya se lo esperaba. Le había exigido lo mismo después de México.

—Papá, lo sé...

Brandon se enderezó.

«Le diré a Jeremy que te despida. ¿No quieres trabajar para mí? Está bien. Pero no trabajarás para el FBI».

Una nueva máscara. Una máscara de ira.

—Papá, por favor. Necesito este trabajo. Es todo lo que... todo lo que tengo.

La máscara se cayó.

Dolor.

Brandon se la volvió a poner.

—Le hice una promesa a tu madre antes de que falleciera. Le prometí que cuidaría de ti. Estoy haciendo el peor trabajo posible.

La mención de su madre hizo que el cerebro de Frost cambiara de marcha.

Un cerebro que, tras docenas de pruebas, los médicos habían declarado completamente normal. Imposible, teniendo en cuenta que había estado muerta doce veces.

¿Cuántos minutos en total había estado muerta?

¿Treinta? ¿Cuarenta?

¿Una *hora?*

Quizás había algo mal en su cerebro, porque de repente se vio transportada de forma violenta e inesperada al tiempo que había pasado con su madre mientras estaba muerta.

Alex incluso podía oler su perfume de vainilla.

No. No digas eso, Lex. No lo digas nunca. Tienes que volver. Tienes que quedarte con tu padre.

—La vi, papá. Vi a mamá cuando estaba... —Alex no se atrevía a decirlo—. ... herida.

Brandon se quedó impactado. Impactado y horrorizado.

—¿Qué?

—Vi a mamá. Ella... me dijo que me quedara contigo. Yo quería morir. —Ahora sí pudo pronunciar la palabra. Sonó como un balido. Frost se aclaró la garganta—. Quería morir de verdad, pero ella me dijo que me quedara contigo.

Brandon soltó un sollozo.

Se recompuso.

—Y lo harás, porque no vas a volver al FBI, Alex. No mientras yo siga respirando.

***

Después de que Brandon se marchara, Alex se quedó dormida, agradecida de que la última visita hubiera llegado y se hubiera ido. Su padre estaba enfadado, pero no con ella, sino con lo que le había pasado.

También se sentía culpable.

Esperaba que, al cabo de unos días, después de sacarla del hospital con un informe médico favorable y una gran sonrisa en el rostro, cambiara de opinión.

Podía pasar cualquier cosa.

Alex durmió un rato, pero Brandon Frost no fue el último visitante. Alguien vino a verla, pero Alex, todavía agotada y confundida, no sabía si era un sueño.

Constantine Striker. Parecía viejo, con la piel bronceada y arrugada.

Tenía un feo corte rojo que le iba desde justo delante de la oreja izquierda hasta la comisura de la boca.

—¿Con?

El hombre no dijo nada. Sin embargo, se inclinó y la besó. No en la frente, como ella esperaba, sino en la boca.

Suave, solo un beso, pero a Alex le recordó la vez que asistieron a esa glamurosa fiesta de Hollywood con nombres falsos.

Él la había besado entonces... ¿o había sido ella?

Esta vez fue menos intenso, pero los sentimientos que florecieron en lo más profundo de su ser no fueron menos intensos.

—No me alejaré. Nunca me alejaré.

Y entonces se marchó, dejando a Frost preguntándose si aquello, como casi todo lo que había sucedido en los últimos días, había sido real.

Epílogo

Constantine Striker se encontraba en el lugar que Sandman había introducido en secreto en La gran fiebre del oro de California.

A lo lejos se alzaba una roca gigante, cuyos agujeros, que otro Con había cavado desesperadamente en busca de pruebas del cadáver de su hermana, hacía tiempo que se habían rellenado.

Escuchó el aullido de un coyote mientras sacaba su teléfono.

Había una docena de mensajes sin leer, todos del mismo número. La única persona que tenía su número.

No leyó ninguno.

Con empezó a escribir un mensaje, pensando en lo que Frost le había dicho momentos después de reanimarla con el desfibrilador. Ella había estado en una especie de estado de fuga, fuera de sí.

Val sigue viva.

Imposible.

Estaba muerta, asesinada a manos de The Sandman, Matthew Nelson Neil.

Pero Con también era un hombre muerto.

Disparado y golpeado por un sicario llamado *Corvus*. Un enfermo, un caníbal.

Frost también había muerto.

Envió el mensaje a JS.

«No me voy, me quedo».

Luego sacó la tarjeta SIM de su teléfono y la aplastó con el talón. Lanzó el teléfono tan lejos como pudo.

El coyote aulló en señal de protesta, como si le avergonzara por ensuciar su paisaje, su hogar.

Le dijo que se callara la boca.

Con sacó un cigarrillo y lo encendió. Inhaló profundamente. Era el último de su paquete de México y le supo muy fuerte.

Le quemaba.

Disfrutó de la sensación.

Había sido una estupidez visitar a Frost la noche anterior.

Una tontería.

No estaba allí. Era un fantasma.

Ese maldito coyote volvió a aullar y, justo cuando el sonido se apagaba, Con oyó que alguien se acercaba por detrás. Buscó su pistola, pero se dio cuenta de que no la tenía: se la había dejado a Frost en la morgue de cadáveres en descomposición.

Se giró, cerrando los puños y exhalando por la nariz para despejarse los ojos del humo del cigarrillo.

Constantine Striker era un fantasma, un hombre muerto, lo cual era lógico, ya que a menos de seis metros frente a él había una mujer muerta.

—¿Val? —graznó—. Valerie, ¿eres tú?

FIN

Nota del autor

Al igual que ustedes, pensé que había terminado con Striker y Frost.

Vaya, qué equivocado estaba.

No podía abandonarlos. Aunque el tercer libro cerraba el primer arco de su historia, ya está comenzando uno nuevo.

Los lectores habituales saben que tiendo a escribir series extensas. Cuando empecé a escribir thrillers, ese no era mi plan. Pero una vez que empecé, al igual que muchos de los asesinos sobre los que escribo (aunque mucho menos macabros), no pude parar. Me encantan estos personajes. Me encanta verlos crecer, tropezar, levantarse y volver a caer. Un libro, o incluso tres, o incluso 21 (te miro a ti, Chase Adams), no es suficiente para explorar todas sus luchas humanas.

No puedo dejar de escribir sobre ellos. Y al menos hay otro libro de Striker y Frost en camino: ***TELL ME WHO YOU'VE KILLED*** ya está disponible para reservar.

Si queréis seguir leyendo sobre estos personajes, hacédmelo saber. Podéis contactar conmigo por correo electrónico o en las redes sociales (sobre todo en Facebook, porque soy viejo). Y, oye, dejad un comentario si os ha gustado este libro, a los autores les encanta. ¿Sabéis qué les gusta aún más a los autores? Que alguien le hable a un amigo de sus libros.

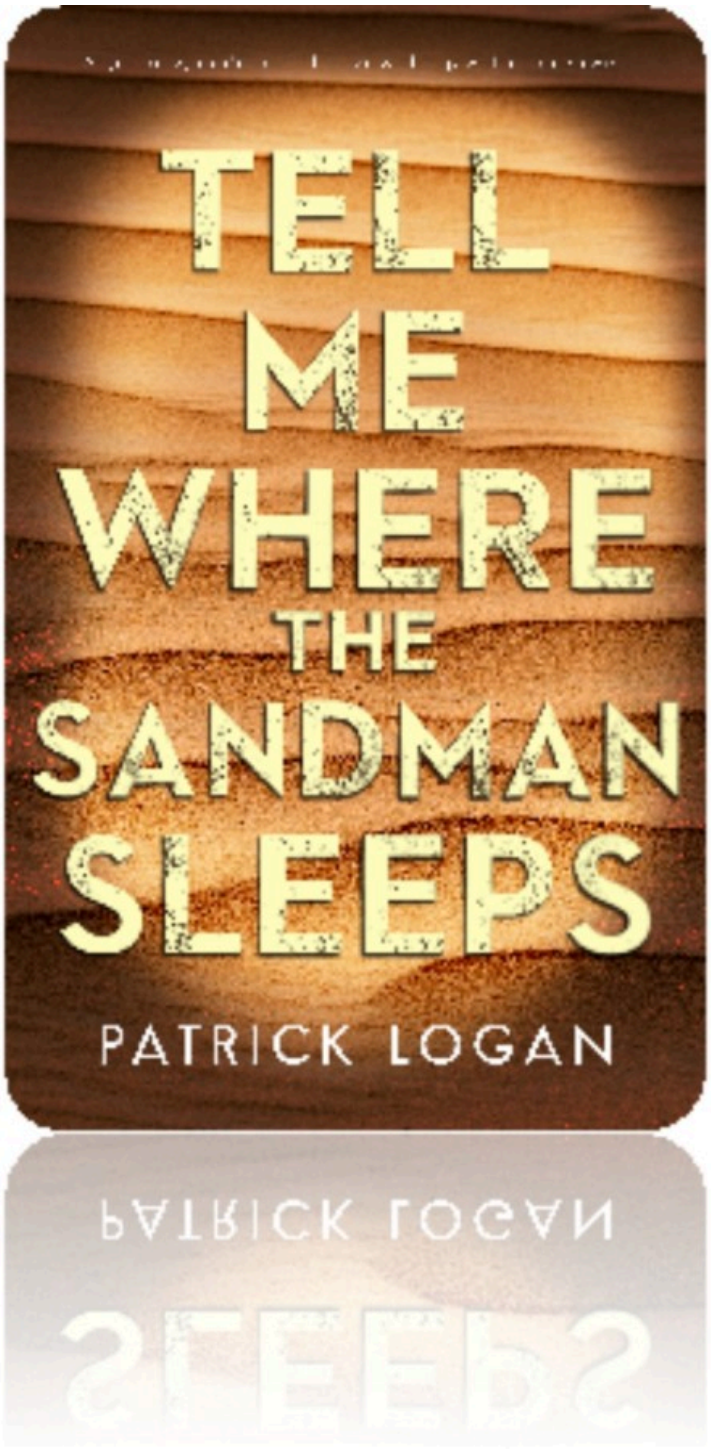
Espero que hayas disfrutado de esta aventura. Y espero poder seguir escribiendo sobre Striker y Frost durante muchos años.

Como siempre: vosotros seguís leyendo y yo seguiré escribiendo.

Saludos

Pat

Montreal, 2025



¡Consíguelo GRATIS suscribiéndote a mi boletín!

Solo tienes que visitar: www.PTLBooks.com

Otros libros de Patrick Logan

El detective Damien Drake

Besos de mariposa
Causa de la muerte
Descargar Asesinato
El rey esqueleto
Tráfico de personas
El señor de la droga: Parte I
El señor de la droga: Parte II
Lucha por el premio
Casi infame
El hombre de paja
Compañía peligrosa
Cara feliz

Chase Adams, thrillers del FBI

Rigidez congelada
Sospechoso en la sombra
Dibujo mortal
Alerta ámbar
La historia de Georgina
Dinero sucio
La guarida del diablo
Mujeres pintadas
Efectos adversos
Ya muerta
Pruebas directas
Secretos sucios
Sangre contaminada
Carga mortal
Tirador activo
Congelación
Cosecha macabra

Huesos de marea
La última cena

Dr. Beckett Campbell, médico forense

Amargo final
Donante de órganos
Inyectando fe
Precisión quirúrgica
No reanimar
Extrayendo el mal
Residence Evil (también conocido como «La primera muerte de Beckett»)
Necropsia narcoléptica

Thrillers de Tommy Wilde

Una noche salvaje
Dos semanas salvajes
Tres meses salvajes
Cuatro familias Wilde

Penelope June Thrillers (próximamente)

Muriendo por respirar
Muriendo por hablar

Verónica Shade Thrillers

El color del asesinato
El aroma del asesinato
El sonido del asesinato
El tacto del asesinato
El sabor del asesinato

Striker y Frost: thrillers del FBI

Dime dónde duerme el hombre de arena
Dime dónde está enterrada
Dime lo que has hecho
Dime adónde han ido

¡No olvides pasar por mi grupo de Facebook y saludar!
https://www.facebook.com/groups/LogansInsatiableReaders/

Este libro es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes que aparecen en este libro son totalmente imaginarios o se utilizan de forma ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o fallecidas, o con lugares, acontecimientos o localizaciones es pura coincidencia.

Copyright © Patrick Logan 2025

Diseño interior: © Patrick Logan 2025

Todos los derechos reservados.

Este libro, o partes del mismo, no pueden ser reproducidos, escaneados o difundidos en ningún formato impreso o electrónico.

Segunda edición: julio de 2025